

KARMA
se AL
INSTANTE

MARISSA
MEYER



Pru vive en una ciudad costera y, tras una noche de fiesta con sus amigos, descubre que acaba de adquirir una sorprendente habilidad: desatar karma al instante.

Sin pensárselo dos veces, Pru comienza a usar su nuevo poder para castigar a cotillas que se dedican a extender rumores o a vándalos maleducados... Pero hay una persona con la que no parece funcionar: Quint Erickson, su compañero de laboratorio, que es un vago redomado. Quint es, además de irritantemente atractivo, impresionantemente noble, y resulta toda una experiencia verlo trabajar en el centro de rescate de animales marinos.

Cuando Pru se resigna a trabajar en el centro de rescate por un crédito extra, comienza a descubrir cosas acerca de las crías de nutria, de los desastres medioambientales y de cómo funciona el amor... no necesariamente en este orden. Sus nuevas habilidades pronto le mostrarán lo fina que es la línea entre la virtud y la vanidad, entre la generosidad y la avaricia... el amor y el odio... y el destino.



Marissa Meyer

Karma al instante

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2022

Título original: *Instant Karma*
Marissa Meyer, 2020
Traducción: Eva González Rosales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para papá, que siempre llenó nuestro hogar de música.



Quint Erickson llega tarde.

Otra vez.

No debería sorprenderme. No me sorprende. Estaría más sorprendida si, por una vez, hubiera llegado a tiempo. Pero ¿en serio? ¿Hoy? ¿De entre todos los días posibles?

Hiervo de rabia en mi asiento mientras marco un ritmo con los dedos sobre el tablero de la presentación, plegado encima de la mesa de laboratorio. Mi atención está dividida: observo el reloj sobre la puerta del aula y repito en silencio las palabras que llevo memorizando toda la semana.

Nuestras playas y costas son el hogar de muchas especies importantes. Desde peces y mamíferos, tortugas marinas y...

—Tiburones —dice Maya Livingstone desde la pizarra—. Los tiburones llevan décadas siendo gravemente maltratados por Hollywood. ¡No son los monstruos que los humanos los han hecho parecer!

—Además —añade su compañero de laboratorio, Ezra Kent—, ¿quién se está comiendo a quién en realidad? Quiero decir: tíos, ¿sabéis que hay gente que come tiburón?

Maya lo mira, frunciendo el ceño.

—En general solo se comen sus aletas. Para ser exactos.

—¡Claro! Hacen sopa con ellas —dice Ezra—. La sopa de aleta de tiburón es... una exquisitez, porque es en plan... gomosa y crujiente *al mismo tiempo*. ¿Cómo es posible eso? Pero, a ver, yo la probaría sin pensármelo.

Algunos de nuestros compañeros fingen arcadas de asco, aunque estaba claro que Ezra intentaba conseguir justo esa reacción. La mayoría lo llama Ez, que en inglés significa *fácil*. Yo creía que era una referencia a sus numerosas experiencias sexuales, pero ahora pienso que es solo porque tiene fama de ser muy bromista. Los profesores de nuestro centro saben que no deben dejar que se sienta con Quint.

—Bueno, da igual —dice Maya, tratando de reconducir la presentación. Continúa hablando de los horribles métodos que usan los pescadores para atrapar a los tiburones y cortarles las aletas antes de devolverlos al agua. Sin sus aletas, los animales se hunden hasta el fondo del océano y allí se asfixian o son devorados vivos por otros depredadores.

Toda la clase hace una mueca de disgusto.

—¡Y después los convierten en sopa! —añade Ezra, solo por si alguien se ha perdido esa parte.

Pasa otro minuto. Me muerdo el interior de la mejilla, intentando calmar los nervios que se retuercen en mi interior. La misma diatriba enfadada comienza a repetirse en mi cabeza por millonésima vez este año.

Quint Erickson es lo peor.

Incluso se lo recordé ayer. Acuérdate, Quint, la gran presentación es mañana. Tienes que traer el informe. Se supone que vas a ayudarme con la presentación. Así que, por todas las cosas buenas y justas de este mundo, esta vez no llegues tarde.

¿Su respuesta?

Se encogió de hombros.

Soy un tipo ocupado, Prudence. Pero haré todo lo que pueda.

Vale. Porque seguro que tiene muchas cosas que hacer antes de las ocho y media de la mañana de un martes.

Sé que puedo hacer la presentación sola. Después de todo, he hecho toda la investigación sin él. Pero se supone que él va a traer nuestro informe y las fotocopias, las que el resto de la clase mirará mientras hablamos. Las que mantendrán sus ojos aburridos y desinteresados lejos de *mí*.

La clase comienza a aplaudir con poco entusiasmo y vuelvo a prestar atención. Uno las manos en un aplauso, en dos, antes de bajarlas sobre la mesa. Maya y Ezra recogen su tablero. Miro a Jude, en la primera fila. Aunque solo veo la parte de atrás de su cabeza, sé que no ha apartado los ojos de Maya desde que esta se ha levantado, y que no lo hará hasta que se siente de nuevo y no tenga más remedio que mirar a otra parte o arriesgarse a llamar la atención. Quiero mucho a mi hermano, pero su interés por Maya Livingstone es evidente desde quinto y, si soy sincera, comienza a parecer un poco imposible.

Yo lo comprendo. De verdad que sí. Después de todo, se trata de *Maya Livingstone*. Casi todos los de nuestra clase están colgados por ella. Pero también conozco a mi hermano. Él nunca reunirá las agallas para pedirle salir.

Por tanto, es imposible.

Pobre chico.

Pero volvamos a la pobre *yo*. Maya y Ezra han regresado a sus asientos y todavía no hay ni rastro de Quint. Ni rastro de las fotocopias que se supone que va a traer con él.

En un acto desesperado, busco en mi bolsa mi lápiz de labios rojo y me aplico rápidamente una nueva capa, por si ha empezado a desvanecerse desde que me he maquillado antes de entrar en clase. No me gusta llevar demasiado maquillaje, pero un labial potente es un empujón instantáneo para mi confianza. Es mi armadura. Mi arma.

Puedes hacerlo, me digo a mí misma. *No necesitas a Quint*.

El corazón ha comenzado a gorjear en el interior de mi pecho. Mi respiración se acelera. Vuelvo a guardar el carmín en mi bolso y saco las tarjetas para ayudarme en la presentación. No creo que vaya a necesitarlas. Lo he ensayado tantas veces que hablo de hábitats y medioambiente en sueños, pero tenerlas conmigo me ayudará a calmar mis nervios desquiciados.

Al menos, creo que lo hará. Espero que lo haga.

Hasta que me asalta el miedo repentino a que el sudor de mis palmas haga que la tinta se corra, volviéndola ilegible, y mis nervios vuelven a ir a toda máquina.

—Con esto llegamos a la última presentación del año —dice el señor Chavez, echándome una mirada casi compasiva—. Lo siento, Prudence. Lo hemos retrasado tanto como hemos podido. Quizá Quint se una a nosotros antes de que termines.

Fuerzo una sonrisa.

—No pasa nada. De todos modos, había planeado encargarme de la mayor parte de la presentación.

No es verdad: claro que pasa. Pero no puedo hacer nada al respecto.

Me levanto con lentitud, me guardo las notas en el bolsillo y agarro el tablero de la presentación y la bolsa que he traído, llena de materiales extra. Me tiemblan las manos. Me detengo apenas lo suficiente para exhalar, para apretar los ojos con fuerza, para repetir lo que siempre me digo a mí misma cuando tengo que hablar o actuar delante de gente.

Solo serán diez minutos de tu vida, Prudence, y después habrá terminado y podrás seguir adelante. Solo diez minutos. Puedes hacerlo.

Abro los ojos, endezco los hombros y me dirijo a la mesa del profesor.

No es que se me dé mal hablar en público. En realidad, creo que se me da bastante bien, una vez que empiezo. Sé proyectar la voz para que todo el mundo me oiga. Siempre practico sin descanso los días previos para no trastabillar, y me esfuerzo por mostrarme animada y divertida.

Solo temo el momento antes de empezar. Siempre estoy segura de que algo irá mal: me quedaré en blanco y lo olvidaré todo; comenzaré a sudar; me pondré roja; me desmayaré.

Pero, una vez que empiezo, normalmente todo va bien. Solo tengo que empezar... Y después, antes de darme cuenta, habrá terminado. Y oiré lo que siempre oigo: *Vaya, Prudence. Has estado muy natural. Eres una oradora genial. Buen trabajo.*

Palabras para aplacar mi alma frenética.

Al menos, mis profesores suelen decirme cosas así. Mis compañeros rara vez se molestan en prestarme tanta atención.

Lo que me parece perfecto.

Tardo un par de segundos en prepararlo todo: equilibrio el tablero de la presentación sobre la bandeja de la pizarra blanca y dejo la bolsa de regalos sorpresa a un lado. Después, arrastro la pequeña mesa con ruedas donde está la maqueta que he traído antes de que comenzara la clase, todavía oculta bajo una sábana azul.

Tomo mis tarjetas con una mano y el puntero telescópico que el señor Chavez usa para señalar detalles en sus presentaciones de PowerPoint con la otra.

Sonrío a mis compañeros.

Intento atraer la atención de Jude, pero está garabateando en su cuaderno de bocetos y no acepta mensajes entrantes.

Jolín, hermanito. Gracias por el apoyo.

El resto de los alumnos me mira, prácticamente comatosos por el aburrimiento.

Tengo el estómago revuelto.

Solo tengo que comenzar.

Serán apenas diez minutos.

Va a salir bien.

Tomo aliento.

—Había preparado unas fotocopias para que pudierais seguir la presentación —comienzo. Mi voz suena aguda y me detengo para aclararme la garganta antes de continuar—. Se suponía que iba a traerlas Quint y... no ha venido. —Aprieto los dientes. Quiero gritar que esto es una injusticia. ¡El resto de las parejas han aparecido todas!

Pero mi compañero, sencillamente, ha pasado del tema.

—Bueno —continúo, agitando el puntero dramáticamente en el aire—. Vamos allá de todos modos.

Me detengo delante del tablero y exhalo entrecortadamente.

Solo tienes que empezar.

Sonriendo de oreja a oreja, me lanzo a mi introducción ensayada.

—Si hay algo que hemos aprendido sobre biología marina, gracias a la labor excepcional del señor Chavez —me detengo para señalar con entusiasmo a nuestro profesor. Él me señala a mí, con notable menos

emoción—, es que en Fortuna Beach tenemos la suerte de contar con una exuberante vida marina. Nuestras playas y costas son el hogar de muchas especies importantes. Desde peces y mamíferos, tortugas marinas y tiburones...

—Los tiburones *son* peces —dice Maya.

Me tenso y la fulmino con la mirada. Nada estropea tanto una bien ensayada presentación como una interrupción innecesaria.

Las interrupciones son el enemigo.

Recupero la sonrisa. Me siento tentada de empezar de nuevo, pero me obligo a continuar por donde iba. *Desde peces y mamíferos, tortugas marinas y tiburones...*

—Hasta los ricos ecosistemas de plancton y otra vegetación que encontramos en Orange Bay. Estos recursos son un regalo y es nuestra responsabilidad no solo disfrutar de ellos, sino protegerlos. Y esta es la razón por la que, en nuestro proyecto semestral, Quint y yo hemos decidido concentrar nuestros esfuerzos en... —Hago una pausa para dar a mis palabras un efecto dramático—. ¡La conservación del entorno marino a través del ecoturismo!

Con una floritura, agarro la tela azul y tiro de ella para revelar mi maqueta hecha a mano de la calle Mayor, el centro neurálgico del turismo de Fortuna Beach, que corre paralela a la playa y al paseo marítimo.

No me resisto a mirar a mi alrededor para ver las reacciones de mis compañeros de clase. Algunos, en las primeras filas, estiran el cuello para ver la maqueta, pero un buen número mira sin ver a través de las soleadas ventanas o intenta escribir un mensaje disimuladamente en el teléfono que tiene escondido debajo de la mesa de laboratorio.

El señor Chavez, al menos, parece intrigado. Y Jude ha alzado la mirada, sabiendo de primera mano las largas y agotadoras horas que he tardado en preparar esta presentación. Me mira y levanta los pulgares, un gesto sutil, aunque alentador.

Me coloco detrás de la mesa para señalar las características más importantes del diorama. Me ha subido la adrenalina y ya no me siento como si fuera a desmayarme o a enroscarme en un ovillo. Ahora me siento llena de energía.

—Nuestro nuevo centro turístico será el Orange Bay Resort y Spa, una instalación que acogerá a una clientela exclusiva. Visitantes que aprecian el lujo, que buscan aventura, pero que... ¡Carambolas! —Chasqueo los dedos con descaro—. También están preocupados por la protección del medioambiente. —Señalo el edificio más alto con el puntero—. Gracias a la utilización de materiales de construcción reciclados y a los sistemas de ahorro de agua y energía, este complejo estará en boca de todos. Pero nuestros turistas no solo vendrán aquí a dormir: vendrán a descubrir nuestra ciudad. Y esa es la razón por la que Fortuna Beach necesitará puntos de alquiler de bicicletas eléctricas ubicados en ambos extremos del paseo marítimo... —golpeo con el puntero los pequeños puestos de bicicletas— y un centro de alquiler de embarcaciones eléctricas que partirán del muelle privado del complejo. —Toc—. Pero, lo que realmente atraerá al turismo, lo que hará que Fortuna Beach se convierta en un destino imprescindible para nuestros viajeros «ecoconscientes»...

La puerta del aula se abre y golpea con fuerza la pared.

Me sobresalto.

—¡Lo siento, señor Chavez! —La voz me eriza el vello de la nuca. Mi sorpresa se desvanece, reemplazada por una ira que apenas consigo contener.

Aprieto el puntero mientras mis ojos viajan hacia Quint Erickson. Camina entre las mesas y choca los cinco con Ezra, su saludo diario habitual.

Una parte de mí habría deseado que se detuviera junto a la primera fila y se ofreciera a chocar los cinco conmigo, a modo de saludo. Habría sido una oportunidad perfecta para pegarle con el puntero.

Aprieto los dientes y observo la parte de atrás de su cabeza con el ceño fruncido mientras camina hasta la mesa de laboratorio que compartimos en la última fila y suelta su mochila. La cremallera es tan estridente como el motor de un caza. Comienza a silbar (a *silbar*) mientras busca en el caos de papeles, libros, bolígrafos y nueve meses de basura acumulada que guarda en esa cosa.

Espero. Alguien de la clase tose. Por el rabillo del ojo, veo que Jude empieza a moverse, incómodo por mí. Aunque, por alguna razón, yo no

estoy incómoda. Normalmente, una interrupción tan enorme como esta me convertiría en un desastre aturullado, pero justo ahora estoy demasiado ocupada estrangulando el puntero mientras pienso que es el cuello de Quint. Podría quedarme aquí todo el día, en incómodo silencio o sin él, esperando a que Quint se dé cuenta de la perturbación que ha causado.

Pero, para mi infinita frustración, mi compañero parece felizmente ignorante. De mi enfado. De que me ha detenido en mitad de *nuestra* presentación. Del silencio incómodo. Ni siquiera estoy segura de que sepa qué significa *incómodo*.

—¡Ajá! —anuncia triunfalmente, sacando una carpeta verde neón de la mochila. Incluso desde aquí puedo ver que tiene una esquina doblada. La abre y empieza a sacar fotocopias. No sé cuántas. Tres o cuatro por persona, seguramente a doble cara, porque ¿quién malgasta papel en una presentación sobre ecologismo?

Al menos, espero que lo haya hecho a doble cara.

Quint reparte las fotocopias, grapadas para nuestros compañeros y en una carpeta de tres anillas para el señor Chavez. No lo hace con el eficiente método de «toma uno y pásalo al siguiente» que yo habría elegido, posiblemente porque es el ser humano más incompetente del planeta. No, él camina de un lado a otro por los pasillos, repartiendo las fotocopias una a una. Sonriendo. Recibiendo sonrisas. Podría ser un político, conquistando a las masas con su paso despreocupado y su sonrisa tranquila. Una de las chicas incluso pestañea mientras acepta las fotocopias y murmura un coqueto: «Gracias, Quint».

Mis nudillos se han vuelto blancos alrededor del puntero. Imagino a Quint golpeándose el dedo del pie con la pata de una mesa o resbalando sobre algún producto químico de laboratorio derramado y torciéndose un tobillo. O... No, mejor. Me imagino que, debido al retraso y a las prisas, se ha traído la carpeta equivocada y acaba de repartir treinta y dos copias de una apasionada carta de amor para nuestra directora, la señora Jenkins. Ni siquiera él sería inmune a una humillación así, ¿verdad?

Nada de eso ocurre, por supuesto. Mis sueños de justicia cósmica nunca se hacen realidad. Pero, de algún modo, cuando Quint llega a las primeras filas y se digna a mirarme por fin, mis nervios se han calmado. El cambio en

él es instantáneo: se pone a la defensiva, levanta la barbilla y sus ojos se oscurecen mientras nos preparamos para la batalla. Algo me dice que ha estado preparándose para este momento desde que ha entrado en el aula. No es de extrañar que se haya tomado su tiempo repartiendo las fotocopias.

Intento sonreír, pero se parece más a una mueca.

—Me alegro mucho de que finalmente podamos acompañarnos.

Aprieta la mandíbula.

—No me lo habría perdido. Compañera.

Posa los ojos en la maqueta y, por un instante, hay un atisbo de sorpresa en su rostro. Quizá incluso esté impresionado.

Debería estarlo. Impresionado y también avergonzado porque esta es la primera vez que la ve.

—Bonita maqueta —murmura, ocupando su lugar al otro lado de mi calle Mayor en miniatura—. Veo que has omitido el centro de recuperación que sugerí, pero...

—Quizá, si hubiera tenido más ayuda, podría haberme encargado de peticiones aleatorias.

Quint emite un gruñido grave.

—Rehabilitar a los animales que resultan heridos debido al turismo y al consumismo no es...

El señor Chavez tose sonoramente en su puño, interrumpiendo la discusión. Nos echa a ambos una mirada cansada.

—Dos días más, chicos. Solo tendréis que sufriros dos días más, literalmente. ¿Podemos continuar con esta presentación sin derramamientos de sangre? Por favor.

—Por supuesto, señor Chavez —digo.

—Lo siento, señor Chavez —dice Quint al unísono.

Lo miro.

—¿Puedo continuar, o tienes algo más que aportar?

Quint hace una reverencia y agita una mano en mi dirección.

—El escenario es tuyo —dice, antes de añadir entre dientes—: Aunque tampoco es que vayas a compartirlo.

Algunos de nuestros compañeros de la primera fila lo oyen y se ríen con disimulo. Oh, sí, es graciosísimo. La próxima vez probad vosotros a trabajar

con él, ya veréis lo divertido que es.

Sonrío una vez más.

Pero, cuando me giro de nuevo hacia el tablero, se me queda la mente en blanco.

¿Por dónde iba?

Oh, no. *Oh, no.*

Ya está. Mi peor pesadilla. Sabía que esto ocurriría. Sabía que me olvidaría.

Y todo es culpa de Quint.

El pánico me inunda mientras saco mis tarjetas y las hojeo con una sola mano. *Resort y Spa... Alquiler de bicicletas eléctricas...* Se me caen al suelo un par de tarjetas. De repente siento la cara tan caliente como los quemadores de la cocina.

Quint se agacha y recoge las notas que se me han caído. No se las quito. Tengo el corazón desbocado. Puedo sentir los ojos de toda la clase clavándose en mí.

Odio a Quint, su completa indiferencia hacia cualquiera que no sea él mismo, su rechazo a aparecer alguna vez a tiempo. Su incapacidad para hacer algo útil.

—¿Quieres que diga algo? —me pregunta.

—¡Lo tengo controlado! —le espeto.

—Muy bien, de acuerdo. —Levanta las manos a la defensiva—. Solo era una sugerencia. Esta también es mi presentación, ¿sabes?

Claro. Porque ha hecho mucho para ayudar a prepararla.

—¿Qué es lo que hará que Fortuna Beach se convierta en un destino imprescindible? —susurra Jude. Me quedo inmóvil, mirándolo, tan agradecida con él como enfadada estoy con Quint. Jude vuelve a levantar los pulgares y puede que nuestra telepatía de mellizos esté funcionando hoy, porque estoy segura de que puedo oír sus palabras de ánimo. *Lo tienes hecho, Pru. Relájate.*

Mi ansiedad disminuye. Por millonésima vez, me pregunto por qué el señor Chavez tiene que torturarnos asignándonos compañeros de laboratorio cuando Jude y yo habríamos sido un equipo increíble. Este último año

habría sido un paseo por el parque de no haber sido por Biología Marina y Quint Erickson.



Gracias, le silabeo a Jude, soltando mis notas. Lo único que necesito es ese recordatorio para que las palabras acudan a mí. Continúo con mi discurso, intentando ignorar la presencia de Quint. Al menos, una parte de nuestros compañeros está mirando las fotocopias que ha repartido, de modo que no todo el mundo sigue observándome.

—Como estaba diciendo, lo que atraerá a toda una nueva variedad de entusiastas viajeros ecologistas será nuestra increíble oferta de actividades y aventura. Los visitantes podrán bajar al fondo del océano a bordo de nuestros submarinos privados. Se harán travesías en kayak hasta la isla Adelai, donde ayudarán a etiquetar, rastrear e incluso poner nombre a las focas. Y, mi favorito, todas las semanas celebraremos divertidas fiestas en la playa.

Las miradas vidriosas de mis compañeros se enfocan al oír esto. Ezra incluso ulula. *Quién* si no.

Más segura, continúo:

—De acuerdo. Fortuna Beach pronto será famosa por sus saraos en la playa, donde podréis cenar marisco de fuentes sostenibles y aperitivos orgánicos en compañía de otros individuos tan concienciados con el

ecologismo como vosotros. ¿Lo mejor? Que todos los asistentes recibirán a su llegada una bolsa y un pincho, y al final de la noche, cuando hayan llenado esa bolsa con la basura que hayan recogido de nuestras playas, podrán canjearla por una bolsa de tela reutilizable llena de regalos exclusivos. Cosas como... —Dejo el puntero y levanto la bolsa del suelo—. ¡Una botella de aluminio sin BPA! —Saco la botella y se la lanzo a los alumnos. Joseph la atrapa por los pelos, sorprendido—. ¡Cubiertos reutilizables de bambú! ¡Un diario hecho con materiales reciclados! ¡Champú sólido en envases libres de plástico! —Lanzo todos los regalos. No hay duda de que mis compañeros están prestando atención ahora.

Cuando he entregado todos los regalos, hago una bola con la bolsa y se la lanzo al señor Chavez, pero esta solo consigue llegar a la mitad del camino; Ezra la atrapa en el aire. La gente empieza a darse cuenta de que todos los artículos llevan el logotipo y el eslogan que he diseñado.

FORTUNA BEACH: ¡UN ENTORNO AMABLE, AMABLE CON EL ENTORNO!

—Estas ideas y muchas más están detalladas en nuestro informe —digo, señalando las fotocopias sobre la mesa de laboratorio más cercana—. Al menos, asumo que es así. En realidad no lo he visto, ya que algo me dice que lo han terminado esta misma mañana, unos diez minutos antes de que comenzara esta clase. —Sonrío a Quint con dulzura.

Parece tenso. Molesto, pero también un poco arrogante.

—Supongo que nunca lo sabrás.

Ese comentario envía una oleada de incertidumbre por mi columna, que estoy segura de que es exactamente lo que pretendía. El informe también lleva mi nombre, después de todo. Sabe que me volverá loca no saber qué hay en él, no saber si es bueno.

—Antes de terminar —digo, dirigiéndome de nuevo a la clase—, quiero tomarme un momento para dar las gracias al señor Chavez por enseñarnos tantas cosas sobre el increíble rincón del mundo donde vivimos, y sobre la increíble vida marina y los ecosistemas que tenemos justo en nuestro patio trasero. No sé vosotros, pero sé que *yo* quiero ser parte de la solución, para asegurarme de que protegemos y mantenemos nuestros océanos para nuestros hijos y nietos. Y, con suerte, también para nosotros, como creo que hemos conseguido demostrar hoy: si nos volvemos *de otra pasta*, ¡Fortuna

Beach podría atraer *más pastel!* —Froto los dedos, fingiendo que sostengo un puñado de billetes. Le conté a Quint cómo iba a terminar la presentación. Se suponía que iba a decirlo conmigo, pero por supuesto no lo ha hecho. Ni siquiera se ha molestado en sostener el dinero imaginario—. Gracias por vuestra atención.

La clase comienza a aplaudir, pero Quint da un paso adelante y eleva una mano.

—Me gustaría añadir algo más.

Languidezco.

—¿Es necesario?

Me dedica una sonrisa arrogante antes de darme la espalda.

—Sostenibilidad y turismo no suelen ir de la mano. Los aviones contaminan un montón y la gente suele producir mucha más basura cuando viaja, al contrario de lo que ocurre en sus hogares. Dicho esto, el turismo es bueno para la economía local y..., en fin, no va a irse a ninguna parte. Queremos que Fortuna Beach sea conocida por cuidar de sus visitantes, claro, pero también de la naturaleza.

Suspiro. ¿No acabo de decir eso mismo?

—Si leéis el informe que tenéis delante —continúa—, lo que estoy seguro que nadie excepto el señor Chavez hará, veréis que una de nuestras prioridades consiste en convertir el Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach en un importante destino turístico.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco. Lleva todo el año dando la vara con esa idea del centro de recuperación. Pero ¿quién quiere pasarse las vacaciones viendo delfines desnutridos en unas tristes piscinas diminutas cuando puede ir a nadar con delfines en la bahía?

—Para que los visitantes comprendan las repercusiones de sus actos sobre el entorno, tienen que verlas con sus propios ojos, que es por lo que creemos... —Hace una pausa—. Por lo que *creo* que cualquier plan de ecoturismo debería concentrarse en la educación y en el voluntariado. El informe explica todo esto con más detalle. Gracias.

Me mira. Intercambiamos una mirada de desprecio mutuo.

Pero... Ya está. Se ha terminado. Este proyecto horrible y amargavidas ha terminado por fin.

Soy libre.

—Gracias, señor Erickson, señorita Barnett. —El señor Chavez está hojeando el informe de Quint y no puedo evitar preguntarme si habrá incluido *alguna* de mis ideas. ¿El *resort*, las bicicletas, las fiestas en la playa?—. Creo que está bastante claro, pero, solo para estar seguros, ¿podríais decirme cuál ha sido vuestra contribución a este proyecto?

—Yo hice la maqueta y el tablero de la presentación —digo—. Y diseñé y encargué el *merchandising* ecologista. También diría que he sido la directora del proyecto.

Quint resopla.

El señor Chavez levanta una ceja.

—¿No está de acuerdo, señor Erickson?

—Oh, claro que lo estoy —dice, con un vehemente asentimiento—. Ella ha dirigido, sin duda. Ha dirigido *muuuucho*.

Me tenso. Puedo sentir el arrebato en mi lengua. ¡Alguien tenía que hacerlo! ¡Tú no ibas a dar un paso adelante y hacer todo esto! Pero, antes de que salga, el señor Chavez le pregunta:

—¿Y tú escribiste el informe?

—Sí, señor —dice Quint—. Las fotografías también son mías.

Nuestro profesor emite un sonido, como si esta información fuera interesante, pero yo hago una mueca de consternación. ¿Las fotografías? Lo siento, pero hasta un niño de primaria podría recortar fotos de un número de *National Geographic* y pegarlas a una cartulina.

—Genial. Gracias a ambos.

Nos dirigimos a nuestra mesa de laboratorio, cada uno por un pasillo distinto, pero el señor Chavez me detiene.

—¿Prudence? Deja el puntero junto a la pizarra, ¿quieres? Odiaría que el señor Erickson fuera empalado cuando estamos tan cerca de terminar el curso.

La clase se ríe mientras llevo el puntero de nuevo hasta la pizarra y lo dejo en su bandeja, intentando no sentirme avergonzada. Con las manos libres, agarro la maqueta y me la llevo a la mesa.

Quint tiene la cara apoyada en una mano, cubriéndose la boca y mirándome mientras me acerco. O mirando la maqueta. Me gustaría saber qué piensa. Me gustaría ver remordimiento en su rostro, sabiendo que no hizo nada para ayudar con esta parte del proyecto. O al menos vergüenza, por llegar tarde el día más importante del año, dejándome sola para defenderme.

Incluso me gustaría verlo humillado al darse cuenta de que mi parte del proyecto ha eclipsado totalmente la suya. O quizá alguna muestra de apreciación por mi papel en nuestra supuesta colaboración durante todo este año.

Dejo la maqueta y tomo asiento. Nuestras banquetas están en extremos opuestos de la mesa, un gesto instintivo para mantener tanto espacio entre nosotros como sea posible. Tengo un moretón en el muslo derecho desde hace meses, de aplastarlo contra la pata de la mesa.

Quint aparta la mirada de la maqueta.

—Creí que habíamos decidido no hacer los viajes en barco hasta Adelai, ya que eso perturbaría a la población de elefantes marinos.

Mantengo la atención fija en el señor Chavez mientras ocupa su lugar al frente de la clase.

—Si quieres que la gente se preocupe por los elefantes marinos, entonces tendrás que mostrarles a los elefantes marinos. Y no a unos que estén medio muertos, alimentados con biberón en una mesa de acero inoxidable.

Él abre la boca y puedo sentir cómo se gesta su respuesta. Me insto a desoír cualquier comentario inane que esté a punto de hacer. Empiezo a enfadarme de nuevo. Quiero gritar. *¿No podías llegar a tiempo? ¡Solo esta vez!*

Pero Quint se controla y niega con la cabeza, así que yo también contengo mi ira.

Nos quedamos en silencio con la maqueta entre ambos y uno de los informes grapados al alcance de mi mano, aunque me niego a hojearlo. No obstante, puedo ver la portada. Al menos ha mantenido el título que acordamos: *«Conservación a través del ecoturismo en Fortuna Beach*, un informe de Prudence Barnett y Quint Erickson. Biología Marina, señor

Chavez». Debajo de nuestros nombres hay una fotografía devastadoramente triste de un animal marino, quizá una nutria o un león marino o incluso una foca, ya que nunca he sido capaz de diferenciarlos. Está enredado en sedal de pesca, envuelto como una momia, con cortes profundos en el cuello y en las aletas. Sus ojos negros miran a la cámara con la expresión más trágica que he visto nunca.

Trago saliva. Es eficaz provocando emociones, eso tengo que reconocerlo.

—Veo que has puesto mi nombre primero —digo. No estoy segura de qué me hace decirlo. No estoy segura de qué me hace decir la mitad de las cosas que le digo. Hay algo en él que hace que me sea físicamente imposible mantener la boca cerrada. Es como si siempre me quedara una bala más en la recámara, y no puedo evitar dispararla.

—Lo creas o no, sé ordenar las palabras alfabéticamente —murmura—. Después de todo, aprobé el parvulario.

—Asombroso —replico.

Él suspira.

El señor Chavez termina de tomar notas en su carpeta y sonrío a la clase.

—Gracias a todos por este fantástico grupo de presentaciones. Estoy impresionado con el esfuerzo y la creatividad que he visto este año. Os entregaré las notas mañana. Por favor, pasad vuestras conclusiones finales hacia delante.

Las sillas chirrían y hay un susurro de papel mientras mis compañeros empiezan a buscar en sus mochilas. Miro a Quint con expectación.

Él me devuelve la mirada, confuso.

Levanto una ceja.

Sus ojos se llenan de asombro.

—¡Oh! —Agarra su mochila y comienza a buscar en el caos del interior—. Lo había olvidado.

Recórcholis.

—¿Has olvidado traerlo? —le pregunto—. ¿O has olvidado hacerlo?

Él se detiene y hace una mueca.

—¿Las dos cosas?

Pongo los ojos en blanco y él levanta una mano. Su breve expresión avergonzada ya ha comenzado a evaporarse.

—No hace falta que lo digas.

—¿Que diga qué? —respondo, mientras un borrón de palabras como *incompetente, vago e inútil* giran en mi mente.

—Hablaré con el señor Chavez —me dice—. Le diré que es culpa mía y le enviaré las conclusiones esta noche por correo electrónico.

—No te molestes.

Abro mi carpeta de Biología, donde el resumen con las conclusiones finales está sobre todo lo demás, pulcramente escrito e incluyendo una gráfica circular de toxicología ambiental. Me inclino sobre la mesa y se lo paso al de delante.

Cuando vuelvo a mirarlo, Quint parece... ¿enfadado?

—¿Qué?

Señala el informe, que ha desaparecido en el montón con los demás.

—¿No confiabas en que fuera a hacerlo?

Me giro para mirarlo.

—E hice bien en no hacerlo.

—¿Qué pasa con lo de ser un equipo? Quizá, en lugar de hacerlo sola, podrías habérmelo recordado. Yo lo habría hecho.

—No es mi trabajo recordarte que tienes que hacer los deberes. O que tienes que llegar a clase a tiempo, por cierto.

—Estaba...

Lo interrumpo, elevando las manos con exasperación.

—Me da igual. No importa. Demos gracias porque esta *asociación* ha terminado por fin.

Quint emite un sonido gutural y, aunque creo que está de acuerdo conmigo, me hace enrojecer de ira. He tirado de este carro durante todo el año, haciendo mucho más que mi parte del trabajo. Por lo que a mí respecta, soy lo mejor que podría haberle ocurrido.

El señor Chavez reúne las últimas páginas que pasan al frente.

—Bueno, sé que mañana es vuestro último día de secundaria y que estáis todos ansiosos por comenzar vuestras vacaciones, pero esta tarde sigue formando parte del calendario escolar, así que estos son vuestros

deberes. —La clase emite un gemido unánime cuando le quita el tapón a un rotulador verde y empieza a garabatear en la pizarra blanca—. Lo sé, lo sé. Pero pensad que esta podría ser la última oportunidad que tengo de imbuiros mi sabiduría. Dejadme disfrutar de este momento, ¿de acuerdo?

Saco un bolígrafo y comienzo a copiar los deberes en mi cuaderno.

Quint no lo hace.

Cuando suena la campana, es el primero en salir.



—No estoy en contra de los deberes, en general —dice Jude, hojeando las páginas de su libro de texto de Biología Marina sin prestar atención—. Pero ¿deberes el penúltimo día de clase? Es propio de un tirano.

—Oh, deja de quejarte —dice Ari desde detrás de su menú. Pasa mucho tiempo estudiando el menú cada vez que venimos, aunque siempre terminamos pidiendo los mismos platos—. Al menos vosotros vais a tener vacaciones de verano. Nuestros profesores nos han dado listas de lectura y nos han puesto tareas para «mantenemos entretenidos» durante las vacaciones. Julio es el mes de la mitología griega. Viva.

Jude y yo le echamos una mirada consternada. Los tres estamos sentados en una mesa esquinera en Encanto, nuestro restaurante favorito de la calle Mayor. Es el típico sitio para turistas, justo en la calle principal (incluso puede verse parte de la playa a través de los ventanales), pero solo se abarrota los fines de semana, lo que lo convierte en el lugar ideal donde pasar un rato tranquilo después de clase. En parte porque la fusión de comida mexicana y puertorriqueña es alucinante, y en parte porque Carlos, el propietario, nos invita a refrescos y a tantas patatas y salsa como podamos comer sin quejarse porque ocupemos el valioso espacio. Bien

pensado, creo que le gusta tenemos por aquí, aunque solo pidamos comida entre las tres y las seis para aprovechar el descuento del cincuenta por ciento en los aperitivos especiales.

—¿Qué? —pregunta Ari, notando por fin las miradas que Jude y yo estamos echándole.

—Preferiría la mitología griega al plancton cualquier día de la semana —dice Jude, señalando una ilustración del libro.

Ari resopla con esa expresión suya de «vosotros no lo entendéis». Lo cual, por supuesto, es cierto. Los tres hemos discutido qué es peor, si asistir al prestigioso centro privado St. Agnes o navegar por el Instituto Fortuna Beach, desde que nos conocimos hace casi cuatro años. Es la típica situación en la que la suerte del otro siempre parece mejor. Jude y yo envidiamos los temas aparentemente rebuscados y los planes lectivos de los que Ari se queja, cosas como «Cómo modificó el devenir de la historia el comercio transcontinental de las especias» o «La influencia del paganismo en las tradiciones religiosas modernas», mientras que ella anhela la normalidad de película adolescente que acompaña nuestros almuerzos cutres en la cafetería y no tener que llevar uniforme cada día.

Lo cual me parece justo.

Una cosa que Ari no puede discutir, sin embargo, es que St. Agnes tiene un programa musical muy superior a cualquier otro que se pueda encontrar en un centro público. Si no fuera por sus clases de Composición y Teoría Musical, sospecho que Ari habría suplicado a sus padres que la dejaran cambiarse.

Jude y yo volvemos a nuestras redacciones mientras Ari concentra su atención en dos mujeres que comparten un postre en la mesa de al lado. Tiene su cuaderno delante y lo mira como si intentara encontrar una rima para que la música funcione. Imagino una balada sobre pudín de coco y primeros amores. Casi todas las canciones de Ari son sobre primeros amores. O eso, o sobre la tumultuosa ira del amor despedido. Nunca nada intermedio. Aunque supongo que eso podría decirse de casi cada canción que existe.

Leo el enunciado de nuevo, esperando que me inspire alguna idea. «Doscientas cincuenta palabras sobre una adaptación acuática que fuera útil

en nuestro entorno terrestre». No es difícil. Debería haber terminado hace una hora. Pero, después del trabajo de las últimas noches en el proyecto de ecoturismo, tengo el cerebro como si lo hubiera metido en una picadora de carne.

—¡Eso es! ¡El tiburón peregrino! —dice Jude, golpeando su libro con el dedo. La imagen muestra un tiburón bastante aterrador: su enorme boca abierta revela no unos dientes afilados y enormes, sino lo que parece ser su esqueleto o su caja torácica o algo que se extiende hacia el interior de su cuerpo. Me recuerda a la escena en la que Pinocho es tragado por la ballena —. Nada por el agua recogiendo toda la comida que se acerca a él.

—¿Y por qué te parece útil eso? —le pregunto.

—Es eficiente. Toda la comida junto a la que pasara bajaría por mi garganta. No tendría que masticar ni dejar de comer nunca. —Se detiene. Una expresión pensativa sube hasta sus ojos—. En realidad, ese sería un monstruo de mazmorra genial.

—Ese sería un monstruo asqueroso —le digo.

Se encoge de hombros y toma algunas notas en el cuaderno de dibujo que siempre tiene junto al codo.

—Eres tú la que está obsesionada con la gestión del tiempo.

Tiene razón. Gruño y busco en mi libro por sexta vez mientras Jude toma nuestro portátil compartido y se lo acerca. En lugar de abrir un nuevo documento, borra mi nombre de la parte de arriba y lo reemplaza con el suyo antes de comenzar a escribir.

—Aquí tenéis, pequeñas abejas obreras —dice Carlos, dejándonos una cesta con nachos, guacamole y dos tipos de salsa: una dulce de guayaba para Jude y para mí, y una picante extrafuerte casi masoquista, de las que te hacen preguntarte por qué alguien querría hacerle eso a su cuerpo, para Ari —. ¿Todavía no ha terminado el curso?

—Mañana es nuestro último día —dice Jude—. Ari terminó la semana pasada.

—¿Significa eso que os veré más, o menos?

—Más —contesta Ari, sonriendo—. Creo que prácticamente vamos a vivir aquí este verano, si te parece bien. —Ari está enamorada como una colegiala de Carlos desde que empezamos a venir aquí. Lo que resulta un

poco extraño, teniendo en cuenta que él se acerca a los cuarenta, aunque se parece un montón a Antonio Banderas de joven. Eso, además del acento puertorriqueño, además de que sabe cocinar. ¿Quién podría culpar a la chica por estar un poco enamorada?

—Vosotros tres siempre sois bienvenidos —nos dice—. Pero intentad no aprovecharos demasiado de mi política de recargas gratis, ¿vale?

Le damos las gracias por los nachos mientras se aleja para atender otra mesa.

Jude se echa hacia atrás y se desempolva las manos.

—Terminado.

Levanto la mirada de la foto de un rape.

—¿Qué? ¿Ya?

—Son solo doscientas cincuenta palabras. Y esta tarea no contará para nada. Confía en mí, Pru, el tirano solo está poniendo a prueba nuestra lealtad. No le des más vueltas.

Frunzo el ceño. Ambos sabemos que para mí es imposible no darle más vueltas.

—Esa es buena —dice Ari, señalando el libro con un nacho. Una gota de salsa aterriza sobre la esquina de la página—. *Ups*. Lo siento.

Limpio la mancha con la servilleta.

—No quiero ser un rape.

—La tarea no se trata de decir qué *serías* —apunta Jude—, sino qué adaptación te sería útil.

—Tendrías una linterna integrada —añade Ari—. Eso sería práctico.

Murmuro, pensando. No está mal. Podría funcionar; podría decir que sería un brillante faro en las épocas oscuras, aunque quizá sea demasiado poético para un trabajo de ciencias.

—Vale, de acuerdo —digo, tirando del portátil de nuevo hacia mí. Guardo el documento de Jude antes de comenzar el mío.

Acabo de terminar mi primer párrafo cuando se produce un alboroto en la entrada del restaurante. Miro para ver a una mujer empujando un carrito lleno de altavoces, equipos electrónicos, una pequeña televisión, un montón de gruesas carpetas de tres anillas y rollos de cable.

—¡Lo has conseguido! —exclama Carlos desde detrás de la barra, tan alto que de repente todo el mundo mira a la mujer. Ella se detiene, parpadea bajo la tenue luz y deja que sus ojos se adapten al cambio tras el cegador sol de la tarde. Carlos corre hacia ella y toma el carrito—. Yo lo llevaré. He pensado que podríamos instalarlo por aquí.

—Oh, gracias —dice ella, echándose hacia atrás un largo mechón teñido de rojo manzana de caramelo. Con la excepción del flequillo, que casi le cubre los ojos, lleva el cabello en un recogido apresurado que muestra el rubio natural de sus raíces. Su ropa llama la atención: desgastadas y descoloridas botas *cowboy*, vaqueros oscuros en los que hay tanta tela como agujeros, un top de tirantes de terciopelo bermellón y suficiente bisutería para hundir un barco pequeño. Está muy lejos de las chanclas y los pantalones surferos que normalmente pueblan la calle Mayor en esta época del año.

Es guapísima. Impresionante, en realidad. Pero es difícil saberlo debido a la capa de delineador negro y de emborronado labial púrpura. Si fuera de aquí, sin duda me habría fijado en ella, así que estoy segura de que nunca la había visto antes.

—¿Qué te parece esto? —le pregunta Carlos, ignorando el hecho de que la mayor parte de sus clientes están mirándolos.

—Perfecto. Encantador —dice la mujer con un leve acento del sur. Carlos suele contar con música en directo los fines de semana, y están en el pequeño escenario donde tocan los grupos. La mujer se toma un segundo para inspeccionar la zona antes de señalar la pared—. ¿Es el único enchufe?

—Hay otro allí detrás. —Carlos aparta de la esquina un carrito platero.

—Excelente. —La mujer pasa algún tiempo girando en círculo, inspeccionando las televisiones que hay colgadas en el restaurante, casi siempre con deportes—. Sí, genial. Esto funcionará. Tienes un local bonito.

—Gracias. ¿Necesitas ayuda para instalarlo o...?

—No, ya lo tengo. No es mi primera vez en el ruedo. —Lo ahuyenta de allí.

—De acuerdo, vale. —Carlos retrocede un paso—. ¿Te traigo algo de beber?

—Oh. Uh... —Piensa en ello unos segundos—. ¿Un Shirley Temple?

Carlos se ríe.

—Claro.

El hombre regresa a la barra y ella empieza a mover mesas y a instalar el equipo que ha traído. Después de un par de minutos, agarra el montón de carpetas y se acerca a la mesa más cercana. *Nuestra* mesa.

—Bueno, aquí tenemos a algunos simpáticos jóvenes de Fortuna Beach —dice, fijándose en nuestros libros de texto y ordenadores.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Ari, señalando con la cabeza todas las cosas que ha traído.

—¡La noche de karaoke semanal! —dice la mujer—. Bueno, en realidad esta será la primera, pero esperamos que se convierta en algo semanal.

¿Karaoke? De inmediato me siento abrumada por visiones de viejos canturreando y señoras de mediana edad graznando y un montón de borrachos que no son capaces de seguir la melodía y... Oh, no. Eso es incompatible con nuestras tranquilas sesiones de estudio. Menos mal que el curso casi ha terminado.

—Soy Trish Roxby y seré vuestra anfitriona —continúa. Al notar nuestras expresiones nada entusiasmadas, señala la barra con el pulgar—. ¿No habéis visto los letreros? Carlos dice que lleva un par de semanas anunciándolo.

Miro la barra. Tardo un minuto en darme cuenta. En la pizarra junto a la puerta, sobre el listado de especiales del día, alguien ha garabateado con letra desordenada las palabras: Acompañadnos en NUESTRO KARAOKE SEMANAL, TODOS LOS MARTES A LAS SEIS. ¡EMPEZAMOS EN JUNIO!

—Bueno, ¿os animaréis esta noche? —nos pregunta Trish.

—No —decimos Jude y yo al unísono.

Ari se muerde el labio inferior, mirando la carpeta.

Trish se ríe.

—No es para tanto. Lo prometo, puede ser muy divertido. Además, a las chicas les gusta que les den serenatas, ¿sabes?

Al darse cuenta de que está hablando con *él*, Jude empieza a moverse con nerviosismo.

—Uh. No. Esta es mi hermana melliza. —Inclina la cabeza hacia mí y después señala a Ari—. Y nosotros no somos... —Se detiene.

—¿En serio? ¿Mellizos? —dice Trish, ignorando lo que Ari y él no son. Me mira, y después a Jude, antes de asentir lentamente—. Sí, vale. Ahora lo veo.

Está mintiendo. Nadie cree nunca que Jude y yo seamos familia, y mucho menos mellizos. No nos parecemos en nada. Él mide uno ochenta y cinco y es delgado como nuestro padre. Yo mido uno sesenta y siete y tengo las curvas de mi madre. A la abuela le encanta bromear diciendo que yo me quedé con todas las lorzadas de Jude cuando estábamos en la barriga de mi madre. La broma nunca me pareció especialmente divertida cuando éramos niños, y no ha mejorado con la edad. Inserta un emoticono con los ojos en blanco aquí.

Jude es rubio y superpálido, pero pálido en plan vampiro. Se le quema la piel si está treinta segundos expuesto al sol, así que vivir en el sur de California no es ideal para él. Yo, por el contrario, soy morena y ya luzco un bronceado decente a finales de junio. Jude tiene pómulos. Yo tengo hoyuelos. Jude tiene unos labios gruesos que lo hacen parecer un poco un modelo de Abercrombie, aunque *odia* que se lo diga. ¿Y yo? Bueno, al menos tengo mi lápiz de labios.

Trish se aclara la garganta, incómoda.

—Bueno, ¿alguna vez habéis cantado en un karaoke?

—No —contesta Ari—. Aunque lo he pensado.

Jude y yo intercambiamos una mirada porque, en realidad, sí que hemos ido al karaoke. Un montón de veces. Cuando éramos pequeños, nuestros padres solían llevarnos a un gastrobar que ofrecía un karaoke familiar el primer domingo de cada mes. Cantábamos a voz en grito canción tras canción de los Beatles y mi padre siempre terminaba «su repertorio», como él lo llamaba, con *Dear Prudence*, antes de reunirnos a todos para cantar *Hey Jude*. Al final, todo el restaurante cantaba: *Naaaa na... ¡nananana!* Incluso Penny se unía a nosotros, aunque solo tenía dos o tres años y seguramente ni idea de qué estaba pasando. Era mágico.

Una pequeña y nostálgica parte de mí se anima al pensar en la ligeramente desafinada versión de papá de *Penny Lane* o en los eufóricos intentos de mamá en *Hey Bulldog*.

Pero hubo una vez, cuando no podía tener más de diez u once años, en la que un borracho del público gritó: «¡Esa niña necesita pasar menos tiempo cantando y más tiempo haciendo sentadillas!».

Todos sabíamos de quién estaba hablando. Y, bueno, la magia quedó arruinada después de eso.

Si me paro a pensarlo, ese podría haber sido el origen de mi miedo a hablar en público, y de la ansiedad al saber que todos estarán mirándome, criticándome, esperando para avergonzarme.

—Bueno, pensáoslo, chicos —dice Trish, dejando el cancionero junto a los nachos. Se saca un bolígrafo y algunas tiras de papel de un bolsillo y los deja también—. Si queréis cantar alguna canción, escribid aquí su título y entregádmelo, ¿de acuerdo? Ah. Y si la canción que queréis no está en la carpeta, decídmelo. A veces puedo encontrarla *online*. —Nos guiña el ojo y se aleja a la mesa siguiente.

Pasamos algunos segundos mirando la carpeta fijamente, como si fuera una serpiente venenosa.

—Ya —murmura Jude, y empieza a lanzar sus cosas a su mochila—. Eso no va a ocurrir.

Yo siento exactamente lo mismo. No podrían pagarme lo suficiente para que me levantara y cantara delante de un puñado de desconocidos. O conocidos, da igual; Fortuna Beach no es una ciudad grande y es imposible ir a algún sitio sin que te topes con alguien a quien conoces. Incluso ahora, si miro a mi alrededor, puedo ver a la peluquera de mi madre en la barra y al encargado del supermercado de la esquina en una de las mesas pequeñas.

Ari, no obstante, sigue mirando el cancionero. Sus ojos brillan con anhelo.

He oído cantar a Ari. No se le da mal. Al menos, sé que puede mantener la entonación. Además, quiere ser compositora. Ha soñado con ser compositora desde que era niña. Y todos sabemos que, para tener algún tipo de éxito en eso, habrá veces en las que seguramente tendrá que cantar.

—Deberías probar —le digo, empujando la carpeta hacia ella.

Ari hace una mueca.

—No sé. ¿Qué podría cantar?

—No sé, ¿cualquier canción que se haya grabado en los últimos cien años? —dice Jude.

Ella le echa una mirada, aunque está claro que su comentario la anima. A Ari le encanta la música. Toda la música. Es una Wikipedia andante de todo, desde *jazz* de los años treinta a punk de los ochenta e *indie* moderno. De hecho, seguramente no nos habríamos conocido de no ser por su obsesión. Mis padres tienen una tienda de discos a una manzana de la calle Mayor, Vinilos Ventures, que recibe su nombre por un popular grupo de *rock* surfero de los sesenta. Ari empezó a comprar allí cuando estábamos en primaria. La paga que le daban sus padres era mucho mayor que la que yo recibía, y todos los meses utilizaba el dinero ahorrado para comprarse tantos discos como pudiera permitirse.

Mis padres adoran a Ari. Bromean diciendo que es su sexta hija. Les gusta decir que Ari es la que ha mantenido su negocio en marcha los últimos años, lo que sería encantador si no temiera que en realidad podría estar cerca de la verdad.

—¿Podríamos hacer un dueto? —me pregunta, mirándome con esperanza.

Me trago un instintivo y apasionado *no* y señalo consternada mi libro.

—Lo siento. Aún no he terminado la redacción.

Frunce el ceño.

—Jude ha escrito la suya en diez minutos. Venga. ¿Quizá una de los Beatles?

No sé si lo sugiere porque sabe lo mucho que me gustan o porque le consta que es el único grupo del que me sé todas las letras. Como hemos crecido en una tienda de discos, la música siempre ha inundado mi vida y la de mis hermanos, pero a ojos de mis padres nadie podrá compararse jamás con los Beatles. Incluso pusieron a sus cinco hijos nombres de canciones de los Beatles: *Hey Jude*, *Dear Prudence*, *Lucy in the Sky with Diamonds*, *Penny Lane* y *Eleanor Rigby*.

Al notar de que Ari sigue esperando una respuesta, suspiro.

—Quizá. No lo sé. Tengo que terminar esto.

Mientras ella sigue hojeando la carpeta de canciones, intento concentrarme de nuevo en la redacción.

—Un Shirley Temple suena muy bien —dice Jude—. ¿Alguien más quiere uno?

—Un poco femenino, ¿no te parece? —me burlo.

Él se encoge de hombros y se levanta de la mesa.

—Me siento cómodo con mi masculinidad.

—¡Yo quiero tu cereza! —exclama Ari a su espalda.

—Oye, que es mi hermano.

Jude se detiene, me mira y después a Ari, y acto seguido se pone rojo como un tomate.

Ambas estallamos en carcajadas. Jude niega con la cabeza y camina hacia la barra. Formo un megáfono con las manos para gritarle:

—¡Sí, pídenos uno a nosotras también!

Agita la mano sin mirarme para que sepa que me ha oído.

Se supone que no debemos cruzar la línea que divide la zona para mayores de veintiuno del resto del restaurante, así que Jude se detiene ante la barrera invisible para pedir al camarero.

Estoy concentrada en la redacción cuando Jude regresa con tres vasos altos llenos de burbujeante refresco rosa, con cerezas extra en cada uno de ellos. Sin preguntar, Ari coge una cuchara, saca las cerezas de nuestros vasos y las mete en el suyo.

—¡Hola a todos y bienvenidos a nuestra primera noche de karaoke semanal! —dice Carlos, hablando a través de un micrófono que Trish ha traído con ella—. Me llamo Carlos y soy el dueño de Encanto. Os agradezco vuestra confianza y espero que todos paséis un rato divertido esta noche. No seáis tímidos. Aquí todos somos amigos, así que ¡subid y hacedlo lo mejor posible! Dicho esto, es un placer recibir a nuestra presentadora, Trish Roxby.

Se oyen algunos aplausos mientras Trish toma el micrófono y Carlos se dirige de nuevo a la cocina.

—Oye, oye, ¿es que no vas a cantar? —le dice Trish.

Carlos se gira con expresión horrorizada. Se ríe un poco.

—Quizá la semana que viene.

—No se me va a olvidar —replica Trish.

—He dicho *quizá* —apunta Carlos, retrocediendo un poco más. Trish sonríe a los clientes del restaurante.

—Hola, chicos, estoy muy contenta de estar aquí esta noche. Sé que a nadie le gusta ser el primero, así que comenzaré yo con la fiesta. Por favor, traed las tiras de papel para que sepa qué queréis cantar esta noche, o de lo contrario tendréis que escucharme a mí durante las siguientes tres horas.

Aporrea algo en su máquina y un solo de guitarra empieza a sonar a través de los altavoces: *I Love Rock and Roll*, de Joan Jett.

Intento no refunfuñar, pero... Venga ya. ¿Cómo se supone que voy a terminar esta redacción con *eso* sonando de fondo? Esto es un restaurante, no un concierto de *rock*.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dice Jude.

—Lo sé —dice Ari, asintiendo con admiración—. Es muy buena.

—No me refiero a eso —responde Jude, dándome un codazo en el costado—. Pru, mira. Es *Quint*.



Levanto la cabeza bruscamente. Por un segundo estoy segura de que Jude está gastándome una broma. Pero no..., ahí está. Quint Erickson, deambulando junto al letrero de TOME ASIENTO que hay al lado de la puerta. Está con una chica que no conozco: asiática, bajita, con el cabello recogido en dos moños despeinados tras las orejas. Lleva irnos pantalones vaqueros cortos y una camiseta descolorida con una ilustración del Bigfoot y las palabras CAMPEÓN MUNDIAL DEL ESCONDITE impresas debajo.

A diferencia de Quint, que está mirando a Trish mientras esta canta a todo pulmón, la chica está concentrada en su teléfono.

—Vaya —dice Ari, inclinándose sobre la mesa y bajando la voz, aunque de ningún modo nadie podría oírnos sobre la voz gutural de Trish Roxby, que nos exige que pongamos otra moneda en la gramola. *Put another dime in the jukebox, baby*—. ¿Ese es Quint? ¿El famoso Quint?

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres con el famoso Quint?

—¿Qué pasa? No has hablado de otra cosa este año.

Se me escapa una carcajada, brusca y sin humor.

—¡Eso no es cierto!

—Vaya que lo es —dice Jude—. No sé quién de nosotros se alegra más del inicio del verano. Tú, porque ya no tendrás que lidiar con él, o yo, porque ya no tendré que escuchar cómo te quejas de él.

—Es más mono de lo que imaginaba —dice Ari.

—Oh, sí, está buenorro —añade Jude—. A todo el mundo le gusta.

—Solo porque su imbecilidad apela al mínimo común denominador de la sociedad —replico. Jude resopla. Bajo la voz—: Además, en realidad no es tan atractivo. Mira qué cejas.

—¿Qué tienes contra sus cejas? —me pregunta Ari, mirándome como si debiera sentirme avergonzada por sugerir algo así.

—Por favor. Son enormes —le explico—. Además, su cabeza tiene una forma rara. Es como... cuadrada.

—No eres demasiado objetiva, ¿verdad? —murmura Ari, echándome una mirada burlona que corretea bajo mi piel.

—Solo estoy dando mi opinión.

No van a convencerme de lo contrario. Es cierto que Quint no es *feo*. Lo sé. Cualquiera con ojos lo sabe. Pero no hay elegancia en sus rasgos. Tiene unos ojos marrones aburridos, sosos y de lo más básico, y aunque estoy segura de que debe tener pestañas, ni una vez han atraído mi atención. Además, con su perpetuo bronceado, su cabello ondulado y esa sonrisa idiota, parece un surfero cualquiera. En resumen: es totalmente olvidable.

Vuelvo a poner los dedos sobre el teclado, negándome a permitir que Quint o el karaoke o cualquier otra cosa desvíe mi atención. Estos son los últimos deberes de nuestro último año en secundaria. Puedo hacerlo.

—¡Ey, Quint! —grita Jude, levantando la mano en el aire para saludarlo.

Me quedo boquiabierta.

—¡Traidor!

Jude se gira hacia mí con una mueca.

—Lo siento, hermanita. Me ha visto y he entrado en pánico.

Tomo aliento lentamente a través de las fosas nasales y me atrevo a mirar la entrada del restaurante. Quint y su amiga se dirigen hacia nosotros. Quint está sonriendo, como siempre. Es como uno de esos perritos bobos que son incapaces de darse cuenta de que están rodeados de gente a la que

le gustan los gatos. Dan por sentado que todo el mundo se alegra de verlos, todo el rato.

—¿Qué pasa, Jude? —dice Quint. Me mira, y también mi libro y mi portátil, y su sonrisa se tensa solo un poquito—. Prudence. Trabajando duro, como siempre.

—El trabajo de calidad no aparece por arte de magia —digo.

Él chasquea los dedos.

—¿Sabes? Eso creía yo, pero después de un año trabajando contigo, estoy empezando a dudarlo.

Entorno los ojos.

—Ha sido un placer. —Mi sarcasmo es tan espeso que casi me atraganto con él. Miro de nuevo la pantalla. Tardo un segundo en recordar de qué iba la redacción.

—Quint —dice Jude—, esta es nuestra amiga Araceli. Araceli, Quint.

—Ey —dice Quint. Veo a través de las pestañas cómo chocan el puño. Como ha sido iniciativa de Quint, parece el saludo más natural y fluido del mundo, aunque creo que jamás había visto a Ari chocando el puño con alguien—. Encantado de conocerte, Araceli. Bonito nombre. Tú no vas a nuestro instituto, ¿verdad?

—No. Voy al St. Agnes —responde—. Y puedes llamarme solo Ari.

Hago una mueca, pero sigo con la cabeza baja y nadie puede verla.

—Y, oh, esta es Morgan. Está en el centro de estudios superiores de Turtle Cove.

Quint señala a la chica, que se ha quedado un par de pasos atrás y está mirando el escenario con algo parecido a la consternación. Cuando Quint dice su nombre, nos mira y fuerza una sonrisa incómoda.

—Encantada de conocerlos —dice, educada pero indiferente.

Se produce una ronda de torpes *buenas* y *holas*, pero la atención de Morgan ya ha regresado al escenario, donde alguien está cantando una canción *country* que habla de cerveza fría y pollo frito.

—Morgan dice que la comida aquí es genial —dice Quint—. Quiere que pruebe... ¿Cómo se llamaban? Ton... Tol... —Mira a Morgan, inquisitivo.

—Tostones —le recuerda ella, volviendo a mirar su teléfono. Parece enfadada mientras aporrea la pantalla con los pulgares, e imagino una

desagradable guerra de mensajes entre ella y su novio.

—Están realmente buenos —dice Jude.

Quint señala el escenario del karaoke.

—No esperaba que la cena viniera con espectáculo gratis.

—Nosotros tampoco —murmuro.

—Es algo nuevo que están probando. —Ari empuja el cancionero hacia el borde de la mesa—. ¿Te animas a cantar algo?

Quint se ríe y suena casi autocrítico.

—No. Me apiadaré de la pobre gente del paseo marítimo. Odiaría asustar a los turistas cuando acabamos de comenzar la temporada.

—Todo el mundo piensa que canta fatal —dice Ari—, pero en realidad muy pocos son tan malos como creen.

Quint ladea la cabeza. Mira a Ari y después a mí.

—Perdona. ¿Tú eres amiga de ella?

—¿Disculpa? —le espeto—. ¿Eso qué significa?

Se encoge de hombros.

—Es solo que estoy tan acostumbrado a tus críticas que me resulta extraño que alguien me dé el beneficio de la duda.

—¿Eh, mirad! —grita Jude—. ¡Es Carlos! Justo a tiempo de evitar un momento dolorosamente incómodo.

Carlos se detiene con una bandeja de vasos vacíos.

—Solo vengo a ver cómo va mi mesa favorita. ¿Vais a uniros a ellos, chicos? ¿Os traigo algo de beber?

—Uh... —Quint mira a Morgan—. Claro. Algo de beber me vendría bien. ¿Qué es eso? —Señala nuestras bebidas rosadas.

—Shirley Temple —dice Ari.

Quint parece confuso.

—Esa es una actriz, ¿no?

Ari se anima.

—¿Nunca lo has probado? Es decir, sí, era una actriz, una estrella infantil. Pero la bebida... Deberías probarla. Es como alegría dentro de un vaso.

—Más bien como diabetes y una grave falta de dignidad —murmura Morgan por lo bajo, todavía concentrada en su diatriba por mensaje.

Quint le echa una mirada casi divertida, teñida de algo parecido a la compasión. Me molesta reconocer esa mirada. Me la ha dirigido a mí casi cada día desde que comenzó el curso.

—Acabo de darme cuenta de lo bien que os llevaríais Prudence y tú — le dice.

Morgan levanta la mirada, confusa, y yo sé que se está preguntando quién es *Prudence*, pero en lugar de preguntarlo, dice:

—¿Por qué ha sonado eso como un insulto?

Quint niega con la cabeza.

—Es una larga historia. —Asiente en dirección a Carlos—. Tomaremos dos Shirley Temple.

—No. Paso —dice Morgan—. Yo tomaré un café helado con leche de coco.

—Claro —responde Carlos—. ¿Os quedaréis en esta mesa?

Quint mira nuestra bancada. Es grande (probablemente podría acoger hasta ocho personas, si quisieran ponerse cómodas). Sin duda cabrían dos más.

Pero posa sus ojos en mí y en la mirada glacial que le estoy enviando y milagrosamente capta la indirecta.

—No, en realidad vamos a... —Se gira. El restaurante se está llenando rápido, pero hay una mesa para dos justo al lado del escenario que acaba de quedarse vacía, con una cesta de nachos y algunas servilletas arrugadas—. ¿Está libre esa mesa?

—Claro. La prepararé para vosotros. —Carlos señala el cancionero—. No seáis tímidos, chicos. Necesitamos más cantantes. Vamos a darle caña a esos temas, ¿de acuerdo? Y te estoy mirando a ti, Pru.

Quint hace un sonido gutural, algo entre incredulidad y diversión. Me pone la piel de gallina.

—Qué gracioso —dice, mientras Carlos se dirige a la barra.

—¿Qué es gracioso? —le pregunto.

—La idea de que tú cantes en el karaoke.

—Sé cantar —digo, a la defensiva, antes de sentirme obligada a añadir —: Más o menos.

—Ya, claro que sabes —dice Quint, sonriendo... Porque ¿cuándo no está sonriendo?—. Pero me resulta difícil imaginarte relajándote lo suficiente para hacerlo.

Relajándome.

Él no lo sabe (o quizá sí), pero acaba de meter el dedo en una llaga muy dolorosa. Puede que tenga algo que ver con lo, perfeccionista que soy. O con que me gusta seguir las reglas, destacar; soy el tipo de persona que es más probable que organice un grupo de estudio que una fiesta. Quizá se deba a que mis padres me dieron el desafortunado nombre de Prudence, «prudencia».

No me gusta que me digan que me relaje.

Sé relajarme. Sé divertirme. Quint Erickson no me conoce.

Por el contrario, Jude me conoce demasiado bien. Está mirándome con una expresión llena de preocupación. Después se dirige a Quint y dice, quizá demasiado alto:

—En realidad, Pru y yo solíamos ir al karaoke continuamente cuando éramos niños. Su versión de *Yellow Submarine* era brillante.

—¿En serio? —le pregunta Quint, sorprendido. Está mirando a Jude, pero después me mira y sé que no tiene ni idea de cómo me hierva la sangre en este momento—. Pagaría dinero por ver eso.

—¿Cuánto? —le espeto.

Se detiene, como si no estuviera seguro de si estoy bromeando o no.

Una camarera aparece y señala la pequeña mesa, ahora limpia de platos y con dos vasos de agua helada.

—Vuestra mesa está lista.

—Gracias —dice Quint. Parece aliviado de tener una vía de escape de esta conversación. Yo estoy eufórica—. Me alegro de verte, Jude. Encantado de conocerte..., Ari, ¿verdad? —Vuelve a mirarme—. Supongo que te veré en clase.

—No lo olvides. —Golpeo el libro—. Doscientas cincuenta palabras sobre tu adaptación acuática preferida.

—Ya. Gracias por el recordatorio. ¿Ves? ¿Ha sido tan difícil?

—Es que me parece inútil —digo con dulzura—, ya que ambos sabemos que lo escribirás cinco minutos antes de qué comience la clase. Si

es que lo haces.

Su sonrisa permanece firme, pero sé que empieza a cansarse.

—Siempre es un placer, Prudence. —Me saluda con un dedo antes de dirigirse con Morgan a su mesa.

—*Argh* —gruño—. Todos sabemos que va a olvidarlo. ¿Y sabéis qué es lo peor? Que el señor Chavez se lo pasará por alto, como siempre hace. Es...

—Exasperante —repiten Ari y Jude a la vez.

Resoplo.

—Bueno, lo es. —Reactivo el portátil. Tardo un minuto en recordar qué estaba escribiendo.

—No me mates por decir esto —dice Ari—, pero no me ha parecido tan malo.

—No lo es —afirma Jude—. Es posible que sea un compañero de laboratorio horrible, pero aun así es un tío agradable.

—Decir *horrible* es quedarse muy corto. Sinceramente, no sé qué he hecho para merecer este castigo kármico.

—¡Oh! —A Ari se le iluminan los ojos—. Eso me da una idea. —Tira del cancionero hacia ella y comienza a pasar las páginas.

Jude y yo nos miramos, pero no le pregunto qué canción está buscando. Jude levanta su bebida y se la termina de un único y largo trago.

—Tengo que marcharme. Se supone que he quedado con los chicos a las siete para empezar a planear nuestra siguiente campaña. —Frunce el ceño cuando mira a Ari—. ¿De verdad vas a cantar? Porque seguramente podría quedarme, si necesitas apoyo moral.

Ella agita una mano.

—Estaré bien. Ve a explorar mazmorras infestadas de trasgos o lo que sea.

—Infestadas de kobolds, en realidad —dice Jude, levantándose de la mesa—. Y tengo algunas ideas geniales para las trampas que habrá escondidas en el mapa. Además, seguramente habrá un dragón, ¿sabes?

—Nunca hay demasiados dragones —dice Ari, todavía examinando el cancionero.

Pienso en preguntarle qué es un kobold, pero no estoy segura de tener espacio en el cerebro para una de las entusiastas explicaciones de Jude, así que solo sonrío.

—Por algo se llama *Dragones y Mazmorras*.

—¡La tienen! —dice Ari, agitando y señalando el cancionero—. Sé que te sabes esta canción.

Espero que haya elegido algo de los Beatles, pero en lugar de eso está señalando el título de una canción de John Lennon en solitario: *Instant Karma! (We All Shine On)*.

—Oh, sí, esa es buena —asiente Jude, inclinándose sobre la mesa para ver—. Podrías darle caña, Pru.

—No voy a cantar.

Ari y Jude me miran con las cejas levantadas.

—¿Qué?

Ari se encoge de hombros y aparta la carpeta.

—Pensaba que querrías demostrarle a Quint que se equivoca.

Levanto un dedo furioso.

—No tengo por qué demostrarle nada.

—Claro que no —dice Jude, colocándose la mochila en el hombro—. Pero no hay nada de malo en demostrar a la gente que puedes hacer algo más que conseguir sobresalientes. Que puedes, ya sabes... —Retrocede un paso, quizá preocupado por si le doy una bofetada, y susurra—: Divertirte.

Lo fulmino con la mirada.

—Sé divertirme.

—Y yo lo sé —dice Jude—. Pero incluso tú tienes que admitir que es un secreto bien guardado.



Jude se marcha e intento concentrarme en mi redacción. Solo necesito un par de frases más para redondearla, pero voy lenta. Tengo las palabras de Jude en la cabeza y, para mi infinita irritación, también las de Quint. *Relájate. Diviértete.*

Sé que Ari me echa una mirada insegura de vez en cuando. Es la persona más empática que conozco y siempre sabe cuándo alguien está molesto. Pero también sabe que yo hablaré cuando esté lista y que presionarme no la llevará a ninguna parte. Así que trabajamos en silencio: yo terminando la redacción y ella apuntando palabras en su cuaderno. Bueno, *silencio* es un término relativo, teniendo en cuenta los distintos niveles de destreza en el canto que siguen asaltando nuestros oídos. Algunos de los cantantes son en realidad bastante buenos. Un tipo interpreta el último sencillo de Bruno Mars, y después una de las mujeres de la mesa contigua hace una imitación de Cher asombrosa. Pero otros cantantes son menos soberbios. Hay un montón de murmullos y torpeza y miradas incómodas hacia la pantalla que proyecta la letra.

Tengo una teoría sobre el karaoke, una que desarrollé durante las noches de karaoke de mi familia. Nadie entre el público espera que la siguiente

Beyoncé aparezca sobre el escenario, pero si vas a subirte ahí, tienes al menos que intentar entretener a los demás. Si tienes una voz genial, estupendo. Adelante. Pero si no la tienes, entonces debes compensarlo de algún modo. Baila. Sonríe. Haz contacto visual con la audiencia. Que parezca que te lo estás pasando bien, aunque estés aterrada. Eso hará que tu actuación sea mucho más memorable de lo que crees.

—Terminado —digo, apagando el ordenador—. Últimos deberes del año. Se acabó.

Doy un trago a mi Shirley Temple, que había dejado olvidado. Sabe un poco aguado, pero la avalancha de delicioso sirope de cereza me parece una recompensa bien merecida.

Apenas he estado prestando atención a Ari, pero sé que tiene algo entre manos. Estoy a punto de preguntarle si está trabajando en algo nuevo o perfeccionando algo viejo cuando oigo su nombre.

—La siguiente es: ¡Araceli Escalante!

Ambas levantamos la mirada, sorprendidas. Trish Roxby nos observa, sosteniendo el micrófono.

—Con un nombre así, creo que tenemos a nuestra siguiente superestrella camino del escenario. ¡Vamos, Araceli!

Ari me echa una mirada nerviosa.

—¿Cuándo te has apuntado? —le pregunto.

—Mientras trabajabas —responde—. Allá voy.

Se levanta y se acerca al pequeño escenario con movimientos rígidos y robóticos. Ni siquiera ha tomado el micrófono todavía y ya estoy sufriendo por ella. Ojalá le hubiera contado mi teoría sobre el karaoke.

La mayoría de los cantantes deciden quedarse de pie durante la canción, aunque hay un taburete junto al monitor para aquellos que prefieren sentarse. Ari lo toma y lo acerca al pie de micro. Creo que es una mala decisión (tienes más energía cuando estás en pie, más movimiento), pero sé que es un consuelo y que justo ahora probablemente solo quiere terminar con esto antes de que las rodillas se doblen bajo su peso.

Su canción aparece en la pantalla de televisión colgada de la pared de atrás: *A Kiss to Built a Dream On*, de Louis Armstrong. No es una canción con la que yo esté familiarizada, aunque eso no significa nada.

Ari cierra los ojos mientras una melodía de piano con ritmo de *jazz* comienza a sonar. Los mantiene cerrados cuando empieza a cantar. Tiene la voz dulce, casi frágil, y la canción es muy *ella*. Romántica. Soñadora. Esperanzadora. Puedo sentir sus emociones en su voz, y está claro que adora esta canción. Las palabras, la melodía, la afectan, y Ari sostiene sus sentimientos en una burbuja, precariamente cerca de estallar.

Es adorable escucharla y me siento orgullosa de ella por tener el valor de subir ahí a cantar no para conseguir una reacción de la audiencia, sino con todo su corazón.

Por alguna razón, miro a Quint. Está de espaldas a mí, mirando a Ari mientras su amiga sigue observando su teléfono. Me doy cuenta de que tiene el cabello alborotado por detrás, como si no se hubiera molestado en peinarse hoy.

Entonces gira la cabeza. Tiene una expresión amarga. Por un segundo creo que se ha girado para mirarme, que quizá ha notado que estoy observándolo, *juzgándolo*. Pero no, está mirando la mesa de al lado. Estiro el cuello para ver a dos tipos con edad de ir a la universidad. Uno de ellos se bebe lo que queda de una jarra de cerveza; el otro se pone las manos alrededor de la boca y grita:

— ¡Menudo muermo! ¡Que se acabe ya esta porquería de *jazz*!

Me quedo boquiabierta. ¿*Perdona?*

Su amigo se ríe y eleva la jarra vacía.

— Ven aquí, que voy a darte un beso con el que soñar.

El otro tipo añade:

— ¡Quizá entonces podríamos oír un poco de música de verdad! Esto es intolerable. Están interrumpiéndola. ¿Qué le pasa a la gente?

Vuelvo a mirar a Ari. Sigue cantando, pero tiene los ojos abiertos y le tiembla la voz un poco, como si estuviera insegura. Sus mejillas son de un rojo abrasador.

Pienso en cuánto podría significar este momento para ella y aprieto el puño bajo la mesa por cómo esos idiotas acaban de estropearlo.

Vuelvo a mirar las expresiones arrogantes de los jóvenes. Imagino a uno de ellos atragantándose con un nacho. El otro se derrama salsa sobre su camisa de Tommy Bahama. Sinceramente, Universo, si alguna vez...

Algo pequeño vuela hacia la mesa y golpea al primer tipo en el ojo. Chilla y se lleva la palma a la cara.

—¿Qué demonios? —brama. Busca una servilleta, pero no se da cuenta de que el borde de su jarra de cerveza está encima del papel. La jarra se vuelca y cae, derramando la cerveza sobre sus regazos. Lanzan una oleada de maldiciones mientras intentan alejarse del creciente charco sobre sus asientos.

Ari deja escapar una carcajada que suena como un ladrido. Los acordes de la canción siguen flotando a su alrededor, pero ha dejado de cantar. Su mortificación ha desaparecido, reemplazada por gratitud, y por un segundo pienso que he sido yo. *¿Acabo de...?*

Pero entonces Ari mira a Quint y Veo que los hombros de él tiemblan por la risa contenida. Está girando una cuchara alrededor de su vaso, y el hielo repiquetea contra el interior.

Los jóvenes de la mesa contigua siguen mirando a su alrededor, frotando en vano sus pantalones empapados con las cutres servilletas de papel. Uno de ellos encuentra el proyectil y lo levanta: una cereza.

Carlos se apresura hacia ellos intentando interpretar el papel de preocupado dueño del restaurante, aunque hay una frialdad en su expresión que me hace pensar que seguramente ha oído sus exabruptos. Les ofrece una tensa disculpa y deja un montón de servilletas sobre la mesa.

No se ofrece a reponer la cerveza derramada.

Ari termina la canción y huye del escenario como si estuviera en llamas. Se derrumba en su asiento con un suspiro de alivio.

—¿Ha sido horrible?

—No, ¡claro que no! —le digo, y es en serio—. Lo has hecho genial. Ignora a esos payasos.

Se acerca a mí en el banco.

—¿Has visto a Quint tirándoles la cereza?

Asiento. Aunque no quiera, no tengo más remedio que admitirlo.

—Ha sido increíble. —Pongo los ojos dramáticamente en blanco—. Supongo que tiene algunas cualidades positivas. Pero, confía en mí, son pocas e infrecuentes.

Nos quedamos para escuchar un par de actuaciones más. Hay un montón de música contemporánea que sé que he oído antes, pero no podría decir quién es el intérprete. ¿Ariana Grande? ¿Taylor Swift? Entonces alguien se levanta y canta una de Queen, que al menos sé quiénes son.

—A continuación, para placer de vuestros oídos —dice Trish, comprobando algo en la máquina del karaoke—, por favor, dad la bienvenida al escenario a... ¡Prudence!

Ari y yo la miramos de inmediato, pero me dirijo a Ari con la misma rapidez.

—¿Me has apuntado?

—¡No! —dice con vehemencia, levantando las manos—. ¡Yo jamás haría eso! No sin permiso, te lo prometo.

Gruño, pero no a Ari. La creo. No es algo que ella haría.

¿Podría haber otra Prudence en el restaurante? ¿Qué probabilidades hay? Todavía no he conocido nunca a otra persona con mi nombre, y nadie se dirige al escenario.

—Jude ha debido apuntarme antes de marcharse —sugiero.

—No tienes que hacerlo —me dice Ari—. Dile que has cambiado de idea. O que alguien te ha apuntado sin permiso.

Observo a Quint. Está mirando sobre su hombro, sorprendido. Curioso.

Mi pulso empieza a acelerarse. Ari tiene razón. No tengo que subir. Yo no me he apuntado. No estaba de acuerdo con esto.

Tengo las palmas sudorosas. No me he levantado todavía y ya me parece que todo el mundo me mira. Esperando. Juzgando. Seguramente sea solo mi imaginación, pero saberlo no me quita el nudo de la garganta.

—¿Prudence? —pregunta Trish, mirando a la gente—. ¿Estás ahí?

Niego con la cabeza.

—No. No, no pasa nada. Es solo una canción. Lo haré.

Exhalo abruptamente y me levanto.

—¡Espera!

Vuelvo a mirar a Ari. Se inclina hacia delante y me pasa el pulgar por la comisura de la boca para frotar fuerte un segundo.

—Tenías una mancha de carmín —dice, sentándose de nuevo. Asiente para animarme—. Mucho mejor. Estás genial.

—Gracias, Ari.

Me aclaro la garganta y me acerco al escenario, intentando no mirar a los imbéciles de la mesa contigua. Ni a Quint, por cierto. Me digo a mí misma que no estoy nerviosa. Que no estoy totalmente aterrada.

Son solo cuatro minutos de tu vida. Puedes hacerlo.

Pero, por favor, que Jude haya elegido una canción decente...

Trish me coloca el pie del micrófono delante y miro el monitor que muestra la canción elegida. ¡Uf! Vale. No está mal. Jude ha seguido la sugerencia de Ari y me ha apuntado para cantar la canción de John Lennon, una que adoro y que me sé al dedillo.

Me humedezco los labios y sacudo los hombros, intentando prepararme para la actuación. No soy una gran cantante, lo sé. Pero compenso el talento natural que me falta con mi presencia en el escenario. Soy Prudence Barnett. No creo en la mediocridad ni en las malas excusas, y eso incluye cantar en el karaoke de un restaurante para turistas mal iluminado de la calle Mayor. Sonreiré. Me ganaré al público. Quizá incluso baile. Supongo que no voy a ganar ningún premio, pero eso no significa que no pueda divertirme.

Que no pueda relajarme. *¿Vale, Quint? Veamos si tú eres capaz de subir a este escenario y relajarte.*

Los primeros acordes de *Instant Karma!* retumban en los altavoces. No necesito que el monitor me chive la letra. Sacudo el cabello y comienzo a cantar.

—*Instant karma's gonna get you!*

Ari grita para animarme. Le guiño el ojo y siento cómo me dejo llevar por la canción. Muevo las caderas. Mi corazón late con fuerza, tanto por la adrenalina como por los nervios. Extiendo los dedos como fuegos artificiales. Manos de *jazz*. La música crece y hago todo lo que puedo por invocar a John Lennon y la pasión que ponía en su música. Extiendo el brazo libre hacia el cielo y después lo bajo hacia el público, señalando con el dedo, buscando.

—*Who on earth do you think you are? A superstar? Right... you are!*

Estoy intentando mandar un saludo a Carlos, pero no lo encuentro y me descubro señalando a Quint en su lugar. Me sorprende que me esté mirando

con tanta atención. Está sonriendo, pero de un modo desconcertado y casi apabullado.

Con el pulso desbocado, vuelvo a mirar a Ari, que está bailando en la mesa, agitando los brazos en el aire.

Tomo unas baquetas imaginarias en la mano y golpeo los platillos al ritmo del solo de batería que me lanza hacia el estribillo. Me siento casi mareada mientras canto.

—*Well, we all shine on, like the moon... and the stars... and the sun!*

La canción se desdibuja en los acordes que tan bien conozco y en su preciosa letra. Muevo los hombros. Extiendo los dedos hacia el cielo. Me acerco al final. No me atrevo a mirar a Quint de nuevo, pero puedo sentir sus ojos sobre mí y, a pesar de mi determinación de no permitir que su presencia me ponga nerviosa, estoy nerviosa. Lo que solo sirve para que me decida aún más a no parecer nerviosa. Porque una cosa habría sido que me ignorara completamente o que tuviera una mueca de vergüenza ajena en el rostro.

Pero no. En el medio segundo que lo he mirado, había algo raro en sus ojos. No era solo diversión, tampoco sorpresa, aunque sin duda creo que lo he sorprendido. Había algo más. Casi... fascinación.

Estoy pensando demasiado. Tengo que dejar de pensar y concentrarme en la canción, pero pongo el piloto automático mientras la letra se repite y comienza a desvanecerse. *Like the moon and the stars and the sun...*

Cuando llega el final, hago una elaborada reverencia acompañada de una floritura hacia Quint, igual que él ha fingido inclinarse ante mí en clase de Biología esta mañana.

Y, aun así, el aullido de Quint es el más sonoro del bar.

—¡Lo has clavado, Pru!

El calor reptaba por mi cuello, haciendo que me ardan las mejillas. No estoy avergonzada, no exactamente. Es más parecido a una oleada, un halo, por este halago que no quería, que no he pedido y que es totalmente innecesario.

Mientras me aparto del micrófono, no puedo evitar mirarlo. Sigo energizada por la canción y tengo una sonrisa en los labios. Él me mira a los ojos y por un momento (solo un momento), pienso: *Vale, quizá es medio*

decente. Quizá podríamos ser amigos. Siempre que jamás tengamos que volver a trabajar juntos.

Para mi sorpresa, Quint levanta su vaso como si brindara por mí. Es entonces cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando.

El momento termina. La extraña conexión se rompe. Aparto mi atención de él y me dirijo de vuelta a mi mesa.

Ari aplaude con entusiasmo.

—¡Eres muy buena! —dice con lo que no puedo evitar notar que es una sincera sensación de incredulidad—. ¡El restaurante entero estaba fascinado!

Sus palabras me recuerdan la expresión de Quint durante la canción y me sonrojo aún más.

—En realidad lo he disfrutado más de lo que esperaba.

Ari levanta la mano para chocar los cinco. Todavía estoy a algunos pasos de distancia, pasando junto a la mesa donde los imbéciles estaban sentados, aunque se han marchado ya.

Me muevo para chocarle la mano.

He olvidado lo de la bebida derramada.

Mi talón resbala hacia delante. Contengo un grito y lanzo mi peso para intentar recuperar el equilibrio. Demasiado tarde. Agito los brazos. Mis pies abandonan el suelo.

Caigo con fuerza.



Prince suena en los altavoces, pero nadie está cantando. Me duele la parte de atrás de la cabeza como si acabaran de golpearme con una viga de madera. El vibrante dolor del interior de mi cráneo sigue el ritmo de *Raspberry Beret*.

Hago tres intentos distintos antes de abrir los ojos, solo para verme abordada por los anuncios de tequila en neón y por una televisión en la pared que muestra uno de esos extraños vídeos de karaoke de los ochenta que no tienen nada que ver con la canción. Hago una mueca y cierro los ojos de nuevo. Ari dice algo sobre llamar a una ambulancia. Carlos también está hablando y suena seguro y confiado, pero no entiendo qué dice.

—No pasa nada, Pru —dice otra voz, una más grave. Una que se parece un montón a... ¿la de Quint?

Pero Quint nunca me ha llamado *Pru* antes.

Una mano se desliza bajo mi cabeza. Unos dedos se enredan en mi cabello. Abro los ojos de nuevo y la luz es menos intensa esta vez.

Quint Erickson está arrodillado a mi lado, mirándome con una expresión extrañamente intensa, sobre todo con esas cejas oscuras sobre sus

ojos. Es tan distinta de su habitual sonrisa payasa que se me escapa una carcajada dolorida.

Parpadea.

—¿Prudence? ¿Estás bien?

El dolor de mi cabeza empeora. Dejo de reírme.

—Sí. Estoy bien. Es solo que... esta canción...

Él mira el monitor, como si hubiera olvidado que había música sonando.

—No tiene sentido —continúo—. Nunca he encontrado una boina de color frambuesa en una tienda de segunda mano. ¿Tú sí? —Aprieto los dientes ante otra arremetida de dolor de cabeza. Probablemente debería dejar de hablar.

Quint frunce el ceño aún más.

—Podrías tener una contusión.

—No —gimo—. Quizá. Ay.

Me ayuda a sentarme.

Ari está al otro lado. Trish Roxby también está cerca, mordiéndose la uña del pulgar junto a una camarera que sostiene un vaso de agua que creo que quizá es para mí. Incluso la amiga de Quint, Morgan, ha soltado por fin su teléfono y está mirándome como si le importara un poco.

—Estoy bien —digo. No arrastro las palabras. Al menos, creo que no lo hago. Eso me da confianza y las repito con mayor énfasis—: Estoy *bien*.

Ari coloca dos dedos delante de mi cara.

—¿Cuántos dedos ves?

La miro con el ceño fruncido.

—Doce —replico. El dolor de la parte de atrás de mi cabeza comienza a remitir y entonces me doy cuenta de que Quint me está sosteniendo, de que son sus dedos los que están en mi cabello.

Me tenso y le aparto el brazo.

—Estoy bien.

Quint parece sorprendido, pero no especialmente dolido.

—Tu amigo tiene razón —dice Carlos—. Podrías estar conmocionada. Deberíamos...

—No es mi amigo —replico. Es un acto reflejo. Como ya he empezado, continúo, levantando un dedo para explicarme mejor—: Además, he visto

cómo maneja los resultados de laboratorio; perdona si no confío demasiado en el diagnóstico del doctor Erickson.

—Bueno, parece estar bien —dice Ari.

Busco el borde de una mesa y lo uso para levantarme. Tan pronto como estoy en pie, me siento mareada. Me sujeto a la mesa y cierro los ojos con fuerza.

Me tanteo la nuca con la mano libre. Hay un bulto, pero al menos no estoy sangrando.

—Prudence —dice Quint, todavía demasiado cerca—. Esto podría ser grave.

Me giro hacia él tan rápido que en mi visión empiezan a titilar estrellas, deteniendo mi apresurada respuesta.

—Oh, ¿ahora decides tomarte algo en serio? —le pregunto mientras las estrellas comienzan a disiparse.

Da un paso atrás, desanimado, y se frota el puente de la nariz.

—No sé ni por qué me molesto.

—Eso, ¿por qué te molestas? No necesito tu ayuda.

Endurece su expresión y alza las manos, rindiéndose.

—Eso está claro —dice. No obstante, en lugar de darse la vuelta, extiende la mano hacia mí, y de repente está tan cerca que presiono la cadera contra el borde de la mesa, presa de una oleada de pánico. Quint agarra el montón de servilletas que esos idiotas han dejado atrás y se gira sin reconocer, o quizá incluso sin notar, mi reacción. Lanza las servilletas encima de la bebida derramada sobre la que me he escurrido y comienza a secarla, empujando el papel empapado a su alrededor con la punta de su zapatilla.

—¿Pru? —Ari me toca el codo—. En serio, ¿no deberíamos llamar a una ambulancia? ¿O quieres que te lleve al hospital?

Suspiro.

—No, por favor. No estoy embolismática ni nada de eso. Me duele un poco la cabeza, pero eso es todo. Solo necesito un Tylenol.

—Si puede usar correctamente palabras como *embolismática*, seguramente está bien —apunta Trish, y sé que está intentando ser de ayuda—. ¿Tienes sed, cielo?

Me ofrece el agua, pero niego con la cabeza.

—No. Gracias. Creo que voy a marcharme a casa. —Me giro hacia Ari —. Mi bici está fuera, pero...

—Yo te llevo —se ofrece, sin dejarme terminar. Regresa a nuestra mesa y recoge nuestras cosas.

—Gracias —murmuro. Siento que debería decir algo, hacer algo. Carlos y Trish, Quint y Morgan siguen ahí, mirándome. Bueno, Quint está tirando las servilletas húmedas a una papelera y evita mirarme a los ojos, pero el resto me observa con expectación. ¿Se supone que debo darles un abrazo o algo?

Carlos me salva poniéndome una mano en el hombro.

—¿Me llamas mañana? O pasa por aquí después de clase o algo. Para que sepa que estás bien.

—Sí, por supuesto —le digo—. Uhm... Esto del karaoke... —Miro a Trish—. En realidad, es una idea guay. Espero que sigas haciéndolo.

—Todos los martes a las seis —me recuerda Trish—. Ese es el plan, al menos.

Sigo a Ari hasta la puerta de atrás. Intento no mirar a Quint, pero siento sus ojos sobre mí de todos modos. Noto una punzada en el estómago, algo parecido al remordimiento. Solo estaba tratando de ayudar. Probablemente no debería haberlo atacado.

Pero ha tenido todo el año para ayudar. Lo que ha hecho ahora es poco, y llega tarde.

Ari abre la puerta trasera y salimos al aparcamiento de gravilla que hay detrás de Encanto. El sol se acaba de poner y una brisa refrescante viene del océano, llena de sal y familiaridad. Me siento revivida de inmediato, a pesar del dolor sordo en la parte de atrás de mi cráneo.

Ari conduce una tartana azul turquesa de los sesenta, una bestia que le regalaron sus padres cuando cumplió dieciséis años. Intenta no darle demasiada importancia, pero su familia tiene dinero. Su madre es una de las agentes inmobiliarias más exitosas del condado y ha ganado una pequeña fortuna vendiendo lujosas casas de vacaciones a gente muy rica. Así que, cuando Ari empezó a hablar con anhelo de un coche *vintage* que no era en absoluto práctico, no fue una gran sorpresa que uno apareciera en su camino

de entrada. Esto quizá habría sido suficiente para malcriar a algunos adolescentes, pero su abuela, que vive con ellos, parece mantenerla a raya en ese sentido. Ella sería la primera en tirar a Ari de su pedestal si empezara a comportarse como una niña caprichosa, aunque en su caso no creo que haya causa de preocupación. Ari es la persona más amable y más generosa que conozco.

Intento ayudarla a meter mi bicicleta en la parte de atrás, pero me insta a subir y ponerme cómoda. El dolor de cabeza ha empeorado de nuevo, así que no discuto. Me derrumbo en el asiento del pasajero y me apoyo en el reposacabezas.

A veces creo que Ari intenta intencionadamente vivir su vida como si estuviera en una antigua película documental. Viste sobre todo ropa *vintage*, como el jersey amarillo mostaza que lleva hoy; conduce una anticuada ranchera e incluso toca una guitarra antigua. Aunque sabe mucho más que yo sobre música contemporánea, su verdadera pasión son los cantautores de los setenta.

Tras guardar mi bici, Ari se acomoda en el asiento del conductor. Me pongo el cinturón mientras ella repasa todos los pasos del cuidadosamente orquestado procedimiento de comprobar sus espejos, aunque no han podido moverse desde que ha venido conduciendo hasta aquí hace un par de horas.

Todavía se está acostumbrando a conducir con palanca de cambios y el motor se le cala una vez antes de salir a la calzada principal. Es un gran avance desde el primer día que condujo la ranchera, cuando tuvimos que empujarla durante unos cincuenta intentos seguidos antes de conseguir que arrancara.

—¿Estás segura de que estás bien? Podría llevarte al hospital. ¿Llamo a tus padres? ¿Llamo a Jude?

—No, solo quiero irme a casa.

Se muerde el labio inferior.

—Estaba muy preocupada, Pru. Te has quedado inconsciente de verdad.

—Solo un segundo, ¿verdad?

—Sí, pero...

Pongo mi mano sobre la suya y digo con solemnidad:

—Estoy bien. Te lo prometo.

Su rostro cede antes que sus palabras. Después de un segundo, asiente. Suspiro y miro por la ventana. Pasamos junto a heladerías y tiendas de ropa que conozco tan bien como mi propio dormitorio. No me había dado cuenta de lo tarde que era. El sol acaba de esconderse tras el horizonte y la calle Mayor está tan iluminada como un plato de cine: pequeñas luces blancas rodean las palmeras y los negocios, pintados de colores pastel, resplandecen bajo las anticuadas farolas. Dentro de una semana, esta ciudad estará llena de turistas de vacaciones que traerán consigo algo parecido a una vida nocturna. Pero, por ahora, la calle parece casi abandonada.

Nos alejamos de la calle Mayor hacia las afueras. Las primeras dos manzanas están formadas por mansiones, sobre todo segundas residencias de gente que puede permitirse, más o menos, una propiedad en primera línea. Pero pronto aparece otro vecindario, un revoltijo de estilo misión y colonial francés con techumbres con tejas, fachadas de estuco, persianas de alegres colores y maceteros en las ventanas abarrotados de petunias y geranios.

—Bueno, no te enfades —comienza Ari, y de inmediato me tenso ante la expectativa de enfadarme—, pero creo que Quint es bastante majo.

Me relajo, dándome cuenta de que, por alguna razón, me estaba preparando para un insulto. Pero Ari es demasiado dulce para criticar a alguien. Ni siquiera, evidentemente, a Quint Erickson. Resoplo.

—A *todos* les parece majo hasta que tienen que trabajar con él. —Hago una pausa, pensando—. No es que crea que es un mal tipo. No es un capullo ni un abusón, pero es demasiado... demasiado... —Flexiono los dedos, buscando la palabra adecuada.

—¿Mono?

Le echo una mirada glacial.

—Puedes aspirar a algo mejor.

Ella se ríe.

—*Yo* no estoy interesada.

Hay algo en el modo en el que lo dice, como si dejara algo sin decir. *Ella* no está interesada, pero...

La palabra se cierne en el aire entre ambas. ¿Está insinuando que yo sí lo estoy?

Repugnante.

Cruzo los brazos con fuerza sobre el pecho.

—Iba a decir inepto. Y egoísta. Llega tarde a clase todo el tiempo, como si lo que sea que él hace fuera mucho más importante que lo que hacemos nosotros. Como si su tiempo fuera más valioso, y estuviera bien llegar diez minutos después de que empiece la clase, interrumpiendo al señor Chavez y haciendo que todos nos detengamos mientras él se acomoda y hace alguna broma estúpida al respecto como... —Agravo mi voz para imitarlo—. «Oh, tío, cómo está el tráfico en Fortuna, ¿verdad?». Cuando todos sabemos que en Fortuna no hay tráfico.

—Bueno, no es puntual. Hay cosas peores.

Suspiro.

—Tú no lo entiendes. Nadie lo entiende. Tenerlo como compañero de laboratorio ha sido una verdadera tortura.

Ari contiene el aliento de repente. Da un volantazo. Me agarro al cinturón de seguridad y giro la cabeza mientras unos faros destellan a través de la ventanilla trasera. No sé cuándo ha aparecido el coche deportivo, pero está pegado a nosotras, peligrosamente cerca. Me echo hacia delante para mirar por el espejo retrovisor.

—¡Había una señal de stop! —grita Ari.

El coche deportivo empieza a moverse de un lado al otro, revolucionando el motor.

—¿Qué quiere? —grita Ari, ya al borde de la histeria. Aunque tiene carné, a su confianza tras el volante todavía le queda mucho camino por delante. No obstante, algo me dice que tener un automóvil errático detrás inquietaría incluso a los conductores más experimentados.

—¿Es posible que quiera adelantarnos?

—¡No estamos en una autopista!

Estamos en una estrecha calle residencial, más estrecha aún debido a las hileras de vehículos aparcados en paralelo en ambos lados. La velocidad está limitada a veinticinco, algo que estoy segura que Ari ha estado siguiendo estrictamente. Ahora, nerviosa, su velocidad ha bajado a veinte. Sospecho que esto solo ha servido para irritar más al conductor de atrás.

Nos pitan. Un bocinazo muy grosero.

—¿Qué problema tienen? —grito.

—Voy a apartarme —dice Ari—. Quizá... Quizá lleva una mujer de parto en el asiento del pasajero o algo así.

La miro con incredulidad. El comportamiento del otro vehículo es inexcusable.

—El hospital está por ahí —digo, señalando con el pulgar en la otra dirección.

Ari se acerca a la acera. Encuentra un punto entre dos coches aparcados y hace todo lo que puede para entrar en ángulo; no es una tarea fácil, teniendo en cuenta lo larga que es la ranchera. Aun así, deja espacio suficiente para que el otro coche pase.

El deportivo vuelve a acelerar y nos adelanta como una flecha. Capto un atisbo de una mujer asomada por la ventanilla del pasajero con un cigarrillo encendido. Le enseña a Ari el dedo corazón al pasar.

La furia me inunda.

Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas. Imagino una justicia kármica golpeándolos, un neumático pinchado que los envíe dando vueltas por la carretera hasta golpear un poste telefónico y...

¡BANG!

Ari y yo gritamos. Durante un segundo, creo que ha sido un disparo. Pero después vemos el coche, casi una manzana por delante, girando fuera de control.

Le ha estallado un neumático.

Me llevo una mano a la boca. Es como ver un vídeo a cámara lenta. El coche gira ciento ochenta grados, esquivando milagrosamente al resto de los vehículos aparcados en el lado de la carretera. Rueda hasta la acera y solo se detiene cuando el parachoques delantero golpea no un poste telefónico, sino una palmera gigante. El capó se arruga como una lata de aluminio.

Por un momento, Ari y yo nos quedamos paralizadas, mirando el accidente con la boca abierta. Después, Ari intenta quitarse el cinturón de seguridad y le da una patada a la puerta para abrirla. Corre hacia el coche accidentado antes de que yo piense siquiera en moverme y, cuando por fin lo hago, es solo para abrir los puños.

Siento un hormigueo en los dedos, como si estuvieran a punto de quedarse dormidos. Los miro, mi piel teñida de naranja por la farola.

Es una coincidencia.

Solo una extraña coincidencia.

De algún modo, consigo tranquilizarme lo suficiente para sacar el teléfono y llamar a la policía. Cuando termino de darle al operador toda la información, las manos ya me han dejado de temblar. Ari se dirige hacia mí.

—Están bien —dice, sin respiración—. Les han saltado los airbags.

—He llamado a la policía. Llegarán pronto —le cuento. Ella asiente—.

¿Tú estás bien?

Ari se hunde en su asiento.

—Eso creo. Pero me he cagado de miedo.

—Yo también. —Le aprieto la mano.

Cuando me mira, su expresión está llena de dolor.

—Es terrible, pero, cuando ha ocurrido..., durante la primera fracción de segundo antes de estrellarse, mi primer pensamiento ha sido que... —Se detiene.

—Se lo merecían —termino por ella. Ari hace una mueca de culpabilidad—. Ari, estaban haciendo el imbécil. Conduciendo imprevisiblemente. Odio decirlo, pero... se lo *merecían*.

—No lo dices en serio.

En lugar de responder (porque estoy segura de que lo he dicho en serio), aparto la mano.

—Me alegro de que nadie esté gravemente herido. Incluyéndonos a nosotras. —Levanto la mano y me froto la parte de atrás de la cabeza, donde el chichón parece estar desapareciendo—. No creo que mi cabeza pudiera soportar otro golpe esta noche.



A la mañana siguiente, mi dolor de cabeza casi ha desaparecido, pero todavía estoy un poco mareada y se me nubla la visión mientras me visto e imprimo mi redacción sobre el rape y la de Jude sobre el tiburón peregrino.

—Último día —le susurro a mi reflejo en el espejo del baño. Estas palabras se convierten en un mantra para motivarme mientras me cepillo los dientes y me desenredo los mismos enredos de todas las mañanas. *Último día. Último día. Último día.*

Me he despertado casi una hora más tarde del momento en el que normalmente me gusta levantarme y puedo oír el caos de mi familia totalmente desatado abajo. Papá tiene un disco de los Kinks sonando con una de sus melodías más animadas y alegres, *Come Dancing*. Papá tiene la teoría de que comenzar la mañana con música que te hace sentir bien automáticamente convertirá el día en un día increíble. A ver, yo creo que hay algo de verdad en ello e intento empezar con el pie derecho tan a menudo como es posible, pero a veces las alegres melodías matutinas de papá son más irritantes que inspiradoras. En esta familia, todos hemos intentado decírselo en distintas ocasiones, pero él es inmune a las críticas.

Creo que es posible que ya tenga preparada la lista de reproducción para todo el verano.

Ellie (cuatro años y llena de Grandes Emociones, con mayúsculas) grita sobre la música por quién sabe qué. Hay días en los que es como si la vida de Ellie fuera solo una enorme rabieta. No, *no quiero bañarme. No, no quiero ponerme calcetines. No, odio los pececitos de galleta salada. Eh, Lucy se está comiendo mis pececitos de galleta salada, no es justoooooo.*

Oigo un golpe sonoro y algo rompiéndose en la planta de abajo, inmediatamente seguido del grito agudo de mi madre.

— ¡Lucy! ¡Te he dicho que en casa no!

— ¡Lo siento! — exclama Lucy, aunque su disculpa en realidad no suena a disculpa. Un segundo después, oigo el chirrido de las bisagras de la puerta trasera.

A Lucy, que tiene trece años y está amargada porque después del verano empezará el instituto, donde oficialmente ocupará el último escalón de la jerarquía social, seguramente la intercambiaron al nacer. Al menos, esa es la teoría que Jude y yo tenemos. Para empezar, Lucy es popular. Inusualmente popular. Y no popular como las adolescentes de las películas. No lleva zapatos de tacón al colegio, no pasa todo su tiempo libre en el centro comercial y no es tonta ni mala. A la gente le cae bien. A toda la gente. Según mi limitado conocimiento, Lucy tiene relación con casi todos los círculos sociales de Fortuna Beach. Juega a casi todos los deportes. Siempre está al tanto de las fiestas de las animadoras, de las recogidas de fondos y del resto de los eventos escolares que Jude y yo evitamos habitualmente. Resulta desconcertante.

El único grupo con el que no parece tener demasiada conexión es con nosotros. No le interesa la música; apenas oye la radio y a menudo se pone los auriculares para escuchar los últimos podcasts de crímenes reales en lugar del disco del día de papá. Ella es la única de nuestra familia que nunca ha intentado aprender a tocar un instrumento. (Yo fui a clase de piano durante dos años y Jude lo intentó con la guitarra. Ninguno de nosotros llegó a ser bueno y ambos lo dejamos al poco tiempo. El pobre teclado que mis padres me compraron en la casa de empeños lleva desde entonces en una esquina de nuestra sala de estar, acumulando polvo).

Y después está Penny, de nueve años, a quien le encanta la música, aunque no esa con la que mis padres nos han lavado el cerebro. En lugar de eso, le gusta el pop, el R&B y algunos temas alternativos, de los que aparecen en las listas de grandes éxitos en lugar de en una tienda de discos. Ella es la única razón por la que tengo algunos conocimientos de música contemporánea y, para ser sincera, mi familiaridad es aun así bastante escasa. De hecho, si mis padres no nos hubieran arrastrado a ver *Yesterday*, la película inspirada en los Beatles, seguramente todavía no sabría quién es Ed Sheeran.

Irónicamente, Penny es la única Barnett que toca un instrumento. Más o menos. Lleva tres años aprendiendo a tocar el violín. Cualquiera pensaría que, a pesar de ser una niña, tendría que haber hecho algún avance en tres años, pero el sonido chirriante que emiten esas cuerdas sigue siendo tan estridente ahora como lo era el día que comenzó. Puedo oírla en el dormitorio que comparte con Lucy mientras me pongo el carmín rojo más llamativo que tengo; hoy necesito energía. No estoy segura de si está intentando acompañar a los Kinks o ensayando una lección. Como sea, me está dando dolor de cabeza. Resoplo, enfadada, y me dirijo a la puerta del baño.

Un pie aparece en el pasillo y detiene la puerta en su camino. Esta rebota contra mí.

—Ey —dice Jude, apoyándose en el marco de la puerta—. ¿Puedes saborear la libertad?

Aprieto los labios, pensando.

—Es curioso. Sabe como la pasta de dientes superblanqueante de Crest. —Cierro mi carmín y lo dejo caer en mi bolsa de maquillaje. Paso a su lado y me meto en mi dormitorio—. ¿Conseguiste asediar la caverna de los tragos o lo que fuera?

—La isla de Gwendahayr, si de verdad quieres saberlo. La he diseñado para incluir una serie de ruinas antiguas que contienen pistas para un hechizo muy poderoso que, si pronuncias en el orden equivocado o antes de conseguir todas sus partes, hará que ocurra algo terrible. Todavía no estoy seguro de qué. —Duda antes de añadir—: Quizá aparezca la entrada a una caverna llena de tragos.

Me ha seguido, pero se detiene en mi puerta. Es una regla no escrita en nuestra casa: nunca se entra en un dormitorio sin una invitación verbal. En general, nuestra familia tiende a carecer de límites firmes, así que Jude y yo protegemos este a toda costa. La casa en la que vivimos no está equipada para los siete. Solo hay tres dormitorios oficiales: el principal, de mis padres; el de Lucy y Penny, con literas; y el mío. Jude duerme en el sótano reformado. Aunque la «bebé» Ellie todavía duerme en una cama infantil en el dormitorio de mis padres, está creciendo rápido y últimamente se ha hablado de hacer algunas reorganizaciones. Me aterra que eso signifique que voy a perder mi santuario privado. Afortunadamente, mis padres han estado demasiado ocupados con la tienda de discos para molestarse en organizar y redecorar, así que las cosas siguen como están. Por ahora.

— Bueno, ¿qué tal el karaoke?

Lo miro con el ceño fruncido.

— Qué amable por tu parte preguntarlo, ya que *alguien* apuntó mi nombre para cantar *Instant Karma!* y no se molestó en comentármelo.

Arruga la frente.

— ¿En serio?

Hago un mohín.

— Por favor. No pasa nada. No estoy enfadada. En realidad, fue... — Muevo la cabeza hacia los lados—. Bastante divertido. Pero, aun así, la próxima vez avísame, ¿vale?

— ¿Qué? *Yo* no te apunté.

Dejo de trenzarme el cabello y lo miro. Lo miro de *verdad*.

Parece realmente desconcertado.

Pero, si no fue él, tuvo que hacerlo Ari.

— ¿No lo hiciste?

— No. Yo no haría eso. No sin tu permiso.

Me pongo una goma elástica al final de la trenza para asegurarla.

— Pero, si tú no lo hiciste y Ari no lo hizo...

Nos quedamos en silencio un momento antes de que Jude diga, vacilante:

— ¿Quint?

—No. —Estaba pensando eso mismo, pero tengo que descartarlo. Quint no nos oyó hablar de esa canción. Y Carlos tampoco estaba por allí—. ¿Puede que fuera la mujer del karaoke? Creo que nos oyó, y quizá pensó que necesitaba un empujoncito.

—Eso no sería muy profesional.

—No. No lo sería. —Agarro mi mochila de la silla donde la colgué anoche—. De todos modos, supongo que en realidad no importa. Canté. Bailé. Estuve medio decente, si tengo que decirlo.

—Siento habérmelo perdido.

—Apuesto a que sí. Te he impreso la redacción, por cierto. —Le entrego el trabajo de una página.

—Gracias. Bueno, oye. —Golpea el marco de la puerta con los nudillos—. Estaba pensando en ir esta noche a la hoguera de fin de curso.

—¿Qué? ¿Tú? —La fiesta de la hoguera del Instituto Fortuna Beach es tan apropiada para Jude como para mí. No fuimos él año pasado, aunque asistieron un montón de compañeros de clase. Incluso recuerdo que algunos ya acudieron cuando todavía no estábamos en secundaria—. ¿Por qué?

—No sé, he pensado que quizá me gustaría ver de qué va todo eso. Puede que sea una de esas cosas que no entiendes hasta que las pruebas. ¿Crees que tú y Ari querréis ir?

Mi reacción instintiva es *Ni de coña, estamos bien así, gracias*, pero sigo intentando descubrir los motivos de Jude. Lo miro con los ojos entornados. Parece despreocupado. Demasiado despreocupado.

—*Oooh* —digo, sentándome en el borde de la cama mientras me pongo los calcetines—. Es porque Maya estará allí, ¿verdad?

Me echa una mirada poco impresionada.

—Lo creas o no, no vivo mi vida según la agenda de Maya Livingstone —replica. Levanto las cejas. No me convence—. Da igual —gruñe—. No tengo nada mejor que hacer esta noche y, sin deberes, sé que tú tampoco. Venga. Vayamos a echar un vistazo.

Me lo imagino. Jude, Ari y yo bebiendo refresco junto a una enorme fogata, con arena en los zapatos, el sol en los ojos, viendo cómo los mayores se emborrachan con cerveza barata y se pelean unos con otros entre las olas.

Mi completo desinterés debe mostrarse en mi rostro, porque Jude comienza a reírse.

—Me llevaré un libro —me cuenta—. Solo por si es horrible. En el peor escenario, nos apoltronaremos cerca de la comida y leeremos toda la tarde. Y le diré a Ari que traiga la guitarra.

Mi interpretación de la noche cambia y nos veo a los tres acomodados, con un libro en una mano y un sándwich de galleta, chocolate y nube en la otra mientras Ari toca su última canción. Parece una velada deliciosa.

—Vale, iré —digo, levantando mi mochila—. Pero no voy a meterme en el agua.

—Ni siquiera iba a pedírtelo —replica Jude. Sabe que me aterra el océano, sobre todo por los tiburones. También estaría mintiendo si no dijera que la idea de ponerme un bañador delante de la mitad de los estudiantes de nuestro instituto me llena de un abundante e inmitigable horror.

Bajamos. Papá acaba de poner otro disco y las alegres armonías de los Beach Boys empiezan a llenar la sala de estar. Miro a través de la puerta y veo a papá girando alrededor de la mesa de café. Intenta conseguir que Penny baile con él, pero ella está tumbada en el suelo, jugando a un videojuego en la *tablet* y haciendo un trabajo estupendo ignorándolo.

Normalmente intento evitar la sala de estar porque con los años se ha convertido en un vertedero. Limpiar y organizar no es una prioridad en la vida de mis padres, y todas las cosas aleatorias con las que no sabemos qué hacer tienden a amontonarse en los rincones de la sala de estar. No solo mi viejo teclado, sino también cajas de abandonados proyectos de manualidades y montones de revistas sin leer. Además, están los discos: muchos discos de vinilo, esparcidos por todas las superficies, apilados sobre la vieja alfombra. Me estresa solo mirarlo.

Jude y yo giramos en la dirección contraria, hacia la cocina. La rabieta de Ellie parece haber terminado, gradas al cielo, y está sentada a la mesa del desayuno con su vestido favorito, el del mono de lentejuelas, metiéndose en la boca cucharadas de cereales. Tiene una revista delante. Todavía no sabe leer, pero le gusta mirar las fotografías de los animales del *National Geographic Kids*. A través de la ventana, veo a Lucy en el patio de atrás, pateando una pelota de fútbol contra la fachada de la casa.

El curso escolar terminó ayer para primaria y los primeros niveles de secundaria, por lo que este es el primer día oficial de las vacaciones de verano de Penny y Lucy. La escuela infantil de Eleanor terminó la semana pasada. Una mirada a mamá, sentada delante de Ellie con un vaso de zumo de tomate, su portátil y un montón de facturas extendidas ante ella, sugiere que este cambio ya la tiene agotada.

—Quería hacer tortitas para vuestro último día —dice cuando Jude y yo entramos, antes de encogerse de hombros, impotente—, pero no creo que me dé tiempo. ¿Quizá este fin de semana?

—No te preocupes —dice Jude, sacando un cuenco del armario. Si nuestros padres se lo permitieran, viviría de buena gana a base de cereales.

Enchufa la batidora sobre la encimera para hacerme mi batido de todas las mañanas. Saco la leche y la mantequilla de cacahuete y después me giro hacia el frutero. Me detengo en seco.

—¿Adonde han ido todos los plátanos? —pregunto. Nadie responde—. Uh, ¿mamá? Compraste dos manos de plátanos hace, no sé, ¿dos días?

Ella apenas levanta la mirada de su pantalla.

—No lo sé, cielo. Hay cinco niños en crecimiento en esta familia.

Mientras habla, un movimiento capta mi atención. Ellie ha levantado su revista y la sostiene delante de su cara.

—¿Ellie? —digo a modo de advertencia. Atravieso la habitación y le quito la revista de la mano al mismo tiempo que da los últimos mordiscos a un plátano. Tiene los carrillos hinchados y le cuesta masticar. La piel sigue en su mano. Hay una segunda piel junto a su cuenco de cereales vacío—. ¡Eleanor! ¿En serio? ¡Eso es muy egoísta! ¡Mamá!

Mamá levanta la mirada, furiosa... conmigo, por supuesto.

—Tiene cuatro años y es solo un *plátano*.

Empiezo a quejarme, pero me muerdo la lengua. No es por el plátano; es la intención. Me ha oído decir que lo quería y esa es la razón por la que se lo ha metido en la boca. Si hubiera sido Jude, se lo habría entregado en una bandeja de plata.

Vuelvo a tirar la revista sobre la mesa.

—Vale —murmuro—. Buscaré otra cosa.

Sigo enfadada mientras empiezo a buscar en el congelador, esperando encontrar una bolsa de frutos del bosque congelados. Cuando no lo hago, retrocedo y cierro los puños. Le echo a Ellie una mirada fulminante, justo mientras se traga el plátano. *Argh*. Esa pequeña egoísta...

Una pelota de fútbol aparece ante mi vista y golpea el vaso de mamá, volcándolo sobre la mesa. Mamá grita mientras el zumo de tomate inunda la superficie. Agarra los montones más cercanos de facturas, pero Ellie permanece ojiplática, paralizada, sin hacer nada mientras un río de zumo de un intenso rojo se derrama por el borde de la mesa sobre su regazo.

Parpadeo, recordando a los borrachos pesados de la noche anterior en Encanto. La cereza. La cerveza derramada. El *déjà vu* es extraño.

—¡Lucy! —chilla mamá.

Lucy está en la puerta trasera, con las manos aún extendidas como si hubiera una pelota de fútbol invisible entre ellas. Parece estupefacta.

—¡Yo no he sido!

Mamá emite un sonido de disgusto.

—Oh, vale. ¡Estoy segura de que el universo te la ha quitado de las manos y la ha lanzado sobre la mesa!

—Pero...

—¡No te quedes ahí parada! ¡Ve a por un trapo!

Sé que se refiere a Lucy, pero Jude va un paso por delante de todo el mundo y trae un montón de servilletas de papel para ayudar a limpiar el desastre.

—¡Mamá! —exclama Ellie—. ¡Es mi vestido favorito!

—Lo sé, cielo —dice mamá, aunque apenas la está escuchando mientras comprueba si todavía queda zumo debajo de su ordenador—. Pru, ¿podrías ayudar a tu hermana a cambiarse?

Oír mi nombre me saca de mi estupefacción. Es solo un vaso derramado. Es solo una pelota de fútbol. Es solo una coincidencia.

Pero también es *extraño*.

Cuando extiendo las manos y estiro los dedos, siento un hormigueo en ellos. Rodeo la mesa y Ellie levanta los brazos hacia mí, obediente, para que le quite el vestido mojado y pegajoso.

—Es mi favorito —dice, haciendo un mohín—. ¿Puede arreglarse?

Lo dice de una manera muy melodramática, pero no puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad. No obstante, esto no es culpa mía. Yo no estaba cerca de ese vaso de zumo, ni de la pelota de fútbol, por cierto. Lucy tiene que aprender a tener más cuidado.

—Le pondré un poco de quitamanchas Spray'n Wash y cruzaremos los dedos —le digo—. Ve a elegir otra cosa para ponerte hoy.

Echa una mirada airada a Lucy, que la ignora mientras ayuda a mamá y a Jude a limpiar. Ellie refunfuña y sube corriendo las escaleras.

—Jude, voy a poner esto a lavar y después deberíamos irnos —le digo—. Es el último día. No deberíamos llegar tarde.

Asiente y tira las servilletas de papel teñidas de rojo a la basura.

—¿Quieres un bollo para el camino?

—Claro, gracias.

Me dirijo al lavadero, saco el quitamanchas de la bolsa de plástico junto a la lavadora y rocío la tela mojada. La mancha corre por el largo del vestido, justo desde la oreja del brillante mono hasta la parte inferior de la falda.

Es probable que solo sea mi imaginación, pero juraría que la mancha tiene la forma exacta de un plátano.



Acabo de atravesar la puerta del aula cuando el señor Chavez brama:

—¡Redacciones sobre la mesa, por favor! Después, recoged vuestro proyecto final corregido.

Señala con el extremo tapado de un rotulador un montón de papeles que hay sobre la mesa.

Saco mi redacción sobre el rape y la dejo en el montón con las demás. Mientras camino entre las mesas, me sorprende ver que mi mesa de laboratorio no está vacía. Quint ya está aquí. Ha llegado temprano. Antes que yo.

Me detengo. Sinceramente, no había esperado que Quint viniera, aunque lo mencionara anoche. Como es el último día antes de las vacaciones de verano, había supuesto que estaría desaparecido en combate, junto con la mitad de nuestra clase y casi todos los mayores.

Pero ahí está, hojeando una carpeta de tres anillas llena de fundas de plástico. Es el informe que entregó ayer. Nuestro informe.

Lo miro con cautela mientras me dirijo al escritorio del señor Chavez y recojo el diorama de la calle Mayor. Busco en él alguna indicación de mi nota, pero no veo nada.

Quint me mira mientras me acerco a la mesa que compartimos y dejo la maqueta en la esquina.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Me duele la parte de atrás de la cabeza, aunque solo un poco. Apenas me ha molestado en toda la mañana, pero que me recuerde mi caída me hace tocarme el chichón sin darme cuenta. Casi no se nota.

—Eso depende —digo, sentándome—. ¿Qué tal nos ha ido?

Se encoge de hombros y despegua una enorme nota adhesiva azul de la portada del informe.

Se me revuelve el estómago mientras leo las palabras.

Prudence: B-

Quint: B+

Nota grupal: C

—¿Qué? —pregunto, prácticamente gritando—. ¿Es una broma?

—Suponía que no te emocionaría —me dice Quint—. Dime, ¿qué te molesta más? ¿La C, o que mi nota individual sea más alta que la tuya?

—¡Las dos cosas!

Me derrumbo hacia delante y leo las palabras que el señor Chavez ha escrito debajo de las notas. *Prudence: un trabajo ejemplar, pero poca ciencia aplicada. Quint: conceptos potentes, pero una ejecución confusa e ideas poco definidas. Ambas notas se habrían beneficiado mucho de una mejor comunicación y trabajo en equipo.*

—¿Qué? —repito, seguido de un gruñido consternado. Niego con la cabeza—. Sabía que debería haberlo escrito yo.

Quint se ríe. Es una risa de corazón, una que atrae más de una mirada.

—Por supuesto, esa es tu conclusión de esos comentarios. Está claro que mi implicación ha sido el problema, incluso a pesar de... —Se inclina hacia delante y golpea su B+.

Lo miro fijamente.

—Eso tiene que ser un error.

—Por supuesto.

Mi corazón tamborilea en mi pecho. Respiro superficialmente. ¿Cómo es posible? Nunca antes me habían puesto una C, en nada. ¡Y mi maqueta!

Mi preciosa maqueta, en la que trabajé tanto, todas esas horas, los detalles... ¿Eso solo me ha conseguido una B-?

Es un error. El señor Chavez ha confundido quién hizo qué. Estaría cansado, después de corregir tantos trabajos, cuando llegó al nuestro.

Esto no puede estar bien.

—Bueno. Pero, en serio, notas aparte —dice Quint, tomando la nota adhesiva y pegándola de nuevo en el informe—, ¿qué tal tu cabeza?

Sé que es una pregunta legítima. Sé que seguramente no pretende ser cruel con ella. Pero aun así suena casi acusatoria, como si yo estuviera exagerando ante algo que él considera insignificante.

—Mi cabeza está bien —replico.

Aparto mi banqueta de la mesa y agarro la carpeta de tres anillas. Después me dirijo a zancadas a las primeras filas. Los pocos estudiantes que han decidido no saltarse la clase de hoy están todavía llegando, y Claudia se aparta de mi camino mientras me abro paso por el pasillo.

El señor Chavez me ve llegar y veo el cambio en su postura, en sus hombros, en su expresión. Se prepara, expectante, como si no le sorprendiera en absoluto.

—Creo que ha habido un error —digo, mostrándole la carpeta para que pueda ver su propia e inadecuada nota adhesiva—. Esto no puede estar bien.

Él suspira.

—Tenía la sensación de que me dirías eso, señorita Barnett. —Entrelaza los dedos—. Tu trabajo es bueno. Eres una oradora excepcional, tus ideas son sólidas, la maqueta es preciosa. Si esto fuera una clase de Marketing, habría sido un trabajo de A+ sin duda. —Hace una pausa, con expresión empática—. Pero no lo es. Es una clase de Biología y vuestro trabajo era presentar una idea relacionada con el temario que hemos estudiado este año. —Se encoge de hombros—. El ecoturismo y la biología sin duda se solapan en varias áreas, pero no te has detenido en ninguna de ellas. En lugar de eso, has hablado de potencial de beneficios y campañas de *marketing*. Ahora..., si creyera que has tenido *algo* que ver con ese informe, te habría subido tanto la nota individual como la combinada. Pero Quint y tú me

dejasteis muy claro que no habéis trabajado en equipo. —Levanta las cejas—. ¿No es cierto?

Lo miro. No puedo discutir eso, y lo sabe. Claro que este no ha sido un trabajo en equipo. En mi opinión, es un milagro que Quint entregara el informe. ¡Pero no es culpa mía que me emparejara con él!

Noto la repentina quemazón de las lágrimas en mis ojos, nacidas de la frustración.

—Me he esforzado mucho —me quejo, intentando sin conseguirlo mantener la voz uniforme—. Llevo investigando desde noviembre. He entrevistado a las personas más importantes de la comunidad, he comparado los esfuerzos de mercados similares, he...

—Lo sé —dice el señor Chavez, asintiendo. Parece triste y cansado, lo que de alguna manera lo empeora todo—. Y lo siento mucho, pero no has alcanzado el objetivo del trabajo, sencillamente. Este era un proyecto de ciencias, Prudence, no una campaña de *marketing*.

—¡Sé que es un proyecto de ciencias! —Miro la carpeta que tengo en las manos. La fotografía de la portada me observa fijamente, la de la foca o el león marino o lo que sea enredado en sedal. Sus ojos tristes hablan más de lo que podrían hacerlo las palabras. Negando con la cabeza, la levanto para que el señor Chavez la vea—. ¿Y le ha puesto a Quint mejor nota que a mí? Lo único que ha hecho es escribir mis ideas y, según dice aquí, ¡ni siquiera demasiado bien!

El señor Chavez frunce el ceño y se echa hacia atrás sobre sus talones. Me mira como si de repente hubiera empezado a hablar en un idioma diferente.

Entonces me doy cuenta de que la clase se ha quedado en silencio. Todo el mundo está escuchándonos.

Y ya no estoy sola. Los ojos del señor Chavez se desvían. Sigo su mirada y veo a Quint a mi lado, con los brazos cruzados. No puedo leer su expresión, pero es casi como si estuviera diciéndole a nuestro profesor: *¿Ve? Con esto he tenido que lidiar.*

Endezco la espalda e inspiro tan fuerte por la nariz que me duelen las fosas nasales, pero al menos eso evita que las lágrimas caigan.

—Por favor —le pido—. Usted nos dijo que este proyecto equivale al treinta por ciento de nuestra nota y no puedo dejar que me baje la media. Debe haber algún modo de arreglar esto. ¿Puedo rehacerlo?

—Señorita Barnett —comienza el señor Chavez, con cautela—, ¿has leído al menos el informe?

Parpadeo.

—¿Mi informe?

Muevo los dedos sobre la portada.

—El nombre de Quint no es el único que figura aquí. Bueno, está claro que ambos habéis tenido problemas para trabajar juntos, seguramente más problemas que ningún otro equipo de esta clase. Pero supongo que, al menos, habrás leído informe. ¿No?

No me muevo. No hablo.

La mirada del señor Chavez se desliza hacia Quint, llena de incredulidad, y después regresa a mí. Se ríe y se frota el puente de la nariz.

—Bueno. Eso explica algunas cosas.

Miro el informe que tengo entre las manos, curiosa por primera vez sobre su contenido.

—Si te permitiera rehacerlo —dice nuestro profesor—, tendría que ofrecer la misma oportunidad a los demás.

—¿Y? —Señalo el aula con la mano. Está medio vacía—. Nadie más aceptará.

Frunce el ceño, aunque ambos sabemos que es verdad. Entonces exhala otro suspiro, más largo esta vez, y mira a Quint.

—¿Y tú, Erickson? ¿Estás interesado en rehacer el proyecto?

—¡No! —grito, al mismo tiempo que Quint comienza a reírse como si fuera lo más divertido que ha oído nunca. Lo miro, perpleja, e intento darle la espalda para mirar al señor Chavez de nuevo—. No me refería... Me gustaría hacer el trabajo de nuevo. Solo yo esta vez.

Nuestro profesor comienza a negar con la cabeza. Entonces, Quint toma aliento y añade:

—Sí, no. Yo estoy bien. Contento con la C, gracias.

Lo señalo.

—¿Ve?

El señor Chavez se encoge de hombros, sin esperanza.

—Entonces, la respuesta es no. Lo siento.

Sus palabras me golpean y me siento como si fuera la única con problemas para traducir el mensaje.

—¿No? Pero acaba de...

—Ofreceros a ambos la oportunidad de rehacerlo, si queréis. Y... — eleva la voz, mirando el aula— a cualquier otro que crea que no ha dado lo mejor de sí en el trabajo y que quiera una oportunidad más. Pero... este es un trabajo en equipo. O todo el equipo trabaja para mejorar su nota, o nadie lo hace.

—¡Pero eso no es justo! —exclamo. El quejido de mi voz me hace estremecerme. Sueno como Ellie, pero no puedo evitarlo. Quint dice que no quiere hacerlo. ¡No debería tener que depender de *él*, una de las personas más vagas que he conocido nunca, para subir mi nota!

A mi espalda, Quint se ríe y yo me giro para fulminarlo con la mirada. Rápidamente se queda en silencio, antes de girar sobre sus talones y regresar a nuestra mesa.

El señor Chavez comienza a escribir algo en la pizarra blanca. Bajo la voz mientras me acerco.

—Entonces quiero otro compañero distinto —le digo—. Lo haré con Jude.

Niega con la cabeza.

—Lo siento, Prudence. Te guste o no, Quint es tu compañero.

—Pero yo no lo elegí. No debería ser castigada por su falta de motivación. Y ya ha visto que siempre llega tarde. Está claro que no está interesado en esta clase de Biología Marina ni en este proyecto.

El señor Chavez deja de escribir y me mira. Quiero creer que está reconsiderando su posición, pero algo me dice que no es así. Cuando habla, mi irritación crece con cada palabra.

—En la vida —comienza, hablando lentamente—, rara vez llegamos a elegir a las personas con las que trabajamos. No elegimos a nuestros jefes, a nuestros compañeros, a nuestros estudiantes, a nuestros colegas. Caramba, ni siquiera elegimos a nuestras familias, excepto a nuestros cónyuges. —Se encoge de hombros—. Pero tenemos que conseguir que funcione. Este

proyecto consistía tanto en encontrar un modo de trabajar juntos como en desarrollar un tema de biología marina. Y lo siento, pero Quint y tú no lo habéis conseguido. —Levanta la voz, hablando para la clase de nuevo—: Todo aquel que quiera rehacer su proyecto puede enviarme el informe revisado por correo electrónico antes del quince de agosto, y debe incluir un resumen de cómo se ha dividido el trabajo.

Aprieto los dientes. Me doy cuenta de que estoy agarrando la carpeta con fuerza, estrujándola contra mi pecho.

El señor Chavez me mira de nuevo y baja los ojos hasta la carpeta, sin duda notando mis nudillos blancos.

—¿Quieres un consejo, Prudence?

Trago saliva. No quiero oír lo que tiene que decir, pero ¿qué opciones tengo?

—Esto es Biología. Quizá pasar algún tiempo aprendiendo sobre los animales y los hábitats que tu proyecto intenta proteger te ayudaría a mostrar a la gente por qué debería preocuparse. Por qué deberían preocuparse los *turistas*. Y... —Gira el rotulador hacia la carpeta—. Quizá deberías leer lo que escribió tu compañero. Estoy seguro de que esto te sorprenderá, pero tiene algunas ideas realmente buenas.

Me echa una mirada que bordea el castigo y vuelve a girarse hacia la pizarra.

Está claro que hemos terminado, así que regreso a la mesa, donde Quint está echado hacia atrás sobre las patas traseras de su banqueta y los dedos entrelazados detrás de la cabeza. Me imagino dando una patada para tirar el taburete, pero me contengo.

—¿Qué te parece? —me pregunta Quint alegremente mientras me derrumbo en el asiento a su lado—. Tengo algunas ideas realmente buenas. ¿Quién lo habría dicho?

No respondo. Mi pulso late en mis orejas.

Esto es muy injusto.

¿Debería hablar con el director? Esto no debería estar permitido.

Lanzó cuchillos al señor Chavez con la mirada mientras repasa las notas finales con algunos otros estudiantes. Nunca me había sentido tan traicionada por un profesor. Debajo de la mesa, cierro las manos en dos

puños apretados. Imagino el bolígrafo del señor Chavez perdiendo tinta y pringando de azul oscuro toda su camisa. Su café derramándose sobre el teclado de su ordenador. O...

—¡Buenos días, señor Chavez! —brama Ezra, dándole una fuerte palmada al profesor en la espalda mientras camina hacia la papelera.

—¡Ay! —grita el señor Chavez, llevándose la mano a la boca—. Ezra, relájate. Acabas de hacer que me muerda la lengua. —Aleja los dedos y, aunque está demasiado lejos para saberlo con seguridad, creo que tiene un poco de sangre.

Uy.

No había pensado en daño físico, no necesariamente, pero ¿sabes qué? Lo compro.

—Lo siento, tío. Olvidé que eres viejo y frágil. —Ezra se ríe mientras se dirige a su mesa, donde Maya está mirando su informe.

Me echo hacia atrás en mi asiento. Me siento un poco más tranquila, pero todavía estoy enfadada por la mala nota.

Ezra aúlla y choca el puño con Maya.

—¡B+! ¡Clavado!

Me quedo boquiabierta.

—¿Incluso Ezra ha conseguido mejor nota que nosotros? ¡Si lo único que hizo fue hablar de la palatabilidad de la sopa de aleta de tiburón!

No. Esto no puede quedar así.

Mientras, Quint ha sacado su teléfono y está mirando la galería, tan relajado como es posible estar.

Mi mente gira a toda velocidad y pienso en lo que el señor Chavez ha dicho sobre mi maqueta, sobre mi presentación. No se me ocurre qué podría cambiar. ¿Más ciencia? ¿Más biología? ¿Hablar más de hábitats locales? Ya he hecho todo eso.

¿No?

Aun así, tenga razón o esté equivocada, una C sigue mirándome desde esa nota adhesiva y hay una B- junto a mi nombre. Exhalo con brusquedad a través de mis fosas nasales.

—¿Quint? —digo. Tranquila. Con lentitud. Mirando esa odiosa nota adhesiva.

—¿Sí? —responde, irritablemente animado.

Trago saliva. Debajo de la mesa, me clavo los dedos en los muslos. Por precaución. Para evitar estrangularlo.

—¿Podrías...? —Me aclaro la garganta—. *Por favor*, ¿podrías rehacer este proyecto conmigo?

Por un momento, ambos nos quedamos inmóviles, quietos como estatuas. Puedo verlo por el rabillo del ojo. Espera hasta que la pantalla de su teléfono se apaga y, aun así, sigue en silencio.

Mi atención se desliza por el borde de la mesa, hasta sus manos y el teléfono que tiene agarrado. Me veo obligada a girar la cabeza. Apenas lo suficiente. Apenas hasta que puedo mirarlo a los ojos.

Está mirándome. Fijamente, sin expresión.

Contengo el aliento.

Al final contesta, con voz lenta y cargada de sarcasmo:

—Tentadora oferta. Pero... no.

—Oh, venga ya —digo, girándome para mirarlo de frente—. ¡Tienes que hacerlo!

—Estoy seguro de que no tengo que hacerlo.

—¡Pero ya has oído lo que ha dicho el señor Chavez! Tiene que ser un trabajo en equipo.

Se ríe a carcajadas.

—Oh, ¿y ahora se supone que tengo que creer que vamos a ser un equipo? —Niega con la cabeza—. No soy masoquista. Paso.

—De acuerdo, clase —dice el señor Chavez, dando unas palmadas para llamar nuestra atención—. Tomaos un tiempo libre mientras corrijo las redacciones.

La clase explota de alegría al saber que no va a haber ningún examen sorpresa de último minuto.

Quint levanta la mano, pero no espera a que le dé la palabra.

—¿Podemos cambiar de sitio?

La atención del señor Chavez recae sobre nuestra mesa y aterriza brevemente en mí.

—De acuerdo, pero guardad silencio, ¿vale? Tengo trabajo que hacer.

El taburete de Quint araña el suelo de linóleo. Ni siquiera me mira mientras recoge sus cosas.

—Nos vemos el año que viene —me dice antes de ir a sentarse con Ezra.

Gruño mientras chocan los cinco para felicitarse por las notas del proyecto.

Esto no puede estar ocurriendo. ¡Quint no puede tener las riendas de mi nota, de mi éxito, de mi futuro!

—Pru, ¿estás bien? —me pregunta Jude, sentándose en el taburete vacío de Quint.

Me giro hacia él. Hay una nube de tormenta en mis entrañas.

—¿Qué nota habéis sacado Caleb y tú?

Jude duda antes de sacar un papel de su carpeta. Hay otra nota adhesiva azul. Una A enorme en todos los ámbitos.

Gimo, fastidiada. Entonces, dándome cuenta de cómo he sonado, le echo a Jude una mirada de envidia.

—Bueno, me alegro por ti.

—Realmente convincente, hermana. —Mira la nuca de Quint—. ¿De verdad quieres rehacerlo?

—Sí, pero Quint se niega. Ya se me ocurrirá algo. Él no podrá evitar que rehaga *mi* parte del proyecto, ¿verdad?

—¿Quint o el señor Chavez?

—Ambos. —Me cruzo de brazos con el ceño fruncido—. Está claro que no incluí suficiente *ciencia*, así que mi plan es meter ciencia en este informe hasta que le salga por las orejas. Idearé un sector turístico para Fortuna Beach tan comprometido con la ciencia que los residentes recibirán licenciaturas solo por vivir aquí.

—Excelente. Con eso seguro que me ahorro un montón de dinero en matrículas.

Jude saca su cuaderno de bocetos y comienza a dibujar un grupo de elfos guerreros ensangrentados. No tiene problemas para relajarse, aunque ¿por qué no iba a hacerlo, con esa A en su nota adhesiva?

Al final de la clase, el señor Chavez nos devuelve las redacciones, nuestra última e intrascendente tarea. Por decidirme por las adaptaciones de

un rape, consigo una A+. No sirve de nada para refrenar mi enfado.

Tan pronto como suena la campana, dejo a Jude atrás mientras empieza a guardar su cuaderno de dibujo. Quint y Ezra ya han salido. Corro tras ellos.

—¡Espera! —digo, agarrando a Quint por el brazo.

Por su... ¿bíceps?

Madre mía.

Quint se gira para mirarme. Por un momento parece sorprendido, pero su expresión se enfría rápidamente.

—Sí que estás desesperada.

Apenas lo oigo. ¿Qué hay debajo de su camiseta?

—¿Prudence?

Volviendo a la realidad, aparto la mano. El calor toma mis mejillas.

Quint entorna los ojos con recelo.

—Por favor —tartamudeo—. No puedo tener una C en mi historial.

Sus labios forman una media sonrisa, como si mis problemillas fueran hilarantes para él.

—Haces que parezca que vas a ir a la cárcel. Es solo Biología de secundaria. Sobrevivirás.

—¡Te he oído! —exclama el señor Chavez, que está ordenando su mesa.

—¡Señor Chavez, por favor! —le pido—. Dígale que tiene que hacer esto conmigo o... ¡o déjeme hacerlo sola!

El señor Chavez levanta la mirada y se encoge de hombros.

Argh.

—Mira —digo, girándome hacia Quint—. Sé que no es el fin del mundo, pero nunca me habían puesto una C. ¡Y me esforcé mucho en esa maqueta! No tienes ni idea de cuánto he trabajado en este proyecto.

Mis ojos comienzan a humedecerse, pillándome desprevenida. Los cierro con fuerza, intentando esconder mis emociones antes de darle a Quint más munición para atacar a la adicta al trabajo Prudence.

—Tienes razón —reconoce. Abro los ojos, sorprendida—. No tengo ni idea de cuánto has trabajado en este proyecto. —Da un paso atrás, encogiéndose de hombros—. Porque no has confiado en mí lo suficiente para permitir que te ayudara.

¿Que no he confiado en ti?, quiero gritar. *¿Ni siquiera lo has intentado!*

—Además —añade—, tengo cosas más importantes que hacer este verano.

Resoplo.

—¿Qué? ¿Jugar a videojuegos? ¿Surfear?

—Sí —dice, con una carcajada iracunda—. Me conoces muy bien.

Se gira y empieza a alejarse.

Siento que me he quedado sin opciones. Me siento impotente y eso alimenta mi ira. No me gusta sentirme impotente.

Mientras miro a Quint, que se aleja, cierro los puños y me imagino la tierra abriéndose bajo sus pies y tragándose entero.

—Oh, espera, señor Erickson —lo llama nuestro profesor.

Quint se detiene.

—Casi me olvido. —El señor Chavez busca entre sus papeles y saca una carpeta—. Aquí está el trabajo para subir nota. Bien hecho. Las fotografías son realmente impresionantes.

El rostro de Quint se suaviza y acepta la carpeta con una sonrisa.

—Gracias, señor Chavez. Que tenga un buen verano.

Me quedo boquiabierta, perpleja, mientras Quint sale del aula.

¿Qué ha sido eso?

Me giro para mirar al señor Chavez.

—Espere. ¿Le ha dejado hacer un trabajo para subir nota, pero yo no puedo hacer nada para subir *mi* nota?

El señor Chavez suspira.

—Él tiene circunstancias atenuantes, Prudence.

—¿Qué circunstancias atenuantes?

El profesor abre la boca, pero duda. Después se encoge de hombros.

—Quizá deberías preguntar a tu compañero de laboratorio por ello.

Dejo escapar un rugido furioso y después regreso a la mesa para recoger mis cosas. Jude me mira, preocupado, con ambos pulgares detrás de las asas de su mochila. Somos los únicos estudiantes que quedamos en el aula.

—Ha sido un valiente esfuerzo —me dice.

—No me hables —murmuro.

Siempre complaciente, Jude no dice nada más; solo espera mientras meto la carpeta en mi bolsa y agarro la maqueta.

Parece que el universo me está gastando una broma.



El resto del día escolar transcurre sin sobresaltos. Está claro que los profesores esperan las vacaciones de verano con la misma ansiedad que nosotros, y la mayoría pasa las últimas horas obligatorias enfrascados en sus teléfonos. En clase de Español vemos una telenovela hortera. En Historia jugamos a lo que el señor Gruener llama «juegos de mesa semieducativos»: *Risk*, *Hundir la flota*, *Los colonos de Catán*. En Literatura, la señora Whitefield nos lee una colección de citas obscenas de Shakespeare. Hay un montón de insultos y de humor verde que tiene que traducimos del inglés antiguo, pero al final de la clase mis compañeros se están desternillando y llamándose unos a otros cosas como «¡forúnculo zurumbático!» y «¡lechuguino comegachas!».

En realidad, es un día muy divertido. Incluso consigo olvidar la debacle biológica por un rato.

Mientras abandonamos nuestra última clase, la señora Dunn nos despide con bolsas llenas de ositos de gominola y galletitas saladas, como si fuéramos críos de seis años saliendo de excursión. Supongo que es nuestro premio por habernos molestado en ir el último día.

—*Sayonara! Goodbye! Adieu!* —exclama mientras nos entrega las bolsas en la puerta—. ¡Tomad buenas decisiones!

Encuentro a Jude esperándome en la escalera de entrada. Los estudiantes salen en oleadas, animados por la repentina libertad. Las semanas se extienden ante nosotros llenas de potencial. Playas soleadas, días perezosos y maratones de Netflix, fiestas en la piscina y largas caminatas por el paseo marítimo.

Jude, que ha tenido su clase con la señora Dunn antes que yo, está mordisqueando las galletas saladas de su bolsita de peces. Me siento a su lado y automáticamente le paso mis tentempiés, ya que ninguno de ellos me resulta ni remotamente apetecible. Nos sentamos en un silencio cómodo. Es una de las cosas que más me gustan de ser melliza. Jude y yo podemos pasar juntos horas sin decir una sola palabra, y siempre tengo la sensación de que acabamos de tener la conversación más profunda. No charlamos de tonterías. No necesitamos entretener al otro. Podemos *ser*, sin más.

—¿Estás mejor? —me pregunta. Y como esta es la primera vez que lo veo desde la clase de Biología, de inmediato sé de qué está hablando.

—Ni un poquito —contesto.

Asiente.

—Lo suponía.

Se termina sus aperitivos, hace una bola con la bolsita de plástico y la tira a la papelera más cercana. Se queda corto por al menos un metro y medio. Gruñe, se acerca y la recoge.

Oigo el coche de Ari antes de verlo. Un par de segundos después, la ranchera azul aparece en el aparcamiento sin sobrepasar nunca el límite de ocho kilómetros por hora de los letreros. Se detiene junto a la escalera y asoma la cabeza por la ventana abierta con un matasuegras en la boca. Sopla una vez, desenrollando su cola de rayas plateadas con un chirrido festivo.

—¡Sois libres! —grita.

—¡Libres de los tiranos! —responde Jude—. ¡Ya no volveremos a partirnos el lomo para ellos!

Subimos al coche: Jude y sus largas piernas delante, yo detrás. Planeamos esta tarde hace semanas porque queríamos empezar bien el

verano. Mientras salimos del aparcamiento, juro que voy a olvidarme de Quint y de nuestra horrible presentación durante el resto del día. Supongo que puedo tomarme un día para disfrutar de las vacaciones de verano antes de concentrarme en resolver este problema. Ya se me ocurrirá algo mañana.

Ari conduce hasta el paseo marítimo, donde nos atiborraremos de helado en La Vaca Salada, una lujosa heladería conocida por mezclar sabores inusuales como menta y lavanda o semillas de amapola con cúrcuma. No obstante, cuando llegamos hay una cola que se sale por la puerta y las expresiones impacientes de algunos clientes me hacen pensar que no se ha movido en un rato.

Intercambio una mirada con Ari y Jude.

—Iré a ver qué está pasando dentro —les digo mientras los dos se ponen en la cola. Me aprieto para atravesar la puerta—. Perdón, no intento colarme, solo quiero saber qué pasa.

—*Eso* es lo que pasa —me dice un hombre acompañado por tres niños pequeños, señalando con enfado la caja.

Hay una mujer discutiendo... No, *gritando* a la pobre chica que hay tras el mostrador y que parece apenas un poco mayor que yo. La muchacha está a punto de llorar, pero la mujer es implacable.

—¿Cómo puedes ser tan incompetente? ¡Es solo helado, no ingeniería espacial! ¡Hice el pedido hace un mes!

—Lo siento mucho —se disculpa la chica, colorada—. Yo no tomé el pedido. No sé qué ha pasado. No hay nada registrado...

No es la única a punto de llorar. Una niña pequeña con coletas tiene las manos contra el cristal del expositor mientras mira a la mujer enfadada y a sus padres.

—¿Por qué tarda tanto? —gime.

—¡Quiero hablar con el encargado! —grita la mujer.

—No está aquí —dice la chica tras el mostrador—, no puedo hacer nada. ¡Lo siento mucho!

No sé *por* qué está tan furiosa esa mujer, y no estoy segura de que importe. Como ha dicho, es solo helado, y está claro que la pobre cajera está haciendo todo lo posible. Al menos podría ser civilizada. Por no

mencionar que está evitando que esos pobres niños y *yo* consigamos nuestro helado.

Tomo aliento profundamente y me preparo para abordar a la mujer. Quizá siendo racionales consigamos el número de teléfono del encargado y pueda venir a ocuparse de esto.

Aprieto los puños en mis costados.

Doy dos pasos hacia delante.

—¿Qué está pasando aquí? —brama una voz severa.

Me detengo. La gente que hace cola se aparta mientras un agente de policía entra en la heladería.

O... podría dejar que se ocupe él.

La mujer del mostrador abre la boca, sin duda para empezar a gritar de nuevo, pero es interrumpida por todos los clientes que esperan. La presencia de la policía los anima y de repente todos parecen dispuestos a interceder por la cajera. *Esta mujer está siendo muy desagradable. Es maleducada y grosera. ¡Tiene que marcharse!*

La mujer se muestra realmente asombrada cuando nadie, ni siquiera los que están más cerca y han oído toda la historia, sale en su defensa.

—Lo siento, señora, pero parece que tendré que acompañarla a la salida —le dice el agente.

La mujer parece mortificada. Y perpleja. Y todavía enfadada. Con una mueca, toma una tarjeta de visita del mostrador y mira con desdén a la chica, que se está limpiando las lágrimas de las mejillas.

—Llamaré a tu encargado para hablar de esto —dice antes de salir de la heladería. La acompaña un enorme rugido de aprobación.

Regreso con Jude y Ari, sacudiendo las manos. Vuelvo a sentir un extraño hormigueo en ellas, no sé por qué. Les explico qué ha pasado y la cola empieza a moverse de nuevo.

Cuando terminamos nuestro helado, pagamos demasiado por un cuatriciclo de alquiler y pasamos una hora pedaleando por el paseo marítimo bajo su toldo amarillo limón, mientras Ari nos hace fotografías poniendo caras raras y Jude y yo le gritamos que deje de vagar y comience a mover las piernas.

Hasta que nos topamos con un grupo de turistas que ocupa todo el paseo marítimo y que zigzaguea a paso de tortuga.

Aminoramos la velocidad para no atropellarlos. Ari toca la pequeña bocina del cuatriciclo.

Uno de los turistas mira hacia atrás, nos ve y regresa a su conversación. Ignorándonos por completo.

—¡Perdonad! —grita Jude—. ¿Nos dejáis pasar?

No responden.

Ari toca la bocina de nuevo. Y otra vez. Siguen sin apartarse.

¿Qué diantres? ¿Creen que el paseo marítimo es suyo o algo así? ¡Que se muevan!

Aprieto el volante con fuerza.

—¡Paso! ¡No puedo parar! ¡Quitaos del medio! —grita alguien, cargando contra nosotros desde la otra dirección.

Los turistas chillan, sorprendidos, y se dispersan mientras cinco adolescentes sobre monopatín se lanzan sobre ellos. Una de las mujeres pierde una sandalia, que queda aplastada bajo una de las ruedas del monopatín. Un hombre se tira hacia atrás tan rápido que pierde el equilibrio y cae por el borde de la pasarela para aterrizar sobre su trasero en la arena. Todos empiezan a gritar a los desconsiderados gamberros adolescentes. Jude, Ari y yo nos miramos y nos encogemos de hombros.

Pedaleamos para pasar rápidamente entre ellos antes de que puedan reagruparse.

Después de devolver el cuatriciclo, pedimos una cesta gigante de patatas fritas con ajo del puesto de *fish and chips* y nos sentamos en la acera, pateando arena a las codiciosas gaviotas que intentan robarnos las patatas. Cuando una de ellas se acerca demasiado, Ari chilla y se esconde detrás de una mesa de pícnic hasta que Jude les lanza los trozos quemados del fondo de la cesta para que se peleen por ellos.

Un segundo después, uno de las empleadas del puesto lo ve hacerlo y empieza a gritar porque «¡hasta los más idiotas saben que no hay que dar comida a los animales!». Jude tiene una expresión cargada de culpa en la cara. No lleva bien que lo reprendan.

Tan pronto como el empleado nos da la espalda, agito un puño. Acabo de bajar el brazo cuando una gaviota se lanza en picado sobre él y le roba el gorrito de papel de la cabeza. Él grita y se agacha, sorprendido, mientras el ave se aleja.

Observo mientras gaviota y gorrito desaparecen en el atardecer.

Vale.

¿Es cosa mía o...?

Me miro la mano.

No. Eso es ridículo.

Cuando el sol empieza a hundirse en el horizonte, por fin nos dirigimos a la cala donde se celebra cada año la hoguera del instituto, una extensión de playa a un kilómetro y medio del centro. No sé cuánto tiempo se lleva celebrando la tradición de las hogueras. Cuántas clases han bailado borrachas alrededor de las llamas, cuántos estudiantes de último año se han bañado con ropa, cuántos magreos se han producido en los huecos entre las rocas a donde la gente va a, bueno, magrearse. Supuestamente. Yo no lo sé de primera mano, pero he oído historias.

No somos los primeros en llegar, pero seguimos siendo de los primeros. Un par de estudiantes de bachillerato están descargando neveras de la parte de atrás de una camioneta de reparto. Un chico al que reconozco de la clase de Matemáticas está preparando la leña para el fuego. Los recién llegados están ya asegurando su espacio, extendiendo mantas y toallas en la playa, sacando pelotas de vóley y latas de cerveza de grandes bolsas de tela.

Vemos un punto no demasiado lejos de la hoguera y extendemos la manta que Ari ha traído y un par de sillas de playa bajas. En cuestión de minutos, algunos de nuestros compañeros de clase llaman a Jude y él se marcha para charlar con ellos.

Ari se gira hacia mí.

—Ya conozco la respuesta, pero, solo para asegurarme: ¿quieres bañarte? —me pregunta. Arrugo la nariz, disgustada—. Eso pensaba.

Se pone en pie y me sorprende sacándose el vestido de verano de estampado *paisley* por la cabeza y revelando el bañador rosa claro que lleva debajo. Lo ha llevado todo el día, y me asombra un poco no haberme dado cuenta.

—Espera, ¿vas a nadar? —le pregunto.

—No voy a *nadar* —responde—. Pero es una fiesta en la playa. Supongo que, al menos, debo mojarme los pies. ¿Estás segura de que no quieres acompañarme?

—Totalmente. Gracias.

—Vale. ¿Vigilas mi guitarra?

No espera a que responda, porque claro que lo voy a hacer. Ari se marcha hacia la orilla. No saluda a nadie y veo que algunos le echan miradas curiosas, preguntándose si la conocen. Jude dice que Ari no dudó cuando la invitó a venir a esta fiesta, aunque no conoce a nadie. Me pregunto si espera conocer a algunos jóvenes de Fortuna Beach mientras estamos aquí, hacer nuevos amigos. Probablemente debería presentarle a algunas personas cuando regrese, pero...

Miro a mi alrededor, frunciendo el ceño. La verdad es que yo tampoco conozco a demasiada gente. Hasta ahora, casi todos son estudiantes de bachillerato. Y los pocos de secundaria a los que reconozco, como Maya y su grupo, no son exactamente amigos míos.

Jude, sin embargo, conoce a un montón de gente. Aunque es un poco friki, de los que ven las temporadas antiguas de *Star Trek* y tienen una estantería llena de funkos de *El señor de los anillos*, tiene su encanto y una presencia serena. Es fácil estar con él.

Justo otra razón por la que nadie nos cree cuando decimos que somos familia.

Así que, si Ari está interesada en hacer amigos, él sería el más indicado para ayudarla.

Extiendo la mano, tomo la funda de la guitarra de Ari y la acerco a mí.

—¿No te bañas, Prude? —Levanto la mirada para ver a Jackson Stult sonriéndome. Ahora que tiene mi atención, se ríe y finge que se golpea la frente—. No importa, era una pregunta tonta. Quiero decir, tú eres alérgica a la diversión, ¿no?

—No, solo soy alérgica a los capullos —replico, antes de añadir con humor—: ¡Aaachús!

Él se ríe y agita la mano como si la nuestra hubiera sido una conversación deliciosa antes de alejarse para unirse al resto de sus

igualmente detestables amigos en la playa.

Sus palabras me han dolido, aunque sé que no deberían. Después de todo, esto es prácticamente todo lo que sé sobre Jackson Stult: uno, que le importan sus vaqueros y camisas de marca más que nada; y dos, que haría cualquier cosa por echarse unas risas, aunque sea a costa de otro. Lo que ocurre a menudo.

Me sentiría más ofendida si le cayera bien.

Pero, aun así...

Aun así.

El dolor está ahí.

Pero si arruinarme la noche era el plan de Jackson, me niego a permitirlo. Me tumbo en la manta y miro las nubes anaranjadas que pasan sobre mi cabeza. Intento sumergirme en las cosas buenas de este momento. Risas resonando en la playa. El constante romper de las olas. El sabor de la sal y el aroma del humo mientras se inicia la fogata. Estoy demasiado lejos para sentir el calor de las llamas, pero la manta y la arena están calientes tras cocerse bajo los rayos del sol durante toda la tarde.

Estoy relajada.

Estoy satisfecha.

No voy a pensar en proyectos de Biología.

No voy a pensar en abusones sin carácter.

No voy a pensar en Quint Erickson.

Dejo escapar una larga y lenta exhalación. Leí en alguna parte que la meditación regular puede ayudarte a concentrarte, haciéndote más eficiente y productivo con el tiempo. He intentado practicarla desde entonces. Cualquiera habría esperado que fuera algo fácil. Inspira. Espira. Concéntrate en la respiración.

Pero siempre hay pensamientos que invaden la serenidad. Siempre hay distracciones.

Como justo ahora, cuando un grito aterrado atraviesa de repente la playa.

Me apoyo en los codos. Jackson lleva a Serena McGinney hacia el agua. Se está riendo, con la cabeza echada hacia atrás casi maníacamente, mientras Serena forcejea e intenta librarse de él.

Me siento más recta, frunciendo el ceño. Todo el mundo sabe que Serena tiene miedo al agua. Se volvió de dominio público cuando se negó a participar en una clase de natación obligatoria en tercero, y llegó a traer una nota de sus padres excusándola de todas las actividades en la piscina. Lo suyo no es solo una ligera aversión, como en mi caso: es una auténtica fobia.

Sus gritos se intensifican cuando Jackson llega a la orilla del agua. La lleva como una damisela y hasta este momento Serena había estado sacudiendo los brazos y las piernas, intentando soltarse. Pero ahora se gira y se agarra a su cuello con los brazos, gritando: «¡No te atrevas, no te atrevas!».

Entorno los ojos. Oigo a uno de sus amigos gritar:

—¡Lánzala! ¡Vamos!

Trago saliva. No creo que vaya a hacerlo, pero no estoy segura.

—¡Venga ya, aquí apenas llega al tobillo! —dice Jackson. Interpretando para su público.

Está claro que a Serena no le parece divertido. Esta pálida y, aunque sé que ahora mismo debe odiar a Jackson, se agarra a su cuello como una tenaza.

—¡Jackson Stult, imbécil! ¡Suéltame!

—¿Te suelto? —le pregunta él—. ¿Estás *segura*?

Sus amigos lo apoyan. Un coro nauseabundo. *Hazlo. Hazlo. Hazlo.*

Me pongo en pie y me llevo las manos a la boca como un megáfono.

—¡Déjala en paz, Jackson!

Me mira a los ojos y sé que he cometido un error. Ahora es un desafío. ¿Lo hará o no lo hará?

Me pongo las manos en las caderas e intento expresarle a través de osmosis que, si tiene algo de dignidad, la dejará en paz.

Él se ríe de nuevo, un sonido casi cruel. Después, en un único y fluido movimiento, suelta las piernas de Serena y usa la mano para desengancharse sus brazos del cuello. Mientras ella todavía intenta rodearlo con las rodillas, él la arroja tan lejos como puede hacia las olas.

Su grito atraviesa mis oídos. Los amigos de Jackson lanzan vítores.

No está profundo, pero cuando Serena aterriza sobre su espalda, salpicándolo todo, el agua casi le llega al cuello. Se pone en pie con torpeza y sale corriendo del mar, con el vestido cubierto de arena y pegándose a sus muslos.

—¡Idiota! —chilla, empujando a Jackson en el estómago mientras pasa a su lado.

Él apenas se mueve, más que para quitarse la mancha de tierra que le ha dejado en la camisa.

—¡Oye, que esto solo se limpia en seco! —le dice, con la voz cargada de diversión.

Serena se marcha enfadada, intentando despegarse la falda mojada de las caderas. Cuando pasa a mi lado, veo lágrimas furiosas reuniéndose en sus ojos.

Aprieto los dientes y me giro para mirar a Jackson. Tiene los brazos levantados en un gesto de victoria. No demasiado lejos, con el agua hasta las rodillas, Ari lo observa con evidente confusión.

—Tío —dice Sonia Calizo, disgustada, lo bastante alto para que casi toda la playa lo oiga—, de pequeña estuvo a punto de *ahogarse*.

Jackson se burla.

—No iba a ahogarse. Por dios, apenas hay sesenta centímetros de agua.

—¿No te has dado cuenta de lo asustada que estaba? —le pregunta Ari. Me sorprende. Ari no suele enfrentarse a la gente, y menos a un total desconocido. Pero también tiene un fuerte sentido de la justicia, así que quizá no debería asombrarme.

En cualquier caso, Jackson la ignora. Su expresión sigue siendo satisfecha, carente de remordimiento.

Exhalo y, mientras Jackson da un paso hacia la costa, imagino que tropieza y cae de bruces sobre la arena. Imagino esa ropa bonita y cara cubierta de agua salada y fango.

Aprieto el puño.

Jackson da otro paso y contengo el aliento, esperando.

No ocurre nada. No tropieza. No se cae.

Bajo los hombros. Me siento tonta por haber esperado, incluso por un segundo, que las coincidencias de las últimas veinticuatro horas las hubiera

provocado yo. ¿Cómo? ¿Por alguna retribución cósmica que el universo me habría regalado?

Sí, exacto.

Aun así, la decepción me golpea como una ola.

Como... Como *esa* ola.

La risa de los amigos de Jackson se corta en seco cuando la ven. Una ola, una de las más grandes que yo he visto, se eleva detrás de Jackson, encuadrándolo bajo su corona de espuma.

Al ver las expresiones de sus amigos, se gira. Demasiado tarde. La ola lo golpea, derribándolo. No se detiene ahí. El agua cubre la playa, empapando las piernas de sus amigos y pasando sobre sus toallas y sillas, arrastrando las latas de cerveza en su corriente.

La ola sigue subiendo. Dirigiéndose directa hacia mí.

Me quedo boquiabierto. Ni siquiera se me pasa por la mente moverme mientras observo cómo rompe. La espuma se curva sobre sí misma. Los últimos vestigios del poder de la ola empiezan a decaer, pasando de un aluvión de agua a un constante arrastre.

El agua, besada de espuma blanca, se detiene a un centímetro de los dedos de mis pies y del borde de la funda de la guitarra de Ari. Se para ahí, como si dudara durante un breve instante, antes de regresar al mar.

Sigo su curso, aturdida. Cuando levanto la mirada, busco a Ari. Está igualmente desconcertada; quizá incluso más que yo. Porque lo más extraño no es que el agua se haya acercado tanto a mí sin rozarme. Lo más extraño es que Ari estaba muy cerca de Jackson, pero la ola ha pasado de ella por completo.

De hecho, a pesar del enorme tamaño de la ola, los únicos afectados han sido Jackson y sus amigos.



Mi cerebro tarda un minuto en asimilar lo que acaba de ocurrir. Mi incredulidad se desmorona lentamente, se desvanece, y después se reconstruye formando algo que es..., bueno, casi increíble.

Abro la mano y flexiono los dedos, notando cada articulación. Tengo la palma caliente. Siento los nudillos tensos, como si los hubiera tenido apretados durante horas, en lugar de apenas irnos segundos.

A mi alrededor, la gente aúlla de risa. Están histéricos, viendo a Jackson levantarse tras la ola. Está empapado de la cabeza a los pies. Se le pega la ropa como una segunda piel, cubierta de arena fangosa. Una tira de alga cuelga de su hombro. Tiene el cabello pegado a la frente.

Su expresión no tiene precio.

—¡Ja! —grita una chica—. ¡Qué capullo el karma!

Parpadeo y giro la cabeza. Es Serena. Su ropa sigue mojada, pero todo rastro de lágrimas ha desaparecido de su rostro. Sonríe de oreja a oreja. El color ha regresado a sus mejillas.

Karma.

Karma al instante.

—Santa naftalina —exhalo mientras todo empieza a cobrar sentido. Más o menos. ¿No tiene sentido? ¿Es posible que sea real?

Examino las pruebas.

El accidente de coche.

El zumo de tomate derramado.

El señor Chavez mordiéndose la lengua.

La heladería. Los turistas en el paseo marítimo. El empleado desagradable en el puesto de *fish and chips*...

Y ahora esto. Una ola que ha salido de la nada y que solo ha golpeado a Jackson y a sus amigos idiotas, a pesar de que la playa está abarrotada.

Seguramente no puede ser una coincidencia. No todo ello, en cualquier caso.

Pero, si no es una coincidencia, ¿qué es?

La letra de John Lennon resuena en mi cabeza. La canto en voz baja, entre dientes: *Instant karma's gonna get you, gonna knock you right on the head*... «El karma al instante va a atraparte, va a darte un coscorrón en la cabeza».

Me toco la nuca, donde todavía puedo sentir un pequeño y doloroso chichón tras mi caída. Repaso los sucesos de anoche. La aparición de Quint y su amiga. Esos tipos interrumpiendo a Ari mientras cantaba. Nuestra conversación sobre el karma. Mi nombre en el karaoke, aunque nadie ha admitido que me apuntara. Cantando la canción. Bailando. Quint echándome esa mirada de asombro. Cuando me escurrí sobre la cerveza derramada. Cuando me golpeé la cabeza...

Si no es una coincidencia, entonces eso significa que, de algún modo, por alguna razón... he sido yo. Yo he estado provocando estas cosas. He estado... castigando a la gente con karma al instante.

—Pru, ¿estás bien?

Levanto la mirada para ver a Ari atravesando la arena. Agarra una toalla del respaldo de una de las sillas de playa y se rodea la cintura. Sigue casi seca, aunque la arena se le ha pegado a los tobillos.

—Sí —le respondo, con un aleteo en el estómago—. Eso ha sido raro, ¿verdad?

Se ríe.

—Muy raro, pero perfecto. ¿Siempre es así?

—Casi siempre. Jackson siempre ha sido un abusón. Es agradable verlo recibir su merecido por una vez. —Me inclino hacia ella, bajando la voz—. Te apuesto lo que quieras a que esa camisa cuesta varios cientos de dólares. Intenta hacerse el chulo, pero, créeme, esto lo está matando.

Ari se deja caer en la toalla y saca un refresco de la pequeña nevera que hemos traído. Abre la lata y la levanta hacia el agua, como si fuera a brindar.

—Buen trabajo, océano. —Después mira a su alrededor—. Solo espero que esa chica esté bien.

No contesto. Estoy distraída, mirando las toallas de playa y las mantas y las sillas que el mar ha arrastrado hasta la orilla. Me distrae Jackson, que está usando la esquina de una toalla para quitarse el agua de las orejas.

—Ahora vengo.

Giro sobre mis talones y subo por la arena, buscando la soledad junto al acantilado rocoso. Es demasiado temprano para que hayan comenzado las infames sesiones de magreo y me resulta fácil encontrar un hueco vacío entre las altas rocas. Me apoyo en una piedra y me presiono el pecho con una mano. Mi corazón late rápido bajo mi piel.

—Es solo un pensamiento ilusorio —susurro—. Un cuento de hadas. Provocado por el estrés del final de curso y por todas esas fantasías en las que deseo castigar a la gente que se lo merece y... quizá una ligera conmoción.

A pesar de mis palabras racionales, mi cerebro me lanza un sinfín de contrarréplicas. La canción. El accidente de coche. La ola.

Pero cada vez que empiezo a pensar que quizá he *sido* yo, me reprimo. ¿Estoy de verdad considerando la posibilidad de que cantara una canción de karaoke y ahora tenga...? ¿Qué? ¿Poderes mágicos? ¿Algún tipo de don cósmico? ¿La totalmente ilógica habilidad de dispensar la justicia del universo?

—Coincidencias —repito, comenzando a caminar. La arena se me mete en las sandalias y me la saco a patadas. Camino de un lado a otro entre las rocas—. Eso es todo. Un puñado de extrañas coincidencias.

Pero...

Me detengo.

Demasiadas coincidencias tienen que significar algo.

Me quito el cabello de la cara con ambas manos. Necesito asegurarme. Necesito una prueba.

Necesito descubrir si puedo hacerlo de nuevo, a propósito esta vez.

Mordiéndome el labio inferior, miro a través de un hueco entre las rocas y examino la playa abarrotada. No estoy segura de qué estoy buscando. Inspiración, supongo. Alguien debe merecerse algún castigo.

Mi mirada no se posa en nadie más que en Quint. Está ayudando a algunos de nuestros compañeros a montar una red de voleibol.

Ja. Perfecto. Si alguien se merece un castigo cósmico por su comportamiento este año, ese es sin duda Quint Erickson.

Pienso en todas las veces que ha llegado tarde. En todas las veces que ha hecho el vago. En cómo me dejó tirada el día de la presentación.

En que se niega en redondo a ayudarme a rehacer nuestro proyecto semestral.

Aprieto el puño con fuerza.

Y espero.

—Hola, Quint —dice una chica de nuestra clase, caminando hacia él. Levanto la mirada. ¿Qué va a hacer? ¿Abofetearlo por algún melodrama misterioso del que no soy conocedora?

—¿Qué tal? —contesta Quint, devolviéndole la sonrisa.

—Bien. He traído galletas caseras. ¿Quieres una? —Le ofrece una lata.

—Ostras, sí, quiero una —dice, tomando una galleta—. Gracias.

—De nada. —Ella sonrío de oreja a oreja antes de alejarse.

Estoy perpleja.

A ver, ¿es que la galleta está envenenada? Lo dudo mucho.

Quint devora la galleta y después termina de colocar la red.

Sigo mirándolo durante otro minuto, totalmente confusa. Pronto queda claro que no va a ocurrirle nada horrible. De hecho, cuando empieza el partido de voleibol, marca el primer punto para su equipo y recibe una ronda de vítores y palmadas.

Hago una mueca y relajo el puño por fin.

—Bueno. Ya está —murmuro. La decepción es difícil de tragar, pero no estoy segura de si estoy más decepcionada con el universo o conmigo misma por casi crearme algo tan absurdo.

Relajo los hombros, rotándolos. Ya vale. Voy a pasar el resto de la tarde leyendo el libro que he traído, comiendo sándwiches de chocolate y nube y escuchando a Ari mientras intenta descubrir los acordes perfectos para su nueva canción. Voy a relajarme.

Agarro mis zapatos y empiezo a ponérmelos.

—Por favor. Es un pringado. Sabes que juega a *Dragones y Mazmorras*, ¿verdad?

Me detengo. No necesito mirar para saber que es Janine Ewing; su voz llega nítidamente a mi pequeño hueco en las rocas. No puedo verla, ni con quién está hablando, pero solo hay un par de chicos a los que podría referirse: Jude y sus amigos, Matt y César, también de cuarto, o Russell, un bachiller que se unió a su grupo hace algunos meses.

—¿En serio? —dice otra voz femenina. ¿Katie?—. ¿Ese juego de rol raro de los ochenta? ¿Al que juegan los niños de *Stranger Things*?

—Eso mismo —dice Janine—. Es un poco... ¿En serio? ¿No tenéis nada mejor que hacer con vuestro tiempo?

Miro a través del hueco en las rocas para ver a Janine y a Katie a apenas unos metros de distancia, tumbadas sobre el acantilado en una variedad de llamativas toallas de playa con sus bikinis y sus gafas de sol. Y... Oh. Maya está también con ellas. Juntas, parecen un anuncio de protección solar, y no en el mal sentido. Maya, sobre todo, parece una estrella de Hollywood. Es el tipo de chica que parece recién salida de un anuncio de maquillaje, con su piel oscura calentada por el sol del ocaso, su espeso cabello negro y rizado encuadrando su rostro y un puñado de pecas que son tan adorables que podrían inspirar sonetos.

Como era de esperar, Jude no es el único chico del instituto colado por ella.

—¿No es *Demonios y Dragones* una especie de juego para adorar al diablo? —pregunta Katie.

Pongo los ojos en blanco y, para crédito de Maya, se baja las gafas de sol por la nariz y le echa a Katie una mirada que sugiere que está de

acuerdo conmigo sobre lo innecesario que ha sido ese comentario.

—*Dragones y Mazmorras* —la corrige—. Y estoy bastante segura de que ese es un rumor que ha iniciado la misma gente que cree que *Harry Potter* esconde mensajes ocultistas.

Y tengo que admitir que, aunque a menudo cuestiono la absurda devoción de Jude hacia ella, Maya tiene sus momentos.

Vuelve a subirse las gafas.

—Da igual. Además, Jude me gusta.

Abro los ojos de par en par. Pausa. Rebobina. ¿Le gusta Jude?

¿Se refiere a que le gusta de verdad?

Estoy emocionada. Me esfuerzo por oír cada palabra que están diciendo. Si pudiera entregarle a Jude alguna prueba empírica de que sus sentimientos son correspondidos, recibiría el Premio a la Mejor Hermana del Año.

—Pues claro que te gusta —replica Janine—. ¿A quién no? Es muy simpático.

—Muy simpático —asiente Katie con entusiasmo. Con tanto entusiasmo que casi suena insultante.

—Pero también es... —Janine se detiene. Tarda un largo momento en encontrar las palabras para continuar—: Bueno, un poco baboso. Está *demasiado* colgado de ti. Resulta espeluznante.

Resoplo. ¡Jude no es un baboso!

Vuelvo a agacharme tras la roca antes de que miren a su espalda y me vean, pero su conversación no se detiene.

—A veces me mira fijamente —admite Maya—. Antes me parecía halagador, pero... No sé. No quiero ser cruel, pero espero que haya captado que no estoy interesada en él.

Hago una mueca.

A la porra mi plan.

—Parece un poco obsesionado —añade Katie—. Pero de un modo dulce.

Miro de nuevo a través de las rocas, frunciendo el ceño. ¡Jude no está obsesionado!

Al menos, no *mucho*.

Solo está colado por ella. ¡No es un crimen! ¡Debería estar en las nubes por haber llamado la atención de alguien tan amable y maravilloso como Jude!

—Ya os lo he dicho, Jude me cae bien —dice Maya—. Pero lo que siente me hace sentirme un poco culpable porque..., bueno, eso nunca va a ocurrir.

—¡No tienes que sentirte culpable por nada! —exclama Janine—. No has hecho nada malo.

—Ya lo sé. Supongo que no es culpa mía no estar interesada en él. Katie la acalla de repente, pero con una risita casi cruel.

—*Shh*, Maya, Dios. Está justo ahí. Te va a oír.

—¡Oh! —dice Maya, tapándose la boca con la mano—. No lo sabía. Pero Janine le da un codazo.

—Bueno. Puede que haya pillado la indirecta.

Miro y veo que Jude acaba de pasar. Apenas capto un atisbo de su expresión cuando se gira para regresar a nuestro sitio en la playa y no sé si las ha oído. No sé si la oscuridad que cruza su rostro es vergüenza, dolor... o solo las sombras mientras el sol se hunde en el horizonte.

En realidad, no importa. Ha sido una cerdada. Toda esta conversación me ha parecido cruel, un diálogo innecesario con la intención de burlarse de Jude sin ninguna otra razón que elevar el inflado ego de Maya Livingstone.

¿Cómo puede ser tan desagradable con Jude? Con el paciente y considerado Jude, al que todos quieren. Que no tiene enemigos. Que puede seguir cualquier conversación, sentarse con cualquiera a almorzar, asistir a cualquier fiesta.

Y sí, quizá juegue a *Dragones y Mazmorras* los fines de semana y lea libros con dragones en la portada y volviera entusiasmado de su primera Feria del Renacimiento el verano pasado. Incluso se puso una túnica y, en mi opinión, estaba apuesto con ella. Pero odio pensar en lo que Maya o sus amigas dirían si alguna vez vieran las fotos.

Lanzo dagas con los ojos a la coronilla de Maya. ¿Cómo se atreve a hacerle daño?

Aprieto el puño.

Esta vez la siento, la diminuta e imperceptible sacudida en el fondo de mi estómago. Es como cuando haces una voltereta debajo del agua y se te revuelven las entrañas, pero más sutil.

Solo que, aun así, no ocurre nada.

Espero. Y espero.

El sol desaparece, cubriendo el cielo de tonos violetas. Las primeras estrellas empiezan a titilar y brillar. El parpadeo anaranjado de la hoguera ilumina los acantilados.

Maya busca el jersey de manga larga junto a su toalla. La veo meter los brazos por las mangas. Tengo una sensación amarga y estoy más que un poco enfadada. Con ella. Conmigo misma. Con el universo.

Suspiro y abandono por fin la seguridad de mi refugio. Ya he tenido suficiente. No he recibido ningún poder mágico para restaurar el equilibrio del universo, para castigar a los malvados y a los indignos.

Es hora de pasar página.

Jude y Ari están en nuestras mantas compartidas. Ari está tocando algo en su guitarra y un puñado de gente se ha detenido a escucharla; algunos de ellos incluso se han sentado sobre la arena en un semicírculo a su alrededor. Pero Jude está mirando las olas, taciturno. No tengo que verle la cara para saber que está melancólico. Ha debido oír a Maya, después de todo.

Eso me pone furiosa de nuevo.

He empezado a caminar hacia ellos cuando oigo un grito, un sonido horrible y sorprendido.

—¡No! No, no, no. No puede ser verdad.

Me giro lentamente. Maya está de rodillas, buscando frenéticamente en la arena.

—¿Qué? —le pregunta Katie, volviéndose mientras Maya levanta el borde de su toalla—. ¿Qué pasa?

—Mi pendiente —dice Maya—. ¡He perdido un pendiente! ¡Deja de mirar y ayúdame a buscarlo!

Sus amigas parecen un poco desconcertadas, pero no discuten. Las tres empiezan a revolver la arena. De vez en cuando, Maya se detiene para tocarse la oreja y después palmearse el jersey y el cabello. Pronto queda claro que su búsqueda es inútil.

Una sonrisa se extiende por mis labios y creo que he comprendido algo.
Karma *al instante*.

Quizá tiene que ser instantáneo, un castigo inmediato tras una ofensa. A Quint no le ha pasado nada porque nuestra pelea ha sido hace horas.

Pero Maya ha sido cruel *ahora*.

Deja de buscar, dolida y casi al borde de las lágrimas, pero no me da ninguna pena. Puede que su pendiente fuera elegante y caro. Puedo ver el compañero colgando de la otra oreja. Es un pendiente largo, con una única piedra en el centro que creo que podría ser un diamante. Quizá son de su madre, que se enfadará mucho ahora que ha perdido uno. O quizá era una especie de recuerdo para conmemorar alguno de sus muchos logros: «estudiante de la semana» o «donante de sangre» o algo así. No me importa. Le ha hecho daño a mi hermano y se merece pagar el precio.

Giro sobre mis talones y empiezo a caminar hacia mis amigos. Hay una nueva energía en mi paso. Siento un hormigueo en los dedos, como si este inesperado poder cósmico se arremolinara en mis venas.

Estoy tan distraída que casi no veo el balón de vóley que se dirige hacia mí. Mi instinto toma el mando y me agacho con un grito.

Una figura emerge en mi periferia, golpeando el balón y enviándolo de nuevo hacia la red.

Levanto la mirada, parpadeando, con los brazos aún protegiendo mi cabeza.

Quint tiene los labios apretados y un destello en la mirada. Está claro que se está conteniendo para no reírse de mí.

—¿Qué creías que era, un tiburón?

Bajo los brazos. Intento recuperar la dignidad lo mejor que puedo. Sé cómo hacerlo: con palpable desdén.

—Estaba distraída —digo, lanzándole una mirada airada—. Me ha pillado desprevenida.

Quint deja escapar una pequeña risita.

—Necesitamos otro jugador. Supongo que no te interesa.

Suelto una carcajada. Si hay un deporte para el que estoy naturalmente dotada, todavía no he descubierto cuál es. Sin duda ninguno de los que nos obligan a practicar en Educación Física.

—Ni un poco. Pero gracias por... *eso*.

—¿Rescatarte? —dice, lo bastante alto para que todos los que están cerca lo oigan. Parece casi alegre—. ¿Podrías decirlo de nuevo, más alto esta vez?

Se inclina hacia mí, con una mano en la oreja.

Lo fulmino con la mirada.

—Venga —insiste—. Creo que las palabras exactas que estás buscando son: «Gracias por salvarme la vida, Quint. ¡Eres el mejor!».

Resoplo. Entonces se me ocurre una idea y sonrío, dando un paso hacia él. Debe ver algo inquietante en mi cara, porque de inmediato da un paso atrás. Su expresión divertida se convierte en una de recelo.

—Te daré las gracias cuando aceptes rehacer ese proyecto de Biología conmigo.

Quint emite un gemido.

A su espalda, una chica mayor grita:

—¡Vamos, Quint! Todavía estás jugando, ¿no?

—Sí, sí —dice, agitando una mano hacia ella. Miro a la chica. Me está observando, con un mohín en la boca.

No te preocupes, quiero gritarle. Es todo tuyo.

Quint empieza a caminar de espaldas hacia la red. Levanta un dedo, señalándome directamente.

—La respuesta sigue siendo no —dice—. Pero aprecio tu tesón.

Se gira y corre para continuar el partido.

Exhalo con brusquedad. Valía la pena intentarlo.

—Ey, Prudence —dice una voz. Tardo un segundo en darme cuenta de que es Ezra Kent, que está al otro lado de la red de voleibol, esperando a que el partido continúe. Cuando tiene mi atención, señala con la barbilla algo a mi espalda—. ¿Quién es la chavala de la guitarra? Está muy buena.

Me giro, parpadeando. Por un segundo he olvidado qué estoy haciendo, a dónde iba. Entonces veo a Ari sentada con las piernas cruzadas sobre nuestra manta, con la guitarra sobre su regazo, pero no está tocando. Está hablando con algunos estudiantes: una chica a la que conozco que está en un grupo de *jazz* y un par de alumnos de bachillerato con los que nunca he

hablado. Jude también está allí, pero ligeramente separado del grupo y todavía cabizbajo, con los pies descalzos enterrados en la arena.

Me giro de nuevo y le lanzo a Ezra una mirada de advertencia.

—Alguien fuera de tu alcance.

Se frota las manos exageradamente.

—Me gustan los retos.

Le dedico una sonrisa zalamera.

—Y a ella le gusta la honestidad, así que no pierdas el tiempo.

Se ríe.

—Jo, tía. Voy a echarte de menos este verano.

—Ya somos dos —murmuro, poniendo los ojos en blanco. Estoy a punto de alejarme cuando se me ocurre una idea. Dudo, pero me giro justo cuando Quint está preparándose para lanzar—. Oye, Quint. —Se detiene y me mira. Me acerco para mantener la voz baja y levanta una de sus enormes cejas, como si mi simple presencia fuera motivo para recelar—. ¿Sabes? Jude es bastante decente jugando al voleibol. ¿Todavía quieres otro jugador?

Esto podría ser mentira, pero también podría no serlo. Mi hermano y yo no hemos ido juntos a Educación Física desde sexto, así que sinceramente no tengo ni idea de cómo se le da el voleibol.

Quint mira a mi hermano sobre mi hombro.

—Sí, guay. ¡Ey, Jude! ¿Un partido?

Me alejo, haciendo todo lo posible por parecer distraída y que Jude no sepa que yo he instigado esta invitación, pero funciona. Un par de segundos después, Jude está corriendo por la playa. Asiente al verme, quizá dándose cuenta de que esta es la primera vez que nos cruzamos desde que hemos llegado aquí.

—¿Todo bien, hermana? —me pregunta al pasar. Sé lo que hay debajo de su pregunta, el verdadero significado. Yo no quería venir a esta fiesta. Prácticamente nos ha arrastrado, a Ari y a mí.

Pero pienso en la ola que ha roto sobre Jackson y en la voz asustada de Maya mientras buscaba su pendiente perdido y en la pequeña multitud que se ha detenido a escuchar a Ari y su guitarra y de repente estoy sonriendo.

Una sonrisa de verdad. Una absurda y deleitada sonrisa, como si no cupiera en mí de contento.

—La verdad es que me lo estoy pasando muy bien. —Señalo con la cabeza el partido de voleibol—. ¿Vas a jugar?

—Sí, voy a intentarlo. Trataré de no quedar en ridículo.

—Lo tienes hecho. —Le doy un puñetazo de ánimo en el hombro y nos separamos.

La arena bajo mis pies se ha convertido en nubes mientras camino hacia Ari, sintiéndome como si tuviera todo el poder del universo en la punta de mis dedos.



A la mañana siguiente me despierto temprano, con el olor a humo pegado a mi cabello, prueba de que la fiesta de la hoguera fue real, de que no lo soñé todo. Hay una voz sensata en mi cerebro que todavía insiste en que todo esto de la justicia kármica no es más que un pensamiento ilusorio, pero hago todo lo posible por acallarla.

Me quedo en la cama pensando en todas las veces que me han frustrado las injusticias de la vida. En todos los estudiantes que vaguean y que, de algún modo, consiguen ganarse la aprobación del profesor. En los abusones a los que nunca pillan. En los idiotas que logran llegar a la cima de la escala social.

Bueno, pues ya no. Al menos, no en Fortuna Beach.

Hay una nueva jueza en la ciudad.

Mientras me levanto y paso por mi rutina habitual de hacer la cama, cepillarme los dientes y vestirme, me siento emocionada. El día parece lleno de potencial. Mi *vida* parece llena de potencial.

Compruebo el reloj: son las siete menos cinco de la mañana del primer día de vacaciones de verano. Estoy vestida y preparada, con carmín y todo, y el resto de la casa sigue durmiendo. Sé que debería estar agotada, ya que

Jude y yo no volvimos a casa hasta después de medianoche, pero estoy totalmente despejada.

Me siento en la cama y tamborileo con los dedos sobre mis rodillas. Normalmente me encanta este momento del día, cuando soy la única de mi familia que está despierta. La serenidad y la soledad me parecen un regalo inusual que debo apreciar. Siempre que es posible, durante el curso, intento levantarme para hacer algunas cosas sin que me molesten mis padres o hermanas, pero ahora me siento como si estuviera en el limbo.

No tengo deberes. Ni proyectos. Nada que hacer.

Miro mi estantería, pensando quizá en leer un poco, pero sé que no conseguiré concentrarme.

Mis ojos se detienen en el montón de carpetas y cuadernos que saqué anoche de mi mochila, todos pulcramente colocados en una esquina de mi escritorio.

La carpeta de Quint está sobre todo lo demás. La foca triste me mira desde la portada.

Voy a por ella. La odiosa nota adhesiva me saluda y hago una mueca. No quiero abrirla. Una enorme parte de mí quiere convertir el informe en trizas diminutas y lanzarlas por la ventana, pero eso sería tirar basura a la vía pública, así que no lo hago. No obstante, me siento confrontada con algo parecido al miedo mientras me llevo el informe a la cama y me acomodo en los cojines.

Pero ¿miedo a qué? ¿A haber estado equivocada todo este tiempo? ¿A que Quint, en un asombroso giro de los acontecimientos, haya hecho realmente un buen trabajo? ¿A que las palabras de estas páginas estén bien escritas, concienzudamente investigadas? ¿A que sean brillantes? ¿A que quizá fuera *yo* el eslabón débil de nuestro equipo?

Leo las palabras del señor Chavez de nuevo, pero esta vez me concentro en su crítica de Quint. *Ejecución confusa. Ideas poco definidas.* Así que, bueno. Ahí está. Sé que no va a ser una obra maestra de la literatura. Sé que tendrá defectos.

Y, aun así, su nota es más alta que la mía, más alta que la *nuestra*.

Me preparo y abro la carpeta.

Al principio, el informe de Quint me sorprende; quizá incluso me impresiona un poco. Las primeras impresiones son las que cuentan y, bueno, la primera impresión de su informe no es para nada lo que esperaba. En lugar de la típica Times New Roman de doce puntos y a doble espacio, que es lo habitual en nuestros trabajos, Quint ha diseñado el informe para que parezca el artículo de una revista, con dos columnas justificadas salpicadas de imágenes de fauna y hábitats marinos. Cada sección está dividida por un título aguamarina en negrita, y las leyendas bajo las fotos son pulcras y elegantes. Incluso ha incluido un sutil pie de página *beige*: *Conservación marina a través del ecoturismo / Prudence Barnett y Quint Erickson.*

El efecto general es bonito. Elegante. Incluso profesional. No es para nada lo que había esperado y siento una punzada de pesar. ¿Cómo ha sido capaz de realizar un trabajo de esta calidad sin que yo me diera cuenta?

Y después están las imágenes. Cada página tiene al menos una fotografía y son tan conmovedoras como horribles: gaviotas empapadas en aceite negro; focas con cortes profundos en los costados; leones marinos con docenas de anzuelos clavados en la piel. Nunca había dado demasiado crédito a eso de que una imagen vale más que mil palabras, pero tengo que admitir que estas ilustraciones son muy efectivas. Se me hace un nudo en el estómago cuando paso a la primera página.

Empiezo a leer el texto y... mi opinión comienza a caer en picado.

Erratas. Faltas de ortografía. Oraciones mal formadas. Afirmaciones inconexas, casi incoherentes.

Por Dios. ¿Cómo aprobó Lengua el año pasado?

No obstante, las partes que puedo leer sin estremecerme y sin desear tener un lápiz rojo en la mano son apasionadas y están llenas de estadísticas y datos sorprendentemente relevantes. Pasa un montón de tiempo resumiendo qué comportamientos humanos afectan negativamente a nuestros ecosistemas locales. Se adentra en detalles explícitos sobre las decrecientes poblaciones de un sinfín de especies marinas y cómo se ven afectadas por los desechos, la polución y las prácticas de pesca indiscriminada. Es mucho más de lo que yo habría hecho. Después de todo, el informe es sobre ecoturismo, no sobre decadencia medioambiental, pero

tengo que reconocer que hay un montón de ciencia. Incluso aprendo un par de cosas mientras leo, cosas que me hacen desear comprobar sus fuentes y ver si lo que dice es verdad, incluyendo un montón de estadísticas que sugieren que el propio ecoturismo, si no es supervisado con cuidado, puede ser más perjudicial que beneficioso para los mismos entornos que los visitantes esperan conservar.

Mi apreciación de Quint y de su trabajo ha comenzado a crecer de nuevo cuando *por fin* llego a la parte del informe que detalla nuestras sugerencias para crear una vibrante industria ecoturística en Fortuna Beach. Espero que él siguiente par de páginas me resulte familiar. Después de todo, de esto fue de lo que hablamos en las pocas ocasiones en las que el señor Chavez nos dejó tiempo en clase para trabajar juntos en el proyecto. Estoy deseando leer la versión en texto de mi elaborado plan. El *resort*. Las aventuras en el mar. Las fiestas en la playa. Todas las cosas que harán que los turistas acudan en manada a Fortuna Beach para divertirse, explorar y entregarse a una buena dosis de filantropía.

Excepto... que no hay nada de eso. No habla del *resort*. Elude mi brillante surtido de excursiones para navegar y hacer esnórquel. ¡Y ni siquiera incluye una palabra sobre el *spa*, con sus tratamientos naturales y orgánicos!

En lugar de eso, según Quint, los turistas vendrán a Fortuna Beach para... trabajar como voluntarios en un centro de recuperación de animales.

Gruño audiblemente y me golpeo la cabeza contra el cabecero de la cama. Todavía me duele, un recordatorio de mi caída de la otra noche.

¿En serio? En todas nuestras conversaciones, Quint insistió en que debíamos concentrarnos en el Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach. Él creía que a la gente que de verdad estuviera interesada en ayudar a nuestros océanos le encantaría venir al centro, para cuidar de los animales, aprender lo que ocurre durante su rehabilitación y descubrir qué cambios podrían implementar en su estilo de vida.

Yo puse los ojos en blanco cada vez que sacó el tema, justo como lo hago ahora. ¿Por qué pondría dinero nuestra comunidad para construir un centro de recuperación de animales cuando podríamos tener un *spa*? ¡Queremos atraer a los millonarios, no a los *hippies*!

Leo por encima los últimos párrafos antes de pasar a la última página. Estoy furiosa. Al menos se ha molestado en incluir una bibliografía, aunque veo que no ha citado las fuentes de las que sacó las fotografías, uno de los mayores pecados de los trabajos escolares.

Mis ojos se detienen en una de las fuentes y me quedo inmóvil. A diferencia del resto de las referencias, que son sobre todo páginas web y un par de revistas y libros, Quint ha incluido a una entrevistada.

Rosa Erickson, fundadora y propietaria del Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach. Entrevista realizada por Quint Erickson.

—Espera un momento —murmuro, irguiéndome—. ¿El centro de recuperación existe de verdad?

Desenchufo mi teléfono del cargador de mi mesita de noche y hago una búsqueda rápida. Y ahí está: no tiene página web oficial, pero aparece en las Páginas Amarillas con una dirección a un par de kilómetros al norte del centro. Una búsqueda más y encuentro también un nombre: Rosa Erickson.

—¡Será idiota!

Suelto el teléfono sobre las mantas, me levanto de la cama y comienzo a caminar. No sé qué relación tiene Rosa con Quint, si es su madre, su tía o su abuela, pero deben ser familiares. ¿Por qué no me contó que el centro de recuperación que insistía tanto en incluir es un lugar que ya existe y con el que tiene una relación personal? Si lo hubiera sabido, habría retrazado por completo mi plan para el proyecto. Nos habríamos concentrado en el impacto en la comunidad de los centros de recuperación o habríamos hecho alguna demostración práctica del tipo de trabajo que se realiza en el centro. Podríamos haber invitado a la tal Rosa a hablar ante la clase, y quizá incluso nos hubieran dado permiso para llevar a nuestros compañeros a una increíble excursión.

¡Nos habríamos salido con este proyecto!

¿Cómo ha podido mantenerlo en secreto? Y, quizá más importante: ¿por qué? ¿Por qué no me lo dijo?

Dejo de caminar y miro fijamente el informe. Se ha cerrado cuando me he levantado de la cama y ahí está, esa nota adhesiva de nuevo. Esa C, riéndose de mí.

Al menos, ahora comprendo mejor la nota del señor Chavez. Entre mi maqueta de la calle y el informe de Quint no hay nada que sugiera que éramos un equipo, trabajando juntos en un proyecto cohesionado. Pero eso no es culpa mía y me niego a que me baje la nota media porque Quint no se dignó a informarme de este relevante hecho.

Tomo mi teléfono y compruebo de nuevo la dirección del centro de recuperación.

Paso del señor Chavez y sus reglas. Voy a rehacer este proyecto y voy a hacerlo de un modo tan brillante que no tendrá más remedio que recompensarme con la nota que realmente merezco.



Papá está solo en la cocina, sentado ante la mesa con una taza de café y el último número de la revista *Rolling Stone*.

Cuando entro, levanta la mirada y comprueba la hora en el homo.

—¡Despierta antes de las ocho! ¿No estás de vacaciones?

—Papá, ¿cuándo me has visto levantarme después de las odio, sean vacaciones o no? —Meto una rebanada de pan en la tostadora. Hay una nueva mano de plátanos en la encimera, pero no me apetece trastear con la batidora esta mañana—. Tengo cosas que hacer, ¿sabes?

—¿Sí? —dice papá, con una leve sonrisa—. No demasiadas, espero. Mamá y yo hemos estado pensando en cómo podríais pasar el tiempo este verano.

Frunzo el ceño, a la defensiva de inmediato.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —Usa una de esas tarjetas de suscripción para marcar por dónde va y cierra la revista—. Íbamos a hablarlo en la cena, pero, ya que preguntas..., hemos pensado que quizá es un buen momento para que Jude y tú comencéis a ayudar en la tienda.

Lo miro fijamente. ¿Ayudar en la tienda?

¿En la tienda de *discos*?

Los siguientes tres meses atraviesan mi mente, llenos de turistas perdidos que creen que una tienda de vinilos de la vieja escuela es como *guau, vaya novedad*; de puristas odiosos que disfrutan quejándose y quejándose de que la música digital *no tiene alma, tío*; de gente que intenta vender la colección de su abuelo y no comprende por qué solo pagamos cincuenta centavos por una copia maltrecha de *Hotel California*.

Miro a mi padre y sé que reírme a carcajadas es la táctica equivocada, así que en lugar de eso digo:

—Ajá.

Ya está. Eso es todo lo que se me ocurre. *Ajá*.

Mi padre, notando mi total desinterés, pasa de la alegría a la desesperanza y la reprimenda.

—Es un negocio familiar, ¿sabes? Y vosotros sois parte de esta familia.

—Sí, no, ya lo sé —digo con rapidez—. Es solo que...

Me detengo, buscando una excusa. Cualquier excusa. Algo que no implique admitir que no tengo ningún interés en pasarme el verano encerrada tras el mostrador de nuestra lóbrega tienda de discos, oliendo a naftalina y diciéndoles a los parroquianos que no, que *lo siento pero no hemos recibido ninguna novedad de heavy metal desde la semana pasada*.

—Es solo que... estaba... estaba pensando en hacer un voluntariado —me oigo decir.

Espera. ¿Qué?

Mi padre levanta una ceja y replica, con ironía:

—¿Voluntariado? ¿Dónde, en el paseo marítimo?

La indignación cobra vida en mi pecho. No puede ser tan sorprendente que trabaje como voluntaria en una causa justa. Durante los primeros cursos de secundaria di clases a un par de niños de preescolar y primaria después del colegio, dos veces a la semana, lo que sobre todo consistía en leerles cuentos con dibujos, pero bueno. Creo en los buenos actos y en la caridad. Puede que no haya tenido demasiado tiempo últimamente, pero la idea de que yo pueda hacer algo filantrópico no debería levantar sospechas.

—No, no en el paseo marítimo —contesto, burlándome de su consternación—. En un sitio que se llama... Uhm... En el Centro de

Recuperación de Fortuna Beach. Se ocupan de animales que están en peligro, leones marinos y cosas así, y los ayudan a ponerse mejor.

Al menos, supongo que eso es lo que hacen. He leído por encima la mayoría de las páginas del informe de Quint y solo tengo una ligera idea del propósito del centro de recuperación.

—Oh —dice papá. Conozco ese *oh*. Puedo oír páginas de confusión escritas en ese *oh*.

Oh, no sabía que te gustaran los animales. *Oh*, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablaste sobre algún tipo de voluntariado. *Oh*, creía que planeabas pasarte todas las vacaciones de verano con Ari, comiendo helado y contando los días hasta que se vuelva socialmente aceptable empezar a obsesionarse con las matrículas universitarias. (No antes del inicio del primer curso de bachiller, evidentemente, aunque tengo una lista preparada para cuando llegue ese día).

Pero papá no dice nada de eso.

—Nunca he oído hablar de ese sitio.

—No, yo tampoco. Me habló de él un amigo.

Me estremezco visiblemente ante la idea de que Quint sea un *amigo*, pero me giro hacia la tostadora, que acaba de saltar, y me concentro en untar la tostada con mantequilla de cacahuete.

—¿Es para el instituto?

Dudo.

—Más o menos. Y también por... Ya sabes. Me pareció que estaría bien hacer algo por la comunidad y por nuestros hábitats... marinos... locales.

—Dejo el cuchillo en el fregadero—. Pensaba ir hoy a preguntar si les vendría bien mi ayuda. —Dudo, sonriendo con incertidumbre, antes de preguntar—: ¿Te parece bien?

Une las cejas en el centro de su frente.

—Bueno —dice lentamente, inseguro. Veo los engranajes girando en su cabeza mientras intenta decidir el mejor enfoque paterno. ¿Insistir en que ayude en el negocio familiar para potenciar mi responsabilidad personal y ética laboral, o animar este inesperado interés por el altruismo y el bienestar animal? Al final, se aclara la garganta—. Te diré lo que vamos a hacer. Ve a hablar con ellos, por si te encuentran algún trabajo adecuado, y yo hablaré

con tu madre. Nos reuniremos de nuevo esta noche en la cena. —Termina su afirmación asintiendo con satisfacción. Prácticamente puedo verlo felicitándose por otro dilema paterno resuelto con éxito. O, al menos, pospuesto hasta que mamá le dé su opinión—. ¿Necesitas que te lleve en coche?

—No, gracias. Me llevaré la bici. Son solo un par de kilómetros.

Asiente de nuevo y luego parece reconsiderar algo.

—¿Sabes, Pru? Era broma, lo de pasar el verano en el paseo marítimo. Te has esforzado mucho este año. Te mereces relajarte durante tus vacaciones. Así que... trabaja de voluntaria en ese centro de recuperación o ven a la tienda conmigo o lo que quieras, pero no te olvides de salir y disfrutar a veces de la luz del sol, ¿de acuerdo?

Lo miro fijamente. Lo dice muy inocentemente, pero no puedo evitar sentir que hay un diminuto ataque escondido en sus palabras. *No te esfuerces tanto que te olvides de divertirte.*

¿Por qué está todo el mundo tan preocupado por si no sé divertirme o relajarme? Sí, me esfuerzo. Sí, creo en el pragmatismo y en la eficiencia y en ser la mejor en lo que hago. ¿Qué hay de malo en ello?

Sin embargo, no digo nada de esto. En lugar de eso, le dedico a papá una sonrisa tensa.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

Papá suspira.

—Hazlo.

Vuelve a concentrarse en su café y en su revista, disfrutando de sus últimos momentos de paz antes de que mis hermanos empiecen a despertar.

Tomo mi tostada y me dirijo a la puerta. Todavía no he decidido cómo me siento sobre mi pequeña mentira cuando me pongo el casco de la bici y me meto el último bocado de tostada en la boca. Bajo ninguna circunstancia había pensado en pasarme el verano trabajando como voluntaria en una organización sin ánimo de lucro; al menos, asumo que el centro de recuperación lo es, aunque ni siquiera eso está claro. Como sea, si quisiera trabajar como voluntaria, me habría decantado por escribir los boletines de noticias de la asociación local de jóvenes cristianos u organizar una pequeña biblioteca móvil gratuita en la calle Mayor o planificar ventas de

pasteles para enviar fondos a los niños de algún país pobre del tercer mundo o... algo. Pero ¿tortugas marinas y nutrias o lo que sea que preservan en ese sitio? A ver, no tengo nada en contra de los animales marinos. Y tengo que reformular nuestro proyecto para el señor Chavez y este parece un buen modo de hacerlo.

Pero, aun así, no es exactamente una causa que me apasione.

Quizá, si las cosas no van bien hoy, pueda idear un plan B. Podría buscar alguna otra organización donde ser voluntaria, algo más adecuado a mis intereses, y decirles a mis padres que ha habido un cambio de planes.

Organizar una biblioteca móvil gratuita *sería* divertido...

Me detengo, frunciendo el ceño ante esta idea. Algo me dice que muy poca gente estaría de acuerdo con este sentimiento. ¿Es posible que *mi* idea de una actividad divertida, relajante y disfrutable esté muy lejos de la del resto?

¿Y eso significa que hay algo malo en mí, o que lo hay en ellos? Niego con la cabeza. Decida lo que decida sobre el voluntariado, al menos quedará genial en las solicitudes para la universidad. Un verano en un centro de recuperación de animales quizá no había sido el plan original, pero veo que tiene beneficios a largo plazo. Ya imagino las alentadoras cartas de presentación para la universidad en las que explicaré cómo conseguí hacer del mundo un lugar mejor gracias a mi desinteresada dedicación. Tras consagrar una fracción de mi tiempo a un servicio tan importante, mi futuro currículum estará un escalón por encima del de otros candidatos.

Esto es bueno, me digo repetidamente mientras empujo los pedales de la bici.

Esto es lo mejor.

Sin duda, es mejor que pasar el verano en la tienda de discos.

El refrescante viento salado me golpea las mejillas y sopla a través de mi cabello. La mañana es calurosa pero agradable. Paso junto a un montón de gente paseando a sus perros, e incluso veo a algunos niños chapoteando en los aspersores de sus jardines. Paso junto a un anciano cortando el césped y un grupo de pintores instalando unos andamios. Paso junto a otras personas en bicicleta: algunas en traje, otras en bañador. Nos miramos con una sonrisa amistosa.

Me detengo delante de un supermercado esperando a que cambie el semáforo. El coche que tengo al lado lleva las ventanillas bajadas y sonrío cuando *Good Doy Sunshine* sale de sus altavoces. Tamborileo sobre los manillares, tarareando. Incluso me imagino cantando esta canción la noche de karaoke... Si es que volvemos a ir.

Idiotas y bebidas derramadas aparte, fue bastante divertido.

Sigo distraída, pensando que quizá debería pensar en hacer un dueto con Ari, cuando la luz del semáforo se pone ámbar. Ajusto los pedales, preparándome para salir, y entonces miro hacia el aparcamiento del supermercado. Un brillante todoterreno está aparcando.

Entorno los ojos, enfocándolos como rayos láser.

Es un espacio para personas con movilidad reducida, pero no hay ninguna señal colgando del espejo trasero ni el monigote de la silla de ruedas decorando la matrícula del coche.

Giro la rueda delantera de mi bici hacia el bordillo. Examino el vehículo con atención mientras me acerco, buscando algún indicio de que merece este codiciado espacio junto a la entrada. Se supone que este aparcamiento solo deben usarlo los que realmente lo necesitan.

La puerta del conductor se abre y un hombre de mediana edad sale y se apresura hacia la tienda. Hasta donde yo sé, no parece tener ningún impedimento. Ni siquiera cojea.

Y no lleva pasajero.

Niego con la cabeza, disgustada. ¿Quién se cree que es? ¡Alguien que de verdad necesite ese sitio podría aparecer en cualquier momento! ¿Va a hacer que alguna pobre anciana atraviese todo el aparcamiento con su andador o su bastón?

Cierro los dedos, sintiendo cómo los atraviesa la sangre. Hay un momento en el que pienso que esto no va a funcionar. *Te estás engañando, Prudence.*

Pero ignoro la duda y aprieto la mano.

En el instante en el que lo hago, una gaviota vuela sobre mi cabeza y deja caer un perfecto y blanco excremento sobre el parabrisas del todoterreno, justo frente al asiento del conductor.

Se me escapa una carcajada sorprendida y me tapo la boca con la mano.
En la diana.

El hombre sale de la tienda un segundo después, sin nada más que una bebida energética. Echa un vistazo a su coche y suelta una maldición.

Le doy la vuelta a la bici y vuelvo a la calle con un hormigueo de satisfacción en el cuerpo.

Después de eso, el trayecto se vuelve más interesante. Soy como un radar, localizando las injusticias del mundo. Mi recién descubierto poder hormiguea en las puntas de mis dedos, listo para ser liberado. Estoy ansiosa por encontrar otra oportunidad de verlo en acción, y de repente están por todas partes.

Paso junto a una pareja de chicos de secundaria que están dando golpes a la máquina de refrescos que hay en la puerta de la tienda de comestibles de Ike.

Aprieto el puño y sus refrescos robados les explotan en la cara.

Veo a una niña pequeña tirándole piedrecitas a una ardilla. Un segundo después, se golpea un dedo del pie y corre llorando hacia su madre.

Veo a un hombre en una parada de autobús lanzando piropos inapropiados a una mujer que pasa haciendo deporte. Ella lo ignora, inexpresiva. Cuando el hombre se inclina hacia delante para admirar su trasero, les regalo a sus vaqueros una costura rota en su *propio* trasero.

Estoy a tope. Estoy temblando de alegría. Estoy pasándome y lo sé, pero yo no pedí este don, así que supongo que he debido hacer algo para merecerlo.

Solo estoy a un par de manzanas del centro de recuperación cuando paso junto a un cartel publicitario junto al que probablemente he pasado un centenar de veces sin prestarle demasiada atención. Hay una escalera apoyada en él y una persona sobre la plataforma, con una sudadera amplia, un gorro de lana verde y un bote de pintura en espray.

Detengo mi bicicleta, un poco estupefacta al pensar que alguien es lo suficientemente descarado como para vandalizar una valla a plena luz del día.

El anuncio es de Blue's Burgers, una cadena que ha sido esencial en nuestra comunidad desde su inauguración en 1960. A la derecha está la

enorme imagen de una de sus hamburguesas, a reventar de pepinillo, lechuga y salsa especial. Al fondo hay unos prados verdes donde dos vacas negras y blancas pastan apaciblemente. El eslogan azul está impreso en burbujas de diálogo sobre sus cabezas: ¡SOMOS VACAS FELICES PARA QUE VOSOTROS SEÁIS CLIENTES FELICES!

Pero el vándalo ha trazado una X sobre ese mensaje y está empezando a garabatear algo sobre la imagen de las vacas.

La indignación llamea en mi interior. Es un negocio local. La valla publicitaria es una propiedad pública. Y ahora alguien va a tener que limpiarlo o pagar para que lo reemplacen.

Resoplo y aprieto el puño.

El vándalo busca un color distinto de pintura... y resbala.

La escalera se sacude. Escucho un grito y me doy cuenta, sorprendida, de que es una chica.

Después se cae.

Ocurre a cámara lenta. Busca la escalera con las manos sin encontrar nada. La caída hasta el suelo es de al menos tres metros. Hay una zona de hierba y matorrales, no es asfalto, pero aun así... oigo el golpe.

Se me revuelve el estómago y la bilis sube hasta mi boca ante ese horrible ruido, seguido de su grito de dolor.

Se le ha caído la gorra. Tiene el cabello negro y brillante recogido en dos moños apretados tras las orejas.

El corazón me da un vuelco. Es *Morgan*, la amiga de Quint de la otra noche.

Dejo la bicicleta contra un árbol y me preparo para cruzar la carretera corriendo y ayudarla, pero un coche se ha detenido junto a la acera y una mujer se acerca a ella con el teléfono en la mano. *Oh, Dios mío, ¿estás bien? ¡Voy a llamar a una ambulancia!*

Trago saliva y doy un paso atrás. Todavía tengo el estómago revuelto. Un sudor frío se ha acumulado en mi nuca y el casco de la bici me parece demasiado pesado, demasiado sofocante. Ignoro la sensación y deslizo la pierna sobre el asiento.

Me giro y pedaleo tan rápido como puedo en la dirección contraria.



Pedaleo hasta un parque cercano y suelto la bici antes de derrumbarme en un banco de madera. Me quito el casco y me presiono la frente con las manos. Sigo viéndolo, una y otra vez... El momento en el que resbala. Cuando pierde el equilibrio. Cuando grita y se cae.

He sido yo. *Yo* lo he hecho.

Podría haberla matado.

Tardo mucho tiempo en calmarme. Pasa mucho tiempo antes de que mi corazón deje de palpar y de que pueda pensar racionalmente en lo que acaba de ocurrir.

Pasa aún más tiempo antes de que me convenza de que no ha sido culpa mía, de que *yo* no he sido.

Mis castigos no han sido míos. Puede que haya pensado que se merecían que les pasara algo, pero ha sido el universo quien ha decidido cuáles deberían ser esos castigos. *Yo* nunca habría hecho que alguien se cayera de una escalera, independientemente de si estaba quebrantando la ley o no. Eso ha sido cosa del universo.

Además, si hay que culpar a alguien, es a la propia Morgan. Ella sola se ha puesto en peligro, subiendo ahí. Seguramente no pensó en asegurar la

escalera. O quizá es una persona torpe.

Además, probablemente se lo merecía. Estaba dañando a otras personas con sus acciones, al propietario de ese negocio local, la belleza de nuestra pintoresca ciudad costera. Y fue muy arrogante cuando nos conocimos en Encanto, cuando no dejó de mirar su teléfono ni siquiera mientras la gente actuaba.

El universo sabe lo que hace. Tiene que ser así. Es *el universo*.

Poco a poco, dejan de temblarme las manos.

Sé que estoy intentando justificar lo que ha pasado, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Tengo que creer que el universo me respalda en esto.

Al final, después de un par de respiraciones conscientes en las que intento exhalar toda mi energía negativa, vuelvo a subir en mi bici.

Estoy más cerca del centro de recuperación de lo que había pensado y solo tengo que bajar una calle de dos carriles bordeada de apreses y exuberantes arbustos de zarzamora. No solo no veo a nadie comportándose mal; no veo a nadie en absoluto. Esta es una calle tranquila, una donde creo que no había estado antes. Está lejos de la calle Mayor y de la playa, lejos de los turistas. Veo un puñado de casas escondidas entre los árboles, granjas con pollos, cabras y tierra.

Casi me paso de largo. En el último instante, aprieto el freno de mano y bajo el pie a la calzada.

No sé qué esperaba del centro de recuperación hasta que el edificio fracasa al cumplir esas expectativas. De repente está claro por qué Quint no se molestó en incluir ninguna imagen de este destino «turístico». Supongo que había imaginado un acuario. Algo elegante y moderno, con una buena cantidad de espacio de aparcamiento para los autobuses llenos de niños de excursión escolar. Había imaginado un centro educativo, con placas explicando los delicados ecosistemas de nuestros océanos y cómo los humanos podemos ayudar bebiendo menos agua embotellada y comiendo solo pescado de fuentes sostenibles. Había imaginado enormes tanques de cristal llenos de peces tropicales y un ocasional y alegre león marino, o quizá incluso recintos gigantes para ballenas y delfines. También una pileta donde pudieras meter la mano y pasar los nudillos sobre los ásperos dorsos

de las estrellas de mar o dejar que los erizos te rodeasen el dedo con sus púas espinosas.

Mientras giro en el aparcamiento de gravilla, me doy cuenta de que había estado imaginando el centro de conservación marina de *Buscando a Dory*, la peli de Pixar. Un sitio de última generación, sofisticado, con mensajes educativos lanzados a través de los altavoces con la voz de Sigourney Weaver.

Era una expectativa poco realista. Después de todo, si en Fortuna Beach hubiera una institución así, yo lo habría sabido.

Pero la realidad del Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach es que es... pequeño. Y, por fuera al menos, totalmente olvidable.

El hedor del pescado muerto me golpea antes de dejar de pedalear. No hay soportes para bicis, así que apoyo la mía contra una barandilla cerca de la entrada. Me quito el casco, lo cuelgo del manillar y examino el pequeño edificio de dos plantas. Es alargado pero estrecho, con el tejado plano y paredes de cemento. Muy industrial, muy utilitario, pero muy poco hospitalario. Al menos alguien ha intentado alegrar la fachada con una capa de pintura coral.

En el aparcamiento hay dos furgonetas blancas con el nombre y el número de teléfono del centro impresos en el lateral, animando a la gente a llamar si ven un animal varado o herido. Hay un montón de jaulas contra la valla, junto a una hilera de casetas, como si fuera la perrera. Cerca hay un par de cobertizos de plástico temporales con las puertas cerradas con candados. Puedo oír ladridos y tardo un momento en recordar que en realidad no estoy en una perrera. Deben ser focas las que hacen ese ruido, o quizá leones marinos.

Por un momento, me pregunto qué estoy haciendo aquí. Tengo que reescribir un informe (y conseguir que sea tan bueno que se gane al señor Chavez y lo haga olvidar sus inútiles reglas) y esta mañana estaba convencida de que este sitio sería mi billete para lograrlo. Descubriría la relación de Quint con el centro y reescribiría la presentación para que fuera coherente con el informe que él escribió. Si juego bien mis cartas, podría

incluso entregar el proyecto revisado sin que el señor Chavez sepa que Quint no ha estado involucrado. Porque... lo *estará*. Indirectamente.

Creo que podría funcionar.

Examino el edificio de nuevo y arrugo la nariz cuando una nueva oleada de marisco podrido supera a la primera de sal y pescado.

Pero todavía no me he comprometido a nada. Entraré y echaré un vistazo, hablaré con ellos, descubriré quién es Rosa Erickson y qué relación tiene con Quint y averiguaré qué puedo usar en mi proyecto revisado. Después me largaré. En cuanto a lo que voy a decirles a mis padres sobre el voluntariado... Bueno, cruzaré ese puente cuando llegue el momento.

Me pongo una capa de carmín, me aliso las arrugas de la camisa y me dirijo a la entrada, una puerta de un amarillo descolorido con una rendija para el correo en la parte inferior. Dudo, preguntándome si debería llamar. Es un negocio, pero, hasta donde yo sé, no está abierto al público.

Me decido y golpeo la puerta con los nudillos. Espero, pero lo único que oigo son los continuos ladridos del animal marino que está armando tanto escándalo.

Después de algunos segundos, pruebo el pomo. Se abre y asomo la cabeza a una pequeña estancia que supongo que podría pasar por recibidor, aunque es más estrecha que mi dormitorio. Una colección de moscas zumba alrededor de una mesa de madera abarrotada de papeles. La pared está cubierta de panelaje de falsa madera, casi idéntico al de nuestro sótano, que fue remodelado en los años setenta. Hay un montón de fotografías enmarcadas de hombres y mujeres con mangueras y escobas que sonrían a la cámara, o con los brazos entrelazados en la playa, o examinando a una tortuga marina sobre una camilla metálica.

En la pared opuesta hay una puerta abierta que conduce a un largo y estrecho pasillo. Una mirada rápida me hace pensar en un establo para caballos, con una serie de muros bajos dividiendo las secciones en espacios separados para los animales. Pero, en vez de heno, este establo tiene suelo de linóleo, y apesta a pescado en lugar de a estiércol.

Junto a la puerta hay un póster de cine enmarcado: el icónico cartel original de *Tiburón* con el título en inglés, *Jaws*.

Pero... no, al mirarlo de cerca veo que es una parodia. La enorme cabeza del tiburón que sube desde las profundidades es en realidad una lancha gris vista desde arriba, y la chica nadando ha sido reemplazada por un tiburón de aspecto inofensivo. Bajo el título, *Laws*, «Leyes», hay una leyenda: LOS HUMANOS MATAN 11.400 TIBURONES POR HORA, LOS TIBURONES MATAN A 12 HUMANOS AL AÑO. CAMBIEMOS LAS LEYES QUE PERMITEN LA MATANZA DE TIBURONES.

—¿Por hora? —murmuro. ¿Esa estadística puede ser real?

No puedo evitar estremecerme ante el segundo número. La idea de ser atacada en el océano por un tiburón blanco me ha mantenido despierta por la noche, literalmente, y eso que ni siquiera he visto *Tiburón*.

Un folio blanco capta mi atención. Alguien ha impreso otro póster falso de *Tiburón* y lo ha pegado junto al grande. Esta vez, el título es *Straws*, «Pajitas», la chica que nada ha sido reemplazada por una tortuga marina y el «monstruo» que sale de las profundidades para devorarla no es otra cosa que un puñado de pajitas de plástico con forma de cabeza de tiburón.

Me río. Este es bastante bueno.

El ladrido de los animales marinos se acrecienta de repente y me giro hacia una puerta mosquitera. Al otro lado hay un patio grande lleno de vallas metálicas y piscinas de plástico azul y... Bueno, he encontrado a los alborotadores.

Rodeo la mesa, con cuidado de no tirar nada de los inestables montones de papel y me acerco a la puerta.

El patio no tiene tanques elegantes ni acuarios gigantes, sino un buen montón de focas. O quizá leones marinos. ¿O nutrias? No lo sé, pero son brillantes y relativamente monos y hacen turnos para chapotear en las piscinas de plástico o para perseguirse unos a otros alrededor del cemento sobre el que resplandecen los charcos de agua.

Me doy cuenta de que, mientras que algunas piscinas son de esas infantiles de plástico que pueden comprarse en el bazar de la calle Mayor, otras son más grandes y están excavadas en el suelo en el extremo más alejado del patio. Una variedad de toldos y carpas sujetas a la parte superior de las vallas ofrece sombra mientras el sol corona el lateral del edificio. Un embrollo de mangueras zigzaguea de piscina en piscina, y hay equipo

amontonado en cada esquina: enfriadores, redes de limpieza, cepillos y más cubos de plástico que en la ferretería.

Una puerta se cierra a mi derecha, sobresaltándome. Dos mujeres, con idénticas camisetas amarillas, salen del fondo del edificio. Se aproximan a una de las piscinas infantiles, que aloja a un animal solitario. Este observa el acercamiento de las mujeres y mueve los bigotes.

—¿Disculpen? —digo, abriendo la puerta mosquitera. Sus bisagras chirrían.

Las mujeres se giran hacia mí. Una de ellas parece tener la edad de mi madre, con el escaso cabello negro recogido en una trenza despeinada. La otra es mayor y más gruesa (de unos setenta años, quizá), con el cabello blanco y rizado hasta el hombro y un collar de perlas alrededor del cuello que no pega nada con la camiseta básica.

—Hola —dice la mujer más joven—. ¿Puedo ayudarte?

—Sí, quizá. Me llamo Prudence Barnett y estoy haciendo un proyecto sobre ecoturismo local. Esperaba aprender más sobre este centro, sobre lo que hacen aquí y cómo beneficia a la fauna local, y también a la comunidad. Quizá incluso podría... ¿ayudar? No sé, ¿como voluntaria? Algunas horas o... Me gustaría hacerles algunas preguntas, si no están demasiado ocupadas.

La mujer mayor se ríe y se mete una carpeta debajo del brazo.

—Oh, cariño. Siempre estamos ocupadas. —Suspira y mira a la otra mujer—. Voy a ver si consigo encontrar uno de esos folletos del año pasado para dárselo.

Pero la mujer del cabello oscuro la ignora. Me está mirando con el ceño fruncido.

—¿Has dicho *Prudence*?

—Sí, señora. —Me atrevo a dar un par de pasos más allá de la puerta. Miro la piscina más cercana, que está detrás de uno de los recintos vallados. Los animales no parecen notar que hay una desconocida. O eso, o simplemente no les importa—. No le robaré demasiado...

—¿Vas al Instituto Fortuna? —me interrumpe.

Me detengo.

—Sí.

—Ajá. —La mujer me estudia de la cabeza a los pies, pero no sé qué intenta evaluar—. Creo que es posible que conozcas a mi hijo. Quint.

Me quedo paralizada. Mi expresión sigue siendo neutral, profesional, pero por dentro estoy estupefacta. ¿Esta es la madre de Quint? Y además... ¿él le ha hablado de mí? ¿A su *madre*?

Porras. Ni siquiera puedo imaginar las horribles acusaciones que habrá hecho. Si se queja de mí tanto como yo de él, entonces ganarme a esta mujer va a ser una larga y ardua batalla.

Por un breve instante considero disculparme y huir de aquí, pero me quedo. Mi sonrisa se ilumina e intento olvidar que Quint y yo hemos sido enemigos mortales durante los últimos nueve meses. Quizá, solo *quizá*, lo único que le ha contado a su madre es que éramos compañeros de laboratorio y que teníamos que hacer el proyecto semestral juntos.

—Así es —digo, poniendo más vidilla en mi voz—. Este año hemos sido compañeros de laboratorio en Biología. Tú debes ser Rosa.

—Sí. —Arrastra la palabra. Parece bastante confusa—. Esta es nuestra jefa de personal, Shauna.

Shauna sonrío y en su rostro redondo aparecen hoyuelos.

—Me alegro de conocer a una amiga de Quint. Comenzaba a preguntarme cuándo empezaría a traer chicas, aunque solo era cuestión de tiempo.

Me río, incómoda. Oh, si ella supiera...

—Es un placer conoceros a ambas.

—¿Vas a asistir a clases de verano o algo? —me pregunta Rosa.

—Oh, no. Yo solo... —Me detengo. ¿Cuánto debo contarle?—. Solo estoy haciendo un trabajo para subir nota. Todo el mundo dice que debería dejar de ser tan perfeccionista, ¡pero no puedo evitarlo! Y..., bueno, la clase del señor Chavez me ha hecho apreciar de otro modo nuestra fauna marina local. Me muero de ganas de aprender más al respecto.

Por primera vez, mi respuesta parece haberle gustado a la madre de Quint.

—¿Sabes que esta no es una instalación pública? —me pregunta Shauna. Suelta un bolígrafo que tenía enganchado en la carpeta y golpea las páginas con él—. Pero seguramente pueda ayudarte a concertar una cita.

Rosa, comprobaré tu agenda para la semana. —Entra en el edificio, tarareando.

—Lo siento —le digo a Rosa—. No pretendía molestar. ¿Podría hacerle solo un par de preguntas sobre..., digamos, los hábitats marinos locales y quizá sobre el impacto del turismo en las vidas de estos preciosos animales?

Rosa se ríe, pero sin humor.

—Bueno, podría darte un montón de información sobre eso —dice amargamente—, pero Shauna tiene razón. Hoy no es un buen día. Lo siento. Una de mis voluntarias no ha aparecido y acabamos de recibir a un león marino... Es la segunda vez que lo traen, lo que es... —El gruñido que emite está lleno de decepción. Pero después agita una mano, descartando su frustración—. No importa. Es una historia triste. ¿Podríamos concertar una llamada telefónica? O, mira, podría darte mi tarjeta y que me envíes tus preguntas por *email*.

—Sí —digo mientras Rosa pasa junto a mí hacia el vestíbulo. Empieza a buscar en un cajón de su escritorio—. Eso podría funcionar. En realidad, sería genial.

Encuentra una tarjeta y me la entrega. Después retrocede, con dos dedos presionados contra sus labios. Su expresión preocupada ha regresado.

—¿Sabes? —dice con incertidumbre—. Quint seguramente podría contarte tanto como yo sobre este lugar. ¿No podrías hablar con él?

Me río. No puedo evitarlo. Si me hace esa sugerencia, no debe estar al tanto de los detalles de nuestro decepcionante trabajo en equipo.

—No —replico, deseando poder retirar la carcajada tan pronto como sale—. Quiero decir, estoy segura de que está... Es solo que creo que en mi proyecto quedará mejor una entrevista con... —Miro la tarjeta—. La propietaria y directora. En lugar de con... Bueno, ya sabes. Su hijo.

—Bueno, de cualquier manera, sé que vuestro profesor de Biología ha sido muy comprensivo con todo el tiempo que Quint ha pasado aquí. Si decides regresar, quizá podríamos hablar un poco sobre el voluntariado que has mencionado. Sinceramente, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que aceptamos nuevos ayudantes, así que no estoy totalmente segura de qué hacer contigo. Pero, con un poco de entrenamiento, en realidad nos vendría bien contar con otro par de manos.

—De acuerdo —digo, metiéndome la tarjeta en el bolsillo—. Voluntariado. Sí, siento mucho que no haya nadie por aquí para... ¿enseñarme? Estoy segura de que se necesita un montón de tiempo y esfuerzo. ¿Sabes? Probablemente debería dejar que volvieras al trabajo. Pero te enviaré por email algunas preguntas. Gracias.

Las comisuras de sus párpados se arrugan cuando sonrío, y es extraño que pueda parecer a la vez demasiado joven y demasiado mayor. Me descubro buscándole parecido con su hijo. Su cabello y su piel son más oscuros y sus cejas están razonablemente domadas... Aunque supongo que podría ser tanto mantenimiento como genética. Es una mujer muy guapa, y puedo ver en ella vestigios de su juventud. Creo que podría haberse parecido más a Quint en otra época, pero ahora parece cansada, estresada, como si hubiera un peso sobre sus hombros que no se hubiera quitado en mucho tiempo. Por el contrario, Quint exuda una confianza desenfadada, como si no hubiera nada en este mundo que pudiera, preocuparlo.

—Gracias por venir —insiste.

—Por supuesto. —Inclino la cabeza, agradecida, y retrocedo hacia la puerta—. Te enviaré...

Golpeo algo con la espalda y trastabillo. Una mano me agarra el brazo para ayudarme a mantener el equilibrio.

Miro sobre mi hombro y me quedo paralizada.

Tanto como él. Su mano todavía sujeta mi brazo.

—Oh, Quint —digo, atreviéndome a sonreír—. Vaya. ¡Qué pequeño es el mundo!



—¿Prudence? —tartamudea Quint.

Él también lleva una camiseta amarilla y ahora puedo ver el logo impreso en el pecho: las palabras CENTRO DE RECUPERACIÓN DE FAUNA FARINA DE FORTUNA BEACH rodeadas por un círculo de tortugas, focas y delfines.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto, aunque estoy mirando la respuesta.

Trabaja aquí.

Pero eso significa que Quint Erickson tiene trabajo. O, al menos, que es voluntario. Me pregunto si su madre le paga por estar aquí. De algún modo, esa idea me parece más fácil de digerir. Como sea, la total falta de responsabilidad que ha demostrado durante todo el año hace que me sea imposible imaginarlo trabajando para alguien durante mucho tiempo.

Quizá su madre no ha tenido el corazón de despedirlo.

Quint levanta una ceja y aparta la mano. Camina a mi alrededor hasta el vestíbulo, que de repente está abarrotado con los tres aquí.

—Trabajo aquí —dice. Después entorna los ojos, primero con escepticismo y luego con una expresión casi arrogante—. Has leído el

informe, ¿verdad?

Me cruzo de brazos.

—Quizá.

Habría deseado que su madre no estuviera aquí; de ese modo podría empezar a gritarle de inmediato. Mi enfado de la mañana vuelve de golpe a mí. Que haya ido a lo suyo en nuestro proyecto, sin ni siquiera molestarse en informarme del dato especialmente relevante y útil de que *su madre dirige un centro de recuperación de animales...*

—Bueno, ¿y qué? ¿Has venido aquí a criticar mi ortografía?

—Ese no sería mi primer comentario, pero ya que sacas el tema... ¿Sabes que *Fortuna* se escribe con *a* y no con *e*, verdad?

Tensa la mandíbula.

—El autocorrector —me espeta.

—Hay que revisar antes de entregar —replico.

—¡De acuerdo! —Prácticamente está gritando—. Este ha sido un encuentro divertido. Gracias por venir.

Su madre se aclara la garganta, atrayendo nuestras miradas hacia ella. Observa a Quint con expectación.

Quint se encoge de hombros y hace algo parecido a un mohín. Me señala con pereza a mí y luego a su madre.

—Mamá, esta es Prudence. Prudence, mi madre. Creo que te la he mencionado... Una vez. O dos.

—Sí, nos hemos conocido hace unos minutos —dice Rosa. Me sonrío—. Quint me ha contado que te entregas en cuerpo y alma a tus deberes escolares.

Quint casi parece incómodo ante esta afirmación. Ambos sabemos que *entregada* no es la palabra que ha usado para describirme. *Déspota*, quizá. O *controladora*. O *imposible de complacer*. Si tiene confianza con su madre, puede que incluso dijera cosas peores.

Estoy segura de que, fuera lo que fuera, sin duda no fue algo tan generoso como *entregada*.

—¡Oh! —dice Rosa. Sus ojos se han iluminado de repente—. ¡Eso es! ¡Podrías entrenarla tú!

Vuelvo a mirarla.

—¿Qué?

—Es perfecto. Ya os conocéis, habéis trabajado juntos... No sé por qué no se me ha ocurrido antes. —Suspira y se mete un mechón suelto de la trenza detrás de la oreja—. Mi cerebro está muy disperso estos días.

—Espera, espera —dice Quint, mirándola a ella, después a mí y otra vez a ella—. ¿De qué estás hablando?

—Prudence —dice, señalándome— ha venido hoy porque está haciendo un trabajo de ciencias para subir nota y quería un poco de información de primera mano, además de pasar algún tiempo trabajando como voluntaria para nosotros. —Quint me echa una mirada. Le respondo con una sonrisa tímida—. Yo no tengo tiempo para entrenar a nadie, pero *sería* genial tener a alguien más durante el verano. Y entonces has aparecido tú y... No sé. Qué buena suerte.

Quint levanta una ceja.

—Para subir nota, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—Tengo que subir esa nota de algún modo.

—Oh, y, Quint... —Rosa le pone una mano en el hombro, con expresión abatida de repente—. Iba a enviarte un mensaje cuando tuviera un segundo, pero... Bueno, han vuelto a traernos a Luna. La han encontrado en la playa de Devon, terriblemente deshidratada.

Está claro que esta noticia perturba a Quint. Sospecho que Luna es el león marino que su madre me ha mencionado antes, pero me sorprende la reacción de Quint. Ni siquiera intenta disimular su horror.

—¿Está...?

—Opal está con ella ahora. No está claro, por ahora. Sabes que estás primeras horas son críticas...

Quint traga saliva. Después asiente.

—Luchará. La última vez lo consiguió.

Sin embargo, Rosa no parece tan segura.

—Parece que todavía tiene problemas para alimentarse sola. Estoy preocupada... —Hace un sonido gutural, desesperanzado y turbado—. Es posible que no consigamos rehabilitarla. Si supera esto, podríamos tener

que considerar otras opciones. No sé. Vamos a esperar a ver qué descubre Opal.

Quint se pasa una mano por el pelo, haciendo que la parte delantera se levante en ángulos extraños sobre su frente.

Un silencio triste cae sobre ellos.

Me acerco.

—Uhm. ¿Quién es Luna?

Quint cierra los ojos, como si hubiera olvidado que yo estaba aquí. O quizá esperaba que desapareciera por arte de magia.

—Nadie.

Pero Rosa responde:

—Es una leona marina que encontramos en la playa el año pasado. La tuvimos aquí durante cinco meses y creímos que estaba lista para volver, así que la soltamos hace algunas semanas. Pero... —Niega con la cabeza—. La han traído de nuevo esta mañana.

—¿Cómo sabéis que es ella?

—Anillamos a todos nuestros animales para poder rastrearlos incluso después de que regresen al océano —míe explica Rosa—. Y... ella siempre ha sido una de las favoritas de Quint. La reconocería incluso sin la etiqueta.

Quint frunce el ceño antes de dirigir su irritación hacia mí.

—Seguramente deberías marcharte —me dice—. Tenemos cosas que hacer, y estoy seguro de que en realidad no querías ser voluntaria.

Me yergo.

—Eso no lo sabes.

—Por favor. ¿Tú? ¿Trabajando con animales marinos?

—Quint... —dice Rosa con tono de advertencia, pero él la corta.

—Es una idea horrible, mamá. Confía en mí. Morgan y yo podemos ocuparnos de la alimentación y el aseo, sobre todo ahora que estoy de vacaciones.

—Morgan no ha venido hoy —le cuenta Rosa—. Esta mañana ha sufrido un accidente y ha tenido que ir al hospital.

—¿Al hospital? —le pregunta Quint.

—Se ha roto la pierna y supongo que estará de baja al menos un par de semanas.

—¿Se ha roto la pierna? ¿Cómo?

Rosa se encoge de hombros.

—Al parecer, estaba pintando y se ha caído de la escalera.

Mi corazón se salta un latido.

Espera. *Morgan*.

Oh, caramba.

—De acuerdo, de acuerdo. —Quint agita las manos ante su madre—. Yo me ocuparé. Tú ve a supervisar las piscinas. Yo comenzaré con la comida.

—¿Y...? —Rosa me señala con la cabeza.

La voz de Quint se agrava.

—Ya veremos.

Su madre debe saber que esto es lo único que va a conseguir de él ahora mismo, y también debe notar la animosidad entre nosotros. Le dedica a Quint una sonrisa agradecida y se dirige de nuevo a la puerta. Veo a Shauna todavía fuera, junto a una de las piscinas, apuntando cosas en una carpeta.

—Bueno —me dice Quint, en cuanto su madre ya no puede oírlo—. Tengo un montón de cosas que hacer. Nos vemos por ahí, Prudence. —Se gira hacia el largo pasillo.

—¡Espera! —exclamo, siguiéndolo—. Voy a rehacer ese proyecto, te guste o no, y no voy a marcharme de aquí hasta que tenga suficiente información científica para volver y delinear el mejor plan de ecoturismo que el estado de California ha visto nunca.

Se da la vuelta tan rápido que estoy a punto de chocar con él por segunda vez en el día. Tiene las gruesas cejas unidas, haciendo que sus rasgos parezcan más severos. Me sorprende darme cuenta de que está furioso. No irritado; no un poco molesto. Esto es ira de verdad.

Quint Erickson no se enfada nunca.

Doy un paso atrás, aunque no me enorgullezco de ello.

—¿Alguna vez escuchas lo que te dicen los demás?

Lo miro, parpadeando.

—Por si no has estado prestando atención, hoy hemos hecho un nuevo rescate, lo que significa que mi madre y la veterinaria ya tienen suficiente de lo que ocuparse. Y de repente estamos cortos de personal, lo que me deja

solo para limpiar dos docenas de piscinas y alimentar a casi un centenar de animales, y tú y yo sabemos que no has venido aquí hoy para chapotear alrededor de cubos llenos de entrañas de pescado —me espeta. Hago una mueca—. Además, el señor Chavez nos dejó muy claro que solo aceptaría revisiones si éramos un equipo, y no hay poder en el universo que me haga pasar otro minuto trabajando *contigo*.

Lo miro con la boca abierta, sin palabras. Respira entrecortadamente y tiene las mejillas rojas. Es un lado de Quint que no había visto antes, y tardo un segundo en darme cuenta... No solo está enfadado, aunque sin duda he hecho algo que le ha molestado. No. Está estresado.

El despreocupado Quint Erickson, a quien no le importa nada en el mundo, en realidad se toma su trabajo en serio.

Como no digo nada, se gira y comienza a caminar. Sus palabras resuenan a mi alrededor. *No hay poder en el universo...*

Intento reunir mi propio enfado. No puede marcharse sin más. Tiene que ayudarme con este proyecto. Tiene, al menos, que dejarme intentarlo.

Aprieto el puño tratando de invocar ese poder, porque Quint está equivocado. Quizá el universo podría persuadirlo para que hiciera este proyecto conmigo. O, al menos, castigarlo por ser tan capullo.

Me detengo allí, con los hombros tensos y el puño apretado, y espero.

Hasta...

Hasta que algo duro me golpea la cabeza.

—¡Ay! —grito, girándome. El cepillo que había estado colgado de un par de alcayatas un segundo antes se cae y traquetea en el suelo. Me froto el lateral de la cabeza, donde me ha golpeado.

—¿Qué? —dice Quint. Me giro para ver que ha dejado de caminar y está mirándome con el ceño fruncido, como si pensara que acabo de golpearme con la escoba para llamar su atención.

Sí, claro.

—Ese cepillo acaba de atacarme —le digo.

Resopla. Es un sonido burlón, uno que encuentro claramente injusto. Después de todo, me ha *atacado*. ¡Y duele!

Pero sé que, en realidad, no ha sido el cepillo. Ha sido algo mucho mayor.

¿Cuál es el gran plan, Universo?

—¿Quieres que llame al médico? —me pregunta Quint.

Lo fulmino con la mirada mientras recojo el cepillo y vuelvo a colgarlo de las alcayatas. Compruebo que está seguro antes de apartarme apresuradamente. Como el cepillo no hace ningún otro movimiento repentino, miro a Quint de nuevo.

—Mira, sé que este último año ha sido horrible. No tengo más ganas que tú de rehacer este proyecto, ¡pero no puedo conformarme con una C!

—Ese no es mi problema. —Empieza a marcharse de nuevo.

—¡Haremos un trato! —Estoy prácticamente gritando.

Quint deja de caminar. Se masajea la frente.

—No estoy interesado...

—Tú me ayudas con ese informe. No mucho, solo lo suficiente para que se vea que lo hemos hecho juntos. Ya sabes, hablándome del centro, y quizá podríamos pasar unos minutos haciendo una lluvia de ideas para descubrir cómo relacionarlo con el turismo local.

Pone los ojos en blanco.

—Genial. Una lluvia de ideas. Mi actividad favorita.

—A cambio —continúo, con el corazón acelerado—, trabajaré aquí durante... durante una semana. Todos los días. Ni siquiera tendrás que pagarme.

Me mira, estupefacto.

—Ya, porque... los voluntarios generalmente no cobran. Eso lo sabías, ¿verdad?

Hago una mueca.

—Claro que lo sabía. Solo digo que... estáis cortos de personal, estáis agobiados...

—No estoy agobiado.

—Tu madre sin duda lo parece.

No lo discute.

Me presiono el esternón con una mano.

—Estoy aquí. Puedo trabajar. Tú sabes que me comprometo con lo que hago. Puedo... —me preparo— transportar tripas de pescado, o lo que necesites.

Me mira, y por primera vez creo que estoy haciendo avances.

Intento sonreír. Estoy peligrosamente cerca de suplicar, pero lo único que importa es que diga que sí.

Pero no dice que sí. En lugar de eso, dice:

—Cuatro semanas.

Hago una mueca.

—¿Cuatro semanas? ¿Todos los días? Uhm, no. Creo que hay leyes sobre el trabajo infantil...

—No todos los días. —Piensa en ello—. Cuatro días a la semana. — Dos.

—Eso serían solo ocho días, que es solo un día más de lo que has ofrecido en un principio.

Me encojo de hombros.

—Cuatro días a la semana —repite—. Es lo que Morgan trabajaba. Con suerte, cuando termines tu condena, ya habrá vuelto.

Hago una mueca. Cuatro semanas. Con Quint.

Suena fatal, pero tengo que mantener la vista puesta en el premio.

—¿Y a cambio? —le pregunto.

Quint suspira.

—Reescribiremos ese estúpido proyecto.

Una sonrisa se extiende por mis labios y estoy a dos segundos de distancia de un chillido real cuando da un paso gigante hacia mí y levanta un dedo entre nosotros.

—Pero, esta vez, vamos a trabajar juntos de verdad.

Oh, *por favor*, quiero decir. ¿Va a echarme un sermón sobre trabajo en equipo? ¿El tipo que ni siquiera se molestó en aparecer la mitad de las veces?

Pero estoy tan cerca que decido que es mejor no sacar el tema. Ya veremos lo involucrado que pretende estar en realidad una vez que hayamos comenzado. Lo único que necesito es que firme el producto final, pero ahora no es el momento de discutir los detalles.

—De acuerdo —digo, dando una palmada—. Pelillos a la mar. Vamos a hacerlo.

Me mira durante lo que parecen años antes de que algo cambie en su expresión. Sus labios se curvan, solo un poco. Sus ojos se oscurecen con algo casi cruel.

Me indica que lo siga.

—Vamos, entonces. Será mejor que te busquemos un delantal.



Con la preparación de la comida. Quint dice que deberíamos empezar con la preparación de la comida.

Quiero creer que se refiere a que haremos sándwiches de queso para la plantilla, pero algo me dice que no tendré tanta suerte. Atravesamos el largo pasillo y nos cruzamos con media docena de trabajadores con camisetas amarillas. Empezaba a pensar que estábamos solo Quint, Rosa, Shauna y yo. Oh, y la tal Opal que han mencionado, que creo que podría ser la veterinaria. Me pregunto si el resto son *voluntarios* o personal contratado. Parecen atareados, sean lo que sean, asistiendo a los animales del interior de los pequeños cubículos que me recuerdan a los compartimentos de un establo. Algunos de ellos sonrían o asienten a Quint y me miran con curiosidad, pero la mayoría están concentrados en sus tareas.

Me fijo en el centro tanto como puedo, intentando descubrir qué podría serme útil, pero esto está tan lejos de un destino turístico como puedo imaginar. En las paredes hay alcachofas de ducha, y todos los suelos tienen sumideros. Algunos cubículos contienen pequeñas piscinas de plástico infantiles. Hay cajas llenas de mantas y toallas repartidas por el pasillo, y carritos metálicos cargados de artículos de limpieza, tijeras y cajas de

guantes de látex, mangueras de plástico, tazas de medida, correas y un buen montón de herramientas y de extraño material médico.

En el muro bajo ante cada compartimento hay una hoja de papel metida en una funda de plástico con el nombre del animal que hay dentro y notas sobre su cuidado. Intento leer un par (contienen los horarios de alimentación y medicación), pero Quint tira de mí rápidamente hacia el final del pasillo.

Giramos hacia una pequeña habitación, no mucho mayor que un armario, donde hay tres grandes pilas. Quint agarra un delantal de lona de un clavo en la pared y me lo entrega. Me lo pongo alrededor del cuello y ato el cordel en torno a mi cintura. El pesado material está cubierto de manchas en tonos marrones oxidados en las que *no* quiero pensar.

A continuación, Quint abre un pequeño frigorífico y el hedor a pescado se multiplica por diez.

Retrocedo, con el estómago revuelto. Está lleno de cubos llenos de pescado, con sus ojos negros mates y saltones.

Me llevo una mano a la boca y a la nariz.

—Oh, qué asco.

—¿Te lo estás pensando mejor? —me pregunta, poniéndose un par de guantes de látex. Sin esperar una respuesta, agarra un cubo y lo deja sobre una encimera cercana—. Bueno, muchos de los animales que terminan aquí no han aprendido a alimentarse solos.

—Parece un fallo evolutivo —murmuro, pensando en la clase de Ciencias del año pasado y en todo el rollo sobre la *supervivencia del más fuerte*. No lo digo en voz alta, y no creo que Quint entienda las implicaciones. *Que los más listos, los que han averiguado cómo comer pescado del modo adecuado, vivan, y el resto se convierta en comida para tiburones. Es el círculo de la vida, ¿verdad?*

Saca un cuenco de acero inoxidable y lo coloca en un peso electrónico junto al cubo.

—Bueno, a veces es porque se separan de sus madres demasiado pronto, antes de que ellas puedan enseñarles a cazar.

Me muerdo la lengua, odiando que tenga una explicación totalmente razonable y deprimente.

—Tienen que comerse el pescado por la cabeza —continúa—, porque, si se lo comen por la cola, las escamas les arañan la garganta. —Está trabajando mientras habla, sacando pescado del cubo e inspeccionándolo antes de lanzarlo al cuenco—. Examinamos todo el pescado para asegurarnos de que no tiene cortes en el cuerpo, porque podríamos introducir bacterias dañinas en los animales. Después lo clasificamos por tamaño. Este cuenco será para Joy, del recinto cuatro; todavía es bastante joven, así que le damos pescado de tamaño pequeño y mediano. El más grande será para los animales adultos del patio.

Señala una etiqueta en el cuenco, que de hecho dice: *Joy - Recinto 4-2,25 kg.*

—Parece bastante fácil —murmuro.

Cuando la báscula llega a dos kilos doscientos cincuenta gramos, Quint abre el grifo y empieza a pasar cada pez por debajo del agua, usando sus manos enguantadas para limpiar... lo que sea que está limpiando. ¿Sal? ¿Arena? ¿Escamas?

—Por último, limpiamos las escamas —dice, y hago una mueca. Esperaba que no fuera eso—. Sobre todo, lo hacemos para que no atasquen los sumideros y ensucien el agua. Y eso es todo. El siguiente. —Deja el cuenco de Joy sobre la encimera y busca otro, este etiquetado para Ladybug, en el recinto cinco—. Se alimentan de tres a cuatro veces al día, según sus necesidades. Tú y yo prepararemos la comida de esta mañana, y los voluntarios de la tarde se ocuparán de la siguiente tanda.

Cuando el cuenco de Ladybug está listo, se detiene y me mira.

—No vas a vomitar, ¿verdad?

—No —digo, desafiante, aunque sospecho que mi cara tiene un tono verdoso.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? Has dicho que quenas ayudar.

—Sí, pero ¿ayudar no podría ser como..., no sé, entrenar a alguna foquita mona para que se ponga una pelota en equilibrio sobre la nariz, o algo así?

La mirada que me echa está tan llena de burla que languidezco un poco.

—Esto no es un circo. Rescatamos animales que están medio muertos, hacemos todo lo posible por curarlos y después los soltamos de nuevo a la

naturaleza. Eso es lo que hacemos aquí. Lo sabías, ¿no?

—¿Sí? —replico, aunque solo tenía una vaga idea de todo eso.

—¿Para qué serviría exactamente que les enseñáramos trucos circenses?

—Relájate, Quint. Era una broma.

De repente estoy a la defensiva. Odio cómo me habla, cómo me mira, como si fuera una niñaata remilgada que solo está aquí para conseguir una buena nota en un trabajo y después seguirá con su camino. Como si fuera una de esas personas que no se preocupan por nada.

Yo me preocupo por cosas. Me preocupo por un montón de cosas.

Solo es que nunca me habían interesado especialmente los animales marinos.

Pero empieza a cortarse un poco y, por un segundo, creo que incluso parece sentirse algo culpable. Exhala lentamente a través de la nariz y después niega con la cabeza. Cierra los ojos y la tensión se desvanece de su expresión.

—*Guau* —dice, abriendo los ojos de nuevo—. Jamás pensé que *tú* me dirías a *mí* que me relajara.

—Sí, bueno, estabas poniéndote un poco intenso. Solo son animales, ¿sabes?

Me echa una mirada y no sé qué está pensando. Sea lo que sea, parece dejarlo pasar. Señala el cubo.

—¿Vas a ayudar o no?

Trago saliva.

—¿Me pongo guantes?

Echa mano a una caja pegada a la pared y saca otro par de guantes de látex. Los tomo ávidamente y me los pongo. Es la primera vez que uso guantes de látex y odio cómo se me pegan a las manos, pero cuando cojo mi primer pez muerto del cubo, agradezco tenerlos. Aun así, imagino que puedo sentir la viscosidad, sus escurridizas escamas. No puedo ignorar sus bulbosos ojos muertos ni sus labios rechonchos y sin vida. No puedo evitar la mueca de asco, ni siquiera cuando siento a Quint observándome, juzgándome, riéndose de mí.

—Es increíble que no vengas al instituto oliendo a pescado cada día —digo, después de terminar con el primer cubo.

—Sinceramente, a veces eso me preocupa —me contesta—, así que me lo tomaré como un cumplido. No hay duda de que querrás darte una ducha después de trabajar aquí un par de horas. El olor se te pega.

—¿Tú te has acostumbrado?

—Sí, más o menos —me cuenta—. Pero, si no vengo durante un par de días, vuelve a golpearme con fuerza cuando regreso.

Mientras trabajamos, llega otro voluntario y coloca los cuencos en un carrito metálico antes de llevárselo por el pasillo. Yo observo, consternada, cómo desaparece nuestro duro trabajo.

—Espera. ¿No los alimentamos nosotros?

—Este es el turno de preparar comida, no el de alimentar.

Me giro hacia él, espantada.

—Pero ¿cómo puedo llegar a ser ese voluntario? El que ve sus caritas guapas, entusiasmadas porque llega la comida.

—Para empezar, siendo voluntaria durante más de veinte minutos —me dice Quint—. Si sigues aquí durante cuatro semanas, al final llegarás a alimentarlos.

Frunzo el ceño. Está claro que cree que esto es una fase pasajera, y no puedo culparlo. A pesar de nuestro trato, no sé si puedo imaginarme volviendo a este sitio día tras día. Me siento como si ya hubiera visto suficiente para incluir el centro y su misión en mi plan de ecoturismo. No espero que los turistas paguen por el placer de repartir pescado apestoso, pero creo que *alimentar* a los animales les gustaría.

No obstante, ¿cómo consigo que Quint lo firme?

—Bueno —digo, intentando parecer interesada—, ¿cuántos cubos más tenemos que limpiar?

—Todos.

Me detengo con un frío y resbaladizo cadáver en la mano.

—¿Todos? ¿Te refieres a todos los que... los que hay aquí? —Uso el pez para señalar el frigorífico.

—Así es —dice. El destello cruel ha regresado a sus ojos—. Limpiamos toneladas de pescado cada semana. Nos lo envían por cajas.

Miro el frigorífico. El cubo. El pez que tengo en la mano.

—Yupi.

Quint se ríe.

—¿No es la glamurosa vida de voluntaria que tenías en mente? Quizá te pegaría más... —Piensa un instante—. Dirigir un grupo de *girl scouts*, o algo así.

—Desafortunadamente, no creo que eso me ayudara con el señor Chavez.

Quint gruñe.

—Dime, ¿al menos te gustan los animales?

Abro la boca, pero dudo. No me *disgustan*, pero sé que no es lo mismo. Al final, confieso:

—Tuvimos un jerbo cuando era pequeña. Me gustaba bastante.

Por un momento, Quint no se mueve. Me sostiene la mirada, como si esperara algo más.

Entonces echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Increíble —dice—. Esto va a ser pan comido.

Me enfado, pero no hay mucho más que decir, así que ambos volvemos al trabajo. Ahora que sé que esperan que terminemos con todos estos cubos, me obligo a moverme más rápido. Por muy asqueada que esté, no le daré a Quint ninguna razón para llamarme vaga. Después de todo, esa es mi frase.

—Bueno —dice, cuando hemos terminado con el quinto cubo—, los animales más sanos reciben el pescado entero; esos son los que llevan aquí un tiempo y tienen más o menos dominado lo de comer. Pero cuando llegan aquí, normalmente están tan débiles y deshidratados que necesitan un poco más de ayuda. Eso nos lleva al paso dos: batido de pescado.

Palidezco.

—Dime que no es lo que parece.

Sonríe y señala una batidora de tamaño industrial.

—Es exactamente lo que parece.

Asqueroso, eso es lo que es. Quint y yo nos pasamos los siguientes cuarenta minutos cortando cabezas y colas de pescado, metiéndolas en una batidora junto con un poco de sirope de maíz y Pedialyte, y observando cómo se convierten en una plasta de tripas, escamas y diminutas raspas. El olor, aunque parecía imposible, se vuelve incluso peor. Para cuando hemos entregado la última tanda a otro voluntario, el que alimentará a los recién

rescatados, de nuevo estoy repensándome mi decisión. Una nota mejor no merece la pena si hay que hacer esto para conseguirla. No durante un verano entero.

Le diré a papá que no ha funcionado. Encontraré otro modo de investigar los hábitats animales y nuestros sensibles ecosistemas.

Quint limpia la encimera, echándome extrañas miradas por el rabillo del ojo.

—¿Lista para el descanso del almuerzo?

Sufro una arcada al pensar en comida. Mi disgusto debe ser evidente, porque empieza a reírse de nuevo mientras lanza el trapo a un contenedor. Sé que está disfrutando de la tortura que me está infligiendo.

—En realidad, me cuesta creer que sigas aquí.

—He dicho que ayudaría, ¿no?

Es irritante notar que sabe lo que estoy pensando, que me muero de ganas de correr hacia la salida y que voy a hacerlo en cuanto tenga la oportunidad. Pero no lo he hecho todavía. Quizá para demostrarme algo a mí misma, a mis padres o incluso al señor Chavez, aunque no puedo evitar sospechar que también deseo demostrarle algo a Quint.

Sigue mirándome sin intentar esconder su recelo. Me estudia. Está esperando que me rinda y admita que esto no es en absoluto lo que he firmado. Que voy a decirle adiós y gracias.

Me pongo una mano en la cadera, desafiándolo a poner a prueba mi resolución.

—¿Y bien? —digo, rompiendo el silencio—. ¿Ahora qué? ¿Les horneamos magdalenas de pulpo? ¿Quizá un pastel de cangrejo?

Sus mejillas se mueven ligeramente.

—El cangrejo es demasiado caro. Pero les gusta el calamar.

Sufro una náusea silenciosa.

—Qué rico.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has comido calamar? Es delicioso.

—Todo es delicioso cuando lo fríes.

—Venga ya. Si no te has asustado todavía, supongo que debería acompañarte en la gran visita.

Tengo la sensación de que esto podría haber sido una prueba y que, sorprendentemente, parece que la he pasado. Salimos al pasillo y Quint comienza a explicarme las distintas estancias y puestos de trabajo. Aquí es donde los animales son examinados por primera vez: donde les toman las constantes vitales, donde les sacan sangre y los revisan en busca de heridas. Este es el quirófano. La lavandería. El lavaplatos. Aquí tienen a los animales que están en condiciones críticas, los que necesitan monitorización constante. Almacenes y despachos de administración arriba, junto con una sala de descanso y una pequeña cocina porque, según dice Quint, mi apetito volverá en algún momento. No estoy segura de creerlo, pero vale.

Es un poco desconcertante, teniendo en cuenta lo civilizado que está siendo. Lo civilizada que estoy siendo yo.

Y entonces me doy cuenta.

En realidad, acabamos de hacer algo juntos.

Claro, no ha sido nada más que hacer puré con un puñado de tripas de pescado, pero, aun así, el hecho de que solo haya deseado estrangularlo a ratos me parece un gran paso.

Todo rastro del Quint furioso ha desaparecido. Vuelve a ser el tipo despreocupado de siempre. Pero... no. No es exactamente el mismo, el Quint Erickson que me ha vuelto loca durante el curso. Es más parecido a estar con un clon de Quint. Nunca, ni en un millón de años, lo habría imaginado trabajando en un sitio así. ¿En la playa? Sí. ¿Sobre una tabla de surf? Claro. ¿Jugando a videojuegos en el sótano de su madre hasta los cuarenta años? Oh, sin duda. Pero este es un lado de Quint que no sabía que existiera, que ni siquiera había pensado que fuera una posibilidad.

La confianza que muestra aquí, el conocimiento, su capacidad para hacer justo lo que hay que hacer... Es inquietante.

Y enloquecedor.

¿Por qué no ha sido *este* tipo mi compañero de laboratorio?

—¿Lista para conocer a algunos de los pacientes? — me pregunta Quint, ajeno a mi silenciosa reflexión.

Fuerzo una sonrisa.

—Llevo esperando todo el día.

Regresamos al largo pasillo. La mayor parte de los recintos tienen tres o cuatro animales en su interior, con los nombres de los pacientes escritos en una pequeña pizarra blanca junto a cada puerta, pero Quint no necesita mirarlos al pasar.

—En una sola temporada podemos recibir hasta doscientos animales —me cuenta—, y puede ser difícil inventar nombres nuevos para todos, así que los ponemos en grupos. Últimamente nos ha dado por los superhéroes, de modo que aquí tenemos a Peter Parker, Lois Lane e Iron Man. Vengador y Hulk están fuera, en el patio.

—¿Es tu madre quien decide los nombres?

—No, normalmente dejamos que les ponga nombre el equipo de rescate, o a veces la persona que los encuentra y nos llama. La gente se pone realmente nerviosa cuando tiene que poner un nombre al animal que ha rescatado, y eso puede inspirar toda una hornada nueva de apelativos. Este año alguien llamó Vin Diesel a un elefante marino y eso inspiró un grupo entero de cine de acción: Bruce Willis, Lara Croft, James Bond... También tenemos un enorme grupo de personajes de *Harry Potter* actualmente, porque uno de los voluntarios es muy fan. Hasta ahora, hemos tenido... —Inhala profundamente y mira el techo mientras intenta contarlos a todos—: Harry, Hagrid, Percy, George, Fred, Krum, Draco, McGonagall, Dumbledore, Tom Riddle... —Hace una pausa para echarme una mirada cómplice y susurra—: Ese siempre está molestando a los demás. Y... —Se anima y se agacha delante de una de las puertas. Un animal de aspecto triste está tendido sobre el costado, mirándonos sin parpadear—. Luna Lovegood. —Niega con la cabeza—. Se suponía que no ibas a volver aquí. ¿Qué ha pasado? Pobrecita. Tienes un aspecto horrible.

Miro al animal. A mí no me parece que esté tan mal, solo cansado. Y, sin duda, más delgado que muchos otros junto a los que hemos pasado.

—Ha perdido un montón de peso desde que la liberamos —me dice, como si me leyera la mente. Suspira—. De vuelta a la casilla de salida.

—¿Intentaréis liberarla de nuevo? ¿Cuando se ponga mejor?

—No lo sé. —Se levanta—. Nuestro objetivo es siempre devolverlos al océano, pero si no puede sobrevivir sola... —Se encoge de hombros—. Supongo que tendremos que esperar a ver qué piensa Opal.

—¿Opal es la veterinaria?

Asiente.

—Lo siento, supongo que debería presentarte a la gente.

Su expresión es vacilante y sé que está pensando que sería una pérdida de tiempo. Sé que todavía cree que no voy a regresar.

Pero, por primera vez en todo el día, me doy cuenta de que no estoy ansiosa por escapar. Tripas de pescado aparte, en realidad está siendo bastante interesante.

—Así que los animales que están aquí han aparecido... ¿Cómo? ¿Varados en la playa? ¿Y alguien os llamó?

—Normalmente es así. La gente sabe que algo no va bien. Muchas veces es evidente, como cuando tienen heridas tras el ataque de un tiburón o algo así, o cuando quedan enredados en un embrollo de hilo de pesca. —La expresión de Quint se oscurece—. Una vez rescatamos a un león marino que tenía diecinueve anzuelos clavados en la piel.

Me estremezco, recordando la fotografía de su informe.

—Eso es horrible. ¿Se puso bien?

—Lo consiguió. Lo liberamos hace un par de años. Le pusimos de nombre Capitán Garfio.

Me río.

—¿También había un Peter Pan?

—No —dice Quint, en un tono que sugiere que es ridículo preguntarlo. Después sonrío—. Pero tuvimos un Señor Smee y una Campanilla.

Cruzo los brazos sobre el muro bajo que separa el cubículo del pasillo y miro a Luna.

—¿Qué son las marcas que tiene en el lado?

—Así es cómo los identificamos. Es como un código. Hay un gráfico en la oficina que lo explica, pero casi cada marca es distinta. Les rasuramos la piel. Como es más fácil distinguir las líneas rectas que las curvas, les ponemos una pequeña uve en lugar del número cinco, y dos rayas en lugar de un nueve. Ese tipo de cosas.

Las marcas de Luna son dos flechas, ambas señalando a su cabeza.

—¿Cuántos voluntarios hay aquí? —le pregunto—. Que no formen parte del personal.

—Solo hay tres empleados. Mamá, Shauna y Opal..., la doctora Jindal. Después tenemos... —Hace una pausa y sé que está contando de cabeza—. Dieciséis voluntarios, incluyéndome a mí y a Morgan. A mi madre le encantaría contratar a más gente, pero el dinero es... —Se detiene—. Quiero decir, que dependemos bastante de las ayudas del Gobierno, que apenas son suficientes para alimentar a los animales y mucho menos para pagar a un puñado de empleados. Pero los voluntarios son geniales. Forman una especie de familia y todos ponen mucho empeño en lo que hacen. —Se detiene, me mira y puedo ver la acusación de nuevo en sus ojos, el *¿qué estás haciendo tú aquí?* Pero desaparece rápidamente—. Quiero decir, mira esos ojos. No puedes evitar enamorarte, ¿verdad?

Me sorprende. Mi corazón se salta un latido y tardo un segundo en darme cuenta de que está señalando a Luna. Pero, cuando bajo la mirada, tiene los ojos cerrados. Creo que podría estar dormida.

—De acuerdo —dice Quint—. Tengo que ponerme a trabajar. Voy a dejarte libre.

—Oh, qué generoso —replico, aunque frunzo el ceño—. Pero ¿por qué no me dejas ayudarte?

Niega con la cabeza.

—Esto lo haré más rápido solo. Seguiremos con tu entrenamiento mañana. —Me echa una mirada de soslayo mientras comenzamos a caminar de nuevo hacia el vestíbulo—. Es decir, si todavía planeas regresar. Porque si esto no es para ti...

—Aquí estaré —respondo. Con firmeza—. Y, al final del verano, le entregaremos un trabajo bestial al señor Chavez. Ese es el trato, ¿no?

Quint aprieta la mandíbula, pero después extiende la mano.

Trago saliva, pero mi vacilación dura poco. Tomo su mano y se la estrecho con determinación.



—¡Es asqueroso! —exclamo, desplomándome en el sofá de la sala de estar de Ari—. Es, tal cual, puré de pescado. Además, ¡he tenido que cortar un montón de cabezas! *Argh*, me dan ganas de vomitar con solo pensarlo. Y *después* no puedes ponérselo sin más a los animales para que ellos se lo coman. Tienes que dárselo a través de un tubo.

Me estremezco.

Ari asiente como si intentara interesarse por mis problemas, pero sé que casi está ignorándome. Está sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la guitarra en su regazo, inclinada hacia delante mientras comprueba algo en su teléfono.

Suspiro y miro el techo.

—Pero tengo que regresar —digo, tanto para mí como para Ari—. Si quiero rehacer ese proyecto, tengo que volver. Durante cuatro semanas enteras.

Ari hace sonar un par de cuerdas y después frunce el ceño y niega con la cabeza. Al final me mira.

—¿Por qué no te conformas con la C? —me pregunta. Le echo una mirada fulminante. Ella se encoge de hombros—. Solo es una sugerencia.

Es lo que haría casi todo el mundo.

—Bueno, no es lo que yo haría. Es una C. Si no lo arreglo, me perseguirá el resto de mi vida.

—¿Seguro? —me pregunta Ari con dulzura—. No creo que necesites créditos en Biología cuando solicites plaza en una universidad de Empresariales. Este proyecto y la nota que has sacado no le importan a nadie, en serio, excepto a ti.

—Exactamente. *A mí me importa*. Eso es lo más importante.

Piensa en ello.

—Supongo que eso es verdad. Así que, durante este mes, serás oficialmente voluntaria en un centro de recuperación de animales. Qué altruista por tu parte, querida Prudence.

—Oye, puedo ser muy altruista —digo, notando la sequedad de su tono. Se ríe.

—Sé que puedes, pero ¿no captas la ironía? Estás haciendo esto para subir nota.

—¿Y? —Me siento, de repente a la defensiva—. Son los actos los que hacen buena a una persona, no los motivos.

—No estoy segura de estar de acuerdo con eso —me dice, con tristeza—. Pero sería un buen tema para una canción. Bueno o malo, justo o equivocado..., los medios justifican el fin, y viceversa... —La embarga su expresión aturdida de compositora, pero sé le pasa rápidamente. Se encorva sobre el teléfono de nuevo y los largos mechones de cabello castaño oscuro caen sobre su rostro como una cortina. Se los echa hacia atrás con una mano y se retuerce el cabello en la nuca antes de dejarlo caer sobre su hombro. Los mechones regresarán en un par de minutos y pienso en ofrecerle mi goma del pelo, pero ella nunca las usa, así que no me molesto.

Ari frunce el ceño y toca las mismas cuerdas de nuevo. Gruñe, frustrada.

—Aparte de los batidos de pescado, ¿qué tal es trabajar con Quint?

Hago una mueca.

—Como si me estuvieran castigando por algo. —Lo pienso y arrugo la frente—. Aunque supongo que no ha sido tan horrible como podría haber sido.

Levanta una ceja y pilló un cojín para lanzárselo. Se encorva hacia delante, protegiendo la guitarra.

—Déjalo. No estoy interesada en él. Solo digo que puede ser un ser humano medio decente cuando está haciendo algo que le importa. —Porque sé que el centro le importa, un montón—. Pero eso no excusa todo el estrés por el que me ha hecho pasar este año. Y te garantizo que, cuando llegue el momento de trabajar en nuestro proyecto *de nuevo*, voy a tener que ser tan insistente y mandona como la vez anterior. Lo ideal sería poder hacerlo sola y utilizar el correo electrónico de Quint para enviarlo para que nuestro profesor crea que ha estado involucrado.

—Creí que habías dicho que parte de la razón por la que sacaste mala nota fue que no hubo trabajo en equipo.

Resoplo.

—Otra vez... No fue culpa mía. Intenta trabajar *tú* con él.

Ari se ríe.

—Y, sin embargo, acabas de llegar a un acuerdo para hacer justo eso.

—Lo sé. —Gruño y me tumbo de lado.

Ari prueba los acordes de nuevo. Toca la misma melodía una y otra vez hasta que deja escapar un gemido de frustración.

—Vale, está claro que esto no está bien. Quien escribió este arreglo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Se levanta y se acerca a los estantes donde tiene los discos de vinilo. Examina los lomos un segundo antes de sacar un disco de su funda de papel y ponerlo en el antiguo tocadiscos que ha estado en esta habitación desde el día en que la conocí; de hecho, probablemente ha estado en esta habitación desde el día en el que su familia se mudó a esta casa. La colección de discos de Ari es digna de admirar: una pared entera de estanterías encastradas que van desde el suelo al techo, todas abarrotadas. Hay un orden en el sistema, pero yo lo desconozco. ¿Género? ¿Época? Sé que hay una sección de música mexicana en alguna parte porque Ari me descubrió hace tiempo a un grupo de *rock* de los ochenta bastante guay, La Maldita, pero no podría decir dónde están sus discos.

No obstante, sé dónde encontrar a los Beatles.

No es lo que Ari está poniendo.

Una bonita melodía empieza a sonar, pero tardo un minuto en ubicarla.

—¿Elton John?

Ari me hace callar.

—Escucha. Oh, me encanta esta intro. ¡Una flauta! ¿Quién lo habría esperado? ¡A mí nunca se me habría ocurrido algo así, pero es perfecto!

Hago una mueca. *Lo que tú digas, Ari.* Pero no me está prestando atención.

En el disco, Elton John empieza a cantar sobre alguien llamado Daniel que está de viaje por España.

—Oh, oye, eso me recuerda... —comienzo—. ¿Te ha contado Jude lo del trabajo en la tienda de dis...?

—¡Sí! Prudence, deja de hablar.

Aprieto los labios. Ari levanta su guitarra de nuevo, pero no toca. Mientras escucha la canción, hay una expresión decidida en su rostro.

Mi mente regresa al centro de recuperación, a las fotos del informe de Quint. Anzuelos. Sedal. Mordeduras de tiburón. Ojos tristes y trágicos.

Pienso en Quint, en lo enfadado que parecía al principio.

Pero después se ha iluminado, mientras me hablaba de los distintos pacientes que han tenido este año.

Por alguna razón, me descubro pensando en su sonrisa. En su sonrisa entusiasta, siempre presente. Hoy parecía diferente, de algún modo. Más energizada.

Oh, venga ya, Cerebro. ¿No estamos malgastando un valioso espacio analizando las sonrisas de Quint? Para ya.

Mi mente regresa a Quint y al resto de los voluntarios, que parecían tan atareados, y también a Rosa, tan estresada. Y a la razón por la que no contratan más personal.

La canción termina y Ari se levanta para detener el disco antes de que comience el siguiente tema. Levanta su guitarra y me doy cuenta de que está intentando aprender a tocar la intro, la parte que toca la flauta.

—Creo que podrían tener problemas —digo.

Ari deja de tocar.

—¿Qué? ¿Quién?

—El centro. La madre de Quint estaba supertensa. Puede que solo fuera porque hoy estaban cortos de personal, pero no sé. Tengo la sensación de que las cosas no van demasiado bien. La mayor parte de su dinero proviene de subvenciones y parece que apenas es suficiente para mantenerse a flote. —Me masajeo la frente—. No puedo imaginar cuánto gastan en *pescado*, y mucho menos en todo lo que se necesita para mantener ese sitio en funcionamiento.

—¿Hacen recogidas de fondos? —me pregunta Ari.

—No lo sé. —Pienso en ello. En el vestíbulo había un montón de papeles. ¿Informes económicos? ¿Detalles sobre sus colaboradores? ¿Solicitudes de subvenciones? Pero, si están recaudando fondos, lo están haciendo fatal.

—¡Araceli! —grita su padre desde la cocina—. ¿Va a quedarse Prudence a cenar?

Ari me mira.

—¿Va a cocinar tu abuela? —le pregunto.

—No lo creo.

Hago un mohín, pero sigue siendo la mejor oferta que tengo.

—Sí, vale. Mientras no sea pescado.

Ari deja la guitarra y corre abajo. Cuando regresa, asiente con la cabeza.

—Va a pedir pizza. Sin marisco.

Levanto el pulgar.

—Entonces, ¿te gusta la idea de trabajar en la tienda de discos?

Ella emite un pequeño chillido.

—¿Estás de broma? ¡Es el trabajo de mis sueños! Bueno, el trabajo de verano de mis sueños, en cualquier caso. Comienzo la semana que viene.

—Mejor tú que yo.

Ari levanta la aguja del tocadiscos.

—Hablando de trabajos soñados, ¿sabías que Elton John no escribía sus letras? Componía la música, pero la letra era casi siempre de un tipo llamado Bernie Taupin. ¿Te imaginas? Me *moriría* por ser él.

Pone la canción de nuevo, pero esta vez no toma su guitarra. En lugar de eso, se tumba en el suelo y cierra los ojos, con el rostro tenso por la

concentración. La flauta comienza a sonar y pronto se le une un teclado y la voz triste de Elton.

—Escucha esto —dice Ari, y sus dedos bailan por el aire. *I can see the red taillights heading for Spain...* Levanta la mano, reflejando la subida de la música, y después la baja en un puño emocionado—. ¡Ahí! ¿Has oído ese mi séptima mayor? Un acorde dominante no diatónico que después se resuelve en un la menor. Brillante. La verdad es que los pianistas escriben los mejores acordes. —Se presiona la frente con ambas palmas y suspira profundamente.

No tengo la menor idea de qué está diciendo.

—Quizá debería retomar las clases de piano —dice.

—Tengo un teclado que podría prestarte.

Gira la cabeza para mirarme.

—¿En serio?

—Claro. Está en nuestra sala de estar, abandonado y desquerido. Puedes quedártelo. A ver, no es de superbuena calidad; tu madre seguramente podría comprarte algo mucho mejor, pero si lo quieres...

Ari hace una mueca. Odia que la gente mencione la riqueza de su familia, y supongo que lo comprendo. No quiere que la juzguen por tener dinero, igual que yo no quiero que me juzguen por *no* tenerlo.

—Me encantaría. Gracias —me dice—. Te prometo que cuidaré mucho de él. Ahora, calla y escucha. Esta parte...

Elton canta sobre cicatrices que no van a sanar, sobre ojos que han muerto. Ari parece totalmente eufórica mientras sube ambas manos para señalar el techo. *Daniel, you're a star...*

—Oh —canturrea con tristeza—. ¡Escucha esa nota aguda! Está tocando la tónica sobre un acorde de intercambio modal. Muy sencillo y, aun así, genial. Es solo... —Suspira y baja las manos sobre su corazón. Empieza a cantar junto con Elton John, pero apenas puedo oír su voz.

Para ser sincera, estos arrebatos suyos sobre teoría musical me parecen brillantes, pero es como si estuviera hablando otro idioma. Uno que yo, definitivamente, no hablo. Sus descripciones musicales son incluso más difíciles de entender que el rápido español en el que habla con su familia, porque en el caso de la música, espera que más o menos comprenda de lo

que está hablando. Se supone que tengo *algunos* conocimientos básicos de español, ya que lo he estudiado tres años en el colegio, pero lo único que recuerdo de las clases de piano es cómo se toca *Campanita del lugar*. (Con sentimiento).

Mientras Elton sigue con lo suyo, mi mente vaga de nuevo. Al ecoturismo. Al centro de recuperación.

A Quint Erickson y a su madre, a que necesitan más personal y a lo deslucido que estaba el edificio.

Lo que el centro necesita es dejar de actuar como una ONG concentrada en ayudar a los pobres animales varados y comenzar a actuar como un negocio. Necesitan a alguien con visión, a alguien que los ayude a ser lucrativos. Bueno, todo lo lucrativa que puede ser una organización sin ánimo de lucro, al menos. Si es que eso tiene sentido. No lo sé y no me importa, porque mis engranajes están girando y de repente me parece que está claro...

Lo que el centro necesita es alguien como *yo*.

—¡Eso es! —Me siento de repente y miro a Ari—. ¡Ecoturismo! Puedo... Yo... —Frunzo el ceño—. ¿Estás llorando?

Ari, avergonzada al ser descubierta, se limpia las lágrimas de las mejillas.

—No —dice. Después se sorbe los mocos—. ¡Sí! ¡No puedo evitarlo! Es que es muy *triste*.

Escucho la canción mientras se oye la última estrofa.

Oh God, it looks like Daniel. Must be the clouds in my eyes.

Me encojo de hombros.

—¿Quién demonios es Daniel?

Ari se echa a reír.

—¡No tengo ni idea!

Gruño y me levanto para detener el tocadiscos justo cuando la flauta toca por última vez.

—Bueno, mientras Quint y yo trabajábamos en ese proyecto de Biología, él no dejaba de hablar de ese centro de recuperación de animales. Y ahora creo que podría tener razón. ¿Y si el centro pudiera convertirse en un enorme imán para los turistas? ¡Incluso podrían ganar dinero! Quiero

decir, seguirían sin tener ánimo de lucro, y la prioridad no sería ganar dinero, pero' los presidentes de algunas de esas organizaciones son millonarios. Yo podría aprovechar lo que aprendí haciendo ese estúpido trabajo y... y *rescatar* el centro de recuperación.

Ari se sienta y me mira, parpadeando. Tiene las mejillas teñidas de rosa, pero la oleada de emociones que le ha provocado la canción parece estar desvaneciéndose.

—Lo siento. ¿De qué estás hablando?

—¡Voy a idear un proyecto empresarial! ¡Para el centro de recuperación!

Ari todavía parece confusa.

—Sabes que admiro tu ambición, pero has pasado allí exactamente un día.

—Lo que me proporciona la objetividad perfecta, ya que no estoy inmersa en la rutina diaria de los cuidados. Lo que necesitan es una inyección de nuevas ideas, algo que instile nueva vida en la organización y su misión. Algo que los haga..., ya sabes..., valiosos.

—¿No crees que salvar vidas de animales es valioso?

Pongo los ojos en blanco.

—Hablas como Quint. No me refiero a eso. Necesitan un modo de ganar dinero, y resulta que las focas y las tortugas no tienen bolsillos. —Me levanto y comienzo a caminar, frotándome las manos de un modo que podría ser interpretado como un poco maníaco. Mi cerebro está en llamas a una docena de niveles distintos; las posibilidades explotan ante mí—. Es perfecto. Este podría ser un ejemplo real de cómo el ecoturismo beneficia a los turistas, a la comunidad, a la economía local y al entorno. El informe prácticamente se escribirá solo, y si tengo éxito, si consigo salvar una organización benéfica al borde de la bancarrota... ¡Imagina cómo quedará eso en mis solicitudes para la universidad! Podré elegir cualquier universidad de Empresariales.

—¿Sabes que están al borde de la bancarrota o solo estás especulando?

—Es una suposición fundamentada —replico—. Y deja de intentar desanimarme. Es una idea genial. Vaya, me muero de ganas de contárselo a Quint. —Frunzo el ceño—. Pero no le digas que yo he dicho eso.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Comienzo a caminar de nuevo. No puedo evitar sentir que el universo me ha empujado hacia esto, de algún modo. Todas las señales indicaban esta dirección, todas las fichas de dominó conducían hasta aquí. Formar equipo con Quint, la mala nota, que Morgan se cayera de la escalera... Incluso la sugerencia de Rosa de que Quint me entrenara para ser voluntaria. Al principio quizá me resistía a la idea, pero ahora tiene sentido, sobre todo si tengo en cuenta que acabo de descubrir mi nuevo poder cósmico. Tiene que significar algo. Algo más importante que yo, más importante que Quint.

Quizá esto sea una señal de que estoy en el buen camino hacia mi destino.

Ahora solo tengo que seguirlo y ver a dónde conduce.



El pánico me atraviesa... ¿Podrían despedirme por esto? ¿Despiden a los voluntarios?

—Lo siento —tartamudeo—. Sé que se supone que no debemos interactuar con ellos. Pero...

¿Pero no pude evitarlo? ¿Pero su carita bonita era irresistible? ¿Pero es mi león marino, así que...?

Las palabras mueren en mi lengua. No tengo ninguna excusa válida.

Seguramente debería levantarme. Y no solo porque quedarme sentada parezca un poco irrespetuoso o porque mantenerme inmóvil sugiera que no siento haber roto las reglas (que supongo que es la verdad, aunque creo que debería sentirlo).

Además, empieza a dolerme la espalda y se me han mojado los vaqueros. Pero Lennon tiene todavía la cabeza en mi regazo, así que me quedo sentada.

—Está bien, Prudence —dice la doctora Jindal—. No te delataré. Sé lo fácil que es encariñarse con ellos, sobre todo con los que has ayudado a rescatar.

A pesar de su amabilidad, me siento reprendida.

—Además —continúa—, en el caso de Lennon no cambiará nada.

Frunzo el ceño, acariciando el lomo del animal de nuevo. Siento cómo se relajan sus músculos bajo mi mano.

—¿A qué te refieres?

—¿No has leído su historial?

—No —respondo, mirando la pared, aunque desde aquí no puedo ver la carpeta que contiene la información médica de Lennon, desde cuánto pesa hasta los tratamientos que ha recibido. Los informes son una lectura farragosa, así que después del primer día dejé de leerlos—. ¿Por qué?

La doctora deja un montón de correo en el que yo no había reparado hasta ahora. Desengancha el historial de Lennon del pequeño clavo y después abre la puerta para entrar.

Lennon levanta la cabeza. Seguramente espera un tentempié.

—Tiene una infección en el ojo —dice la doctora Jindal, agachándose a nuestro lado.

Lo miro a los ojos. Unos ojos dulces, suaves, inteligentes, todavía vidriosos, todavía nublados. Y ahora puedo ver un poco de sustancia viscosa amarillenta en la esquina interior de uno de ellos.

—Está totalmente ciego del ojo izquierdo —dice la veterinaria—, y la infección se ha extendido también al ojo derecho.

Mi corazón convulsiona.

—¿Es doloroso?

—No en esta fase, pero no podemos hacer demasiado. Terminará quedándose totalmente ciego.

—Pero, si se queda ciego, ¿cómo cazará? ¿Cómo sobrevivirá?

Me dedica una mirada compasiva.

—No lo hará. No ahí fuera.

Entonces lo comprendo. Lennon nunca podrá volver al océano.

Como si nuestra conversación lo aburriera, Lennon se levanta de repente, se gira y se dirige a su manta.

Usando la pared para ayudarme, me pongo en pie.

—¿Qué va a ser de él?

—Haremos todo lo posible por cuidarlo y que esté cómodo, como todos los demás. Y, cuando llegue el momento, lo enviaremos a un nuevo hogar.

—Un zoológico.

—Quizá. También hay acuarios y santuarios. Rosa tiene muchos buenos contactos. Le encontrará el mejor sitio disponible. —Me pone una mano en el hombro—. Aun así, le salvaste la vida. Solo que va a ser una vida distinta de la que ha conocido hasta ahora.

Asiento.

—Gracias, doctora Jindal. Pero salvarlo fue un esfuerzo de grupo.

—Siempre es así —dice, riéndose—. Y ya llevas aquí un mes, Prudence. Puedes llamarme Opal.

¿Ya llevo aquí un mes entero? Se ha pasado muy rápido.

Ahora comprendo por qué no está enfadada conmigo. Si Lennon va a ir a un zoo, estará rodeado de humanos en todo momento, desde cuidadores hasta niños alborotadores. Cuanto más acostumbrado esté a la presencia de los humanos, mejor.

—No te preocupes por él —añade—. Es un luchador. Lo sé. —Me echa una mirada y tengo la sensación de que piensa lo mismo de todos los animales que entran aquí, sin importar lo mal que estén—. Y todo esto tiene un lado positivo.

—Que voy a poder visitarlo —digo.

Hace una pausa, y después se ríe.

—Sí, exacto. Dos lados positivos, entonces.

Sale del cubículo.

La sigo, confusa.

—¿Cuál es el otro?

—Lennon no es el único animal que tenemos que no puede ser liberado. Vamos a presentarle a Luna esta tarde. Si se llevan bien, esperamos encontrar un hogar permanente para los dos.

Me animo, aliviada de inmediato al pensar que Lennon tendrá una amiga que se quedará con él cuando se marche del centro.

—¿Podrían no llevarse bien?

Se encoge de hombros.

—Como en el caso de los humanos, algunos animales... no llegan a entenderse. Pero pueden llegar a apreciarse con el tiempo. Si la chispa no

brota esta noche, seguiremos intentándolo. Tendremos que esperar a ver qué ocurre.

Cierro la puerta y Lennon levanta la mirada brevemente antes de tumbarse sobre el costado.

—Descansa, colega —le susurro—. Parece que esta noche vas a tener una cita.

Opal se ríe.

—Los voluntarios sois unos casamenteros.

—No me digas que no lo has pensado. Lennon y Luna... suena bien.

—Te confieso que, cuando me dijeron el nombre que le habías puesto, fue lo primero que pensé. —Sonríe, y después recoge el montón de facturas y catálogos—. Están preparando una piscina que con suerte compartirán pronto. Sé que seguramente ya has terminado, pero puedes quedarte y ver el encuentro si quieres.

—No me lo perdería.

La doctora Jin... Es decir, *Opal* asiente y se dirige a las escaleras.

Me giro hacia el recinto y observo a Lennon unos minutos más. Quiero creer que parece contento, incluso en este cubículo diminuto, que no es nada comparado con el tanque que tendrá allá donde termine. Sé que nunca será lo mismo que el océano, pero tengo que creer que estará bien.

Espero que Rosa encuentre algún sitio que no esté demasiado lejos, para que pueda ir a visitarlo de vez en cuando. Me pregunto si, cuando lo haga, me recordará.

—Yo siempre te recordaré.

Su aleta trasera se mueve un par de veces, y espero que esté soñando algo bonito.

Estoy a punto de girarme cuando un destello de papel amarillo capta mi atención. Estiro la cabeza. Un sobre se ha caído en el recinto.

Abro la puerta tan silenciosamente como puedo para no molestar a Lennon y tomo el sobre. Debe haberse caído del montón de correo que llevaba Opal.

Le doy la vuelta.

La tarjeta no nos la envían a nosotros. En lugar de eso, el centro es el remitente. Se suponía que la tarjeta había sido enviada a...

Se me sube el corazón a la garganta.

*Grace Livingstone
612 Carousel Blvd.*

La dirección, no obstante, ha sido tachada con un fino rotulador rojo. Al lado, alguien de correos ha estampado un sello: FALLECIDO. DEVOLVER AL REMITENTE.

Livingstone. ¿Podría Grace Livingstone ser la abuela de Maya? Pero, si lo es, ¿qué relación tiene con el centro?

Abro el sobre antes de saber qué estoy haciendo. En el interior hay una tarjeta blanca con la impresión en acuarela de una tortuga marina y palabras en una fuente florida: *Gracias*.

Abro la tarjeta y reconozco la letra de Rosa, que he visto multitud de veces en los horarios semanales.

Querida señora Livingstone:

Me he dado cuenta de que, en todos los años que ha apoyado nuestro centro, nunca le he expresado mi gratitud personalmente. Hemos recibido su reciente donativo y quiero decirle que sus contribuciones mensuales han tenido un enorme impacto en nuestra capacidad de rescatar y cuidar a nuestros pacientes.

En cuanto a su reciente nota, me entristece saber que no se encuentra bien de salud y me siento increíblemente honrada al escuchar que ha pensado en incluir nuestro centro en su testamento. Le prometo que su generosidad no será olvidada y que en el Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach haremos todo lo posible por honrar su legado siendo cautos tutores de tal regalo.

Gracias, gracias.

*Atentamente,
Rosa Erickson*

Leo la carta tres veces. Reciente donativo. Contribuciones mensuales. Honrar su legado.

Fallecida.

Meto la tarjeta de nuevo en el sobre, aturdida. Aunque no puedo saberlo con seguridad, no tengo ninguna duda de que Grace Livingstone es (o era)

la abuela de Maya. Y el hecho de que entregara dinero al centro cada mes...

Es demasiada coincidencia.

Es una señal.

Una señal del universo.

De repente, sé que es lo correcto.

Ese dinero que fue donado durante la limpieza no pertenece al centro. Tiene que volver a la casa de empeños y ese pendiente tiene que volver con Maya, su legítima propietaria.

Y está bien (es justo) porque el legado de Grace Livingstone sobrevivirá. Sus generosas contribuciones al centro serán honradas.

Sé lo que tengo que hacer.

Primero me aseguro de que Shauna y Rosa están en el patio. Espero hasta que los últimos voluntarios han terminado con su almuerzo y vuelvo abajo.

Aunque sé que estoy haciendo lo correcto (que el universo me respalda en esto), me late el corazón con fuerza cuando abro la puerta del despacho de Shauna.

El tarro de cristal sigue en la esquina de su mesa, todavía lleno de billetes verdes y de cambio. Cierro la puerta, con las palmas sudorosas, dejando apenas una rendija abierta para oír si alguien viene.

De acuerdo. Terminemos con esto rápido.

Me acerco al escritorio y desenrosco la tapa del tarro. Busco en el interior y tomo un puñado de dinero. Lo dejo en la mesa y empiezo a separar los billetes, pero el proceso es lento, mucho más lento de lo que esperaba que fuera. La gente no solo lanza el dinero a estos tarros, no. Doblan los billetes y los enrollan, como figuras de origami. Tengo que desplegarlos, alisarlos y amontonarlos juntos.

A primera vista, la cantidad de la jarra había parecido extremadamente prometedora, pero cuanto más dinero saco, más escéptica me vuelvo. Casi todo son billetes de un dólar. Hay algunos de cinco, un puñado de veinte, pero sobre todo de uno.

La buscadora de metal seguramente dejó su donativo todo junto, pero no hay ningún fajo de billetes de cien o cincuenta. Sigo buscando. Sigo

desplegando. Sigo separando.

El sudor se acumula en mi nuca. La ansiedad se aferra a mi garganta. Cada vez que los animales empiezan a chillar en el patio, me sobresalto.

No soy culpable. No estoy haciendo nada malo. No estoy robando. Solo estoy ayudando a devolver ese pendiente a Maya sin hacer daño a nadie. Y esto no perjudica al centro, me digo a mí misma. Nadie sabrá siquiera que falta algo, y lo que no se sabe no puede doler.

Al menos, eso es lo que sigo diciéndome mientras me prometo en silencio que trabajaré mucho más en la siguiente recogida de fondos que hagamos para compensarlo.

Oigo pasos fuertes, irregulares. Alguien ha entrado en la sala de descanso.

Me detengo en seco.

Escucho mientras sacan algo del frigorífico.

El agua cae en el fregadero.

Más pasos. Alguien más entra...

—Oh, ¡hola! ¡Has vuelto!

Contengo el aliento. *Quint*.

—Sí. Por fin —dice una voz femenina—. Pero todavía tengo que llevar estas cosas.

Se oye un golpe fuerte.

—Me alegro de que te decidieras por el rosa chicle. Una elección valiente.

Me atrevo a estirar el cuello y a mirar a través de la rendija de la puerta. No puedo ver a Quint, pero capto un atisbo de la chica. Es Morgan, con una escayola rosa fluorescente en la pierna cubierta de dibujos y palabras. Ha apoyado dos muletas contra la encimera mientras bebe de una botella de agua de aluminio.

Mira en mi dirección.

Retrocedo. Intento no respirar, pero la presión de las respiraciones no exhaladas está reuniéndose en el interior de mi pecho. Trato de dejar salir el aire lentamente, en silencio, pero eso solo parece empeorarlo.

—Te has perdido un montón de cosas —dice Quint—. Esto ha estado muy emocionante últimamente.

—Sí, dicen que la chica nueva está revolucionando el centro.

—Prudence. Sí. Es... —Hace una pausa. Me esfuerzo por oír lo que está a punto de decir, pero cambia de idea antes de pronunciar lo que piensa—. En realidad, la conoces. ¿Recuerdas cuando fuimos a ese sitio con karaoke? Es la que resbaló y se golpeó la cabeza.

—Ah, ya. ¿Está bien?

—Eso creo, sí.

—Guay. Esa fue una semana rara. Oye, eso me recuerda... ¿Te acuerdas de la petición en la que estuve trabajando esa noche? Ya sabes, para cerrar la supuesta granja. Parece que estamos haciendo progresos. El Departamento de Agricultura va a investigarlo.

—Genial —dice Quint—. ¿Enhorabuena?

—Nada ha cambiado todavía, pero sí, gracias. De todos modos, supongo que estaré de baja médica hasta que me quiten esta cosa. Aun así, me alegro de estar de vuelta. He echado de menos a los chicos.

—Ellos también te han echado de menos a ti.

Se oyen ruidos mientras ella y sus muletas se dirigen a las escaleras. Escucho hasta que Quint también se marcha antes de exhalar por fin e inhalar de nuevo rápidamente. *Argh*, estos han sido los dos minutos más largos de mi vida.

Dirijo mi atención de nuevo a los montones de dinero que he separado. Todavía quedan muchas monedas en el tarro, pero las ignoro. La buscadora de metales no nos dio mil doscientos dólares en monedas.

No obstante, esto no parece suficiente.

Lo cuento, comenzando por el solitario billete de cincuenta dólares y siguiendo por los de veinte. Por los de diez. Por los de cinco.

Sé mucho antes de empezar con los de uno que algo va mal.

Aquí no hay mil doscientos dólares.

Tomo el alto montón de billetes de uno, pero no me molesto en contarlos. Son cincuenta dólares como mucho.

¿Qué diantres? ¿Me mintió esa mujer? ¿Me dijo que había entregado el dinero al centro para que no la molestara con lo de devolverlo a la casa de empeños?

Pero parecía una anciana muy dulce... Muy sincera.

No tiene sentido.

Y, honestamente, incluso sin los mil doscientos dólares que yo creía que había aquí, ¿no debería haber más que *esto*? Cientos de personas metieron dinero en este tarro.

Pero quizá calculé mal. O quizá pensé ingenuamente que la mayoría entregaría billetes de cinco y de diez, incluso algunos de veinte, cuando en realidad solo era el cambio suelto del fondo de sus bolsillos.

Alguien llama a la puerta.

Contengo un gemido y levanto la mirada mientras la puerta se abre... agonizantemente lento.

Quint está ahí, con las manos aún levantadas.

Me mira, parpadeando, y sus ojos pasan de mi rostro, que empieza a enrojecer, al montón de billetes de dólar que tengo en las manos y el tarro de donativos medio vado.



Llego al centro de recuperación bien temprano, como me pidieron, pero esta vez llevo una carpeta bajo el brazo. Apenas dormí anoche. Mi mente estaba inundada de ideas y me quedé levantada hasta demasiado tarde haciendo planes e investigando organizaciones sin ánimo de lucro y métodos para recaudar fondos. Tengo ideas, muchas ideas. Tiran de mí ahora, arrastrándome como un barril en el agua. Cuando entro en el centro, no estoy nada cansada. Estoy electrizada. Estoy lista para marcar la diferencia.

Pero mis pies se detienen tan pronto como atravieso la puerta. Quint y su madre están ambos junto al escritorio, con Shauna y otra mujer con una bata de laboratorio blanca. ¿La doctora Jindal? También hay dos voluntarios. Parecen taciturnos, con los brazos cruzados sobre sus camisetas amarillas.

Quint parpadea cuando me ve.

—Has vuelto —dice, sin duda sorprendido.

Me enfurezco y me pongo las gafas de sol en la cabeza.

—Claro que he vuelto. —Hago como si mirara mi reloj, el que me regaló Ari por mi cumpleaños el año pasado—. Y tú, por una vez, no llegas

tarde.

Casi sonrío.

—Supongo que los milagros existen.

—Gracias, Opal —dice Rosa, entregándole un documento a la veterinaria—. Empezaré a hacer llamadas a las instituciones hoy mismo. — Se encoge de hombros con tristeza ante los voluntarios que esperan—. Es hora de sacar los juguetes, supongo. Ha pasado mucho tiempo. Espero que las pelotas no se hayan desinflado.

Frunzo el ceño, inmóvil, mientras los voluntarios y la doctora Jindal se alejan.

—¿Qué está pasando?

—Luna tiene un trastorno cognitivo —dice Quint—. Nunca podrá alimentarse sola, lo que significa que no podremos devolverla al océano.

—Oh. —No me molesto en esconder mi confusión. Tengo que controlarme para no preguntar; *¿Y qué tiene eso de malo?*, porque está claro que para todos los demás es algo muy grave—. Entonces, ¿irá a un acuario o a un zoológico o algo así?

—Cuando esté preparada —contesta Rosa—. Dentro de un par de meses. Me alegro de que la hayamos encontrado y de que vaya a sobrevivir. Es solo que... siempre esperamos poder liberarlos a su hábitat natural.

—Hay un lado positivo —dice Quint—. Cuando nuestros animales terminan en zoológicos y acuarios, pueden enseñarle a la gente muchas cosas sobre la fauna y su conservación. Se convierten en predicadores, de algún modo, del resto de los animales y del centro.

Todavía me siento como si no entendiera algo. Para mí, la idea de ir a un adorable zoo donde me darán pescado todo el día y retozaré en el agua mientras irnos niños adorables se ríen y aplauden es mucho mejor que intentar cazarme la cena y arriesgarme a quedar enredada en sedal. Pero sé que seguramente soy la única persona aquí que se siente así, de modo que me muerdo la lengua.

—Le encontraremos un buen sitio —dice Shauna, apretando el hombro de Rosa—. El sitio más bonito donde puedan acogerla. Va a estar bien.

Shauna lleva hoy una llamativa bisutería; ha cambiado su collar de perlas por unos pendientes de aro que son casi del tamaño de pelotas de

béisbol y un broche de brillantes con forma de mariposa que lleva sujeto a la camiseta. Supongo que, cuando tu uniforme laboral es tan horrible como esas camisetas amarillas, es natural querer mostrar tu estilo personal. Para mí, es el lápiz de labios. Para Shauna, sin duda, es la bisutería brillante. Al menos, sus accesorios encajan con el rollo de abuela atractiva que lleva.

—Bueno, no sé si es un mal momento —digo, acercándome al escritorio—, pero tengo algunas ideas que me gustaría compartir con vosotros.

Rosa me mira.

—¿Qué tipo de ideas?

—Sí —dice Quint con cautela—. ¿Qué tipo de ideas?

—Solo algunas cosas que se me han ocurrido. Sobre el centro y cómo hacer algunas cosas...

Quint resopla y pone los ojos en blanco, como si pidiera paciencia.

—Claro que sí —murmura.

No estoy segura de a qué se refiere con eso.

—Sobre todo son ideas para recaudar fondos —continúo, ignorándolo—. Y para conseguir el compromiso de la comunidad. Cosas que creo que ayudarían a atraer más atención hacia el centro, a concienciar sobre el bienestar animal... Con suerte incluso a incrementar los ingresos. Tengo la impresión de que andáis escasos de presupuesto.

Rosa deja escapar un gemido cansado.

—Eso es quedarse corto. —Abre las palmas y señala los montones tambaleantes sobre la mesa—. Ya hemos intentado recaudar fondos, todos estos años. Es imprevisible. —Parece abatida, como si esto fuera un hecho en el mundo benéfico. Y quizá lo es, pero estoy convencida de que no tiene por qué ser así. Al menos, no para este centro—. Por fortuna, hemos tenido un éxito mucho más consistente con las subvenciones.

—Exacto —digo—. También he oído eso. Pero, bueno, como sabes, Quint y yo hemos hecho un proyecto para Biología este año. —Por alguna razón, evito la mirada de Quint al decirlo. Lo siento mirándome, frunciendo el ceño, y eso me pone nerviosa. En parte porque no tengo ni idea de por qué está enfadado ahora—. Y creo que podría usar mi investigación para ayudar al centro, que a su vez me ayudará con mi trabajo para subir nota.

Creo que esta podría ser una relación simbiótica, como los tiburones y esas pequeñas rémoras que los ayudan a librarse de los parásitos.

Sonrío, orgullosa de mí misma por recordar esa clase, y no puedo evitar echarle una mirada a Quint. No parece para nada impresionado.

—En este caso, ¿tú eres el tiburón, la rémora o el parásito? —me pregunta sin expresión.

Sus palabras me golpean con fuerza y lo miro boquiabierto. Rosa lo reprende.

—¡Quint!

Pero no necesito que ella me defienda. Doy un paso hacia él.

—Perdona, pero ¿qué problema tienes? Hice todo lo que me pediste ayer, he apareado hoy, *puntual*, aunque está claro que no esperabas que lo hiciera. Así que, ¿de qué va esto?

Sus ojos destellan y abre la boca para hablar, pero duda. Mira a su madre y su expresión se oscurece. Se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—Nada. Me muero de ganas de oír esas ideas tuyas.

—Quint —dice Rosa de nuevo—. Estás siendo grosero. Y todo el mundo sabe que cualquier ayuda financiera nos vendría muy bien por aquí.

—Gradas —replico. Sostengo la mirada de Quint un segundo más antes de girarme hacia Rosa. Agarro la carpeta con fuerza y me lanzo al discurso que anoche practiqué una docena de veces delante del espejo—. Piensa en mí como en tu nueva asesora financiera. Primero me gustaría comenzar con un evento para la comunidad, algo con lo que podamos conseguir que los locales se involucren. He vivido toda mi vida en Fortuna Beach y acabo de enterarme de la existencia de este lugar, así que está claro que nos falta visibilidad en la comunidad, y que eso hay que remediarlo. Además, todos queremos formar parte de algo. Nos gusta pensar que podemos marcar una diferencia con nuestras acciones, algo más que pulsar el botón de «donar» en Kickstarter, ¿verdad? Cuando la gente vea el magnífico trabajo que se hace aquí, sé que querrá contribuir económicamente.

Rosa me detiene con una carcajada.

—Bueno, Quint no exageró. No hay duda de que eres entregada. Prudence, aprecio tu optimismo —se rasca la nuca—, pero tengo que detenerte aquí porque, si te soy sincera, creo que ya lo hemos probado *todo*,

y nada parece funcionar. Hemos hecho recogidas de fondos todos los años, pero el dinero parece evaporarse tan rápido como llega. Hemos intentado patrocinar eventos y abrimos una página en Facebook, aunque seguramente lleva tiempo sin actualizarse. —Niega con la cabeza, como si se diera cuenta de lo cínica que suena—. La cuestión es que nadie tiene tiempo para nada de eso. Incluyéndome a mí. Sobre todo a mí. —Suspira y se pone en pie—. No quiero desanimarte. ¿Podríamos hablar un poco más los próximos días? Justo ahora tengo que ir a ver a Luna y a algunos otros pacientes. Y sé que vosotros también tenéis un montón de trabajo hoy. Lo siento, Prudence. Odio dejarte colgada, pero... —A pesar de sus palabras, la expresión con la que me mira es la definición de *desánimo*—. Hablaremos de esto más tarde, ¿de acuerdo?

No me creo que lo diga en serio. No me creo que esté intentando disuadirme de tener nuevas ideas, pero parece agotada mientras se aleja, y el día apenas ha comenzado. Quizá está tan abrumada con los pesares rutinarios de mantener este sitio que sencillamente no puede procesar la idea de añadir nada más a la mezcla.

Eso significa que, para que esto funcione, mis planes no pueden girar en torno a Rosa, al menos no más allá de conseguir su aprobación.

Estoy lejos de sentirme desmotivada. De hecho, esto saldrá aún mejor. En realidad, no quería tenerla mirando sobre mi hombro mientras hago todo lo posible por instilar nueva vida a este lugar.

Mientras Rosa se dirige al pasillo (lo que llaman el ala de cuidados críticos), noto una mano sobre mi hombro. Sorprendida, me giro para ver a Shauna sonriendo, con arrugas pronunciadas alrededor de sus ojos.

—Está muy agobiada. Ha sido una temporada dura —me cuenta—. En mi opinión, una campaña nueva de recogida de fondos nos ayudaría un montón. Espero que le des una oportunidad.

Asiento.

—Gracias.

Shauna también se marcha, subiendo las escaleras hacia la segunda planta.

Me golpeo la palma con el borde de la carpeta y me giro hacia Quint. Su mirada es oscura y tiene los labios apretados.

—¿Qué? —le espeto—. ¿Por qué me miras así? —Mis mejillas se han enrojecido, y eso que *todavía* no hemos empezado a discutir, pero puedo sentir su animosidad y está haciendo que me ponga a la defensiva, aunque no tengo ni idea del motivo.

—Por nada —dice, la mentira más descarada de todos los tiempos—. Tengo trabajo que hacer.

Se gira y abre la puerta mosquitera.

Lo sigo, todavía agarrando mi carpeta. Quint toma un cepillo que había apoyado contra la pared y comienza por una de las piscinas infantiles. Ayer había leones marinos en ella, pero ahora está vacía. Me pregunto cada cuánto tendrán que limpiar las piscinas, cuánto tiempo se pasan moviendo a los animales de un lado a otro. Quiero decir, ¿es realmente necesario? Su hábitat natural, después de todo, son las fangosas y asquerosas aguas del mar.

—¿Qué te pasa? —le pregunto. Un par de voluntarios están alimentando con pescado a los animales de la siguiente piscina. Se giran para mirarnos, sorprendidos, pero ambos los ignoramos—. Y dame una respuesta sincera. ¡Creí que la idea te entusiasmaría!

—Oh, sí, es emocionante. —Quint vierte un poco de lavavajillas directamente en la piscina vacía—. Bien pensado, compañera. Es una suerte tenerte en el equipo.

Agarra el cepillo y empieza a frotar furiosamente.

Lanzo mi mano libre al aire.

—¡Ni siquiera has oído mis ideas todavía! ¿No *quieres* que este sitio cuente con más dinero? ¿Que tenga éxito?

Deja de frotar, agarrando el mango del cepillo con ambas manos como si se controlara para no lanzármelo.

—Has estado aquí un día, Prudence. Un día. ¿Sabes al menos diferenciar una foca de un león marino?

Lo miro parpadeando, desconcertada, y después miro la piscina contigua, las criaturas regordetas y de cuerpos brillantes que entran y salen del agua.

—Focas —digo, señalándolas con la carpeta.

—Incorrecto.

Mecachis.

—Los leones marinos son los que tienen solapas sobre los oídos, entre otras cosas.

¿Qué? ¿Qué solapas?

Miro de nuevo.

Oh. Tienen unas orejitas graciosas. ¿Quién lo habría imaginado?

—¿Sabes lo que es un pinnípedo?

Arrugo la nariz, irritada.

—No. ¡Pero apuesto a que puedo escribirlo con menos errores de ortografía que tú!

Me fulmina con la mirada y, sí, lo sé, ha sido un golpe bajo. ¡Pero no comprendo por qué actúa así!

—Un pinnípedo es un mamífero que ha evolucionado para tener aletas en lugar de patas. Como por ejemplo... ¡las focas! ¡Y los leones marinos!

Me pongo una mano en la cadera.

—Bueno, no conozco la terminología. ¿Qué importa eso?

—¿Con qué tipo de pez trabajamos ayer? Ni siquiera preguntaste. —¡Es pescado! ¿Qué más da? Fue asqueroso. Se lo comen. ¿A quién le importa?

—Importa porque *no te importa*. Lo único que te importa es apabullar a todo el mundo y emprender otro proyecto con el que demostrar lo... —agita la mano hacia mí— brillante que eres, o lo que sea. Pero no sabes nada sobre estos animales o qué hacemos aquí, mientras que mi madre lleva dirigiendo este sitio casi veinte años. ¿Qué te hace pensar que sabes más que ella? ¿Más que yo? ¿Más que los voluntarios que se han dejado el corazón y el alma en este sitio durante años? ¡Oh, espera! —Se golpea la frente con la mano—. ¿Crees que deberíamos ganar más dinero? Guau, Prudence, eres un genio. ¿Por qué no se nos ha ocurrido antes?

Pone los ojos en blanco. Nunca me habían atacado con tanto escarnio y, por un momento, me quedo sin palabras, aunque la sangre corre caliente bajo mi piel. Quint vuelve a frotar la piscina. Tiene tensos los músculos de los hombros. Los voluntarios del recinto contiguo han variado el cubo de pescado, pero puedo verlos remoloneando, aunque no sé si dudan si interrumpir nuestra discusión o si son demasiado entrometidos para alejarse.

—Vale. Puede que tengas razón —le digo, bajando la voz. Quint sigue limpiando. Tengo la sensación de que, cuando haya terminado, esa va a ser la piscina más limpia que esos animales han visto nunca—. No sé mucho sobre este sitio. Hasta ayer, ni siquiera sabía que existiera. Pero acabo de pasar los últimos seis meses investigando exactamente esto, cómo las organizaciones que se ocupan de los animales y del entorno pueden ser rentables. Es una industria al alza ahora mismo y, por lo que he visto, aunque solo haya sido un día, este centro no está aprovechando en absoluto la oportunidad. ¡Ni siquiera actualizáis vuestra página de Facebook! Quint, de eso iba exactamente nuestro proyecto, de la idea de que la gente estaría dispuesta a pagar por formar parte de algo bueno, de algo importante. Pero, para eso, primero necesitamos que la gente sepa que el centro existe. Necesitamos que les importe.

Me mira. No hay señal de que se haya ablandado.

—¿Necesitamos?

Frunzo el ceño ante la insinuación de que no soy parte de este equipo, de esta, *familia*.

—Tú. Tu madre. Estos voluntarios. La cuestión es que yo puedo ayudar.

—Claro. Porque has hecho un trabajo sobre ecoturismo. —Ladea la cabeza—. Dime, ¿qué nota sacaste?

Gruño. Es un golpe bajo y tengo la sensación de que me la ha devuelto por el comentario de antes sobre su ortografía.

—Si saqué una mala nota no fue porque no supiera de qué estaba hablando —replico, con los dientes apretados—. Me pusieron mala nota porque...

Vuelvo a mirar el grupo de leones marinos. Están todos en la piscina, pero, tan pronto como los miro, uno de ellos salta fuera y en cuestión de segundos el resto se han lanzado tras él. Como si jugaran a la versión más mona del mundo de seguir al líder.

Trago saliva.

—Porque no sabía por qué era importante —me oigo decir a mí misma—. Sé que nuestra comunidad puede ganar dinero concentrándose en el ecoturismo, es solo que... no expresé por qué es importante. Por qué estos animales y sus hábitats son importantes.

—¿Y *crees* que son importantes? —Deja la escoba en el fondo de la piscina y se apoya en el mango—. En serio. ¿Crees que salvar a estos animales es una causa que merece la pena? ¿O esto es solo una actividad más que tachar de tu lista de logros? Uña buena incorporación al currículo de Prudence Barnett.

Dejo escapar un gemido frustrado.

—Mira. No voy a mentir y decir que no quiero eso, pero en este caso, si saliera bien, también saldrías ganando tú. Y tu madre. ¿No puedes al menos dejarme intentarlo?

—Estoy bastante seguro de que no podría detenerte aunque quisiera.

—¿Por qué querrías hacerlo? —Estoy alzando la voz de nuevo. No quiero gritar, pero... *Argh*, ¿no puede al menos darme una oportunidad? Me siento tentada de quitarle ese cepillo de la mano y golpearle la cabeza con él.

Exhala ruidosamente a través de las fosas nasales e ignora mi pregunta. Deja el cepillo a un lado, agarra una manguera y empieza a enjuagar la pequeña piscina.

Pasa una eternidad. La enjuaga *tres veces* antes de cortar el agua y atreverse a mirarme de nuevo. Yo sigo enfadada, con los dedos clavados en la cadera. Pero él, al menos, parece estar calmándose.

Casi no me atrevo a albergar la esperanza de que quizá me lo haya ganado. Y solo entonces empiezo a cuestionarme por qué me estoy molestando en convencerlo. Esta es la organización de su madre. Su opinión es la única que importa.

Pero no puedo discutir con Quint en cada paso del camino. Puede que no lo necesite, pero estoy segura de que será más fácil si él está de mi parte.

—De acuerdo —dice al final. Tiene la voz ronca y yo tengo la sensación de que no le resulta fácil ceder, pero no me importa. Ya me siento aliviada—. Oiré lo que tengas que decir —continúa—. Pero no hoy. Estamos saturados.

—Vale, no hay problema. Iré a ponerme un delantal y después te ayudaré... a limpiar. O algo.

Su mejilla tiembla ligeramente.

—Y quizá podamos hablar de esto... —Levanto la carpeta—.
¿Mañana? Quiero decir, cuanto antes empecemos, mejor. ¿Vale?
Suspira. Un sonido intenso, casi melodramático.
—Sí, estupendo —dice—. Me muero de ganas.



18

Encanto tiene lo que Carlos llama generosamente un «patio» delante del restaurante. En realidad, son solo tres pequeñas mesas de café en una zona diminuta de la acera delimitada con cuerdas, pero es un buen sitio para sentarse y ver pasar a la gente. Ahí es donde me siento a esperar a Quint. Tengo mi carpeta, además de un montón de material nuevo, sobre todo folletos y estadísticas e informes de otras organizaciones no lucrativas que he encontrado *online*. He descubierto una organización contra el cáncer que ganó casi mil millones de dólares en un solo año. ¡El sueldo de su presidente eran 2.4 millones! No es que crea que yo vaya a acercarme a eso, sobre todo no en un solo verano, pero es agradable saber que puede conseguirse. Supongo que es refrescante saber lo generosa que puede ser la gente con su dinero y cómo eso puede marcar una enorme diferencia.

Bueno, no es que hayamos curado el cáncer aún, pero supongo que esa organización habrá hecho algo que valga la pena con toda esa pasta.

Cuando estoy preparada para mi reunión con Quint, con mis papeles pulcramente organizados y una lista de varios puntos sobre los temas de conversación junto a mi codo, compruebo mi reloj. Hemos quedado a mediodía. He llegado cinco minutos antes.

Un camarero sale a tomarme nota y pido agua con gas y irnos tostones, que son una especialidad de Puerto Rico y el entrante distintivo de Carlos. Son básicamente plátanos machos, que son más firmes que los normales, espachurrados, fritos y salados, y *deliciosos*. Crujientes por fuera, tiernos por dentro. Además, los sirve con chimichurri y una mayonesa de chipotle y se me hace la boca agua solo con pensar en ellos. Jude y yo normalmente pedimos dos platos porque están demasiado buenos para compartirlos.

Pienso en pedir algo para Quint, pero eso sería raro, así que no lo hago. El camarero desaparece dentro. Me quito las gafas de sol y uso la falda de mi vestido para limpiarles una mancha. Vuelvo a ponérmelas y me relajo en mi asiento, esperando.

La temporada turística todavía no ha empezado del todo, pero la ciudad ya está más animada que hace solo un par de semanas. Los comerciantes quitan el polvo a sus mercancías, limpian las lunas y sacan enormes percheros de LIQUIDACIÓN con artículos del año pasado para atraer a todos los nuevos clientes que empiezan a llegar.

Tomo mi teléfono y compruebo un par de redes sociales, pero nadie que me importe ha subido nada nuevo, así que me aburro pronto.

El camarero me trae el agua y casi me bebo medio vaso de un trago. Me pica la nariz por el gas. Compruebo el reloj de nuevo. Parece que llevo esperando mucho tiempo, pero solo son las 12:03.

Intento mantener la mente ocupada buscando gente en la calle que parezca necesitar un rapapolvo kármico. Empiezo a darme cuenta de que, cuando comienzo a buscar malos actos, estos parecen estar por todas partes: la chica que pega el chicle debajo de la mesa contigua, el hombre que no limpia la caca de su perro.

Una sonrisa y un movimiento de los dedos y lo siguiente que pasa es que la chica se ha derramado la salsa en el vestido y que el hombre, distraído, pisa el montón de excremento con su propio zapato.

Se convierte en un juego, buscar comportamientos reprensibles. Y hay de sobra. Me pregunto si de verdad hay tanta gente desconsiderada en este mundo o si este extraño poder está atrayendo de algún modo a las personas horribles, poniéndolas en mi camino para que sientan la ira del universo.

Hablando de desconsiderados...

Compruebo mi reloj. ¡12:39!

Aprieto los dientes. He estado tan distraída repartiendo castigos a mi alrededor que apenas he tocado el plato de tostones que me han traído hace un rato. Tomo uno y me lo meto en la boca. Llevo aquí sentada tanto tiempo que han empezado a enfriarse.

En mi mente, esto también es culpa de Quint.

Trago, y me cuesta un poco.

Por un segundo, intento usar la táctica de Ari y darle el beneficio de la duda.

¿Podría haberse quedado atrapado en un atasco?

Uhm, no. A menos que haya algún festival o algo parecido en marcha, el tráfico en Fortuna Beach es prácticamente inexistente.

¿Puede que haya perdido la noción del tiempo? ¿O que haya olvidado que habíamos quedado?

Eso parece probable, pero no hace que sea mejor.

¿Estará enfermo?

Por favor. No tendré tanta suerte.

Sinceramente, después de verlo llegar a las ocho de la mañana al centro de recuperación, había empezado a preguntarme si me había equivocado con él. Si quizá había una parte de él que podía ser responsable, que se tomaba sus obligaciones en serio. Que no era propia de un total sinvergüenza.

Tan pronto como mi reloj marca la una, indicándome que Quint llega una hora tarde, siento hervir mi enfado. Una cosa es llegar tarde a clase. Sí, habría sido agradable poder fiarme de mi compañero de laboratorio, pero, bueno, hice el trabajo yo. Pero ¿dejarme plantada así? ¿En mi día libre? Con lo que he trabajado para ayudar a *su* madre y *su* centro.

¡Es inexcusable!

La rabieta continúa en mi cabeza durante otros diez..., quince..., *veintidós minutos*, hasta que estoy a punto de empezar a gritar a las irritantes gaviotas que graznan a mi alrededor buscando comida en el suelo.

Y entonces (*entonces*) lo veo.

Camina por la acera, con los ojos ocultos tras las gafas de sol y la luz de la tarde reflejándose en su cabello oscuro. Lleva chanclas, un bañador y una

camiseta blanca con la ilustración de un pulpo haciendo surf. No parece tener prisa ni sentirse mínimamente ansioso o apesadumbrado. Parece relajado. Demasiado relajado.

¿Cómo es posible que yo tenga unas expectativas tan altas, sobre mí y sobre los que me rodean, mientras que Quint es tan... tan *Quint*? Me he pasado el año entero disminuyendo lo que espero de él, poco a poco, y aun así consigue decepcionarme. Realmente le he pedido muy poco. Que sea puntual para no tener que explicarle qué tenemos que hacer cada día. Que se lea el tema de antemano para tener alguna idea de lo que estamos hablando. Que tome apuntes o medidas precisas o que haga algo útil en lugar de dejarlo todo sobre mis hombros.

De algún modo, siempre me ha fallado. Una y otra y otra vez. Y ahora esto. No solo llega tarde, sino que parece que le da igual.

Cuando me ve y sonrío a modo de saludo, estoy muy enfadada.

Sonríe.

¡En serio! ¡Será idiota!

Cierro el puño bajo la mesa y aprieto hasta que puedo sentir el pulso de mi sangre en los nudillos.

Quint se detiene, mirando algo. Por favor, oh, por favor, que pase una gaviota y le eche una bien gorda justo en la cabeza.

O que algún niño le aplaste un cucurucho de helado de chocolate a medio comer en ese trasero con estampado hawaiano suyo. (No es que esté pensando en su trasero. Oh, qué asco... ¡Para, Cerebro!).

O... O... *Argh*, me da igual, ¡lo que sea, pero algo horrible!

Mientras lo miro, con la mano dolorida e imágenes de venganza girando en mi mente, Quint se agacha y recoge algo de la acera. Entorno los ojos, intentando ver qué es.

¿Un papel? ¿Un papel verde?

Espera. ¿Acaba de encontrar *dinero*?

Quint camina hasta un tendero cercano que está bajando el toldo y le muestra el papel. El hombre niega con la cabeza. Quint se aleja, mira de un lado a otro de la acera, pero no hay nadie más a quien preguntar, nadie con quien hablar. Su rostro asume la expresión facial equivalente a encogerse de hombros y empieza a caminar hacia mí.

Relajo el puño lentamente. ¿Qué está pasando aquí?

—Mira —dice, sentándose en la silla frente a mí—. Acabo de encontrar veinte pavos.

Miro boquiabierta el billete que tiene en la mano. ¿Qué?

Me lo ofrece.

—Lo consideraremos nuestra primera donación anónima. —Sonríe de oreja a oreja—. ¿Ves? Ya somos un buen equipo.

Es como si mi cerebro estuviera apagándose. No puedo procesar lo que acaba de ocurrir. Me siento como si el universo me hubiera traicionado. Tomo el billete de veinte, un poco aturdida, y lo miro fijamente. ¿Será falso y lo arrestarán cuando lo use?

Pero no. Sé que es de verdad. Sé que, por alguna razón, acaba de ser recompensado, después de llegar casi una hora y media tarde a nuestra reunión. ¿Ha sido cosa del universo, o solo una coincidencia?

Esa sería una explicación fácil, aunque estoy llegando a un punto en el que ya no estoy segura de seguir creyendo en las coincidencias.

Dejo el billete sobre la mesa entre nosotros.

—Bueno —digo, un poco perpleja—. Guay. Voy a... estrenar el libro de cuentas.

—Sí. O podemos usarlo para pagar el almuerzo. Me muero de hambre. —Toma un tostón sin preguntar, lo moja en la salsa de chipotle y se lo mete en la boca—. Uhm, qué bueno —dice. No parece notar que están fríos. Ya sabes, porque llevan ahí *más de una hora*.

—Bueno —empiezo, mientras mi ira hierve de nuevo—. Sabes leer la hora, ¿verdad? ¿Te dormiste en esa clase de primaria?

Me mira con una ceja levantada. Se toma su tiempo masticando. Al final, traga y se inclina sobre la mesa.

—Bueno, podrías haber intentado comenzar esta conversación con algo como: «Vaya, Quint, hoy sí que llegas tarde. ¿Ha pasado algo?».

Aprieto la mandíbula y me inclino hacia delante.

—O tú podrías empezar con una disculpa. Llevo aquí una hora y media. ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer con mi tiempo que esperarte? ¿No podías mandarme un mensaje o...?

—No tengo tu número.

Señalo las lunas del restaurante.

—Sabías dónde habíamos quedado. Podrías haber llamado al restaurante.

Esto parece hacerlo pensar. Se echa hacia atrás ligeramente, con la boca abierta.

—No se me ha ocurrido —dice un par de segundos después. Resoplo y me cruzo de brazos—. De acuerdo. Lo siento.

—Claro, lo que tú digas. Solo espero que te lo estuvieras pasando bien, superando tu puntuación más alta en... *Pac-Man*, o lo que fuera.

Entorna los ojos, a medio camino entre la diversión y la irritación.

—¿*Pac-Man*?

Agito una mano.

—Ari tiene una vieja... No importa.

Niega con la cabeza.

—Bueno, sí. He destrozado mi récord en *Pac-Man*. Ya sabes, justo después de ayudar a nuestro equipo de rescate a desenredar a una nutria marina de una red de pesca. ¿No quieres más? —No espera una respuesta antes de engullir dos tostones más.

Y me alegro, porque estoy realmente sin palabras.

Quiero creer que se lo está inventando, pero..., en realidad, no lo creo.

El camarero regresa y Quint pide una zarzaparrilla.

—Va a ponerse bien —me cuenta Quint cuando nuestro camarero se marcha de nuevo—. La nutria. Por si te lo estabas preguntando.

Me aclaro la garganta, negándome a sentirme avergonzada.

—Para que conste, era totalmente imposible que yo supiera eso.

—Ya lo sé. —Quint se encoge de hombros—. Pero, por una vez, sería agradable que no dieras por sentado que soy un capullo.

—No creo que seas un capullo. Solo creo que eres...

Sonríe, expectante.

—Adelante. No vas a herir mis sentimientos.

—Irresponsable —digo.

Se termina los últimos tostones, pensativo.

—¿Solo eso?

Es casi como si se burlara de mí, pero... Venga *ya*. Soy yo la que ha tenido que lidiar con sus payasadas inmaduras todo el año.

—Es suficiente —replico—. Una persona solo puede llegar tarde a clase un número determinado de veces antes de que sus prioridades sean obvias.

Se toma su tiempo lamiéndose la sal de los dedos. Nuestro camarero le trae la zarzaparrilla y él pide un plato de nachos con pernil asado.

Tan pronto como nos quedamos solos de nuevo, Quint me dedica una sonrisa que parece casi... Es como si se sintiera mal por mí.

—Para que conste —me dice, y de nuevo puedo oír la burla en su tono, repitiendo mis palabras de antes—, trabajo casi todas las mañanas en el centro de recuperación. Incluso durante el curso. Por eso llego tarde a menudo, sobre todo en primavera, porque entonces se separan un montón de animales de sus madres y tienen que sobrevivir solos, lo que no siempre sale bien, así que recibimos muchos nuevos pacientes de golpe. Es más tranquilo en otoño. Aunque no creo que te importe.

Lo miro fijamente.

—El señor Chavez lo sabe —continúa—. Él entiende que tengo *responsabilidades* —arrastra la palabra como si fuera la primera vez que la pronuncia—, así que me permite llegar tarde. A cambio, cada dos semanas, mi madre firma un formulario especificando qué he hecho en el centro que justifique mi ausencia en el colegio y el señor Chavez me suma nota por ello. Es una... ¿Cuál fue la palabra rara que usaste ayer? Ah. Una relación *simbiótica*. —Baja la voz con complicidad—. Entre tú y yo, creo que probablemente yo soy la rémora.

Levanto la mano.

—Espera. ¿Me estás diciendo que todo este tiempo me has dejado creer que te quedabas dormido y que... hacías pellas para irte a los recreativos o algo así, cuando en realidad estabas limpiando piscinas y haciendo puré de pescado?

—Y rescatando nutrias bebé, no lo olvides —añade.

Niego con la cabeza.

—No has dicho que fuera un bebé.

Se encoge de hombros.

—No lo era. Esta vez.

Elevo las manos.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Lo intenté.

—¿Cuándo?

—En otoño, quizá después de la tercera o cuarta vez que llegué tarde. Sabía que estabas enfadada, así que empecé a explicártelo, pero tú... — Agita la mano, imitando a la reina de Inglaterra—. Me cortaste. No querías oírlo. De hecho, creo que tus palabras exactas fueron: «No quiero oírlo».

—¡Pero...! ¡Pero eso no significa que no quisiera oírlo!

Se ríe.

—Sabes cómo funciona el lenguaje, ¿verdad?

—Oh, cierra el pico. —Le doy una patada por debajo de la mesa.

Su sonrisa se convierte en una carcajada.

—Vale, vale. Quizá debería haberme esforzado más. Pero tú estabas... Quiero decir, venga ya. Tú también me enfadaste a mí. Pensé que, si no te molestabas en darme una oportunidad, ¿por qué debía intentarlo?

—¡Porque se suponía que éramos compañeros!

Su sonrisa se desvanece y me echa una mirada que es como un baldazo de realidad mudo.

—Prudence Barnett. Tú y yo nunca hemos sido compañeros, y lo sabes.

Quiero discutir su afirmación. De verdad que quiero.

Pero... no puedo.

Nunca hemos sido compañeros. Esa es la verdad.

Pero es tan culpa suya como mía. Aprieto los dientes, pensando en el horrible momento en el que me di cuenta de que no iba a estar allí para la presentación. De que me había abandonado, en el día más importante.

—Ni siquiera te molestaste en aparecer para la presentación —digo con tono pesimista—. Después de que... prácticamente te suplicara que fueras puntual. Y tú ni siquiera pudiste hacer eso.

—En el centro había poco personal ese día. Mi madre necesitaba que la ayudara.

Pero yo también te necesitaba, quiero decir. Pero no puedo, no a él. En lugar de eso, me muerdo el interior de la mejilla y aparto la mirada hasta la acera. El recuerdo de aquella mañana me trae el mismo rencor, el mismo

miedo, y Quint debe saber que esta discusión es diferente, porque cuando habla de nuevo, en su voz hay un toque de preocupación.

—Mira, sabía que estarías bien. Eres... —Se detiene y me señala. Gira una mano en el aire.

Le echo una fría mirada.

—¿Soy qué?

—¡Eres buena! —dice, con una risa incómoda—. Eres la mejor oradora de clase. No me necesitabas.

—¡Te necesitaba! —grito.

Sorprendido, se echa hacia atrás en su asiento.

Exhalo con brusquedad a través de las fosas nasales. Me han empezado a temblar las manos. Necesito que lo comprenda. ¿El resto de las veces que llegó tarde? Vale. Me da igual. Pude lidiar con ellas. Pero ese día... *Ese día.* Fue una traición. ¿No lo entiende?

—Odio hablar en público —comienzo, pero después me detengo. Cierro los ojos con fuerza y niego rápidamente con la cabeza—. No, eso no es... Cuando estoy en ello, estoy bien. Pero ¿antes? ¿Pensar que todo el mundo estará mirándome? Es aterrador. Solo consigo hacerlo porque practico y practico y practico y... ¿Te acuerdas? Te dije que deberíamos quedar y practicar la presentación antes, y tú me dijiste que estabas demasiado ocupado, aunque estaba claro que no querías malgastar más de tu preciado tiempo en ello, o quizá no querías pasar más tiempo conmigo. Lo que es... Lo entiendo, da igual. —Agito las manos en el aire—. ¡Pero yo no puedo improvisar como tú! Así que tuve que hacerlo todo sola. Tuve que escribir la presentación sin ti, tuve que investigar sin ti, pero al menos... al menos esperaba que estuvieras allí cuando llegara el momento. Esperaba que trajeras nuestras fotocopias y entonces la gente no tendría que mirarme a mí, y además, tú podrías... Ya sabes. Hacer eso que haces. —Es mi turno de hacer un vago ademán—. Hacer reír a la gente. Conseguir que se sientan cómodos. Yo me ocuparía de la presentación y saldría genial. ¡Pero tú no apareciste! Y darme cuenta de que no ibas a venir fue... ¡fue horrible!

Termino.

En realidad, no he terminado. Podría seguir. Cómo interrumpió mi presentación. Cómo se tomó todo el tiempo del mundo para repartir las

fotocopias. Pero empiezan a escocerme los ojos y no me atrevo a seguir hablando.

No puedo mirarlo, así que miro la mesa y me rasco la sien con el bolígrafo.

Solo cuando Quint se ríe, tan irritante como inesperado, me doy cuenta de que he usado la punta con tinta y que acabo de pintarrajearme la cara. Hago una mueca y me froto con los dedos.

—Lo he hecho aposta —murmuro.

—Lo pondrás de moda —responde. Después toma una servilleta, la empapa en un vaso de agua helada y se inclina sobre la mesa—. A ver —dice, frotándose la tinta de la piel.

Cuando termina, deja la servilleta arrugada sobre la mesa. Nuestros ojos se encuentran. No entiendo su expresión, pero sé que está reflexionando sobre algo. Algo importante.

La mesa es pequeña. Probablemente podría inclinarse sobre ella y...

—Lo siento —dice, sacándose del descabellado camino que estaban emprendiendo mis pensamientos—. No lo sabía. Pensaba... Tú siempre pareces muy segura ante la clase. No tenía ni idea. —Parece sentirlo de verdad. Inhala y continúa—: ¿Recuerdas la otra noche, cuando estuvimos en el karaoke?

Asiento. Apenas he pensado en el karaoke estos últimos días, pero ahora los recuerdos vuelven a mí. Los primeros y poderosos acordes de *Instant Karma!* Cómo desapareció el restaurante mientras cantaba. Todo excepto Quint, durante ese único momento, con los ojos clavados en mí y su sonrisa medio asombrada...

Miro la mesa, aturullada de repente y... Oh, cielos, me estoy *sonrojando*.

¿Qué diantres?

—Mientras veía a la gente que estaba subiendo a cantar, pensé que no se me ocurría nada peor que cantar delante de una multitud. Preferiría una endodoncia —dice, estremeciéndose exageradamente—. Así que lo entiendo. En cierto sentido. Es miedo escénico, o lo que sea. Y tienes razón, debería haber estado allí. Me lo pediste. —Hace una pausa—. Lo siento mucho.

Nos quedamos en silencio un rato mientras los turistas y los bañistas pasan por la acera. Las aves graznan cerca, esperando que dejemos algunas migas de comida.

—Tengo un truco —digo en voz baja.

Quint levanta las cejas.

—Cuando tengo que hacer algo en público, me digo a mí misma que solo serán cinco minutos de mi vida. O diez, o veinte, o los que sean. En comparación, cinco minutos no es nada, ¿verdad? Y eso es lo único que tengo que aguantar y después habrá terminado.

Sonríe.

—Si alguna vez decidido probar el karaoke, lo que es muy improbable, lo tendré en mente.

—La mayoría de las canciones duran menos de cuatro minutos.

Asiente, y está sonriendo. Su sonrisa me es familiar, aunque no es habitual que vaya dirigida a mí.

Trago saliva.

—Mira, Prudence. No quiero que este verano sea tan horrible como lo ha sido la clase de Biología durante todo el curso. ¿Crees que quizá podríamos probar algo distinto?

No aparto la mirada mientras la amenaza de las lágrimas empieza a disiparse.

—Bueno —digo—, eso parece mejor que la alternativa.



19

El camarero se acerca y nos cambia el plato vacío de tentempiés por una bandeja gigante de nachos, con un enorme montón de cerdo asado, queso derretido y todas las guarniciones. Quint le da las gracias y, tan pronto como el camarero se aleja, empuja la bandeja hacia mí, arrastrándola por encima de algunos de mis papeles.

—Puedes comer, si quieres.

—Gracias —murmuro—. Teniendo en cuenta que tú te has comido lo mío.

Sonríe. Sabe tan bien como yo que, si hubiera querido terminarme los tostones, habrían desaparecido mucho antes de que él llegara.

Resoplo y tomo un nacho.

Quint lanza un gemido de aprobación cuando da el primer bocado, y se lo traga con un sorbo de refresco.

—Mucho mejor que el arroz con guisantes.

—¿Arroz con guisantes? Esa es una comparación extraña.

Se ríe.

—Solo hay tres cosas en la carta que Morgan puede comer. Prácticamente solo viene aquí por los tostones, y son increíbles, pero a

veces se necesita un poco más. Así que comemos arroz con guisantes, pero de los puertorriqueños. ¿Cómo se llaman?

—Arroz con gandules.

Chasquea los dedos.

—Exacto. Incluso eso se hace normalmente con jamón o beicon o algo así, de modo que pide la opción vegetariana. No está mal, pero ¿esto? — Señala los nachos con la mano—. Oh, Dios mío. Está muy bueno.

—¿Es vegetariana?

—Vegana. Y, a ver, siempre dice que le parece bien que la gente coma carne y lácteos delante de ella, pero... —Me echa una mirada cómplice—. Créeme, te juzga. Te juzga con dureza. Así que he descubierto que es más fácil pedir lo mismo que pida ella.

—Ajá. Supongo que eso explica lo de la valla publicitaria —digo, recordando a las vacas en su prado verde y la enorme X dibujada sobre sus pensamientos alegres. Eso no justifica lo que hizo, pero si está en contra de comer carne, es lógico que también lo esté de la cadena de hamburgueserías local.

—¿Qué valla publicitaria?

Parpadeo, dándome cuenta de que Quint seguramente no sabe lo del grafiti.

—Oh, solo estaba pensando en una valla que vi, anunciando Blue's Burgers. Alguien la había vandalizado y solo estaba pensando que... Bueno, ya sabes. Para mí, comerme una hamburguesa no es una cuestión moral, pero Morgan seguramente no estaría de acuerdo.

—Oh, se mostraría en desacuerdo y acompañaría sus exabruptos con los furiosos fuegos del infierno —dice Quint. Después se encoge de hombros—. A ver, es una tía guay. Morgan me cae muy bien. Es realmente lista y es superdivertido trabajar con ella. Pero en lo que se refiere a la industria de la carne y al tratamiento que damos los humanos a los animales, es... —Tarda un segundo en buscar la palabra adecuada antes de decidirse—. Apasionada.

Algo me dice que está usando *apasionada* para describir a Morgan del mismo modo que usó *entregada* para describirme a mí.

—Supongo que es bueno saberlo —digo—. La verdad es que me pareció bastante grosera la otra noche.

Hace una mueca.

—Sí, ¿verdad? Sé que no debería disculparme por lo que hacen los demás, pero normalmente no está tan desconectada. Supongo que es por lo de la petición *online* que tiene en marcha; está tratando de conseguir que el Gobierno cierre algunas ganaderías industriales a las que han pillado usando prácticas inhumanas. Ha estado escribiendo *emails* a todos los políticos locales e intentando darlo a conocer en redes sociales.

¿Granjas industriales? ¿Eso también tiene que ver con el incidente de la valla?

La carne de Blue's Burgers procede de vacas que pastan alegremente en una verde pradera. Eso es lo que nos han estado diciendo en sus anuncios durante años. No tienen nada que ver con esas turbias ganaderías industriales.

Y, aunque fuera así, Morgan estaba cometiendo un delito. El universo la castigó por ello.

Quint continúa, y parece un poco avergonzado cuando añade:

—Es cierto que podría haberlo dejado durante dos segundos para prestar atención a tu amiga, aplaudir un poco o algo así. Y a ti también, por supuesto.

Me encojo de hombros, sintiéndome cohibida de repente. Una vez más pienso en la mirada de Quint, en el brindis que me dedicó con su Shirley Temple mientras bajaba del escenario.

—Lo hiciste realmente bien, por cierto —continúa. Tardo un momento en asimilar sus palabras—. No creo que te lo haya dicho antes, pero es la verdad.

De repente, se concentra en los nachos como si elegir uno con la proporción perfecta de queso, cerdo y jalapeño fuera una cuestión de vida o muerte.

Me sonrojo de nuevo, pero esta vez la sensación se extiende por mi garganta y por mi pecho.

—Gracias —digo en voz baja. Tengo que aclararme la garganta—. Pero sé que no tengo una gran voz. No tienes que...

—No, lo sé. No es eso... —Duda—. Quiero decir, tu voz está bien.

—Bien está apenas un escalón por encima de tolerable —digo, con una carcajada errática.

—No me refiero a eso. Estuviste... —Se detiene.

—Me siento halagada —digo, sin expresión.

Niega con la cabeza.

—Solo intento decir que estuviste... —Agita la muñeca en el aire, intentando buscar una palabra o quizá intentando expresar lo que quiere decir con una floritura, pero el mensaje no me está llegando.

Debería apreciar la telepatía de mellizos que tengo con Jude más de lo que la aprecio. Sin duda, la comunicación es difícil.

—¿Estuve...?

Detiene los dedos y los aprieta un instante antes de bajarlos y agarrar un nacho del montón.

—No importa.

Empiezo a mover la rodilla ansiosamente bajo la mesa. Me descubro mirándolo, aunque ha girado la cabeza y concentra su atención en la franja de playa que puede verse más allá de los edificios al otro lado de la calle.

Sus mejillas parecen más rojas que antes.

Está *claro* que me lo estoy imaginando. O quizá ha olvidado ponerse protector solar, un error de aficionado aquí en Fortuna Beach.

Debe ser eso.

—Parecías realmente segura de ti misma ahí arriba —dice, hablando demasiado rápido de repente.

—Soy una persona segura de mí misma en general.

—Créeme, lo he notado. Pero era algo más... Parecía que te lo estabas pasando bien, Eso es todo.

Oh. Ahí está. La palabra prohibida. La nota de sorpresa. La implicación: ¡Vaya! ¿Prudence Barnett sabe *divertirse*? ¿Quién lo habría imaginado?

—Ya. Porque lo único que sé hacer es trabajar duro y estudiar y sacar buenas notas.

Me fulmina con la mirada y, de repente, estamos enfadados de nuevo.

—¿Sinceramente? Me lo he preguntado.

Es horrible cómo me escuece su comentario. Quint no puede saber que acaba de golpearme justo en uno de mis puntos más débiles. Sé que puedo ser un poco obsesa del control. Sé que a veces me tomo las cosas demasiado en serio. Sé que no soy una bromista, ni el alma de la fiesta, ni una de esas despreocupadas «chicas guais» que en las películas son la fantasía de todos los chicos con sangre en las venas del mundo.

Conozco las palabras que alguien como Quint usa para describir a alguien como yo.

Aguafiestas. Estirada. *Mojigata*.

Pero se equivoca.

—Sé divertirme —replico—. Me *divierto*. Y, para tu información, tengo amigos a los que les gusta salir conmigo, gente que disfruta legítimamente de mi compañía. Puede que no surfee o... o que no juegue a ver quién bebe más cerveza o lo que sea...

—Espera, espera, espera —dice Quint—. No estaba diciendo... Olvídalo, ¿vale? Vamos a olvidar que he dicho algo.

Inhalo bruscamente a través de mis fosas nasales. Mi corazón late con fuerza, pero obligo a mi ira a retroceder allá de donde viene. Admito que quizá, solo quizá, mi respuesta ha sido ligeramente exagerada. Aunque nunca le daré la satisfacción de saberlo.

—Vale —murmuro—. Está olvidado.

—Genial.

—De acuerdo.

—Bien.

Y..., de repente, las cosas son raras. Incómodas. Como si algo se hubiera quedado sin decir y ninguno de nosotros estuviera dispuesto a expresarlo; algo que, para ser sincera, no tengo ni idea de qué es. Pero se cierne sobre nuestras cabezas, desafiándonos a darnos cuenta.

—¡De acuerdo! —digo de nuevo, tan alto y repentinamente que Quint se sobresalta un poco—. Bueno. Vamos a hablar de estrategias para recaudar fondos, ¿vale? Tengo muchas ideas. Estoy rebosante de ideas. Toma. He hecho una lista, organizada de menor a mayor coste inicial, aunque después en este lado he anotado cuál creo que sería el beneficio potencial. —Doy la vuelta al folio de arriba y se lo ofrezco a Quint. Él lo

examina mientras se come un par de nachos más. Tomo mi bolígrafo y señalo lo primero de la lista: venta de bollería—. Obviamente, una venta de bollería sería increíblemente barata y fácil, pero ¿cuánto dinero podemos aspirar a ganar vendiendo *brownies*?

—No lo sé. A la gente le gustan mucho los *brownies*.

—Cierto. Y también tengo esta página de ideas adicionales, y he pensado que podríamos incluir dulces temáticos. Galletas con forma de delfín... Ese tipo de cosas. Pero, en cualquier caso, creo que podemos hacer cosas mejores que una venta de bollería. —Señalo un par de artículos más de la lista—. Otras opciones económicas son crear una lista de correo y trabajar en nuestro alcance educacional con los colegios locales, y sin duda tenemos que avanzar en redes sociales. El único coste aquí es nuestro tiempo. Por el contrario, en el extremo opuesto, aquí abajo, tenemos cosas como...

—¿Regalos a cambio de donativos? —dice Quint.

—¡Sí! Como en nuestro proyecto. ¿Te acuerdas? Bolsas de tela reutilizables y botellas de agua marcadas con el logotipo del centro. Solo un pequeño incentivo, según la cantidad del donativo. Pero tendríamos que pagar para crear estos artículos y es mejor pedir estas cosas en grandes cantidades para que baje el precio por artículo.

—¿Excursiones?

—¡Exacto! He pensado que, si consiguiéramos que los niños se emocionaran con el centro, llegarían a casa y se lo contarían a sus padres. Podríamos invitar a las clases a venir y ver los animales, observar cómo los alimentamos, quizá hacer unas manualidades divertidas, como esos móviles de tortugas marinas que encontré en Pinterest que están hechos con servilletas de papel y que son supermonos, y después...

—Prudence. Para —me interrumpe. Me detengo—. Antes de que podamos hacer nada de esto, tenemos que decidir el mensaje. El objetivo. Quiero decir, sé por qué montó mi madre el centro y por qué tantos voluntarios invierten su tiempo allí, pero tenemos que conseguir trasladarlo a la gente que nunca ha oído hablar de nosotros, que quizá no tiene ni idea de que estos animales están en peligro. Porque nadie va a darnos dinero si no sabe por qué es importante.

—Pues claro que es importante —digo, más que un poco confusa.

Quint se ríe.

—*Tú* no crees que lo sea.

—Eso no es verdad. Estoy aquí, ¿no?

—Estás aquí porque quieres una nota mejor en ese proyecto.

Me enfado y estoy a punto de discutir cuando Quint levanta ambas manos.

—A ver, intenta seguirme. Rescatamos y rehabilitamos animales marinos. ¿Por qué?

—Porque... —Mi boca se mantiene abierta, pero no sale nada—. Porque... ¿Porque a la gente le parecen monos?

Pone los ojos en blanco.

—A la gente. ¿A ti no?

—No lo sé. No están mal.

—¿Alguna vez has visto una cría de nutria marina?

Pongo los ojos en blanco.

—No, pero estoy segura de que son geniales. A ver, que son animales marinos, no son perritos.

—Ah. Así que eres de perros.

Hago una mueca.

—*Puag*. No.

Quint se *ríe*, echando su silla hacia atrás y balanceándose sobre las patas traseras. Me siento tentada de darle una patada para que se caiga. Sus dientes, me fijo por primera vez, son extrañamente perfectos, como si fuera modelo de dientes en un anuncio de dentífrico.

—Oh, para ya —siseo—. No soy un monstruo. Sé que los cachorritos son adorables y estoy segura de que las crías de nutria también lo son. Pero... me gusta la gente. Me gustan los niños.

Parece sorprendido ante esto.

—¿En serio?

—Bueno, claro. Quiero decir, cuando no son de mi familia. Antes hacía apoyo en lectoescritura en guarderías y era lo mejor.

Me mira fijamente.

—Ajá.

—No me digas *ajá* —digo, señalándole la cara con el dedo—. Hago más cosas que estudiar, ¿sabes?

Ladea la cabeza y puedo ver que esto es nuevo para él. Pero también puedo ver cómo se esfuerza para no decirlo.

—Has dicho que te gustan los niños cuando no son de tu familia. ¿Jude no es tu único hermano?

—Ojalá. Tenemos tres hermanas pequeñas. Lucy tiene trece, Penny nueve y Ellie cuatro.

—Ellie —dice con curiosidad—, ¿diminutivo de Eleanor?

Asiento.

—Vaya. Tus padres se tomaron realmente en serio eso de los Beatles, ¿eh?

Abro los ojos con sorpresa. Lo ha pillado realmente rápido.

—¿Te gustan los Beatles?

—Claro. Prácticamente era lo único que mi padre escuchaba cuando yo era pequeño.

¿Su padre? Esta es la primera vez que oigo hablar del padre de Quint. No recuerdo haber visto una alianza en el dedo de Rosa, pero tampoco la he buscado. Y, teniendo en cuenta su trabajo, es posible que se la haya quitado.

Entonces capto el trasfondo de sus palabras. Era lo único que su padre escuchaba *cuando él era pequeño*.

¿Ya no?

¿Ha fallecido?

La curiosidad me inunda, pero sé que no debo preguntar. En lugar de eso, me encojo de hombros, intentando parecer despreocupada.

—Sí, bueno, me alegro de que mis padres tuvieran niñas, porque no hay muchos nombres masculinos en las canciones de los Beatles. A ver, está Maxwell, que asesinaba a gente con un martillo, y Rocky, que recibe un disparo en una cantina... Hay muy poco entre lo que elegir.

Quint se ríe de nuevo, pero al menos esta vez no parece estar riéndose de mí, lo que es un cambio agradable.

—Me encanta. Siempre quise un hermano o una hermana pequeña.

—Todo el mundo dice eso porque no se imagina la lata que dan.

Se encoge de hombros.

—Creo que yo sería un hermano mayor superguay.

Quiero discutir, mostrarle el par de agujeros por los que hace aguas esa teoría, pero... quizá tenga razón. Quiero decir, Jude es un hermano mayor genial. Tiene mucha más paciencia con nuestras hermanas que yo y está más dispuesto a jugar con ellas o a ayudarlas con los deberes y a quedarse cuidándolas. No es que sea una competición, pero ambos sabemos quién es el mejor hermano mayor.

—¿Tienes hermanos mayores? —le pregunto.

—No. Solo estamos mi madre y yo. —Hace una pausa antes de añadir —: Y, como sé que te mueres por preguntarlo, mi padre está vivo. Se divorciaron cuando yo tenía nueve años.

—Oh —digo, intentando no revelar que sin duda había estado imaginando una enorme tragedia infantil en la que su padre moría de algún modo repentino y horrible. Algo parecido al alivio me inunda, aunque sé que el divorcio también puede ser muy duro para un niño.

—Vive en San Francisco con su nueva esposa —añade—. Paso dos semanas con él cada verano y algunos festivos importantes. No estoy triste. No estoy traumatizado. Todo está bien.

Aprieto los labios. Es tentador burlarse de él por su discurso, que está claro que ha repetido más de una vez en el pasado, pero me resisto. Durante tres segundos completos.

—¿Y cuántos años has pasado en terapia intentando llegar a este punto de total aceptación?

La mirada que me echa es devastadora, pero de un modo bondadoso. Se me ocurre, y es un poco desconcertante, que esta conversación se ha convertido en algo casi... amistoso.

—Qué graciosa —dice—. Bueno, ¿te gusta tu nombre? Siempre me lo he preguntado.

Me encojo de hombros.

—No me disgusta. Ha habido épocas en las que lo odiaba, sobre todo con un mellizo llamado Jude, porque los chistes prácticamente se escriben solos. Prudence la Prudente y su hermano Jude el Delincuente... Lo oí un montón en secundaria.

Quint hace una mueca.

—¿A tus padres no se les ocurrió que los nombres se prestaban a bromas?

—No sé cómo podría haberseles pasado. Pero *Dear Prudence* es una canción preciosa, una de mis favoritas, de hecho. Así que... Bueno. La gente es idiota. Estoy acostumbrada.

—Te pega bastante, ¿no te parece?

Me tenso cuando las palabras me golpean entre las costillas. Entorno la mirada.

—¿Porque soy prudente, una mojigata?

Parece sorprendido.

—No, no es eso... ¿Por qué no dejas de hacer eso?

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor. Sé lo que piensa la gente de mí. Lo pillo. No soy tonta. Me tomo las cosas demasiado en serio, sí, pero tampoco soy una auténtica aguafiestas.

Trago saliva. De repente me parece imposible sostener su mirada. No lo digo en voz alta, pero ese es en realidad uno de mis mayores miedos: que sea cierto que soy una auténtica aguafiestas. Y estos argumentos me suenan a la defensiva incluso en mi propia cabeza, y me doy cuenta de que me estoy mordiendo el interior de la mejilla para evitar decir algo desagradable. *Quizá si alguna vez hubieras aparecido a tiempo en clase podrías haberte tomado cinco segundos para llegar a conocerme, en lugar de solo preguntarme qué te has perdido y copiar mis apuntes.*

—Sé que puedo ser intensa. Sé que no soy... boba o coqueta o lo que sea, pero...

—Vale, ¡para! —Quint se inclina sobre la mesa—. Acabas de poner como un millón de palabras en mi boca que yo no he dicho. Lo siento. No sabía que estaba metiendo el dedo en la llaga.

—No lo has hecho.

—Prudence. —Parece desconcertado—. Hace diez minutos casi me has arrancado la cabeza por sugerir que estabas divirtiéndote mientras cantabas en el karaoke. Vale. Dame solo un segundo. —Saca su teléfono móvil y escribe algo en él—. «*Prudente*. Adjetivo. Que muestra cuidado y actúa pensando en el futuro». —Gira el teléfono para que pueda ver la definición

de diccionarios.com—. Tú te preocupas por las cosas. Sí, te tomas las cosas en serio. Eso no es necesariamente algo malo.

Trago saliva, porque me siento avergonzada y... extrañamente halagada a la vez.

—De todos modos —dice, dejando el teléfono a un lado—, eso es mejor que recibir el nombre de un arisco y viejo capitán de barco.

—¿Capitán de barco?

—Sí. Quint. —Me mira, especulativo—. El capitán Quint.

Niego con la cabeza.

—El cazatiburones de *Tiburón*.

Me encojo de hombros.

—Espera. ¿No has visto *Tiburón*?

—Espera. ¿Tu madre, que se dedica a proteger la fauna marina, te puso el nombre de un cazador de tiburones?

—Yo he preguntado primero.

Le echo una mirada exasperada y después señalo el paseo marítimo.

—No, no he visto *Tiburón*, Vivimos en la playa. Ya me dan miedo los tiburones. ¿Por qué empeorarlo?

Se pasa una mano por el pelo.

—¡Exacto! ¡Vivimos en la playa! ¡Es la mejor película de pueblos costeros de todos los tiempos!

—No, gracias. Estoy bien así.

—Inaceptable. Es un clásico. Tienes que verla.

—No tengo que verla. Mi vida es totalmente satisfactoria tal cual es. — Pongo la palma sobre el montón de papeles—. Además, ¿vamos a volver a esta conversación en algún momento, o solo has quedado conmigo aquí por los nachos?

—Hablando de eso. —Quint señala el plato, del que ha devorado al menos dos tercios—. ¿Vas a invitar tú? Porque, si no, voy a necesitar que me devuelvas esos veinte pavos.

Emito un gemido de irritación, pero Quint empieza a reírse de nuevo.

—Es broma. Yo invito a esta. Me he comido también tus cosas de plátano.

—Qué generoso. Aunque, claro, te los has comido casi todos tú.

Sus ojos destellan.

—Vale. ¿Dónde lo hemos dejado?

Intento recordar nuestra conversación. Hemos hablado de venta de bollería y redes sociales...

Quint chasquea los dedos.

—¿Alguna vez has hecho esnórquel?

Lo miro fijamente. Está claro que, a estas alturas, solo está intentando cabrearme.

—¿Esnórquel?

—Sí. Ya sabes, lo del tubo y las gafas...

—Sé lo que es el esnórquel. Y no, no lo he hecho. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Lo que imaginaba. Vamos. Hoy. ¿Llevas puesto el bañador?

Sus ojos recorren la parte superior de mi vestido... No de un modo raro, pero, aun así, parece darse cuenta de las implicaciones y rápidamente aparta la mirada.

—No, no llevo bañador, y no, no voy a hacer esnórquel. ¿No acabo de contarte que me dan miedo los tiburones?

Resopla.

—¿Sabes cuáles son las probabilidades de que te ataque un tiburón?

—¡Mueren doce personas al año! —le espeto, recordando la estadística del cartel que hay colgado en el centro de recuperación.

—¿De cuántos miles de millones de personas del planeta?

Señalo la playa.

—Sí, pero ¿cuánto se incrementan las probabilidades cuando te metes a nadar en unas aguas en las que *hay tiburones*?

—Prudence, yo te protegeré de los tiburones.

Se me escapa una carcajada.

—Gracias. De hecho, estaba esperando una demostración de machismo.

Levanta las cejas.

—Prefiero llamarlo caballerosidad, pero continúa.

—¿Todo esto es porque te pusieron el nombre de un cazador de tiburones?

—Estás cambiando de tema. Hablo en serio. ¿Vives lejos? Quedamos de nuevo aquí dentro de... ¿una hora?

—¡No! —Estoy casi gritando—. *Arg*. Esto es como Biología otra vez. —Levanto una de las carpetas y la agito, apenas resistiéndome a la tentación de tirársela a la cara—. Tenemos cosas que hacer y tú solo quieres gandulear, ¡y dentro de poco seré yo quien esté haciendo todo el trabajo! Por favor, dime que toda esta tarde no ha sido una colosal pérdida de tiempo.

En respuesta, Quint extiende la mano y me quita la carpeta.

—Por el amor de Dios, Prudence, ¿podrías no discutir conmigo solo *una vez*? ¿Podrías confiar en que quizá mi idea es relevante?

—Tu idea. Ir a hacer esnórquel.

—¡Sí! Si vas a ayudar al centro, tienes que comprender de qué va. Eso significa comprender el agua, a los animales... Y no me refiero solo a las focas y los leones marinos, sino a todos. Todo funciona junto. Tienes que verlo con tus propios ojos.

—Lo he visto con mis propios ojos. ¡En el acuario!

—Prudence. —Extiende la mano libre sobre la mesa y la posa en mi muñeca. Me sobresalto ante el roce inesperado. Sus palmas están sorprendentemente cálidas, y sorprendentemente ásperas por los callos—. Puede que conozcas la parte económica, pero yo conozco el centro. Y, recuerda, esta vez se supone que formamos un equipo.

Trago saliva. Ojalá dejara de echarme eso en cara.

Su mano no abandona la mía en todo el tiempo que estoy considerándolo, e intento que no me ponga nerviosa ni tener en cuenta la minúscula parte de mí que se pregunta cómo sería girar la palma y entrelazar mis dedos con los suyos. Pero eso sería superraro. Incluso más raro que este momento, que se prolonga y se prolonga y...

—Vale —murmullo.

Empieza a sonreír. Él y sus dientes perfectos.

—Pero si me come un tiburón, te juro por la primera edición de mi padre del *Álbum Blanco* que mi cadáver ensangrentado y medio devorado te perseguirá hasta el fin de tus días.



20

Aunque he vivido cerca del océano toda mi vida, nunca he comprendido la obsesión de la gente con el agua. Incluso cuando éramos niños y mis padres nos llevaban a Jude, a Lucy y a mí a la playa, me mojaba los dedos de los pies, chapoteaba un poco y después me pasaba el resto del día recogiendo conchas y construyendo castillos de arena desde la seguridad de mi toalla de playa de *Enredados*. Odiaba cómo se me metía la arena en el bañador, haciendo que me picaran las partes inmencionables. No me gustaba cómo me empujaba el agua, cómo tiraba de mí cuando me adentraba demasiado. No me gustaba que todo el mundo hiciera bromas sobre tiburones, aunque cada año había historias reales sobre ataques de tiburón.

Estoy segura de que la gente (la gente como Quint) cree que me estoy perdiendo algunas de las cosas más maravillosas de vivir aquí. Surf. *Bodyboarding*. Submarinismo. Y, sí, esnórquel. Pero supongo que el agua no es lo mío. No hay nada de malo en ello.

Así que estoy desconcertada mientras me pongo el bañador, todavía prácticamente sin estrenar aunque me lo compré hace más de dos años, para ir a hacer esnórquel con Quint Erickson. Me siento un poco engañada.

Al mirarme en el espejo de mi dormitorio, me asalta una oleada de duda. No pienso demasiado en mi cuerpo en general, y cuando lo hago es con indiferencia. Sé que no parezco una modelo de revista, y me parece bien. Pienso en mis curvas con tibieza. Son blancas y suaves y son mías. Al mirarme, jamás pienso que soy *sexy*, no me veo *voluptuosa*, pero tampoco *gorda* o *asquerosa*, como he oído decir de sí mismas a otras chicas en el vestuario después de la clase de gimnasia.

Sin embargo, de repente me siento cohibida. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en bañador delante de alguno de mis compañeros y solo nado cuando estoy en casa de Ari, que tiene piscina, porque, de nuevo, el océano y yo no tenemos una buena relación. Históricamente hablando.

¿Y ahora voy a hacer esnórquel? ¿Con Quint? Es muy raro.

Mientras recorro con las manos el lateral de mi bañador, me pregunto si *su* opinión sobre las curvas será tan benévola como la mía.

La pregunta me abandona, reemplazada por mortificación, ya que ¿por qué debería importarme? ¿Por qué debería dudar en ponerme un bañador cuando todo esto ha sido idea suya? ¿Qué más da? Es *Quint*.

Me pongo un vestido azul fluido sobre el bañador y las sandalias. Tomo mi labial, por costumbre más que por otra cosa, pero dudo. ¿Es raro pintarse los labios para ir a hacer esnórquel?

Murmurando, lo meto de nuevo en mi bolso y me marcho antes de poder pensármelo dos veces.

Quint está esperando en la playa, justo donde hemos acordado encontramos. Se ha quitado la camiseta, pero veo que lleva una camiseta de surf gris debajo y siento un perturbador aleteo de decepción cuando se me ocurre que no va a estar sin camiseta durante esta excursión.

¿Qué diantres, Prudence?

—Empezaba a pensar que ibas a dejarme plantado —dice.

Le echo una sonrisa avasalladora.

—Me he planteado hacerte esperar una hora y media.

—¿Por qué no lo has hecho? —me pregunta, entregándome el equipo de esnórquel.

—Oh, ya sabes. Valoro las pequeñas cosas, como la puntualidad. Además, otra persona había rescatado ya a todas las nutrias bebé, así que en realidad no tenía nada mejor que hacer.

Se ríe.

—¿Sabes? En realidad, eres bastante graciosa.

Dejo de inspeccionar la máscara y el tubo para fulminarlo con la mirada.

Al darse cuenta de que se acercado demasiado a esa llaga de nuevo, Quint da un paso atrás a la defensiva.

—Que es algo totalmente esperable y que no me sorprende en absoluto.

Sigo frunciendo el ceño, pero lo dejo estar.

—¿Has desinfectado esto?

Se ríe, como si estuviera de broma.

—Me alegro de que hayas venido. Esto va a ser divertido.

No sé si está bromeando o no, pero sé que ha evitado responder a mi pregunta. Quiero insistir. Después de todo, no sé dónde han estado estas cosas. Pero su reacción me hace pensar que es ridículo preocuparse por ello y ya me siento bastante incómoda.

—Me has prometido que sería educativo —le digo—. No hagas que me arrepienta.

—Divertido y educativo —me confirma—. Te enseñaré a usar eso cuando nos metamos en el agua. Sabes nadar, ¿verdad?

—Claro que sé nadar.

—Tenía que preguntar. Te sorprendería descubrir cuánta gente no sabe.

—Sus ojos bajan por mi vestido y siento una pequeña sacudida en la base del estómago. *¿Está fijándose en mí?* Parece a punto de decir algo, pero después se lo piensa mejor y se gira—. Vamos, hay un sitio estupendo un poco más arriba.

Lo sigo en silencio, y nuestras sandalias levantan arena. Hasta que no veo dos toallas pulcramente dobladas sobre una roca no me percato de que he olvidado traer la mía. Quint seguramente se da cuenta también, pero no dice nada mientras se descalza y se dirige al agua.

Me quito las sandalias de los pies y las dejo junto a las toallas. Mi corazón ha empezado a latir erráticamente. Me doy cuenta de que no he

pensado esto bien.

Voy a estar en bañador. En el océano. Con Quint Erickson.

Solos.

¿Por qué empieza esto a parecer una cita?

No es una cita. Está claro. No ha dicho ni hecho nada que implique que esto sea una salida romántica y..., a ver, está bastante claro lo mal que le caigo. Está aquí solo porque prácticamente lo he obligado a ayudarme con nuestro proyecto y, a cambio, tengo que ayudar en el centro.

Y eso es lo mejor, porque yo no estoy interesada en él. No en ese sentido. Ni en ningún otro.

Estoy divagando. Hago un esfuerzo para apagar mi mente.

Quint se adentra en las olas hasta que el agua le llega a las espinillas y después me mira, confuso.

—¿Estás bien? — grita.

—Sí —le respondo. Para dejarlo claro, levanto los pulgares.

—¿A qué estás esperando?

Agarro con fuerza el equipo de esnórquel, como si fuera un arma. El vestido ligero que llevo me parece de repente un escudo. No quiero quitármelo. No quiero estar aquí. No quiero hacer esto.

¿En qué estaba pensando?

Quint camina de nuevo hacia mí, frunciendo el ceño. Parece preocupado de verdad.

—Vale, no debería haber bromeado con los tiburones, pero lo he comprobado y nunca se ha avistado un tiburón en esta extensión de costa. No va a pasar nada.

—No es... —Niego con la cabeza.

Él ladea la suya, pensando en ello.

—¿Te da miedo el agua?

—No —digo, quizá un poco a la defensiva, y después me doy cuenta de que decir *sí* hubiera sido un modo perfecto de escapar de todo esto.

—Prudence, no pasa nada si te da miedo. Pero deberías decir...

—¡No me da miedo!

Levanta las manos, con el equipo de esnórquel colgando aún de sus dedos.

—De acuerdo, de acuerdo. Entonces, ¿qué pasa?

Abro la boca, pero ¿qué puedo decir? ¿Que me da vergüenza quitarme el vestido? ¿Que no quiero que me vea en bañador, cuando prácticamente la mitad del pueblo *vive* en bañador en esta época del año?

—Es que... —Niego otra vez con la cabeza—. Nada. Da igual.

Suelto la máscara y le doy la espalda, porque eso es lo más cerca de la intimidad que voy a estar aquí en la playa. Inhalo profundamente y, antes de disuadirme de ello, antes de que esto se vuelva aún más raro de lo que ya es, me quito el vestido por la cabeza y lo dejo sobre la roca junto a nuestras toallas. Tomo el equipo de esnórquel y se lo paso a Quint sin mirarlo.

No sé si él me está mirando. Si me está *mirando*.

Y no quiero saberlo.

Nunca me había metido en el agua tan rápido.

La arena se mueve bajo mis pies. Las olas me empujan las piernas y las caderas, y pronto la espuma gira alrededor de mi cintura.

—Mantén el tubo fuera del agua —me dice Quint, y me sobresalto. No me había dado cuenta de que estaba tan cerca, y me toma la mano para alejar el equipo del suave oleaje—. Nada como una bocanada de agua salada para estropear la experiencia.

Sonríe y sus ojos atrapan la luz que se refleja en el agua, y no son irnos ojos marrones básicos, aburridos y sosos. Son suntuosos y cautivadores.

Se me seca la boca.

Por Dios santo, ¿qué me está *pasando*? ¿Por qué empiezo a sentirme como... como...?

Como si empezara a colarme por él.

¡Ja! ¡No! Por supuesto que no, Una tormenta de risa muda atraviesa mis pensamientos. Es absurdo.

Es Quint Erickson. No es mi tipo. Es todo lo contrario a mi tipo.

Vale, no estoy totalmente segura de cuál es mi tipo, pero sé que no es él.

—¿Lista? —Quint se pone las gafas y me siento agradecida porque mi histeria interna se ha detenido abruptamente. Debo parecer confusa, porque me quita las gafas y el tubo para la boca—. Así —dice, pasándome la correa sobre la cabeza y estirando la banda hasta que pasa bajo mi coleta. Contengo el aliento hasta que aparta las manos para dejar que me ajuste las

gafas, haciendo que formen un sello alrededor de mis ojos—. Después esta parte va en tu boca... Pero no por encima, sino dentro de los labios, ¿de acuerdo? Ahora lo único que tienes que hacer es mantener este extremo fuera del agua. Y eso es todo.

Sonríe de nuevo antes de deslizar la boquilla entre sus labios, haciéndolos sobresalir. Le da un aspecto ridículo.

Se inclina hacia delante y se lanza al agua para quedarse flotando en la superficie, con el tubo perforando el aire junto a su oreja.

—Espabila, Prudence —susurro, antes de meterme la boquilla en la boca. Es incómodo, el plástico empujando contra mis encías.

De acuerdo. Solo tengo que terminar con esto y continuar con mi día. Quint estará satisfecho, no volverá a gritarme lo de ser un «equipo» y podremos empezar con el trabajo de verdad.

Camino hasta que las olas me llegan hasta el pecho antes de inclinarme y meter la cara en el agua.

Necesito un poco de preparación mental para convencer a mi cuerpo de inhalar, y no dejo de comprobar que el otro extremo del tubo sigue fuera del agua. Pero, después de las primeras inspiraciones, se vuelve más fácil, a pesar de que mi instinto me recuerda que respirar debajo del agua no es natural.

Miro el fondo.

Veo... Me veo a mí.

Mis piernas, pálidas como las de un fantasma y teñidas por la espuma verde del mar.

Mi bañador, de un sólido negro.

Las uñas de mis dedos, pintadas de un rosa llamativo y brillante y cubiertas de arena.

Giro en un círculo, fijándome en un puñado de conchas esparcidas sobre el lecho marino.

Es... bonito. Sereno. Me gusta cómo la luz que se filtra a través del agua proyecta espirales en...

¡Oh, santo kebab en pincho!

Escupo la boquilla y grito, agitando los brazos hacia atrás. Saco la cabeza del agua.

—¡Quint!

Está a al menos diez metros de distancia. Levanta la cabeza y se quita la boquilla.

—¿Sí?

—¡Ven aquí! ¡Rápido!

No hace preguntas; empieza a nadar hacia mí con perfectas brazadas, lo contrario al extraño chapoteo de perrito que yo considero mi especialidad.

—¡Mira, mira, mira! —exclamo, agarrándolo del brazo y señalando. Todavía con las gafas puestas, mete la cabeza en el agua. Yo vuelvo a ponerme la boquilla y me uno a él, aferrándome a su brazo porque, a pesar de estar nerviosa, también estoy un poco asustada.

Él también la ve.

Una tortuga marina, instalada en el fondo del océano. Es *enorme*. Mide como mínimo un metro veinte de ancho, a menos que sea un truco del agua y de la luz. Si sabe que estamos aquí, nos ignora.

Quint me mira a los ojos bajo el agua y compartimos una sonrisa sorprendida. Al menos, yo lo estoy. Su sonrisa parece decir: *Te lo dije*.

Aunque no estoy segura de qué cree que me dijo.

Saca la cabeza del agua. Lo sigo y entonces me doy cuenta de que él no estaba usando la boquilla. Tarda un minuto en recuperar el aliento, pero está sonriendo de oreja a oreja.

—Increíble, ¿verdad?

Escupo la boquilla del esnórquel.

—¿Qué locura es esta? Es que... ¡está justo ahí!

Asiente.

—Las veo por aquí constantemente.

Lo miro con la boca abierta, casi tan perpleja por el avistamiento de la tortuga marina como por el hecho de que para algunos sea algo habitual.

Todavía estoy agarrada a él, como si fuera un salvavidas manteniéndome a flote. Me sorprende que no se haya zafado.

Me lamo la sal de los labios, extendiendo los dedos y vuelvo a bajar los pies a la arena. La corriente nos ha arrastrado y el agua me llega casi al esternón. Somos solo dos cabezas con gafas sonriendo como idiotas.

—Sigue impresionándome —dice Quint—. Cuando miras el agua desde aquí, no te lo imaginarías.

Bajo la mirada, y tiene razón. El agua está clara (al menos, yo siempre he pensado en ella como clara), pero solo puedo ver las vagas y borrosas siluetas de nuestros cuerpos. Nada de la claridad y luminosidad que era tan asombrosa debajo.

Introducimos las cabezas de nuevo. La tortuga marina se ha movido algunos metros, pero sigue ahí, merodeando en el fondo del océano. Veo que Quint se saca algo de un bolsillo de su bañador, como un teléfono, pero más grande, más pesado. Un teléfono con armadura de batalla.

Lo observo mientras bucea, acercándose tanto a la tortuga que me preocupó un poco por él. Nada alrededor algunas veces y me doy cuenta de que está haciendo fotos. La tortuga lo ignora. Empiezo a pensar que Quint va a desmayarse si sigue conteniendo el aliento cuando la tortuga se gira, asombrosamente rápida y elegante, y nada directa hacia mí. Me sorprende y levanto las piernas para evitarla. Pasa por debajo de mí y continúa en su camino hacia las aguas menos profundas.

Quint y yo salimos a la superficie. Él está jadeando, con el pelo pegado a la cara. Tarda un par de segundos en sacar el agua de su tubo de esnórquel, pero sonrío todo el tiempo.

—¿Eso es una cámara? —le pregunto.

—No, es solo un teléfono —responde, levantándolo. Parece un moderno artilugio sacado de una de las películas de ciencia ficción favoritas de Jude—. Mi madre me regaló una funda impermeable por mi cumpleaños, Estoy ahorrando para una lente más amplia que le vaya bien, pero por ahora me sirve. ¿Y bien? ¿Qué te ha parecido tu primer avistamiento de fauna real?

Pienso en ello. Había visto tortugas en el zoológico, pero ver una aquí, tan cerca de mí, ha sido emocionante.

—¿Hay más? —le pregunto.

Quint se ríe.

—Vamos a descubrirlo.

Había esperado que nuestro experimento de esnórquel durara quince, quizá veinte minutos, pero terminamos pasando en el agua más de dos horas. Cuando por fin volvemos a la orilla, tengo los dedos arrugados y un corte en el tobillo que me ha hecho una roca traicionera. Me siento como si acabara de viajar a un planeta alienígena y hubiera regresado para contarlo.

Quint conocía los mejores lugares a los que ir. Me ha llevado a unos salientes rocosos y me ha señalado los jardines subterráneos de algas y laminarias. Hemos visto tantos peces que me siento mareada intentando recordarlos todos, un caleidoscopio de colores, adentrándose y saliendo de las rocas, nadando alrededor de mis tobillos, destellando como piedras preciosas. Para el gran final, que sospecho que Quint había planeado desde el principio, hemos nadado por la orilla hasta un grupo de rocas grandes que no podían ser vistas desde ninguna playa pública, Las rocas estaban abarrotadas de focas moteadas, chillando y ladrando y vagueando bajo el sol de la tarde.

He vivido aquí toda mi vida. ¿Por qué no sabía que esto estaba aquí, a apenas unos kilómetros de mi casa?

Me olvido de toda mi vergüenza previa mientras caminamos de nuevo hacia la playa. La marea ha bajado y el trayecto a nuestras toallas me parece eterno. La arena se me pega a las plantas de los pies. Quint me mira de vez en cuando, sonriendo, casi cómplice.

—¿Y? —dice mientras me envuelvo en una de las toallas de playa.

—Ha sido... —Busco las palabras. De repente me muero de sed y creo que me he quemado la espalda, pero todo eso palidece frente a la tarde que he pasado.

—Lo sé —dice, ahorrándome tener que encontrar los calificativos adecuados—. Pero aquí viene la pregunta del millón de dólares.

Por cómo lo dice, parece que toda la tarde se ha desarrollado en torno a sus siguientes palabras.

Lo miro, a la defensiva de inmediato. Hay líneas profundas y rojas alrededor de sus ojos, dibujando una silueta perfecta de sus gafas. Yo seguramente tengo el mismo aspecto ridículo. A medida que mi cabello empieza a secarse, se me encrespa alrededor de la cara. Pero, después del día que hemos pasado, nada de eso parece importar.

Quint me echa una mirada intencionada, casi arrogante.

—¿Merece la pena conservarlo?

Me quedo inmóvil.

De repente, tiene sentido.

Porque nadie va a darnos dinero si no sabe por qué es importante.

Lo recuerdo diciendo eso, pero en realidad no lo había entendido hasta ahora. Siento una conexión más fuerte con nuestra pequeña extensión de océano de la que nunca he sentido en mi vida. Los mágicos bancos de peces, las conchas que destellan en el fondo del océano, las tortugas marinas. ¡He nadado con tortugas marinas!

Y, de repente, me importa.

¿Merece la pena conservarlo? ¿Merece la pena protegerlo?

Absolutamente.

—Está claro —murmuro.

Él sonríe. Nos pasamos un rato secándonos las piernas, quitándonos la arena de los pies. Me pongo el vestido con rapidez mientras me da la espalda. Quint toma mi toalla y el equipo de esnórquel, los mete en una bolsa y empezamos a subir por la playa hacia el paseo marítimo.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Me muero de hambre —contesto sin pensar.

—Guay. ¿Podríamos tomar unos tacos mientras repasamos el resto de tus ideas?

Está un par de pasos por delante, con la mirada perdida en el horizonte. Me gustaría verle la cara, porque la vieja incertidumbre ataca de nuevo, tan increíble ahora como lo era antes.

Se supone que esto no es nada romántico. Quiero decir, es imposible.

¿Lo es?

—Yo... Eh... Me he dejado la carpeta en casa.

—¿Está lejos? —dice, al tiempo que se gira para mirarme.

—No —digo, quizá con demasiada lentitud—. Vivimos en Sunset.

—Vale. Iré contigo. ¿O quieres que pille mientras una mesa en alguna parte?

Parece muy relajado, y esa es quizá la única razón por la que me doy cuenta de lo aturullada que me siento.

—En realidad estoy bastante cansada. ¿Podríamos hablar de ello mañana? ¿En el centro?

Si está decepcionado, lo esconde encogiéndose de hombros, totalmente desprovisto de emoción.

—Suenan bien.

Nos detenemos en el paseo marítimo. La playa está más concurrida aquí y hay muchas probabilidades de que veamos a alguien a quien conocemos del instituto, pero si Quint espera que no lo vean conmigo (sin duda *conmigo*, debido a que ambos tenemos el cabello mojado y marcas de gafas), no deja que se le note. Cuando está claro que va a ir en una dirección y yo en la otra, ambos dudamos y nos detenemos, incómodos.

—De acuerdo, bueno. Hasta mañana, entonces. —Empiezo a girarme.

—Oye, ¿podría oír cómo lo dices? —me pregunta. Miro sobre mi hombro. Hay un destello en sus ojos—. Solo una vez.

—¿Cómo digo qué?

—Solo quiero que admitas que esto —señala el océano— no ha sido una pérdida de tiempo. Que de verdad he tenido una buena idea. —Se golpea el pecho.

Me cruzo de brazos y digo, con voz robótica:

—Esto no ha sido una pérdida de tiempo. Has tenido una buena idea.

—Y te alegras de haber venido.

Suspiro y abandono el tono robótico. Con sinceridad, confieso:

—Y me alegro de haber venido.

—Y nunca volverás a dudar de mí ni a discutir conmigo.

Le señalo la nariz con el dedo.

—No te pases.

Me muestra los dientes en una sonrisa rápida.

—Tenía que intentarlo. Oye, casi lo olvido. Tengo algo para ti.

Empieza a buscar en la bolsa, apartando toallas húmedas y gafas. Saca una camiseta amarilla, con el logo impreso del Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach.

La acepto, sorprendida, sin estar segura de si debería sentirme halagada por recibirla o molesta porque no me la dio el primer día. Después de un segundo de inspección, le digo:

—No creo que el amarillo me siente bien.

—No creo que el amarillo le siente bien a nadie, pero era la opción más barata en la imprenta. —Todavía sonriendo, añade—: Además, te subestimas. Te veré el lunes, Prudence.

Sonrío y le digo adiós con la mano.

A pesar de que estas camisetas de voluntario son realmente feas, acuno esa cosa tan tonta contra mi pecho durante todo el camino a casa.



Estoy a tope, delineando una nueva sección para nuestro proyecto de Biología revisado: ¡clases educativas de esnórquel para turistas! Los visitantes podrían ir a hacer esnórquel con un profesional entrenado que les dijera qué peces y animales están viendo y que les explicara el delicado equilibrio de nuestros ecosistemas acuáticos.

Un chirrido de violín invade mis oídos. Grito, sorprendida, y me cubro las orejas con ambas manos.

—¡Penny! —chillo a la habitación contigua.

—¡Lo siento! —responde, aunque su disculpa se ve seguida de inmediato por otro chirrido de cuerda.

Suspirando, me levanto y cierro la puerta de mi cuarto. Regreso a mi cama y me pongo el portátil de nuevo en el regazo, haciendo todo lo posible por ignorar los dolorosos sonidos del dormitorio de al lado. ¿Por qué diantres siguen pagándole mis padres las clases? Está claro que no le están sirviendo para nada y estoy segura de que tienen cosas mejores en las que gastar sus fondos limitados.

De acuerdo. ¿Por dónde iba?

El guía hablaría de cosas como... Vale. La cadena de alimentación natural y la importancia de la biodiversidad. Que los depredadores, como las nutrias, ayudan a mantener a la población de erizos bajo control, lo que evita que los erizos marinos acaben con la laminaria, que proporciona comida y cobijo a tantas otras especies. Hay factores medioambientales más importantes que...

La puerta de mi dormitorio se abre, admitiendo no solo los estridentes chillidos del violín de Penny, sino también a Eleanor, vestida con su pijama favorito de llamas.

—Ellie, ¿tienes que llamar antes!

—¿Vienes a jugar conmigo?

—No. Estoy ocupada. Cierra la puerta.

Hace una mueca y su labio inferior sobresale en un mohín.

—Pero nadie juega conmigo. Penny está practicando con su violín y Lucy está al teléfono y mamá está viendo ese tonto programa de repostería otra vez.

—Nada de eso es problema mío. Ve a hablar con Jude.

—Ha ido con papá a por la cena.

Gruño y me levanto de la cama. La cara de Ellie se ilumina, pero se desanima tan pronto como la agarro por el hombro y la conduzco de nuevo hacia la puerta.

—La autonomía es una habilidad importante que tienes que empezar a desarrollar.

Emite un sonido frustrado y da un pisotón.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te vayas a jugar con tus muñecas.

—¿Jude siempre dice que sí, y tú siempre dices que no!

—Bueno, supongo que Jude es mejor persona que yo.

Cierro la puerta. Ella grita desde el otro lado:

—¡Sí, lo es!

Muevo las manos como si la estrangulara y después las levanto en el aire. Pienso en pegar un letrero de No MOLESTAR en la puerta, pero... qué más da. Ella todavía no sabe leer.

Regreso al informe y examino el último párrafo. No está mal. Vamos avanzando.

Recuerdo vagamente que el señor Chavez dijo algo sobre que las plantas marinas como la laminaria y las algas son más eficaces limpiando la polución del aire que todos los bosques pluviales del mundo. Pero no recuerdo los detalles ni cómo funciona.

Me meto en internet y empiezo a escribir los términos de la búsqueda.

Pasos furiosos resuenan por el pasillo y después Lucy grita desde el otro lado de mi puerta.

—¡MAMÁ! ¿Puedes decirle a Ellie que se vaya abajo? ¡Intento tener una conversación y no deja de molestarme!

—¡Estoy doblando ropa y viendo mi programa! —le responde mamá—. ¡Deja que juegue con tu maquillaje o algo así!

—¿Qué? ¡No! ¡Lo destrozará!

Me tumbo y me pongo una almohada sobre la cabeza.

Quint se equivoca. Las hermanas son lo peor. Mi vida sería infinitamente mejor si solo estuviéramos Jude y yo.

Al otro lado de mi puerta, el violín continúa chirriando. Lucy sigue gritando. Ellie ha empezado a llorar, una de sus rabieta falsas que me ponen los nervios de punta.

Me tiemblan los dedos. Podría castigarlas a todas ellas. Por ser tan maleducadas, tan desconsideradas, tan *ruidosas*.

Pero justo antes de que mis dedos se cierren en un puño, me detengo y me obligo a extender la mano. ¿Y si, al intentar castigar a toda mi familia por su barbarie, el universo decide quemar nuestra casa o algo así?

Gruñendo, me levanto de la cama para buscar mis auriculares con cancelación de ruido. Busco en mi escritorio, en mis cajones, en mi mochila. No están en ninguno de los sitios donde normalmente los dejo.

Resoplo, sabiendo quién los tiene exactamente.

El pasillo está desierto. Cierro la puerta del dormitorio compartido de Penny y Lucy justo cuando otro chirrido escapa del violín. Paso por delante del baño, donde Eleanor está sentada en la alfombrilla de la bañera, hurgando en *mi* bolsa de maquillaje.

—No —digo, quitándosela.

Ella chilla.

—¡Lucy me ha dicho que podía!

Extiendo la mano sobre su cabeza para alcanzar el kit de maquillaje de Lucy y se lo entrego. Sonríe. Con la excepción de mis llamativos labiales, el maquillaje de Lucy, con su purpurina y su rizador de pestañas, es muy preferible al mío e incluso al de mamá. Al menos, según la niña de cuatro años de la familia.

Como su dormitorio se ha convertido en una sala de tortura, Lucy se ha instalado en el cuarto de nuestros padres. Abro la puerta y la encuentro despatarrada sobre la cama con el teléfono móvil en la oreja.

—¿Dónde están mis auriculares?

—Espera —dice al teléfono antes de sostenerlo contra su pecho. Me echa una mirada de odio—. ¿Qué?

—Mis auriculares. ¿Dónde están?

—¿Cómo voy a saberlo? Vete.

—Este no es tu dormitorio.

—A mamá no le importa.

La ira hierve bajo mi piel. ¿Tanto le cuesta responder a una pregunta sencilla?

—Lucy, siempre te los llevas sin permiso. ¿Dónde están?

—¡No lo sé! —grita—. ¡Mira en mi mochila!

Giro sobre mis talones. Apenas he regresado al pasillo cuando oigo a Lucy quejándose a su amiga: «En serio, mis hermanas son muy pesadas».

Y sí, quizá es hipócrita, dado que acabo de quejarme de esto mismo solo hace un par de minutos, pero al menos yo he tenido la decencia de guardarme mis pensamientos para mí. Como sea, he llegado al límite de mi buena voluntad.

Me detengo al otro lado de la puerta y cierro el puño.

—¿Hola? ¿Jamie? ¿Hola? —dice Lucy, alzando la voz. Después deja escapar un gruñido exasperado—. Genial. Ahora me quedo sin batería. ¡Gracias, familia!

Vuelvo a asomar la cabeza en la habitación con una sonrisa serena.

—Eso significa que tienes tiempo para buscar mis auriculares. Los encuentra en su mochila y me los entrega con una mirada glacial.

Acabo de volver a mi dormitorio y me he acomodado en la cama cuando oigo abrirse la puerta delantera.

—¡Ya estamos aquí! —grita papá—. ¡Cargaditos de regalos de comida!

Mamá replica con su propio grito, como si papá necesitara una traductora.

—¡Niñas, hora de cenar!

Ellie chilla y corre escaleras abajo, lo que debe significar que papá y Jude han ido a por algo bueno, porque normalmente todo son quejas cuando la llaman a cenar. Penny, Lucy y yo la seguimos con menos entusiasmo. Lucy todavía tiene el ceño fruncido.

Penny parece ignorar que se ha producido algún conflicto.

—¡Oh, Blue's Burgers! —exclama cuando llegamos a la cocina—. ¡Sí!

Mamá y papá están ante la encimera, reuniendo servilletas y sirviendo bebidas. Jude está sacando cestas de patatas fritas y hamburguesas con queso de una colección de bolsas blancas de papel y colocándolas en la mesa.

—Vaya, Ellie —dice, con su habitual y genuina sonrisa—. Pareces una estrella de cine.

Ella sonrío, con rastros de brillante sombra púrpura alrededor de sus ojos y mejillas. En realidad, parece que acaba de pelearse en un bar con un hada madrina, pero está tan satisfecha consigo misma que no me decido a decirlo.

—Pensé que debíamos apoyar a uno de los cimientos de nuestra comunidad —dice papá, sentándose y tomando una de las hamburguesas que le ofrece Jude—. Están teniendo un montón de mala prensa últimamente, con todos los carteles que han vandalizado.

Levanto las cejas mientras tomo asiento.

—¿Más de uno?

Papá asiente.

—Cinco o seis, creo. Alguien escribió «Mentira» en un puñado de ellos y les dibujó caritas tristes a las vacas. Supongo que es por los rumores de que Blue's compra su carne a una de esas horribles fábricas donde las vacas están apiñadas y son alimentadas con bazofia. Lo único que sé es que Blue's Burgers lleva aquí desde los sesenta, y que sus hamburguesas son tan

deliciosas ahora como cuando era niño. No sé por qué iría alguien a por ellos, de entre todos los sitios que hay. Para un pequeño negocio familiar, ya es suficientemente difícil mantenerse sin que la gente intente destruirlo.

—No lo entiendo, ¿qué le pasa a la gente? —pregunta mamá mientras reparte servilletas de papel.

Desenvuelvo mi hamburguesa, a rebosar de tomate y pepinillos y de la salsa secreta de Blue's. Ya tengo la boca hecha agua, pero algo me hace detenerme. Pienso en lo que ha dicho Quint, que Morgan había creado una petición para que el Gobierno inspeccionara una granja industrial, algo sobre trato inhumano a los animales. Pero eso no puede tener nada que ver con Blue's Burgers. Su ganado se alimenta con pienso orgánico y hierba... o algo así. No lo sé, lo que sea que dicen sus anuncios.

¿No?

Y, aunque no lo haga, ¿de verdad me importa? No soy vegetariana. Ni siquiera me he planteado ser algo más que una omnívora satisfecha. Supongo que los humanos están en la cima de la cadena alimentaria por una razón. Y no es que mis padres puedan permitirse la carne más cara de la carnicería, así que seguramente gran parte de la carne que he consumido estos años ha salido de esas granjas que alimentan a sus vacas con bazofia, como papá ha sugerido tan concisamente.

Esta no es una causa que signifique algo para mí. Solo son vacas.

Solo son comida.

Pero Morgan... A pesar de lo que yo siento, está claro que esta causa significa algo para *ella*. Tanto que estuvo dispuesta a trepar por una desvencijada escalera para hablarle a la gente de ello.

Una decisión cuyo precio ha pagado.

—¿Va todo bien, Pru? —me pregunta mamá.

Parpadeo. Sonrío.

—Sí, sí. —Intento alejar los pensamientos de mi cabeza. Mi familia me está mirando. Me aclaro la garganta—. Solo estaba pensando en..., uhm..., ese proyecto en el que he estado trabajando. ¿Sabíais que el papel de las nutrias marinas es vital en el equilibrio de los bosques de laminarias?

—¿Qué es un bosque de laminarias? —me pregunta Penny.

Suspiro.

—Un bosque. De laminarias. Debajo del agua.

Ellie abre los ojos de par en par.

—¿Hay bosques debajo del agua?

—Sí, más o menos —digo.

Mamá moja una patata frita en su kétchup.

—¿Has aprendido todo eso en tu nuevo trabajo de voluntaria?

—Uhm. Sí —le contesto, porque no voy a contarles que he pasado la tarde haciendo esnórquel con Quint Erickson. Jude ya me está mirando con recelo.

—Debo decir que me ha entristecido mucho que decidieras no venir a trabajar a la tienda de discos —me dice papá—. Pero parece que las cosas en el centro de recuperación van bien por ahora.

Me encojo de hombros.

—No ha estado mal.

—Y Ari es genial, ¿verdad? —dice mamá—. No he oído más que cosas buenas de ella.

—Oh, sí. ¡Menuda es! —exclama papá, recuperando un pepinillo que se ha caído de su hamburguesa—. ¡Creo que sabe de música más que yo! Y, por supuesto, me alegro de tener a Jude allí.

Jude sonríe, pero tiene la boca llena y no dice nada.

—Eso me recuerda —digo, soltando la hamburguesa que todavía no he tocado y limpiándome las manos con una servilleta—. Le dije a Ari que le daría mi viejo teclado. No os importa, ¿verdad?

Mamá y papá dejan de masticar e intercambian una mirada.

—¿Qué? —les pregunto—. No lo estamos usando. Ninguno sabemos tocarlo.

—Quizá Ellie quiera aprender —sugiere Lucy, una propuesta que parece pensada solo para boicotearme. La miro con el ceño fruncido, y después a Ellie.

—Ellie, ¿quieres aprender a tocar el piano?

Eleanor hace un mohín de profunda concentración. Da un sorbo a su leche, todavía pensando. Cuando suelta el vaso, responde por fin:

—Quiero tocar la batería.

—¡Buena elección! —exclama papá, en éxtasis, mientras que los demás hacemos una mueca. Eso es lo único que nos falta para acompañar los ensayos de Penny con el violín.

—Como sea —continúo—, si Ellie u otra persona decide que lo quiere, estoy segura de que Ari me lo devolverá. Pero, por ahora, os garantizo que ella le sacará más partido que nosotros.

—Esa es la cuestión —dice mamá, limpiándose la boca con la servilleta—. Nos habría encantado que lo tuviera Ari, si lo hubiéramos sabido, pero... Bueno. Ya no tenemos el teclado.

La miro, parpadeando.

—¿Qué?

Aparto mi silla de la mesa.

Ellie, a la que hay que reñir constantemente para que no se levante de la mesa durante la cena, de inmediato me señala y grita:

—¡No te levantes de la mesa!

La ignoro y camino hacia la sala de estar.

Efectivamente, el teclado ha desaparecido. Ha dejado un hueco vacío entre el caos donde solía estar.

Regreso.

—¿Dónde está?

—Lo hemos vendido —dice mamá, levantando las manos en algo parecido a una disculpa, aunque no demasiado convincente—. Tú no lo usabas. Creí que ni siquiera te darías cuenta.

Y tiene razón. No me habría dado cuenta si no hubiera pensado en dárselo a Ari.

Me derrumbo de nuevo en mi asiento.

—Podrías haber preguntado.

—Y tú podrías haber practicado más cuando estabas recibiendo clases —dice papá, aunque no estoy segura de que ese argumento sea relevante en la conversación.

—Espero que Ari encuentre un buen teclado —dice mamá—. Es una chica muy dulce, y apreciamos mucho su ayuda en la tienda.

Entorno los ojos.

—Vais a pagarle, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —replica papá. Parece ofendido, pero tenía que preguntarlo. Estoy bastante segura de que Ari trabajaría gratis, pero no voy a decírselo a mis padres. Ella se merece que le paguen por su tiempo.

—¿Y cómo va la tienda? —les pregunta Lucy—. Económicamente, quiero decir.

El comentario me sorprende por su brusquedad. Todos notamos que la pregunta nos envía de inmediato sobre una fina capa de hielo. Tengo que admitirlo: admiro a Lucy por ser la que ha sacado el tema, cuando incluso Jude y yo preferimos seguir fingiendo que todo va bien.

De nuevo, mamá y papá se miran. Incluso Penny parece tensa. Solo Ellie ignora la situación, demasiado ocupada intentando construir una torre de patatas fritas sobre la mesa.

—Bien —le contesta papá—. Lento. Pero es así siempre en esta época del año. Pronto llegarán los turistas y la cosa mejorará.

Lo dice con confianza, pero ¿qué otra cosa va a decir? ¿Que la tienda de discos está condenada y deberíamos entrar en pánico?

Entonces mamá sonríe y cambia de tema, preguntándole a Lucy cómo le ha ido el entrenamiento de *sóftbol*.

Agarro mi hamburguesa de nuevo y le doy un bocado. Estoy segura de que está deliciosa, como siempre, pero por alguna razón no consigo saborearla.



—**A**rgh. No puedo decirlo. Otra vez no. Por favor, no me obligues.

Quint se apoya contra el muro bajo. Puedo sentir su sonrisa arrogante, cómo me mira, pero solo tengo ojos para la criatura del pequeño compartimento.

—Venga, Prudence. Puedes hacerlo. Vamos, empezaré yo. Repite conmigo. «Quint, tenías...».

Me cubro los ojos con las manos y niego violentamente con la cabeza. Pero no aguanto mucho. Tengo que abrir los ojos. Tengo que mirar.

Oh, cielos. Esa carita peluda, la nerviosa nariz, las dulces patitas curvadas sobre su barriguita mientras rueda por el suelo...

Gruño y sé que voy a ceder.

—Vale. Quint. Tú tenías... —Hago una mueca, conteniendo la palabra tanto como puedo—. Razón.

Eleva un puño, victorioso, doblando el codo.

—Las nutrias marinas son tremendamente *adorables*. ¡Pero hiciste trampa! Dijiste que no era un bebé.

—No es un bebé. Tiene como..., no sé, nuestra edad, seguramente, pero en años de nutria. Sus crías no son superpequeñas, pero son más pequeñas

que esta. —Se acerca a mí con complicidad—. Hace un par de años nos ocupamos de una nutria embarazada y dio a luz. La cría era del tamaño de una pelota de baloncesto. Una pelota de baloncesto peluda y extraordinariamente mona.

—Para.

—Tuve que darle el biberón un par de veces.

—Te odio.

—Lo sé.

Le echo una mirada. Está observando a la nutria, pero hay una sonrisa tirando de sus labios.

Trago saliva y aparto la vista. Estudio a la pequeña nutria mientras gira sobre su vientre y se acurruca sobre una toalla azul que han dejado en la esquina para ella. Sus heridas son casi imperceptibles: algunas laceraciones en el lomo y el costado, un corte en la pata trasera. Ni siquiera las habría visto si Quint no me las hubiera señalado.

—¿Va a ponerse bien?

—Oh, sí, estará en el patio pronto, y después de vuelta al mar.

Al final nos alejamos de nuestro nuevo paciente. Tenemos el segundo turno, y el momento de preparar la comida se pasa mucho más rápido que antes. Quint y yo pasamos poco más de una hora limpiando la cocina y lavando los platos y después organizando el pedido de pescado para la preparación de la comida de mañana.

—Bueno, ¿y qué hace Jude mientras tú estás aquí trabajando como una esclava? —me pregunta Quint mientras seco un montón de frascos y los ordeno en uno de los armarios.

—Este verano está trabajando en la tienda de discos.

Quint me mira, sorprendido.

—¿En Ventures?

—Sí.

—¿En serio? Parece un sitio un poco... bohemio. Para Jude.

Me río, en parte porque la idea de que la tienda de mis padres sea «bohemia» me parece ligeramente hilarante.

—Oh, sí, Jude no encaja allí para nada. Pero nuestros padres son los dueños de la tienda. ¿No lo sabías?

Me mira, sorprendido.

—No. Qué guay. Han pasado años desde la última vez que entré.

—Tú y el noventa y ocho por ciento de la población del pueblo. — Suspiro, pensando en el optimismo inquebrantable de mi padre, en su certeza de que el negocio comenzará a mejorar ahora que casi estamos en temporada turística. Pero empiezo a ver algunas grietas en su fría fachada —. ¿Sabes que en la última década se ha producido un resurgimiento del interés por los discos de vinilo? De repente son guais de nuevo y los puristas disertan durante horas sobre la superior calidad del sonido y su recuperabilidad y cómo la música digital ha —curvo mis dedos dramáticamente— «succionado la vida a la música».

Quint se ríe.

—Pero, por desgracia, el aumento en las ventas de vinilos ha sucedido al mismo tiempo que el mayor y más rápido aumento en los precios de los alquileres de la historia de Fortuna Beach. Mis padres no hablan de estas cosas con nosotros, pero los oigo hablar entre ellos a veces y sé que están preocupados. La tienda lleva en esa ubicación diecisiete años. Quizá no sea el sitio más popular de la ciudad, pero tienen un negocio decente y es una especie de punto de referencia, ¿no? Pero, si el alquiler sube de nuevo... — Niego con la cabeza y le echo a Quint una mirada pesarosa—. Lo siento. No pretendía divagar.

Él asiente con empatía.

—Es irónico, ¿verdad? Aunque la economía vaya bien, los pequeños siempre tienen problemas.

Suena casi sabio cuando lo dice, y me pregunto si esas son unas palabras que su madre ha dicho en el pasado. Después de todo, una mayor riqueza en la comunidad debería beneficiar a todo el mundo. Pero, si esa riqueza no se distribuye...

Hace que la cabeza me dé vueltas. Me *muero* de ganas de empezar Empresariales en la universidad para que todo esto comience a tener sentido.

—En cualquier caso, mis padres no están totalmente exentos de culpa. Tuvieron la oportunidad de comprar el edificio hace mucho tiempo, pero mi madre se quedó embarazada de nuevo y creyeron que no podrían llegar a fin

de mes. Si hubieran tomado decisiones distintas, ahora mismo serían propietarios de una mina de oro inmobiliaria en lugar de estar agobiados por el pago del mes que viene.

Quint se encoge de hombros.

—Esas decisiones son muy distintas en retrospectiva. Además, querían tener hijos. No tienen la culpa de eso.

Hago una mueca.

—Ya tenían mellizos. ¿De verdad necesitaban tres hijos más?

—Recuerda que soy yo el que te tiene envidia por tener hermanos. No vas a darme ninguna pena.

Dejo la última botella en el armario y cierro la puerta antes de echarle una mirada inquisitiva.

—¿Quieres uno? Te haré un buen precio por Lucy.

—¿Es la pequeña?

—No, esa es Ellie. Lucy tiene trece años.

Se estremece.

—Ay. No creo que mis habilidades de hermano mayor estén listas para una adolescente.

—Nadie lo está nunca. Ya sabes. A menos que esa adolescente sea yo. Soy una hija modelo.

—Me reiría de ti por esa afirmación —dice Quint mientras colgamos nuestros delantales—, pero algo me dice que probablemente sea verdad.

Subimos las escaleras hasta la sala de descanso de personal, que está casi llena con una mesa estrecha y alargada y varias sillas diferentes. Mi mochila cuelga de un clavo en la pared y la descuelgo y saco las mismas carpetas y papeles que llevé conmigo a la reunión de ayer, aunque anoche me quedé dos horas despierta haciendo cambios.

Quint se sienta en una de las sillas. Alguien ha traído una caja de donuts y pasa algunos segundos estudiando sus opciones antes de elegir uno cubierto de azúcar y canela.

—Entonces, cuando hayas terminado aquí, ¿usarás tus conocimientos empresariales para ayudar a tus padres? Podrías crear una campaña comunitaria: ¡Salvemos Vinilos Ventures!

Le entrego a Quint algunos papeles y me siento frente a él.

—No lo sé. A ver... Supongo que podría. Pero es que siempre lo he visto como si fuera su problema y tuvieran que arreglarlo ellos.

—El centro tampoco era problema tuyo.

—Sí, pero... —Me detengo.

—Ah. Vale. Que solo estás aquí para subir nota.

—Eso no es verdad. —Hago una pausa—. Ya no.

Una sonrisa atraviesa su rostro, pero la esconde rápidamente detrás de uno de los folios mientras comienza a leer mis notas. Sigo pensando en la tienda de discos, preguntándome si yo *podría* cambiar las cosas. No trabajando por el sueldo mínimo, sino aplicando el mismo tipo de herramientas que quiero usar para ayudar al centro de recuperación. *Marketing*. Publicidad. Redes sociales. Sé que hay tiendas de discos a las que les va realmente bien, para las que no es un suplicio pagar sus facturas cada mes.

¿Por qué no *podría* ser una de ellas Vinilos Ventures?

—¿Prudence?

Vuelvo a concentrarme en Quint.

—Lo siento. Estaba distraída.

Cada cosa a su tiempo, me digo. Ya he prometido mi verano al Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach. La tienda de mis padres ha llegado hasta aquí; sobrevivirá algunos meses más.

—Esto me suena —dice Quint. Está mirando la lista de ideas para recaudar fondos que hice hace un par de días mientras se termina el dónut.

—Sí, pero no llegamos a discutir ninguna de estas opciones.

—¿Una gala? —dice, leyendo la lista—. ¿Qué os pasa a las chicas con las galas?

—En las galas es donde se consigue que la gente elegante suelte un montón de dinero. Ofreces vino y aperitivos y celebras una subasta, y hay tanta presión social por parecer generoso que la gente rica se vuelve loca sobrepujando a los demás.

Quint se lame el azúcar de las puntas de los dedos.

—¿Y cuánto dinero nos costaría celebrar esta elegante gala?

Pienso en ello.

—¿Cinco, diez mil dólares?

Clava sus ojos en los míos.

—De acuerdo, quizá no una gala. —Tomo la lista duplicada que he preparado para mí y lo tacho—. ¿Qué te parece abrir el centro al público? No sé, un día a la semana en el que la gente pueda venir y ver a los animales. Podríamos hacer que los voluntarios les hablaran sobre los problemas medioambientales y cómo podrían ayudar. Podríamos cobrar entrada... —Me detengo. Quint está negando con la cabeza.

—Antes lo hacíamos —dice, entrelazando las manos tras la cabeza y echándose tanto hacia atrás en la silla que es un auténtico desafío a la gravedad que no se caiga—. Estábamos abiertos al público los sábados y los domingos. Pero se necesitan un montón de voluntarios para que funcione y nuestro personal terminó amargado porque no quedaba tiempo para hacer el trabajo de verdad.

—Conseguiremos más voluntarios.

—¿Cómo?

—Nos anunciaremos.

—¿Con qué dinero?

Levanto las manos.

—Vale, ya entiendo qué está pasando. Esta es una profecía autocumplida. Nadie sabe que el centro de recuperación existe, así que nadie puede apoyarlo. Si nadie lo apoya, el centro no gana dinero. ¡Y si no gana dinero, no podéis celebrar eventos o publicitaros o hacer cosas que informen a la gente de la existencia del centro!

—Exacto. —Quint señala mi cuaderno—. Por suerte, tenemos a Prudence Barnett trabajando en el caso. Tú eres la de las ideas. ¿Cuáles son tus ideas?

—Llevo tres días intentando hablarte sobre ellas, pero vez que lo hago, o me las tiras por tierra o me obligas a practicar algún deporte acuático.

Quint arruga la nariz.

—El esnórquel no es exactamente un deporte.

Suspiro.

—No estás siendo de mucha ayuda.

Me golpeo la boca con el extremo del bolígrafo, mirando todas las ideas de la lista. No le daré la satisfacción de decirlo de *nuevo*, pero Quint podría

tener razón. O, al menos, ha hecho una indicación válida, una con la que he estado batallando desde que la idea de ganar dinero para el centro entró en mi mente por primera vez. Si hubiera dinero disponible, tendríamos muchas más opciones.

Estoy empezando a comprender de verdad el dicho: «El dinero llama al dinero».

Al darme cuenta de que Quint se ha quedado anormalmente callado, levanto la mirada.

Tiene los ojos clavados en... ¿mis labios? ¿Se me ha corrido el labial? Me llevo una mano a la boca en el momento exacto en el que Quint se da cuenta de que estoy mirándolo y de inmediato vuelve a concentrarse en la caja de donuts. Elige otro (relleno de fresa, cubierto de azúcar glas), pero esta vez lo corta por la mitad en lugar de comérselo entero. Da un enorme bocado, todavía sin mirarme. El azúcar en polvo cae sobre su camiseta amarilla.

Todavía con timidez, bajo la mano y agarro el bolígrafo con fuerza.

—Tu... Uhm... Tu madre dijo que habíais recaudado fondos en el pasado. ¿Sabes si tienen registros? Quizá podríamos echarles un vistazo, para ver qué funcionó y qué no lo hizo.

Piensa en ello mientras mastica.

—Shauna seguramente tiene algo que podamos mirar —me dice—. Por lo que recuerdo, en las recaudaciones se ganaba dinero, solo que... nunca era suficiente. Y tenemos algunos colaboradores que *se* mantienen en el tiempo, gente que envía un gran cheque cada año. Pero...

—Nunca es suficiente —termino—. ¿Qué hacéis para cultivar esas relaciones?

—¿A qué te refieres?

—No sé, ¿les envía tu madre notas de agradecimiento escritas a mano? ¿Los invita a hacer visitas especiales al centro? ¿Quizá les deja poner nombre a algunos de los animales?

Quint me mira fijamente.

—Pero esa gente ya nos dona dinero.

—Sí, por ahora. Pero esas cosas apenas costarían dinero y evitarían que perdierais una de vuestras fuentes principales de ingresos. Hay un millón de

organizaciones benéficas ahí fuera. Si otra cosa llamara su atención y empezaran a pensar que sus donativos podrían hacer más en otro sitio...

La comprensión llega a los ojos de Quint. Toma un bolígrafo y comienza a escribir algo en una esquina del papel.

—Se lo mencionaré a mamá —me dice—. Pero eso, en realidad, no nos ayudará a recaudar más dinero.

—No, pero es bueno saber qué la gente que se involucra en el centro suele quedarse cerca. Tener colaboradores recurrentes evitará que tengáis que arrancar en la casilla de salida cada año. Así que... ¿cómo conseguimos que la gente done, para empezar, y cómo conseguimos que les importe lo suficiente para que quieran seguir ayudando?

Quint no dice nada. Se termina el donut y se limpia las manos en una servilleta.

—Estoy convencido de que tenemos que trabajar a nivel local —le digo—. Quiero decir, si alguien de Milwaukee quiere salvar a la fauna marina, dará su dinero al World Wildlife Fund o algo así, no va a molestarse en acudir al diminuto Centro de Recuperación de Fortuna Beach. Pero la gente que vive aquí y la que viene de vacaciones... A ellos les importa. O debería. Tenemos que conseguir que el centro forme parte de la comunidad.

Quint arruga la servilleta y la tira en la papelera que hay en la esquina más alejada de la habitación. No dice nada, pero tengo la sensación de que está esperando a que revele alguna estrategia brillante. Lo que, supongo, es lo que le prometí. Pero, aunque tengo montones de ideas, ninguna de ellas me parece suficiente. Ninguna parece tener potencial para proporcionarnos donativos que hagan que el gasto de tiempo y dinero merezca la pena.

Me fijo en una hilera de fotos enmarcadas en la pared detrás de Quint. Las he visto antes, pero no me había tomado el tiempo de mirarlas de verdad. Entorno los ojos, pensando.

Aparto la silla, me levanto y camino hasta ellas. Siento los ojos de Quint sobre mí mientras examino la primera foto. Se me revuelve el estómago, pero me obligo a no apartar la mirada. La imagen muestra a un león marino tumbado en una piscina infantil de plástico, quizá una de las que he visto en el patio, con una manta sobre el lomo. La carne alrededor de su boca está

atravesada con tantos anzuelos que parece que acaba de salir de una convención de *piercings*.

—Es horrible —susurro.

—Es el Capitán Garfio —me cuenta Quint.

Paso a la siguiente foto. En esta aparece un elefante marino en la playa, con sedal enmarañado alrededor de su cuello y una de sus aletas, cortándola tan profundamente que ha dejado una hilera de heridas. Estoy un poco orgullosa de mí misma por saber que este es un macho, aunque en los elefantes marinos es bastante obvio, ya que solo los machos tienen la extraña trompa que les da nombre. En mi opinión, son los animales menos monos que tratamos aquí, y aun así no puedo evitar sentir un tirón en el corazón al ver al pobre bicho sufriendo tanto.

La tercera foto muestra lo que a primera vista parece ser solo un montón de basura en la playa: bolsas de plástico y redes de pesca. Solo al inspeccionarla mejor me doy cuenta de que hay una tortuga marina enredada, casi enterrada, bajo todo ello. Aprieto la mano al mirarla y deseo poder castigar a la persona que tiró su basura al océano o que la dejó en la playa. Pero el universo se queda callado. No siento el suave aleteo en mi estómago, como ocurre cuando la magia funciona. Después de todo, estos animales sufrieron daño hace mucho tiempo. Esa basura podría haber sido tirada semanas, meses... incluso años antes de provocar *esto*.

Entonces tengo una idea. Contengo el aliento y me giro para mirar a Quint. Debe ver algo en mi rostro, porque baja los pies al suelo y se sienta recto, listo para escuchar.

—¡Una limpieza de la playa! —exclamo—. Vamos a organizar una limpieza de la playa.



23

En lugar de abrumado por la repentina inspiración, como yo, Quint parece escéptico.

—¿Quieres que la gente venga a recoger basura?

—¡Sí! ¿Recuerdas? La gente *quiere* ser parte de la solución, pero primero tienes que mostrarles un modo fácil y cómodo de hacerlo.

—Qué generoso por su parte —replica.

—Hablo en serio. —Golpeo a Quint en el hombro y me dejo caer en la silla contigua. Me inclino sobre la mesa, agarro mi cuaderno y tiro de él hacia mí. En la parte superior de una hoja en blanco, escribo: «Limpieza de playa»—. La mayoría de la gente tiene buenas intenciones, pero le falta iniciativa. Si haces que parezca divertido y fácil y te aseguras de que ganen algo, puedes conseguir que cualquiera haga casi cualquier cosa.

Quint extiende los dedos uno a uno para ilustrar sus palabras.

—Primero: esa es una visión realmente pesimista de la humanidad. Segundo: no tenemos nada que ofrecer a la gente porque, otra vez, no hay dinero. Y tercero: ¿cómo se supone que una limpieza de la playa va a generar dinero para el centro, exactamente? Porque... De nuevo el segundo punto.

Lo ignoro. Mi mente está acelerada, corriendo a cien por hora. No dejo de tomar notas mientras se me ocurren ideas y posibilidades. Quint se encorva para leer sobre mi hombro.

—No tenemos que ofrecerles algo con valor *económico* —le explico cuando se desvanece la oleada inicial de inspiración—. Si hacemos que parezca algo importante, algo que todo el mundo va a hacer, la gente vendrá solo por la presión social. Después de todo, nadie quiere ser el único de la comunidad que no aparece para ayudar.

—De nuevo, una visión pesimista de la humanidad.

—Pero hay otros modos de recompensar a la gente. Quizá podríamos conseguir patrocinadores entre las tiendas locales. Como..., no sé, que todo el que llene una bolsa de basura consiga un cucurucho de helado gratis en La Vaca Salada. Cosas así.

Quint asiente y, aunque no lo dice en voz alta, sé que cree que esto realmente tiene potencial.

—Y en cuanto a lo de ganar dinero para el centro, tendremos un tarro para donativos preparado para la gente que quiera donar, pero ese no es el objetivo principal. Esto lo hacemos para llegar a la comunidad. Después de todo, he vivido aquí toda mi vida y, cuando me hablaste del centro, pensé que te lo estabas inventando. Así que ahora mismo tenemos que concentrarnos en hacernos ver. La gente tiene que saber quiénes somos, qué hacemos... Quizá podríamos animarlos a trabajar como voluntarios de vez en cuando. Montaremos una mesa con un formulario de inscripción donde la gente pueda apuntarse a la lista de correo.

—No tenemos lista de correo.

—Oh, pero la tendremos. —Le guiño el ojo. Parece momentáneamente sorprendido, pero vuelvo a concentrarme en mi lista—. No obstante, todo esto servirá de nada si no conseguimos que la gente aparezca. Vamos a tener que ofrecer algo más que helado gratis si queremos que nos cedan algunas valiosas horas de su fin de semana.

—De acuerdo.

Mi entusiasmo se desborda tan rápidamente que tengo que morderme el labio. Quint me echa una mirada curiosa y una parte de mí quiere

mantenerlo en suspense, pero la idea es demasiado buena, demasiado brillante.

Echo la silla hacia atrás para poder mirarlo directamente. Notando que voy a anunciar algo grande, él también gira su cuerpo hacia mí.

—¿Cada cuánto tiempo devolvemos animales al océano?

Piensa en ello y se encoge de hombros.

—Hicimos una liberación hace casi dos semanas. Probablemente estaremos listos para dejar marchar a Pepper y Tyrion dentro de un par de días... —Se detiene. Abre los ojos con sorpresa—. Oh, Dios, Prudence. Eres un genio.

Sonrío de oreja a oreja.

—Anunciaremos que todo el mundo podrá ser testigo de la vuelta al océano de algunos de estos animales adorables. Lo convertiremos en una enorme celebración. La gente hará cola para verlo.

—Tienes razón —dice Quint—. He estado en cientos, de liberaciones desde que era niño, pero nunca me canso.

Me sorprende que me provoque un escalofrío de alegría pensar en estar allí cuando algunos de los animales de abajo vuelvan al agua.

Quint chasquea los dedos.

—El festival.

—¿Qué?

—El Festival de la Libertad del cuatro de julio. Es el sábado de la semana que viene y la playa siempre queda hecha un desastre después, así que deberíamos hacer esto el domingo. Habrá toneladas de basura que limpiar y podríamos venderlo como: «Tenemos estos animales, que están listos para volver al océano, pero no podemos liberarlos con tanta basura por todas partes. Así que trabajaremos juntos para limpiar la playa, y cuando hayamos terminado, celebraremos la gran liberación».

Sonrío.

—Es perfecto. Podríamos anunciarlo durante el festival. Incluso podríamos hacer un juego de palabras con el nombre. Algo como: «Este Día de la Independencia, no solo celebres tu libertad..., celebra la de ellos», con una imagen de los animales que vamos a liberar. Podríamos hacer folletos y carteles y cosas así para colocarlos en el festival.

—Me encanta. —Quint levanta una mano para que se la choque, pero cuando lo hago, cierra los dedos alrededor de los míos y los aprieta. Mi corazón se salta un latido—. Buena lluvia de ideas.

Me río.

—¡Vamos, equipo!

Las comisuras de sus párpados se arrugan y sé que está pensando en todos nuestros fallidos trabajos de laboratorio. Lo sé porque yo también estoy pensando en ellos, preguntándome si es posible que no nos haya dado (a nosotros, como equipo) una oportunidad.

Quint me suelta la mano.

—Puedo diseñar los folletos y los carteles.

Niego con la cabeza.

—No, no pasa nada. Lo haré yo. Y llamaré a algunos negocios locales. Quizá consigamos algunos patrocinadores para la limpieza. Y también hablaré con los organizadores del festival, para ver si tienen espacio para un tenderete más y si quizá podrían hacernos un descuento en el precio, teniendo en cuenta que no tenemos ánimo de lucro. Y, ¡oh! ¡Pediré chapas para dar a los vendedores! Podrían decir algo como: «¡Yo apoyo la fauna de Fortuna Beach! Pregunta cómo puedes hacerlo tú también».

Empiezo a anotar mis ideas en el cuaderno. Vienen tan rápido que, cuando termino de escribirlo todo, me duele la muñeca.

—De acuerdo —dice Quint con lentitud—. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Nada, por ahora, Yo me ocupo. ¿Sabes qué más? Haré algunas pegatinas. Me pregunto si conseguiremos que nos las envíen a tiempo. Pero podríamos ponerlas en todas las papeleras del festival, con pequeñitos y monos...

Prudence.

Lo miro.

—¿Sí?

Extiende las palmas con una pregunta en sus ojos.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Soy totalmente capaz de diseñar folletos y carteles. Y también chapas y pegatinas.

Abro la boca para responder. Dudo. Lo intento de nuevo.

—No pasa nada. Yo lo haré esta noche. Lo pediré todo y después...

—¿Mientras yo hago qué?

Ya no parece contento. Si acaso, empieza a sonar enfadado.

Un poco exasperada, señalo la hilera de ventanas con vistas al patio detrás del edificio, lleno de focas y leones marinos. Sus ladridos se han convertido en ruido blanco, apenas perceptible, pero de vez en cuando algo los pone nerviosos y hace que todos se sumen en un ruidoso barullo.

—Oh. Entonces, ¿yo solo soy la mano de obra?

Frunzo el ceño.

—¿De qué estás hablando? Solo digo...

—Solo dices que no confías en mí.

Abro y cierro la boca.

—Solo dices que tú puedes hacerlo mejor. Sola. Sin mi ayuda.

Estoy atrapada. Sé que estoy atrapada. Sabe que estoy atrapada.

—Bueno... Pero eso no es...

Las patas de su silla rechinan cuando se aparta de la mesa y se pone en pie.

—Sabía que esto era mala idea. Sabía que me arrepentiría.

Lo miro con la boca abierta.

—Quint, para. Es lo que sé hacer: planear, planificar. Soy muy perfeccionista. Me gusta controlarlo todo. ¡Tú lo sabes! Y, en serio, ¿cuál es el problema? ¡Tú no tienes que hacer nada! Ve a ayudar a tu madre o... o lo que sea que hagas. Yo puedo ocuparme de esto. Todos salimos ganando.

—¡No! —Se gira para mirarme—. ¿No lo entiendes? Ese es el problema. ¡Tú eres el problema!

Me quedo sin aire, como si me acabaran de dar una patada en el pecho.

Quint se pasa una mano por el pelo.

—No... No *tú* —rectifica. Deja escapar un sonido gutural, se acerca de nuevo y agarra el respaldo de la silla que ha abandonado—. De acuerdo. Te gusta tener el control. No confías en otros para ayudarte porque temes que lo estropeen. Lo entiendo... Más o menos. Pero no acepté trabajar contigo

este verano solo para repetir de nuevo la clase de Biología. Esto —nos señala a nosotros— no va a funcionar.

¿Esto? ¿A qué se refiere con *esto*?

¿Al proyecto de Biología? ¿A la limpieza de la playa? ¿A nosotros?

—Lo siento —digo lentamente, con un borde afilado en mi voz porque, maldita sea, sigue doliéndome el comentario de *tú eres el problema*—. Pero lo que no comprendo de ti es esto. Hace dos minutos creía que teníamos un plan. Por fin estábamos llegando a alguna parte. Y de repente... ¿Qué? ¿Soy una loca del control y no puedes soportar la idea de trabajar conmigo o...?

—Más o menos. Sí. En realidad, es eso exactamente.

Lo miro boquiabierta, consternada. El calor trepa por mi cuello y cierro la boca. Nos miramos y creo que quizá está intentando que yo ceda primero, pero esto es demasiado absurdo. Me estoy ofreciendo a hacer todo el trabajo, a asegurarme de que todo es perfecto. Así que ¿qué más da que su orgullo salga un poco herido? ¡Queremos lo mejor para el centro, no para él!

Le doy la espalda y empiezo a reunir los papeles, haciendo con ellos un montón ordenado tan rápidamente como puedo.

—Vale. A mí tampoco me emocionaba tener que trabajar contigo otra vez.

—Prudence...

—No. Da igual. Os deseo al centro y a ti *toda* la suerte del mundo.

Quint me quita el montón de papeles de las manos.

—¿Podrías dejar los papeles y escucharme?

—¿Por qué debería? —grito, poniéndome en pie—. ¿Para poder oír más sobre lo difícil que soy? ¿Sobre cuánto odias trabajar conmigo? ¡Últimas noticias, Quint! ¡Los últimos nueve meses tampoco han sido un paseo para mí!

—¡Eso no fue culpa mía! —me grita en respuesta.

—¡Fue totalmente tu culpa! —Hago un sonido enfadado y aprieto los puños con fuerza. Por favor, Universo. Por favor, vierte tu ira sobre él. Por hablarme de este modo. Por hacerme sentir que hay algo malo en mí. Por rechazar mis ideas, mi ayuda, a *mí*—. ¡Si no fueras tan informal e

irresponsable, quizá podría confiar en ti! Pero ¿cómo voy a saber que no lo estropearás? —Doy un pisotón, un poco petulante, pero no me importa—. ¡Saldrá mejor si lo hago sola! —Le quito los papeles de las manos. El borde de uno de ellos me corta un dedo—. ¡Ay!

Lanzo los papeles de nuevo sobre la mesa e inspecciono la herida. Sí, es solo un corte con un papel, pero uno desagradable. Echo una mirada disgustada al techo, al cielo, al universo.

—¿En serio? —grito.

Quint resopla y me da la espalda. Creo que va a marcharse, lo que me enfada todavía más. ¡Se supone que debo ser yo la que se vaya!

Pero no lo hace. En lugar de eso, abre un cajón, busca un instante y después regresa. Trae una caja de tiritas. No me mira mientras la abre, saca una y le quita el papel. Me la ofrece.

Se la arrebato y me envuelvo el dedo. Sigo furiosa. Sé que él también lo está. Nuestras últimas e impulsivas palabras han empezado a disiparse en el silencio, y cuando Quint habla por fin, su tono es tranquilo aunque frustrado.

—Quería ayudarte con nuestros trabajos, pero durante las primeras dos semanas ya estabas convencida de que yo era un compañero de laboratorio inútil. Yo tomaba notas; tú las tomabas mejores. Yo dibujaba un gráfico; tú ibas a casa y hacías un gráfico circular digital. Medí la sal de ese... de ese experimento que hicimos con agua salada. Y de inmediato lo comprobaste. Comprobabas dos y tres veces cada cosa que yo hacía. En cierto momento me quedó claro que nada de lo que hiciera iba a ser suficientemente bueno, así que ¿por qué seguir intentándolo? —Se encoge de hombros, pero no hay despreocupación en el gesto—. Dejé de ayudarte con los trabajos de laboratorio porque tú no querías mi ayuda.

Me quedo callada, sin decir una sola palabra, con la mandíbula apretada. Parece que hay una tormenta eléctrica formándose entre nosotros, preparándose para soltar un relámpago, aunque no sé a cuál de nosotros golpeará.

—Y, sí —continúa—, sé que mi ortografía es un asco y que no soy un gran escritor o lo que sea, pero no soy inútil. Quiero decir, ¿el diseño?

¿Cosas como folletos y carteles? En realidad, se me da bastante bien. Viste nuestro informe, ¿no?

Relajo los hombros, solo un poco, mientras pienso en su informe. Las columnas, los pies de página, las fuentes.

—Sí, pero supuse...

Espera, desafiándome a terminar esa frase.

Trago saliva.

—Supuse que te habías descargado una plantilla gratuita o algo así.

—Claro que es lo que supusiste.

Niega con la cabeza. Suspira profundamente y se derrumba en una silla. No en la que estaba antes; deja esa vacía, como una muralla entre nosotros.

Presiono la tirita, sintiendo el escozor del corte, y tímidamente vuelvo a sentarme en la silla.

—No era una plantilla —me asegura—. No soy un incompetente.

—No he dicho que seas un incompetente.

Me echa una mirada cauta.

—Sí, lo has hecho. Puede que no con palabras, pero es lo que me has estado diciendo todo el año.

Trago saliva. La culpabilidad empieza a arañarme la garganta y me resulta difícil mantenerme enfadada cuando no puedo negar del todo lo que está diciendo. La verdad es que pensaba que era un incompetente. O, al menos, que era incapaz de trabajar a *mi* altura. Y puede que todavía lo piense.

—Mira —le digo, tratando de mantener la calma—, no intento ser difícil. Solo es que, cuando yo hago algo, sé qué estoy haciendo exactamente. No tengo que estresarme por ello, por si se hará como quiero o si será bueno o estará terminado a tiempo. Y sí, sé que mi vida seguramente sería mucho más fácil si pudiera decir: «¿Sabes qué? ¿A quién le importa? Solo son folletos y carteles. No es importante. Que se ocupe otro». Pero *no puedo*. Sencillamente no puedo aceptar... —Me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

Quint lo hace por mí.

—¿Un trabajo cutre?

Hago una mueca.

—Buscaba un modo más agradable de decirlo.

Cierra los ojos, claramente decepcionado.

—Para que conste —añado—, el diseño del informe era realmente bueno. Mejor, seguramente, que si lo hubiera hecho yo.

Me dedica una sonrisa torcida en la que no hay humor.

—Gracias —murmura—. Estoy seguro de que no ha sido fácil para ti admitirlo. —Entonces suspira y me mira de nuevo—. Prudence, no te estoy pidiendo que aceptes un trabajo cutre. Te estoy pidiendo que aceptes que quizá, solo quizá, podría ser mejor que tú en algunas cosas. Como... ¿El tablero que hiciste para la presentación? Definitivamente, debiste dejar que me ocupara de esa parte.

Frunzo el ceño.

—¿Qué tenía de malo el tablero de mi presentación?

Me echa una mirada, como si ni siquiera debiera preguntarlo.

—Para empezar, usaste la fuente Papyrus para los encabezados.

—¿Y qué? ¿Qué tiene de malo la fuente Papyrus?

Finge una arcada.

Me cruzo de brazos, ofendida.

—Ese tablero estaba bien.

—Lo siento, pero yo podría haberlo hecho mejor. Y podríamos haber usado mis fotos, añadirlas al informe. El proyecto entero habría sido mucho mejor si no hubieras insistido en hacerlo todo tú sola. Y, si no te das cuenta de eso... —Niega con la cabeza, eleva las manos, exasperado, y se levanta de la silla de nuevo—. Da igual. Estamos andando en círculo.

—¿Tus fotos? —le pregunto, poniéndome en pie yo también. Miro la pared, las fotos enmarcadas. Aunque esas tres imágenes no estaban en el informe, son parecidas a las que este incluía—. Quint, ¿estas son tuyas?

Se gira hacia la pared, como si necesitara que le recordaran qué hay ahí.

—Creí que lo sabías.

—¿Y también las del informe?

No responde, y no tiene que hacerlo.

Mi mirada viaja por la hilera de fotos pulcramente enmarcadas. Son impresionantes, cargadas de emociones que te golpean directamente las

entrañas. Podrían estar en una exposición en una galería de arte. Sin duda merecen algo mejor que esta sala de descanso de pacotilla, al menos.

—¡Ahí está! ¡Eso es! —exclama Quint, señalándome la cara.

Me sobresalto, sorprendida.

—¿Qué?

—Eso es lo que te estoy pidiendo, solo un poco de valoración. ¿Tan difícil es?

Me río, pero sueno un poco aturdida. Porque... quizá lo estoy. Sin duda estoy impresionada, que es casi igual de raro.

—Quint, son buenas. Muy buenas.

Se encoge de hombros.

—No. A ver, el tema es muy intenso, así que...

—No, es algo más. Hice un curso de una semana de fotografía a principios de secundaria y el profesor siempre estaba hablando de la luz y las sombras y los ángulos y... No sé. No me enteré ni de la mitad. En realidad no tenía buen ojo, ¿sabes? Pero esto...

—*Argh*, diablos. Estás haciendo que me sonroje.

Me giro hacia él y, aunque sonaba como si fuera broma, en realidad parece que estoy haciéndolo sentir incómodo.

—Eres un artista —digo, un poco apabullada.

Él suelta una carcajada.

—Eh... No. Es solo una afición. A ver... No lo sé. He pensado que sería guay ser fotógrafo, quizá, algún día. Me gustaría mucho hacer fotografía submarina. —Agita una mano—. Pero seguramente no ocurrirá nunca.

Levanto la vista lentamente para mirarlo a los ojos. Los ojos de este chico que, según parece, apenas conocía. Nos hemos sentado juntos durante dos semestres enteros y aun así me parece un total desconocido.

Un artista. Un voluntario. El tipo de persona que rescata nutrias marinas en su tiempo libre.

Tiene las manos en los bolsillos y parece casi tímido mientras mira sus propias fotografías. Aunque yo me he quedado sin aliento al verlas, sé que Quint está criticándolas en su mente. Algo me dice que no tiene ni idea de lo buenas que son.

Y la verdad es que yo no podría decir con total certeza si son buenas. No tengo buen ojo. No sé nada sobre luz y sombras, sobre ángulos y perspectiva. Lo único que sé es que, cuando miro estas fotografías, hacen que me inunde una mezcla de emociones. Me hacen *sentir*.

—Lo siento —le digo—. Siento no haber confiado en ti para ayudar con nuestras tareas.

Tarda un segundo, pero, cuando responde, su voz suena ligera, casi jovial. Como el bueno, viejo y despreocupado Quint.

—Te perdono —me dice. Así de fácil—. Pero, primero, ¿puedo grabarte en mi teléfono diciéndolo de nuevo? Para el futuro.

Lo fulmino con la mirada, pero no hay enfado detrás. Vuelvo a mirar las fotografías.

—Podrías venderlas, ¿sabes?

Él se ríe.

—Lo digo en serio. De hecho... —Señalo la imagen de la tortuga marina atrapada en la basura—. Creo que esta es la imagen que deberíamos usar en nuestros carteles para la limpieza de la playa. Aunque... —Me encojo de hombros— tú eres el diseñador, así que supongo que es decisión tuya.



—¡**H**ola! Trabajo en el Centro de Recuperación de Fauna Marina local. Hemos organizado una limpieza de la playa para mañana, justo aquí, y después devolveremos al océano a cuatro focas moteadas. ¡Espero que nos acompañéis!

He dicho alguna versión de este discurso tantas veces que está empezando a perder el significado. Las palabras se mezclan unas con otras. Se enredan en mi boca. Pero sigo sonriendo, sigo moviéndome. Tengo una bolsa llena de folletos azules con los detalles de la limpieza de la playa y..., sí, Quint lo ha clavado. Es decir, lo *hemos* clavado, ya que yo insistí en que me dejara corregirlo antes de imprimir y encontré dos errores tipográficos y uno de ortografía. No obstante, tengo que admitir que el producto terminado es mucho mejor de lo que yo podría haber hecho sola.

Los folletos son atractivos. Sencillos pero efectivos. En el dorso, Quint incluso ha incluido unas breves biografías de las focas que vamos a liberar: dónde y cómo las encontraron, qué les pasaba y notas sobre sus personalidades. Además, hay una fotografía de cada una. Incluso en blanco y negro y ligeramente borrosas, las fotos son fantásticas, y la reacción de la gente parece ser universal: un gemido de sorpresa seguido de un leve *oh*

que se disipa en un suspiro agridulce. Es posible que la reacción no sea original, pero sé que es sincera. La gente se siente conmovida por las historias de estos animales. Espero que eso se traduzca en asistencia y donaciones.

Me detengo a tomar un trago de agua de la botella que llevo en la bolsa. El festival ha comenzado a las nueve de esta mañana, pero los recién llegados siguen abarrotando la playa y continuarán apareciendo hasta la puesta de sol con la promesa de los fuegos artificiales que se lanzarán desde una barcaza en la bahía.

Desde donde estoy puedo ver la hilera de coches que se extiende por la calle Mayor mientras la gente busca desesperadamente un aparcamiento que ya no existe. Los propietarios de hasta tres kilómetros a la redonda están aprovechando para ganar pasta, permitiendo que la gente aparque en su césped por veinte dólares por coche.

Una larga hilera de tiendas se ha instalado a lo largo del acantilado y el paseo marítimo, vendiendo de todo, desde comederos para pájaros hechos a mano hasta paquetes de especias. Me veo inundada por el olor a protector solar y el chisporroteo de las salchichas de alguien que vende perritos calientes en una diminuta parrilla de carbón. Han extendido una cuerda para mantener un camino despejado para la gente que quiere comprar, pero por lo demás, la playa está abarrotada de mantas, toallas, sillas y sombrillas. Nunca la había visto tan concurrida.

Veo a Jude un poco más lejos y él me ve y saluda. Ari está algo alejada, hablando con una mujer que vende pareos y camisetas teñidas. Los he reclutado para que me ayuden a entregar folletos, e incluso Ezra, el mejor amigo de Quint, ha venido para ayudar, aunque afirma que solo lo hace porque el fin de semana del cuatro de julio es cuando aparecen las chicas más guapas del verano. Le he recordado que hoy está representando al centro y que por favor no acose sexualmente a las turistas. Después, los he armado a todos con los folletos azules y les he explicado tantos detalles de la limpieza de mañana como he podido, intentando llenarles la cabeza de frases como *alcance comunitario* y *sensibilización y libertad de nuestra fauna local*. Es decir, hasta que Jude me ha callado con la mirada que ha perfeccionado con los años, la que me hace saber que he pasado de

compartir información útil a lo que él llama «*Pru-splaining*». Que, según él, es casi tan malo como el *mansplaining*.

En general, me siento bien. Aunque Quint y yo hemos tenido menos de dos semanas para organizar todo esto, estoy entusiasmada porque finalmente está ocurriendo. Creo que va a ser un éxito.

Además, tengo al universo de mi lado.

Entrego un par de folletos a una familia grande que ha creado una fortaleza palaciega de toallas y carpas. Son, sin duda, bañistas expertos, pues han pensado en todo y tienen desde un altavoz portátil con *bluetooth* hasta minimesas y un cubo de hielo con una botella de champán rosado, aunque se supone que no se permite el alcohol en la playa. Sin embargo, esta es una regla que a nadie parece importar tanto como para hacerla cumplir. La familia parece entusiasmada, y dicen que les encantará venir a la limpieza.

Mientras me alejo, estoy prácticamente saltando.

Quint llama mi atención, y solo después de verlo me doy cuenta de que una pequeña parte de mí ha estado buscándolo desde..., bueno, desde que lo he perdido de vista por última vez. Tiene una cámara. No un teléfono, sino una cámara de verdad, con un objetivo grande y pequeñas ruedas encima que hacen cosas que no comprendo. No es el tipo de trasto que alguien lleva al colegio (estoy segura de que pesa una tonelada y de que seguramente es muy frágil), y aun así parece raro que nunca lo haya visto con ella. Viéndolo ahora, está claro que está en su elemento, ajustando la cámara con facilidad y confianza. Se agacha para sacar una foto de algo en la arena y quiero saber qué es. Entonces se levanta, mira a su alrededor y toma una fotografía del horizonte. Y de un grupo de niños empujando a un cangrejo. Toma fotos de las sombrillas, de las toallas vacías y las neveras abandonadas, de un surfista de pie con su tabla, mirando las olas.

Quint se detiene y gira casi en un círculo completo, mirando a su alrededor con lo que supongo que es ojo de artista. Quizá buscando ángulos o teniendo en cuenta la luz.

Su atención recae sobre mí.

Me tenso, avergonzada porque me ha pillado mirando, pero sonrío y se lleva la cámara al ojo. Pongo los ojos en blanco, pero le sigo la corriente,

haciendo el signo de la paz y sonriendo a la cámara. Aunque está demasiado lejos para que sea posible, imagino que oigo el chasquido del obturador.

Le saco la lengua.

Sonríe. No puedo oírlo, pero mi memoria me proporciona una carcajada fácil, sin esfuerzo.

—Tienes razón —dice Ari, sorprendiéndome. No la he visto acercarse. Está mirando a Quint con una sonrisa intencionada—. Creí que estabas exagerando, pero no. Es *repugnante*.

—Nunca dije que fuera repugnante —murmuro.

—Estoy segura de que lo hiciste.

—¿Necesitas más folletos? —le pregunto, viendo sus manos vacías.

Toma otro montón de la bolsa de mi cadera y se aleja.

Intento *no* mirar a Quint mientras camino en la otra dirección. Sonriendo. Charlando. Hablándole a la gente del centro y de la liberación de mañana.

Hasta que me fijo en un niño de quizá diez años en el momento exacto en el que pisotea el castillo de arena de su pequeña hermana.

Contengo la respiración. La indignación me abrumba. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, he cerrado la mano en un puño enfadado.

Un segundo después, una pelota de playa golpea al niño en la cabeza. Lo lanza sobre la arena.

Hago una mueca, A ver, no quería que el golpe fuera *tan fuerte*, pero bueno. Me siento especialmente mal por su pobre madre, que ahora tiene a *dos* niños llorando con los que lidiar.

Empiezo a relajar el puño, pero ahora que la oleada de poder cósmico me ha atravesado, es como si mi antena se hubiera recalibrado. Soy consciente de repente de la gente que me rodea y de su comportamiento poco ejemplar.

Un par de segundos más tarde, una chica en edad universitaria se cuela en la cola del puesto de granizados. Poco después de dar el primer bocado, un enjambre de moscas negras aterriza en el cono, atraído por el dulzor del sirope. Cuando intenta ahuyentarlas, asqueada, se le cae la mayor parte del granizado al suelo.

Entonces veo a un hombre de mediana edad aceptando uno de los folletos azules de Jude. Pero, tan pronto como mi hermano le da la espalda, el hombre hace una mueca, arruga el folleto y lo tira por encima de su hombro. Queda atrapado en la brisa y rebota sobre la arena un par de veces antes de detenerse contra la nevera de alguien.

La ira ruge en el interior de mi pecho. ¡Ese folleto anuncia una limpieza de playa, idiota desconsiderado!

Esta vez aprieto ambos puños.

Una niña de pocos años aparece de la nada, andando como un pato hacia el hombre sin nada más que un pañal y un lazo rosa en su cabello. La niña se detiene y mira al hombre con expresión perpleja. Él intenta rodearla y, en ese momento, ella se encorva y vomita sobre su pie.

Lleva chanclas, así que hay un montón de contacto con la piel.

Grita, asqueado. La madre de la niña aparece, disculpándose profusamente..., pero el daño ya está hecho.

Me río y frunzo el ceño al mismo tiempo.

Mientras, Jude sigue sin darse cuenta, caminando entre la multitud, de espaldas a mí y al hombre que ha tirado el folleto al suelo. Con una sonrisa satisfecha, empiezo a caminar hacia el papel arrugado, que se ha alejado de la nevera y está rebotando como una planta rodadora entre las hileras de toallas de playa.

Hay gente reunida por todas partes, pero si alguien ve el papel, nadie se molesta en recogerlo. Es pequeño, sí, pero no puedo evitar sentirme exasperada por su pereza. Tardarían cinco segundos en recogerlo. ¡Hay papeleras cada diez metros en el paseo marítimo!

Corro tras el papel, aunque el viento sigue alejándolo cada vez más de mí. Por fin empiezo a acercarme, cuando un gancho largo aparece de la nada y atenaza el folleto arrugado.

Me detengo y veo a una mujer. Parece tener la edad de mi abuela: alguna cifra entre setenta y cien. Es imposible saberlo. Lleva un detector de metales en la mano izquierda y el gancho en la derecha. Un cinturón cuelga de sus caderas con accesorios para rastrillar la arena y recoger basura, guantes de goma, una pala pequeña, una botella de agua reutilizable y un saco de basura grande.

Me ve y me guiña el ojo.

—He pillado este —dice, depositando el folleto azul arrugado en su saco de basura.

Entonces se gira y empieza a avanzar por la playa, lejos de la multitud y del festival, balanceando meticulosamente su detector de metales de lado a lado. Se detiene de vez en cuando para agarrar otro trozo de basura y meterlo en la bolsa.

Me echo hacia atrás en mis talones, asombrada al darme cuenta de lo inusual e inesperada que es esta visión. Ser testigo de alguien haciendo algo bueno... Y no para conseguir gloria, no por una recompensa, sino solo porque es lo correcto.

Y sí, sé que recoger basura es algo pequeño. Quizá a la mayoría de la gente incluso le parecería intrascendente.

Pero este único acto me hace sentirme animada y alentada, sobre todo cuando parece que últimamente solo he visto desconocidos siendo groseros y desconsiderados.

Se me ocurre una idea.

Me miro las manos y hago un mohín, pensando. Y *si...*

A ver, Quint encontró un billete de veinte dólares cuando intenté castigarlo por llegar tan tarde. Yo no sabía lo de la nutria..., pero el universo sí.

Así que quizá...

Vuelvo a mirar a la mujer. Está recogiendo una lata de cerveza. La vuelca para vaciar los últimos tragos sobre la arena antes de tirarla al saco.

Esta vez, en lugar de apretar la mano en un puño irritado, inhalo profundamente y chasqueo los dedos.

En cuanto lo hago, oigo un pitido.

Está lejos, pero sé que procede del detector de metales de la mujer.

Se detiene y balancea el detector hacia detrás y hacia delante sobre el punto. Pita de nuevo, y otra vez, cuando localiza el lugar exacto donde está escondido el tesoro. Mi corazón late con fuerza, pero ella ni siquiera parece curiosa. Me pregunto cuán a menudo un «tesoro» resulta ser solo un tapón de botella enterrado, una lata de aluminio o una moneda.

Me acerco, mordiéndome el labio inferior. Porque yo lo sé. Sé que no es basura. Sé que no es solo una moneda.

La mujer se agacha y desengancha la pequeña pala de mano de su cinturón. Empieza a cavar.

Tarda más de lo que esperaba. Se mueve con lentitud, removiendo un poco de arena cada vez, escaneando el montón con el detector de vez en cuando para asegurarse de que no ha pasado por alto lo que está enterrado.

Entonces... se queda inmóvil.

Sus dedos buscan en la arena y levanta algo. Es pequeño y brillante y, por un segundo, la decepción me atraviesa. Quizá sea solo una moneda.

Pero entonces destella bajo el sol y contengo la respiración.

Una sonrisa se extiende por mi rostro.

Creo que es un pendiente.

Creo que tiene un diamante.

—¿Alguna vez has buscado metal?

Grito. Literalmente; un *grito* total y completamente exagerado sale de mi boca mientras me giro y golpeo a Quint en el hombro.

—¡Ay! —dice, retrocediendo un paso y frotándose el punto que le he golpeado.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamo, presionándome el pecho con la mano—. ¿Por qué estás tan cerca?

Me mira como si acabara de preguntarle por qué nadan los peces en el mar.

—He venido a ver cómo van las cosas. Lo siento. No pretendía *matarte* de un susto.

Está burlándose de mí, pero mi ritmo cardiaco no se ha calmado todavía y no tengo la fuerza de voluntad para mostrarme molesta. O para reírme.

—¿Has... visto algo? —le pregunto, cohibida de repente. ¿Qué ha debido parecer? Chasqueo los dedos, observando a la buscadora de metal como una acosadora. Y justo después ella encuentra algo tan valioso...

Pero Quint solo parece confuso.

—He visto un puesto de kebab por aquí y me muero de hambre. —Me mira, pero debe sentirse decepcionado porque ni siquiera sonrío—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡Nada! Nada.

Levanta las cejas. Es curioso que sus cejas casi parezcan hablar su propio idioma, y creo que empiezo a entenderlo.

—Dos nada siempre significan algo.

—Oh, ¿ahora eres psicólogo?

Miro sobre mi hombro. La buscadora de metales ha empezado a alejarse, todavía balanceando su detector de un lado a otro con la misma paciencia que antes. Me pregunto si estoy imaginando el brío en su paso.

—¿Y bien? —dice Quint.

—¿Y bien qué?

—¿Has usado un detector de metales alguna vez?

—Oh. No.

Me meto un mechón perdido detrás de la oreja. Estoy atolondrada por la idea de que mi poder funcione en ambas direcciones. Probablemente debería haberme dado cuenta antes, cuando Quint encontró ese dinero, pero entonces estaba demasiado enfadada.

Pero ahora... Oh, cuántas posibilidades. Puedo castigar y puedo recompensar. Tiene todo él sentido. Había estado tan ansiosa por reparar los daños que no había pensado en que el karma fluye en dos direcciones.

Me doy cuenta de que Quint está mirándome y el rubor se extiende por mi cuello. Lo miro, intentando concentrarme, actuar con normalidad.

—¿De qué estábamos hablando?

—Detección de metales —replica.

—Exacto. Sí. No lo sé. Parece que se tarda un montón de tiempo solo para desenterrar un montón de basura.

Se encoge de hombros.

—Tengo un tío que era muy aficionado. Fui con él un par de veces y fue bastante divertido. Nunca sabes qué vas a encontrar. Sobre todo basura, pero una de las veces encontré un reloj. Me dieron cuarenta dólares por él en la casa de empeños.

—Guau. Todo un logro.

—No voy a mentir. Me sentí como si acabara de desenterrar el tesoro de Barbanegra.

—¿Alguna vez has pensado que quizá eres demasiado fácil de complacer?

En sus ojos destella un reto.

—¿Alguna vez has pensado que quizá eres demasiado difícil de complacer?

Pongo los ojos en blanco.

—No me gusta perder el tiempo. Ya lo sabes.

—El tiempo perdido de un hombre es la... —Quint se detiene a pensar cómo terminar este aforismo— afición de otro, supongo.

Sonrío.

—Podrías bordar eso en un cojín.

—Ja, ja. Solo creo que está bien entusiasmarse cuando algo bueno e inesperado aparece en tu camino. Aunque sea solo un reloj. Jolín, aunque sea solo un centavo. Sigue siendo un... buen augurio, ¿no?

Quiero reírme de él, y quizá lo habría hecho en el pasado. Suena a algo que la abuela de Ari, que es muy supersticiosa, podría decir. Los buenos augurios, el lenguaje del universo, el poder de la intuición.

Aunque ahora tengo que creer en estas cosas, ¿no?

Me pregunto qué habrá pensado la buscadora de metales cuando ha encontrado ese pendiente. ¿Cree que no es más que una feliz coincidencia o sabe, a un nivel más profundo, que ha sido una recompensa, un agradecimiento cósmico por ayudar a mantener limpia esta playa?

Niego con la cabeza.

—Normalmente no me molesto en recoger un centavo.

—¿Un centavo de la suerte? ¿En serio?

—Es solo un centavo.

Por un momento parece que esto es lo más triste que ha oído nunca, como si lo hubiera decepcionado tanto que ni siquiera pudiera expresarlo. Pero entonces su semblante se anima.

—Seguramente sea lo mejor. Quizá la persona que pase después de ti realmente necesita encontrar un centavo de la suerte ese día.

—Así que encontrar un centavo es un regalo del universo, pero decidir no recogerlo es como... ¿pasárselo a otra persona?

—¿Quiénes somos nosotros para cuestionar a quién entrega su poder?

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

Desde mi caída en Encanto, es a mí a quien ha entregado su poder. Es una idea emocionante.

—Como sea. —Quint busca en la bolsa de mi costado y saca un montón grande de folletos—. Solo venía a por más de estos. —Usa los dedos para hojearlos, como si fuera un *flipbook*, y después se golpea la palma con ellos. Se detiene, como si pensara decir algo más—. Pero avísame cuando tengas hambre. Esos kebabs olían genial.



25

Observo a Quint mientras se aleja, extrañamente hipnotizada por el modo en el que el sol se refleja en su cabello. Siento mariposas.

Noooooo, aúlla mi mente. ¿Por qué está pasando esto? ¿Cómo puede estar pasando?

Quiero negarlo. Oh, quiero negarlo desesperadamente.

Pero la prueba está justo aquí, en mi pequeño y traidor corazón, que sigue acelerado por su presencia.

Por Dios. Creo que Quint Erickson empieza a gustarme.

Hago una mueca. Ahora mismo estoy muy molesta conmigo misma. ¿Colarme por el vago, irresponsable e inútil de Quint? ¡Es incomprensible!

Pero... ¿cuánto de eso es cierto? Lo he visto trabajando en el centro de recuperación. No es vago. No es irresponsable. Sigue siendo de trato fácil, despreocupado y divertido. Sigue siendo encantador, amigable con todo el mundo. Sigue siendo un bromista.

Pero aun si, por algún extraño giro del destino, resultara que Quint es mi tipo..., sé que es imposible que yo sea el suyo.

¿Alguna vez has pensado que quizá eres demasiado difícil de complacer?

Se me revuelve el estómago. No creo que intentara ser desagradable al decirlo, pero recordar las palabras me duele de todos modos.

Un alboroto en la playa me saca de mis pensamientos. Me giro, entornando los ojos para protegerlos del sol.

Las olas han arrastrado un tronco hasta la orilla y algunos niños han abandonado sus tablas de *bodyboard* para reunirse a su alrededor. Oigo gritar a una madre: «¡No lo toques!». Frunzo el ceño. Mis pies me llevan algunos pasos más cerca. Un par de adultos está hablando, señalando. Alguien mira embobado el tronco, con los ojos brillantes, como si fuera... como si fuera...

Un animal.

Como si fuera un animal adorable, desvalido y asustado que ha sido arrastrado hasta la orilla.

Empiezo a correr. No sé qué creo que voy a hacer, pero las fotografías de Quint reaparecen en mi memoria como un carrete de tragedia y trauma. En las semanas que he pasado trabajando en el centro de recuperación he oído un sinnúmero de historias sobre cómo encuentran a los animales. Algunas de las historias parecen inverosímiles (como la vez en la que una foca apareció por la puerta trasera de un bar y la encontraron repantingada en uno de los reservados a la mañana siguiente), pero la mayor parte de las veces, los animales terminan varados en la playa, como ahora. Si tienen suerte, alguien los ve y llama al centro de recuperación. Pero a veces la gente quiere ayudar. A veces quieren tocarlo.

—¡Apartaos! —chillo, mientras mis talones levantan arena. Mi grito sorprende a todos los que se han reunido alrededor del animal. Es un león marino, ahora puedo verlo. Respiro entrecortadamente, pero mi mente está llena de repente con la imagen de la criatura. Es como en las fotografías de Quint, y ahora conozco la diferencia entre un animal sano y fuerte y uno que está deshidratado y hambriento y probablemente al borde de la muerte. Creo que podría tener algo raro en los ojos. Parecen nublados y hay un líquido denso y amarillento debajo de uno de ellos. Cuando me acerco, está temblando.

—¿Está muerto? —pregunta una niña pequeña, lista para tocarlo con un palo.

Le quito el palo de la mano y ella emite un sonido disgustado, pero la ignoro.

—Soy del Centro de Recuperación de Fauna Marina —digo, señalando el logotipo de mi camiseta amarilla. De inmediato tengo autoridad. Tengo el respeto de todos los presentes. De repente, soy la experta en esta situación y puedo ver alivio en los ojos de algunos padres cuando se dan cuenta de que otra persona ha asumido la responsabilidad.

En ese momento, me quedo paralizada.

¿Qué hago ahora?

Quint, pienso con ansiedad. *Quint sabrá qué hacer.*

Sigo teniendo los brazos extendidos delante del león marino como una protectora... ¿mamá... leona? Cielos, ni siquiera tengo el vocabulario adecuado para esta situación. Después de todo, pasarse el día haciendo puré de tripas de pescado no equivale a adquirir una enciclopedia de conocimiento sobre estos animales.

—No lo toquéis —pido a la multitud mientras busco a *Quint* en la playa. Pero hay demasiada gente. Podría estar en cualquier parte.

—¿Es un macho? —pregunta alguien.

—¿Cómo se sabe? —añade alguien más.

—No lo sé. Pero sé que, aunque no son animales violentos, pueden atacar cuando se asustan. Por favor, retroceded. Dejadle espacio.

Nadie discute.

Veo el puesto de salvamento y recuerdo que parte del entrenamiento de los socorristas consiste en saber cómo lidiar con los animales varados. A veces incluso tienen jaulas en sus almacenes para los animales que hay que llevar a rehabilitación.

—¡Tú! —Señalo con el palo robado a la niña que quería tocar al león marino con él. Retrocede un paso, asustada, con los ojos muy abiertos—. Te quedas al mando. Que todo el mundo se mantenga al menos a tres metros de distancia, ¿de acuerdo?

Su expresión se alegra y después se inunda de una sensación de deber. Es la misma expresión que usa Penny cuando le encargan una tarea importante. La chica asiente, decidida.

Le devuelvo el palo y me dirijo a su madre.

—Voy a ver si ese socorrista puede ayudarnos. ¿Podría llamar al centro de recuperación? Enviarán una furgoneta a recogerlo.

Espero hasta que ha comenzado a marcar el número impreso en la espalda de mi camiseta antes de echar a correr de nuevo. Me pican las piernas y empieza a dolerme el costado, pero pronto estoy en la base de la torreta del socorrista.

Está vacía.

—¿Qué diantres? —gruño. ¿Se les permite abandonar sus puestos? Tardo otro par de segundos en examinar la playa, segundos que parecen horas, antes de ver la característica camiseta de tirantes blanca y los llamativos pantalones cortos rojos. El socorrista está cerca de la orilla, gritando a un par de niños que han nadado más allá de las boyas. Corro hasta él—. ¡Necesito ayuda!

Me mira con asombro y me sorprende reconocerlo del último curso del instituto, aunque no conozco su nombre.

—Hay un león marino en la orilla —digo, señalando—. Hay que llevarlo al centro de recuperación de animales. ¿Tienes una jaula?

Mira sobre mi hombro, pero no podemos ver al animal desde donde estamos. La multitud se ha reunido a su alrededor. De verdad espero que esa niña esté haciendo un buen trabajo manteniendo a todo el mundo a distancia.

Vuelve a mirar para comprobar que los niños han comenzado a nadar de vuelta a la orilla y asiente.

—Ya voy. No dejes que nadie lo toque.

Resoplo y señalo de nuevo el logotipo de mi camiseta.

—No te preocupes. Sé lo que estoy haciendo.

Lo primero que veo cuando regreso junto al león marino es que tiene los ojos cerrados. El miedo me golpea. *¿Está muerto?*

—No he dejado que nadie lo toque —dice la pequeña, todavía agarrando el palo como una guerrera.

—¡Toma! —grita su madre, metiéndome su teléfono móvil bajo la nariz—. Quieren hablar contigo.

Tomo el teléfono. El sudor baja por mi nuca. Me agacho a un par de metros del león marino y me siento aliviada cuando abre los ojos, todavía

nublados. Seguramente es mi imaginación, pero parece que el animal se alegra de verme de nuevo.

—¿Hola? —digo al teléfono con voz tensa.

—¿Prudence? —Es Rosa.

—Sí. Hola. Hay un león marino varado en la playa, justo al norte de...

—Lo sé, lo sé —dice Rosa—. Escucha. Es imposible que un vehículo de recogida pueda llegar hasta ahí. Con el tráfico que hay en el centro ahora mismo, tardaría horas.

Se me congela el corazón. El león marino ha cerrado los ojos de nuevo.

No creo que tengamos horas.

—¿Qué hago? —le pregunto, presa del pánico. De repente, esto parece lo más importante de mi vida. Esta criatura. Este animal desvalido, inocente y herido. Recuerdo a Quint contándome, quizá en mi tercer día en el centro, que no todas las criaturas que encuentran sobreviven. El diez por ciento muere en las primeras veinticuatro horas, demasiado débiles para ser rehabilitadas, hagan lo que hagan.

Pero eso no es una opción. Tengo que salvarlo.

—Si encuentras algo donde transportarlo —dice Rosa—, quizá alguien podría prestarte un vehículo. Sería mucho más fácil que tú sacaras un coche de ahí que llegar hasta ti desde aquí.

Un alboroto atrae mi atención y veo al socorrista avanzando hacia nosotros con una jaula grande en la mano.

—¿Prudence? —dice Rosa.

—De acuerdo —respondo, llena de una feroz y nueva seguridad—. Iremos nosotros.

—Estaremos listos cuando lleguéis.

Cuelgo y lanzo el teléfono de nuevo a la mujer. Ella trastabilla y apenas lo atrapa antes de que caiga a la arena.

—¡Pru! —Quint pasa a través de la multitud, con el rostro enrojecido como si acabara de correr dos kilómetros—. Me han dicho que hay un...

Se detiene en seco cuando su atención recae sobre el león marino. Tarda dos segundos en evaluar la situación y, antes de darme cuenta, ha tomado el mando, robándome mi responsabilidad profesional con algunas órdenes

seguras ladradas a la multitud. *Tú, ¿ves ese cubo de ahí? Ve a llenarlo de agua.*

Sí, agua del océano está bien.

Y necesito algunas toallas húmedas. ¿Me prestas las tuyas? Vamos a traer esa sombrilla hasta aquí, para darle un poco de sombra... Tenemos que evitar tanto calor como sea posible.

Experimento un momento de irritación porque me ha robado mi autoridad, pero lo suaviza una oleada de alivio. Es lo contrario a la clase de Biología, donde yo siempre era la que daba órdenes, diciéndole qué hacer. Es un cambio agradable, sobre todo en esta situación, y..., sinceramente, verlo asumir el mando es bastante interesante.

Trago saliva, aturullada de repente.

—¿Quint? —dice el socorrista.

Quint lo mira y lo reconoce.

—¡Steven! ¡Hola! ¿Qué tal llevas el verano?

—Ocupado —dice Steven.

Los miro, boquiabierta.

—¡Perdonad! —digo, atónita, y señalo al león marino—. Por favor, concentraos.

Quint me echa una mirada que sugiere: *Oye, no puedo evitar ser amigo de literalmente todos los alumnos del instituto.*

—¿Qué podemos hacer?

Levanto la mirada y veo a Ari, Jude y Ezra. Una sonrisa asalta mi rostro. Todos llevan camisetas amarillas a juego, y juntos parecemos un equipo de rescate oficial.

Viendo los montones de folletos azules de sus manos, se me ocurre que no podría haber planeado una publicidad mejor.

—Jude, ayuda a Quint y a..., eh, Steven —digo, quitándole los folletos y dividiéndolos entre Ari y Ezra—. Repartidlos.

Mientras Quint, Jude y el socorrista hacen rodar al león marino hasta una manta para poder meterlo en la jaula, yo me alejo de ellos y miro a la multitud. La gente que nos rodea está sacando fotografías con sus teléfonos, observando con ojos ávidos y preocupados.

Inhalo profundamente. No tengo tiempo para ensayar, pero tampoco tengo tiempo para ponerme nerviosa.

—Chicos, somos del Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach —digo—. Obviamente no sabíamos que este animal iba a quedar varado durante nuestra celebración de hoy, pero este es un ejemplo excelente del tipo de trabajo que hacemos. El centro de recuperación trabaja sin descanso para rescatar animales marinos heridos y varados... Incluyendo leones marinos como este pequeño, pero también elefantes marinos, focas moteadas, lobos marinos, tortugas e incluso nutrias.

—¿Y delfines? —pregunta la niña del palo.

Sonrío.

—Por desgracia, nuestras instalaciones son demasiado pequeñas para ocuparnos de los delfines, pero en otras ocasiones hemos trabajado para rescatar y transportar delfines a un centro más grande cerca de San Francisco.

Abre los ojos como platos.

—*Mola.*

—Alimentamos y rehidratamos a los animales que están bajo nuestros cuidados. Nuestra veterinaria se ocupa de sus heridas. La rehabilitación puede llevar semanas, o incluso meses. Pero nuestro objetivo, con cada uno de nuestros pacientes, es tratarlos hasta que están lo bastante sanos y fuertes para regresar a su hábitat natural. —Señalo las olas que rompen en la orilla con la mano.

Con el león marino asegurado en las mantas, Quint y los demás se preparan para meterlo en la jaula.

—Esperamos que *este* hermoso león marino no se quede con nosotros en el centro durante demasiado tiempo, sino que muy pronto regrese aquí, a su hogar. De hecho, en esta época del año estamos liberando animales rehabilitados de nuevo al océano casi cada semana. ¡Y si queréis formar parte de una de estas liberaciones, os invitamos a todos vosotros a que os unáis a nosotros mañana por la tarde, justo aquí! Hemos organizado una limpieza de la playa para toda la comunidad que empezará a las diez de la mañana y, cuando la playa esté limpia y sea segura para nuestros amigos animales, liberaremos a cuatro focas que han sido dadas de alta

recientemente. Me encantaría veros a todos aquí, ayudando a limpiar nuestra playa, apoyando a nuestra organización y a estas preciosas criaturas.

El león marino me observa desde el interior de la jaula, con los ojos llenos de miedo y confusión. Quint se agacha ante él para sacar algunas fotografías con su cámara antes de que el socorrista cierre la puerta y le ponga el candado.

Para mi sorpresa, la gente aplaude.

Sonrío.

—¡Tomad un folleto si todavía no lo tenéis para descubrir más sobre la limpieza y la liberación de mañana! Y, si no podéis venir, ¡también podéis ayudarnos con donativos! Chicos, estos animales comen un *montón* de pescado, que no es barato.

—Bonito discurso —dice Quint, poniendo una mano sobre la caja. Se pasa una manga sobre la frente húmeda—. ¿Está lejos el vehículo del centro?

Lo miro, parpadeando, y debe ver la horrible verdad atravesándome. Sus ojos se llenan de comprensión.

—No van a enviarlo.

—Tráfico —tartamudeo—. Tu madre ha dicho que sería más fácil que encontráramos un vehículo con el que salir de aquí...

Quint se dirige al socorrista.

—¿Tienes coche?

—No, tío. He venido en bici. —Señala una bici con alforjas encadenada al paseo marítimo.

—Yo tengo la ranchera —dice Ari—. Podría servir.

Me giro hacia ella. Tiene los ojos grandes y brillantes por la preocupación, y de repente siento un tirón casi doloroso en el corazón.

—Gracias, Ari. ¿Dónde has aparcado?

Señala, y puedo ver el vehículo turquesa desde aquí. Ha llegado tan temprano que ha conseguido un aparcamiento de primera, a menos de media manzana de la playa.

—Sácalo —dice el socorrista—. Tendrás que acercarlo marcha atrás. Yo te ayudaré, indicándote. —Asiente en dirección a Quint—. Mantén lejos a la gente, ¿de acuerdo?

Mientras esperamos, me arrodillo junto a la jaula. El león marino ha apoyado la cabeza, con los ojos cerrados de nuevo. Estoy aterrada. El miedo que corre por mis venas es palpable.

—Estamos haciendo todo lo posible —susurro—. Por favor, no te mueras, ¿vale?

Si me oye, no muestra indicios de ello.

Alguien me pasa una mano entre los omóplatos. Es Quint, que se agacha a mi lado y parece tan preocupado como yo. Me pregunto cuántas veces ha pasado por esto. Cuántos rescates ha visto. Me pregunto a cuántos ha visto morir después de esforzarse tanto por salvarlos.

No creo que yo pudiera soportarlo.

—Los he visto peores —dice, apartando la mano y recorriendo sin pensar la correa de su cámara—. Creo que se pondrá bien. —Desliza su mirada sobre mí—. Tendrás que ponerle nombre, ¿sabes?

Mi corazón late con fuerza ante la idea. Ya me siento responsable de esta criatura, aunque no han pasado más de veinte minutos desde la primera vez que la he visto. Ponerle nombre me parece un privilegio para el que no estoy preparada.

—Todavía no —susurro—. Primero tengo que saber si va a ponerse bien.

Asiente, y sé que lo comprende.

—¿Sabes si es macho o hembra?

Niega con la cabeza.

—Cuando son tan jóvenes, no. Cuando crecen, al macho le sale una cresta en la cabeza que las hembras no tienen. Además, son más grandes y la piel suele ser más oscura. Pero es demasiado pronto para saberlo en este. —Me mira—. Opal lo inspeccionará en el centro. Ella nos lo dirá.

Estoy digiriendo esta información cuando oigo una serie de bocinazos breves y casi educados. Levanto la mirada para ver la ranchera avanzando lentamente por la playa. Jude y Ezra apartan a la multitud mientras Ari se dirige hacia nosotros. Sé que apenas se siente cómoda conduciendo por calles residenciales y que ahora debe estar totalmente aterrada. Pero tiene puesta su expresión valiente, y lo sé incluso a pesar del parabrisas que nos separa.

Creo que yo también podría tener puesta mi expresión valiente.

Para mi sorpresa, Quint me agarra la mano y me da un apretón apresurado. Después me suelta, tan rápido como me ha agarrado. No me mira mientras se levanta.

—Vamos. Llevemos a tu león marino al centro.



Me siento en el asiento del copiloto y le doy indicaciones a Ari mientras Quint, Ezra y Jude se apiñan en el asiento de atrás. Rosa tenía razón. Pasamos junto a hordas de vehículos intentando meterse en el centro para llegar al festival. Durante mucho tiempo, somos el único coche circulando en la dirección opuesta.

—Es como huir de un apocalipsis zombi —murmura Jude.

Nadie responde y, después de un par de segundos, Ezra se inclina hacia delante para apoyar la barbilla en el banco entre Ari y yo.

—Me gusta tu buga. ¿Es un Falcon del sesenta y dos?

Ari lo mira por el espejo retrovisor.

—Uh. Sí. Exacto.

—¿Alguna vez has pensado en ponerle un V8? ¿Para que tenga algunos caballos más?

—Eh. —Ari frunce el ceño mientras intenta concentrarse en conducir—. No. Nunca se me había ocurrido.

Cambia de marcha, pero el movimiento es torpe y hace que el coche dé un par de tirones. Hago una mueca, sintiéndome mal por el león marino de la parte de atrás.

—Avísame si te decides. —Ezra frota el tapizado color crema que hay entre Ari y yo con los dedos—. Tengo un curro secundario en el taller mecánico de Marcus, estoy allí los fines. No me importaría pasar algún tiempo debajo de este capó.

Frunzo el ceño y lo miro sobre mi hombro, incapaz de saber si está hablando con eufemismos o no.

—¿En qué más trabajas? —le pregunto.

Ezra me mira, sorprendido, como si él también hubiera olvidado que yo estaba allí.

—¿Qué?

—Has dicho que tienes un curro secundario en el taller de Marcus, lo que implica que tienes al menos otro trabajo más. ¿Cuál es?

Me mira un segundo de más antes de que una lenta sonrisa se extienda por su cara.

—Vivir la buena vida, Prudence. Es un curro a jornada completa.

Pongo los ojos en blanco y vuelve a concentrarse en Ari.

—¿No te vi en la fiesta de la hoguera? ¿Con la guitarra?

—Sí, esa era yo —dice Ari.

—Eres bastante buena. No reconocí las canciones que tocabas.

—Oh. Yo he compuesto la mayoría. Es decir, algunas. No todas. Creo que esa noche toqué algunas de Janis Joplin y de Carole King, si no recuerdo mal... Esas desde luego no las escribí yo. Claro.

Miro a Ari. Se ha sonrojado. Mis ojos vuelven con Ezra, que parece ajeno a lo nerviosa que la está poniendo. Nunca me he fijado demasiado en el aspecto de Ezra Kent, como supongo que nunca me había fijado demasiado en el de Quint... Hasta hace poco. Supongo que Ezra es mono, de un modo poco convencional. Es delgado, de piel clara y con pecas, con un cabello pelirrojo apenas un tono demasiado oscuro para ser llamado «zanahorio». Lo lleva largo, justo por debajo de las orejas. Tiene una sonrisa traviesa.

De esto acabo de darme cuenta por primera vez.

Me pregunto cuándo empezó a notarlo Ari..., porque de repente estoy segura de que lo ha hecho.

Me aclaro la garganta.

—Ez, ¿te has puesto el cinturón?

Ari contiene un grito y gira hacia el arcén antes de pisar los frenos. Quint suelta una maldición y de inmediato se vuelve para asegurarse de que la jaula está bien.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —dice Ari, sin aliento y con los ojos desorbitados—. ¡Tienes que ponerte el cinturón!

—De acuerdo, de acuerdo. Cálmate. —Ezra se echa hacia atrás y se rodea con el cinturón antes de asegurarlo con un chasquido—. Ya está. Listo.

Un nuevo silencio cae sobre nosotros mientras Ari vuelve a la carretera.

—Bueno, Quint —dice Jude—. ¿Cuánto tiempo llevas siendo voluntario en el centro?

Miro por el retrovisor. Cuando Quint se inclina, puedo captar atisbos de su boca mientras habla.

—Prácticamente crecí allí —dice—. No me permitieron ser voluntario oficialmente hasta los catorce, pero llevo ayudando desde que era pequeño.

—¿También trabajas allí durante el curso?

—Sí. La primavera es nuestra temporada alta, cuando recibimos animales casi cada día. Siempre faltan manos. Pero la mayor parte de los profesores son bastante comprensivos al respecto.

—Dicen que la vida es la mejor profesora —dice Ari.

—¿Y tú a qué instituto vas? —le pregunta Ezra.

—Al St. Agries —responde.

Ezra emite un silbido grave.

—Siempre me han gustado las chicas de uniforme.

Las mejillas de Ari se tiñen de rojo de nuevo.

Me giro para fulminar a Ezra.

—¿Es que no tienes filtro?

Me mira.

—¿Qué quieres decir?

Niego con la cabeza.

La conversación vuelve al centro de recuperación. Quint parece sorprendido cuando Jude y Ari empiezan a acribillarlo a preguntas sobre los animales y el cuidado que reciben y lo que hacemos como voluntarios. Noto

que me está echando miradas divertidas, pero sigo mirando por la ventanilla, observando las palmeras al pasar.

Es cierto que apenas les he hablado del centro y de lo que hago como voluntaria. Sinceramente, no ha habido mucho que contar. Organizar la limpieza ha sido de lejos lo más emocionante que he hecho; y ahora rescatar a este león marino, por supuesto. Aparte de eso, han sido casi cuatro semanas frotando y batiendo, batiendo y frotando.

Pero ahora creo que sienten curiosidad, como la gente de la playa. Cuando te encuentras cara a cara con una de estas criaturas, te involucras. Quieres ayudar.

Yo quiero ayudar. Más que nada, quiero ayudar al pobre animal del coche de Ari.

Ari se atreve a conducir ocho kilómetros sobre el límite de velocidad, que es prácticamente una carrera para ella. El centro no está lejos, pero parece que tardamos un mes en llegar allí. Tengo el corazón en la garganta. El león marino está en silencio, y ese silencio es desquiciante.

Por fin nos detenemos en el aparcamiento de gravilla delante del centro, Rosa y la doctora Jindal están esperando, y los siguientes minutos son un caos de actividad. Mis amigos y yo nos quedamos en segundo plano mientras sacan la jaula de la parte de atrás del coche y corren al interior. Sé que van a llevarlo directamente a la sala de reconocimiento. Los seguimos, vacilantes, haciendo todo lo posible por no molestar, y nos quedamos en el estrecho pasillo mientras le administran líquido al león marino (todavía vivo, aunque por poco). Mientras inspeccionan sus ojos y sus heridas. Mientras Quint prepara una fórmula de proteína y electrolitos. Los deliciosos batidos de pescado vendrán más tarde.

Veo que Jude arruga la nariz y tardo un momento en recordar que es la primera vez que Ari y él están aquí. La primera vez que los golpea el abrumador hedor del pescado. Es curioso, pero en las últimas semanas, casi me he acostumbrado a él. Jamás hubiera predicho *eso* durante mi primer día aquí.

Cuando está claro que no hay nada que yo pueda hacer para ayudar, me ofrezco a enseñarles el sitio. Nos detenemos en el patio, admirando las focas moteadas que disfrutan del sol sobre el cemento caliente. Los leones

marinos se persiguen unos a otros entrando y saliendo del agua. Los elefantes marinos se frotan los lomos con las aletas, lanzándose arena imaginaria, un mecanismo instintivo para mantener el calor a raya en la naturaleza.

Todos están embelesados. Bueno, Ezra ya había estado aquí, pero Jude y Ari están impresionados. Ari murmura, embobada, lo adorables que son todos. Pero cuando se agacha junto a una de las puertas cerradas y empieza a hablar con una foca moteada llamada Kelpie, me siento fatal por tener que ponerle la mano en el hombro y pedirle que se aleje.

—En realidad, se supone que no debemos interactuar con ellos —le digo con tristeza, recordando cuando Quint me lo explicó uno de mis primeros días.

Ari me echa una mirada abatida. La misma, estoy segura, que yo le eché a Quint en su momento.

—Intentan disuadirnos de crear lazos con los animales tanto como sea posible —le explico—. Y evitar que ellos creen lazos con nosotros. Se supone que no debemos hablar con ellos ni jugar o interactuar, aparte de lo que tenemos que hacer para cuidarlos.

—Pero son tan *monos* —dice Ari, mirando a Kelpie—. ¿Cómo puedes soportarlo?

La verdad es que no me había importado demasiado antes. Quint me dijo que no me implicara con ellos, así que no lo hice. Sin problema.

—Es más fácil si piensas en ellos como animales salvajes —digo—. No son mascotas. El objetivo es devolverlos al océano y, si estuvieran domesticados, sería más difícil para ellos sobrevivir. Además, no queremos que confíen demasiado en la gente. Si se acercan a un humano en la playa o algo así, ¿quién sabe qué podría ocurrir?

Veo la comprensión en sus rostros, pero siguen nublados por la decepción. No los culpo. ¿Por qué pasaría alguien tanto tiempo aquí si ni siquiera puede interactuar con los animales?

Pienso en el león marino de la sala de examinación, en el que ya pienso como *mi* león marino, y sé que me será mucho más difícil no crear un lazo con él. Diantres, ya me siento unida a él.

Pero a la vez deseo desesperadamente que esté bien. Que se ponga fuerte. Que vuelva a casa.

—Es una pena —dice Ari, apartándose del recinto donde algunos de los leones marinos han empezado a amontonarse unos sobre otros—. Supongo que te había imaginado aquí... No lo sé. Dándoles arrumacos o algo así.

Me río.

—Para nada.

Entonces lo recuerdo.

—En realidad —digo, animándome—, dejad que os presente a Luna.

Los conduzco de nuevo al interior, a uno de los recintos. Lo han preparado específicamente para Luna, el león marino que trajeron por segunda vez el día que llegué al centro. A diferencia de los animales del resto de los compartimentos, le han dado un puñado de juguetes: un par de pelotas, un juguete chillón de perro y un trozo de cuerda.

—Esta es Luna —digo—. Es superjuguetona y muy lista. Y, a diferencia de los demás, nos animan a jugar con ella. Quieren que se acostumbre a la presencia de la gente tanto como sea posible.

—¿Para qué? —pregunta Ezra, inclinándose sobre el muro. Agarra la cuerda y se la lanza a Luna. Aterriza a algunos centímetros de su hocico. Pero parece que acaba de despertar de una siesta y no va a por ella. La mira, bosteza, después mira a Ezra parpadeando, poco impresionada—. Juguetona, ¿eh?

—Solo está cansada —digo—. Luna tiene un trastorno cognitivo. Nunca podrá alimentarse sola en la naturaleza, así que no podemos liberarla. Van a entregarla a un zoológico o algo así.

—¿Muerde? —pregunta Ari.

—Todavía no la he visto morder a nadie —le respondo—, pero los voluntarios reciben mordiscos muy a menudo, así que nunca se sabe.

Abro la puerta, entro y tomo la pelota. La hago rodar hacia Lima. La mira fijamente un instante, después rueda sobre su vientre y la agarra con la boca. La mastica un segundo antes de lanzármela de nuevo. La detengo con el pie, la recupero y se la vuelvo a lanzar. Esta vez se levanta sobre sus aletas y hace que rebote hacia mí.

Sonrío. No sé si alguno de los voluntarios ha estado trabajando con ella para que aprenda trucos, pero es la primera vez que juego a la pelota con un león marino y el momento, por sencillo que pueda parecer, me parece mágico.

—¿Prudence?

Recupero la pelota en otro rebote y me giro. Quint se ha unido a nosotros y sus ojos titilan al verme en el recinto con Luna.

—¿Te lo estás pasando bien?

—La verdad es que sí.

—Lo suponíamos —dice Ezra, apoyando los codos con tranquilidad sobre el muro—. La clave para conseguir que Prudence se relaje es ser una foca.

Me tenso.

—Es una leona marina —replico, un poco enfadada.

Jude me mira, y después a Ezra. Abre la boca y sé que se está preparando para salir en mi defensa, pero, para mi sorpresa, Quint habla primero.

—No seas capullo, Ez.

Ezra parece sinceramente confuso.

—¿Estoy siendo un capullo?

—Un poco. Prudence es guay. De todos modos, he venido a informaros.

Ezra nos mira a Quint y a mí. Lo pillo mientras me echa una mirada evaluadora y pensativa. Trago saliva y salgo del recinto de Luna.

—¿Va a ponerse bien?

Quint sabe de inmediato de quién estoy hablando. Antes de que pueda responder, Luna ladra, molesta, porque estoy abandonando nuestro juego.

—Lo siento —le digo, lanzándole la pelota—. Volveré más tarde, ¿vale?

—Miro a Quint, preparándome para lo que tenga que decirnos—. ¿Y bien?

—Es un macho —dice—, y pensamos que se pondrá bien.

Mi corazón despega y sé que no soy la única. Todos nos sentimos unidos a este animal y una oleada de alegría recorre el grupo entero. Incluso Ezra sisea, entusiasmado:

—Sí.

Quint levanta las manos en una advertencia.

—No hay garantías. Normalmente hay un periodo de veinticuatro horas en el que los consideramos en condición crítica. Todavía podría dar un giro a peor. Pero Opal se muestra optimista.

Exhalo la que podría ser la primera exhalación completa que libero en mucho tiempo.

—Así que —continúa, mirándome—, necesitamos un nombre para su papeleo. ¿Has pensado alguno?

—No —digo, con una carcajada de alivio—. He intentado no pensar en ello hasta que estuviera segura.

Me muerdo la mejilla. Sé que esto no es importante. En este sitio ponen nombre a tantos animales que al final de la temporada alta les sirve cualquier cosa. Quint dice que una vez llamó Pepinillo a una tortuga marina porque ese día almorzó un sándwich.

Pero para mí es importante.

Pienso en mi león marino y en cómo me ha mirado en la playa. Aunque sé que estaba sufriendo, me ha mirado con algo parecido a la confianza. Y oigo la voz de John Lennon en mi cabeza. *Why in the world are we here? Surely not to live in pain and fear...*

—¿Qué te parece Lennon? —sugiero—. Como John Lennon.

Quint lo piensa. Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Los he oído mucho peores.



27

Como Jude y Ari me ayudaron con el festival, me parece justo levantarme temprano a la mañana siguiente para ayudarlos a abrir la tienda de discos antes de prepararme para la limpieza de la playa. Jude no es una persona mañanera. Lleva todo el verano quejándose de que tener que llegar a la tienda a las ocho de la mañana para comprobar el *stock*, organizar los contenedores y limpiar las huellas de los escaparates podría ser un castigo de papá por haber abandonado sus clases de guitarra hace años.

Papá, no obstante, está más contento que nunca cuando abre la puerta y nos deja pasar. Lo primero que hace, igual que en casa, es elegir un disco para reproducirlo en el equipo de música.

—¿Alguna petición?

Jude bosteza y se mete los últimos bocados de un gofre en la boca.

Pienso en pedir los Beatles, pero sé que eso me hace sonar como un disco rayado (*¿lo pillas?*), así que me encojo de hombros y le digo a papá que ponga lo que quiera. Un minuto después, la voz ronca de Jim Morrison escapa de los altavoces.

—De acuerdo, mi pequeña ayudante —dice papá, bailando por los pasillos de la tienda—. Hoy te toca la escoba. Y asegúrate de barrer también

la acera. La gente arrastra una sorprendente cantidad de arena de la playa hasta aquí. Jude, quiero que abras las cajas que llegaron ayer. Debería haber material nuevo.

—¿Quieres cambiar? —le pregunto. Jude gruñe, niega con la cabeza y desaparece en el cuarto trasero.

Encuentro la escoba y empiezo a barrer. Ari llega un par de minutos más tarde con una bandeja de cafés con chocolate de Java Jive. Incluso ha traído uno para papá, que se lleva ambas manos al corazón cuando ella se lo ofrece.

—Contratarte ha sido la mejor decisión que he tomado nunca —dice, aceptando el café—. Ahora, ponte a trabajar.

—Sí, sí —trina ella. Saca el limpiacristales y algunas servilletas de papel del armario de las escobas y me sigue al exterior.

Papá tiene razón. En realidad, no me había fijado antes, pero hay una tonelada de arena aquí fuera. Estamos a más de una manzana de la playa. ¿Cómo es posible?

—¿Cómo está nuestro pequeño amigo, el león marino? —me pregunta Ari mientras rocía un poco de limpiador en la puerta acristalada.

—Bien, hasta donde sé. Iré a verlo más tarde, pero ayer, cuando me marché, parecía estar mejorando. Además, anoche llamé al *Chronicle* para informar del animal que se había quedado varado durante el festival y aproveché para que estuvieran al tanto de la limpieza y la liberación de hoy, por supuesto.

Ari se ríe.

—Claro que sí.

—No digo que me alegre de que Lennon se quedara varado, pero aprovecharé toda la publicidad que eso pueda conseguimos.

Ari retrocede para comprobar si quedan borrones en la puerta antes de pasar al enorme escaparate.

—Tu plan para rescatar el centro de rescate parece ir bastante bien. —Acabamos de empezar. Pero, sí, las cosas parecen ir viento en popa.

Ari duda, pensativa.

—Quizá podrías usar parte de tu magia para ayudar también a este lugar. —Baja la voz, aunque sé que dentro no pueden oírnos, sobre todo con

The Doors evocando *Love Street*—. No le digas a tu padre que te lo he contado, porque me *encanta* trabajar aquí, pero nos vendría bien un poco de publicidad. O quizá un lavado de cara, o algo así.

Dejo de barrer para fijarme en la fachada de la tienda. He estado aquí tantas veces en el transcurso de los años que ya no me detengo a mirar, pero Ari tiene razón. La pintura amarilla de la pared de estuco está descascarillada, el letrero de neón de VINILOS VENTORES tiene un par de letras fundidas desde quién sabe cuándo y, desde fuera, la tienda parece..., bueno, un poco anticuada. Pero no de un modo guay y *vintage*, sino cansado y viejo.

Lo único que se salva es el escaparate que diseñó Jude hace una semana, con un montón de portadas rojas, blancas y azules para las fiestas. Después buscó algunos discos que estaban rayados o rotos, les pintó fuegos artificiales y los colgó del techo con lazos. No le reconozco a mi hermano todo el mérito que tiene, pero puede ser realmente creativo. Su talento sin duda va más allá de los dibujos de monstruos míticos.

Me pregunto cómo estaría la tienda con una capa de pintura azul cian. Y quizá una puerta de un llamativo naranja, que te dé la bienvenida al interior. ¡Oh, podríamos celebrar una gran fiesta de reapertura!

Me estremezco y hago todo lo posible por detener mis pensamientos antes de dejarme llevar demasiado. Estoy muy ocupada ahora mismo salvando un negocio. No puedo con dos.

—Quizá Jude y tú deberíais hablar con papá —le digo—. Si tienes alguna idea para animar la tienda, estoy segura de que estará abierto a escucharla.

Ari se gira hacia mí, de repente un poco tímida, pero también entusiasmada.

—En realidad, tengo una idea, pero... No sé. Sería raro. Y no tengo ni idea de si es buena o no.

—Soy todo oídos.

—Bueno, fue Carlos quien me dio la idea con el karaoke semanal. ¿Y si la tienda empieza a celebrar una noche semanal de micros abiertos?

Frunzo el ceño mientras miro a través del escaparate.

—Uhm...

—No *aquí* —dice Ari, señalando la tienda con el manojito de servilletas de papel—. Sé que aquí no hay espacio. Pero pensé que podríamos formar equipo con alguno de los restaurantes del paseo marítimo. Podríamos ser patrocinadores. Podríamos hacer alguna guirnalda con el logo de la tienda... O quizá púas de guitarra o pegatinas para el parachoques o algo así. Y daríamos cupones con un diez por ciento de descuento para que la gente venga a comprar. —Se encoge de hombros—. ¿Qué te parece?

Sonrío.

—Creo que merece la pena intentarlo. ¿Tú serías la presentadora de esas noches de micros abiertos?

Hace una mueca.

—No sé nada de presentar. Pero... *tú* lo harías genial.

Sonrío, porque es un halago, aunque por dentro me pregunto cuántas veces voy a tener que hablar en público antes de dejar de entrar en pánico cada vez que me subo a un escenario.

—Creo que tú también lo harías genial. —Termino de barrer la acera—. Deberías contárselo a papá, a ver qué le parece. —Frunzo el ceño—. Eso me recuerda... ¿Te acuerdas de que te dije que podías quedarte con mi viejo teclado? Les pregunté a mis padres y resulta que lo han vendido porque estaba cogiendo polvo. Lo siento.

—Oh, no pasa nada —dice—. Iré a Viento y Teclas uno de estos días. Si es que decido pillarme uno.

Viento y Tedas es la tienda de música local, otro sitio donde conocen a Ari de sobra. Algo me dice que cualquier teclado que comprara allí sería mucho mejor que el que mi familia se llevó de la tienda de empeños hace todos estos años.

Compruebo mi reloj.

—Debería irme. Si llego tarde, estoy segura de que Quint no me permitirá olvidarlo nunca.

Vuelvo a entrar en la tienda y dejo la escoba en el almacén. Jude está sacando álbumes de vinilo nuevecitos de una caja de cartón, todos envueltos en celofán.

Reconozco al artista de la portada: Sadashiv, un cantante de pop británico que se hizo super famoso hace un par de años modernizando los

viejos ritmos. Su popularidad probablemente no se ha visto dañada por el hecho de que es abrumadoramente guapo. Creo que salió elegido el hombre más *sexy* del año de la revista *People* el año pasado, aunque estoy bastante segura de que sigue siendo un adolescente.

Por supuesto, yo solo lo conozco porque Penny y Lucy están obsesionadas con él, como un montón de chicas de mi instituto.

—Guau —digo, mirando sobre el hombro de Jude—. No sabía que los artistas modernos sacaban discos de vinilo.

—Oh, sí —dice Jude, extendiendo los discos para ponerles las pegatinas con el precio—. Está de moda ahora. Estos... —golpea el montón de discos de Sadashiv— se venden a porrillo. —Baja la voz a un susurro—. Cuando Ari y yo le dijimos a papá que este tipo había sacado un nuevo disco, sus palabras exactas fueron: «¿*Sadaqué?*». —Jude pone los ojos en blanco—. Con cinco hijas, cualquiera esperaría que le fuera más fácil mantenerse al día.

—A la gente le gusta lo que le gusta. Oye, tengo que irme. Gracias de nuevo por tu ayuda en el festival ayer.

—Te veo más tarde, hermanita. Buena suerte hoy.

—¡Papá! —lo llamo, volviendo a la zona principal de la tienda.

—Estoy aquí.

Está en el mostrador, comprobando algo en una factura escrita a mano con sus gafas de leer.

—Tengo que irme. ¿Puedo dejar algunos folletos aquí? —Saco los folletos azules que nos quedan de mi bolsa y los pongo sobre el mostrador—. Si entra alguien esta mañana, ¿podrías contarle lo de la limpieza?

—No solo le contaré lo de la limpieza —dice, bajándose las gafas hasta la punta de la nariz—, amenazaré con venderle solo discos de Vanilla Ice hasta que me prometa que irá.

—Puede que no sea necesario nada tan dramático.

La campanilla de la puerta suena y me giro, preparada para despedirme de Ari.

Pero no es Ari quien entra.

Me detengo en seco.

Es *Maya*. Maya Livingstone. Lleva una sudadera extragrande de la Universidad de California que le llega casi hasta las rodillas, unas mallas rosa claro y chanclas, y parece una modelo. No estoy segura de si estoy celosa o impresionada. Sobre todo, estoy asombrada. ¿Qué hace ella aquí?

—¡Bienvenida! —dice papá—. Echa un vistazo. Avísame si puedo ayudarte a encontrar algo. Y, por favor —toma un folleto del montón—, si puedes acudir a la limpieza en la playa que va a...

Le pongo una mano sobre la suya.

—Está bien, papá. —Me obligo a sonreír—. Hola, Maya.

—Oh, hola, Prudence —dice, parpadeando—. No sabía que trabajabas aquí.

—No lo hago, en realidad. Solo he venido a ayudar esta mañana. Eh... Este es mi padre.

—¡Encantado, amiga de Prudence!

Ella se ríe, incómoda, mientras recorre las hileras de discos.

—Gracias. Uh. Sé que acaba de salir... No sé si fue ayer. Pero, ¿por casualidad tenéis el nuevo disco de Sadashiv?

Papá la mira.

—¿*Sadaqué?*

Pongo los ojos en blanco.

Maya empieza a repetirlo.

—Sada...

—No le hagas caso —le digo. Entonces, preparándome para lo que sin duda va a ser un encuentro incómodo, formo un megáfono con las manos y aúllo—: ¡Ey, Jude! Tenemos una cliente que quiere el nuevo álbum de Sadashiv.

Se oye trasiego en la parte de atrás y después aparece Jude con el disco en la mano.

—¿Ves, papá? Te dije que esto sería... —Ve a Maya y se detiene. Sus ojos se abren con asombro—. Eh. Un... supervenías. ¡Maya! ¡Hola!

Ella sonrío, pero hay un poco de incomodidad en su expresión, y me gustaría saber si está pensando en lo que dijo de Jude en la fiesta de la hoguera y preguntándose si él la oyó o no.

Me preparo, flexionando los dedos. Si dice algo incluso remotamente desagradable, invocaré la fuerza del universo y la aplastaré como a un bicho.

Pero entonces Maya posa la mirada en el disco y su semblante se ilumina. Se apresura, lo toma y lo sostiene con ambas manos, mirando el glorioso rostro de Sadashiv. Aunque es un artista británico, es de origen indio, con el cabello oscuro y rizado y unas pestañas tan frondosas que parece llevar siempre delineador. Y eso es solo el principio. He oído a Penny y a Lucy tener conversaciones enteras a la hora de la cena sobre sus labios, sus pómulos e incluso sus *orejas*. Quiero decir... ¿En serio? ¿Es que nos hemos vuelto locos?

—¡Llevo meses esperándolo! —dice Maya, presionando el álbum contra su pecho—. Me alegro un montón de que lo tengáis.

—¿Ves? ¡Discos de vinilo! —dice papá, golpeando el mostrador con la palma—. Sabía que volverían, incluso para los jóvenes. Llevo años diciéndolo.

Estoy ansiosa por marcharme. No quiero llegar tarde a la limpieza. Pero las mejillas de Jude se han sonrojado y dudo si dejarlo. ¿Necesita apoyo moral en este momento? Es difícil saberlo, cuando no puede apartar los ojos de Maya lo suficiente para darme alguna pista.

Jude se aclara la garganta.

—¿Hay..., eh..., algo más en lo que pueda ayudarte?

Ella sonrío de oreja a oreja y veo que Jude se sonroja cada vez más.

—No, he venido a por esto. Gracias, Jude. No tenía ni idea de que trabajabas aquí. ¡Qué trabajo de verano tan chulo!

Él se ríe, todavía ruborizado, y dice un montón de nada mientras la acompaña a la caja para cobrar.

—Bueno, si alguien me necesita —dice Maya, apartándose del mostrador, todavía con el álbum apretado contra el pecho—, estaré en casa escuchando esto una y otra vez.

—¡Espera! Llévate un folleto —dice papá, agitando uno de los papeles azules—. ¡Hoy hay una limpieza en la playa! —Me guiña el ojo con entusiasmo—. La organiza Prudence.

—¿En serio? —Maya toma el folleto con un poco de cautela—. En realidad perdí algo en la playa a principios de verano.

Finjo ignorancia.

—Ah ¿sí?

—Sí. Es... —Duda y mira el folleto—. ¿Sabes qué? Quizá me una.

—Bueno, no llegues tarde o te perderás la mejor basura —digo, sin crearme del todo que vaya a acudir.

—Me alegro de verte, Prudence. Jude. —Se despide con la mano.

Jude le devuelve el gesto con ojos soñadores, pero ella ya le ha dado la espalda.

Ari entra en la tienda y se cruza con Maya en el pasillo. Maya se detiene y chasquea los dedos.

—Oh, ¡oye! ¿No eres tú la chica que estaba en la fiesta de la hoguera? ¿Con la guitarra?

Ari pone cara de sorpresa.

—Vaya. Eres la segunda persona en dos días que me recuerda por eso.

Maya sonríe.

—¡Estuviste increíble! Oí esa canción que tocaste... Algo sobre... copos de nieve en la orilla...

—¡*The Winter Beach Blues!* —dice Ari, animándome—. Es una de mis favoritas.

—No la había oído antes, pero era preciosa. ¿De quién es?

Ari empieza a retraerse de inmediato en su cascarón, moviendo el pie con nerviosismo sobre la tarima de madera.

Uhm...

—Esa es de Araceli Escalante interrumpo.

Maya parece abatida.

—¿Araceli Escalante? —Mira a Jude y después a papá—. ¿Tenéis alguno de *sus* discos?

Todos nos reímos, y tomo a Ari por el codo.

—Esta es Ari —le digo—. Es compositora. Esa canción era suya.

—¡Oh! —Maya se lleva una mano a la mejilla—. ¡Qué guay! Ojalá yo supiera tocar algún instrumento. O cantar. O componer... algo. Me muero de envidia.

Y ahora ha sonrojado oficialmente a mis dos mejores amigos.

La miro, sintiéndome un poco desconcertada.

Está actuando de forma muy normal. Muy agradable.

No es que habitualmente sea una creída total o algo así, pero no puedo ignorar las cosas que dijo sobre Jude. Lo destrozó totalmente. Sugirió que, en cierto sentido, no estaba a su nivel. Me esfuerzo por recordar sus palabras exactas de aquella noche, pero lo tengo todo borroso. Aun así, sé que no me lo imaginé.

—Bueno, si alguna vez grabas algo —añade Maya—, me encantaría tener una copia.

Se despide de nosotros de nuevo y después se marcha, dejando un extraño vacío en su ausencia, como si el aire hubiera sido succionado del interior de la tienda. El efecto Maya Livingstone.

Extiendo los dedos, un poco decepcionada porque esta vez no he tenido la oportunidad de usar mi poder contra ella. Lo que probablemente me convierte en una persona horrible y rencorosa.

¿Qué fue lo que dijo en la playa? Me devano los sesos intentando recordar algo concreto, pero lo único que recuerdo con seguridad es el absurdo comentario de Katie, que *Dragones y Mazmorras* era un juego para adorar al demonio, y que Maya lo desmintió.

Pero hubo algo más que eso. Tuvo que haberlo.

¿Dijo que era un friki? ¿O esa fue Janine?

Alguien dijo que era espeluznante. Y, ¡oh! Obsesivo. Alguien sin duda insinuó que Jude estaba obsesionado con Maya. Pero ¿fue ella, o una de sus amigas?

Pero ella sin duda dijo que no estaba interesada en él, ¡y lo dijo cuando Jude podía oírla! Eso no está bien. ¡Es muy insensible! Y... Y...

Sincero.

Supongo.

Estaba siendo sincera. Y si de verdad no sabía que Jude estaba allí y podía oírla...

—Me cae bien —dice papá, interrumpiendo el incómodo hilo de mis pensamientos. Da una palmada como si acabara de terminar el día de trabajo—. Está claro que tenéis amigos simpáticos.

Me obligo a espabilar antes de que mi cerebro pueda colarse por otra madriguera de conejo sin fondo.

—Tengo que irme, de verdad digo.

—¡Sí, vete! —me ordena mi padre. ¡Haz de este mundo un lugar mejor! Y, si te topas con algún turista, envíalo aquí, ¿vale? La gente está empezando a llegar para las vacaciones y nos vendría bien.

Asiento, pero en realidad no lo estoy escuchando. Estoy concentrada en Jude.

—¿Estás bien?

Parece aturdido y pensativo mientras se apoya en el mostrador.

—Yo no me parezco en nada a Sadashiv.

Intento no reírme ante esta afirmación porque Jude parece extrañamente afectado por este dato. Le dedico una mirada empática.

—Jude, supuestamente es el hombre más *sexy* del mundo. Intenta no ser demasiado duro contigo mismo.



28

Quint me echa una mirada insolente mientras corro por la playa hacia donde ya está instalando un par de mesas con un montón de cajas de suministros. Finge indignarse, comprobando un reloj inexistente.

—Prudence Barnett, llegas tarde —me dice—. ¿Sabes? Mi tiempo también es valioso. ¿Qué ha pasado con lo de creer en la puntualidad?

Lo miro con el ceño fruncido.

—Estupendo. Que *una vez* haya llegado tarde difícilmente excusa todo un año de retrasos *tuyos*.

—Es posible. Pero es un comienzo.

Doy una palmada, examinando los montones de cajas.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Ayúdame a montar la tienda.

Ha traído una enorme carpa blanca, de las que se despliegan solas, y la clava en la arena para asegurarla. Tardamos algunos minutos en instalarla adecuadamente. Quint incluso ha hecho una banderola, que anuda a los postes traseros de la tienda y que dice: LIBERTAD PARA NOSOTROS, LIBERTAD PARA NUESTRA FAUNA. Debajo, en letras más pequeñas, se lee:

«¡Descubre el Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach!».

Terminamos de colocarlo todo (bolsas de basura reutilizables, pinchos y guantes) con tiempo de sobra. Miro a mi alrededor, esperando ver una enorme multitud de gente dirigiéndose hacia nosotros lista para convertir esta limpieza de playa en algo épico.

En lugar de eso, lo que veo cuando por fin me tomo el momento de examinar la playa es ligeramente perturbador.

Veo folletos azules.

Un montón.

—Acabo de notar un fallo en nuestro gran plan —digo, dándole un codazo a Quint—. ¿Por qué parece que la mitad de la basura que hay aquí es...?

—Nuestros folletos. —Asiente, frunciendo el ceño ante la ironía—. Yo también me he fijado.

—La gente es idiota.

Al menos estamos aquí para limpiarlo, y también un montón de plástico y basura de la playa. Sigue siendo un triunfo.

Me subo la cremallera de la sudadera hasta el cuello. El viento es brutal hoy. Espero que no perdamos a nuestra mano de obra antes de la gran liberación. Fortuna Beach está soleada y cálida trescientos veinte días al año, lo que significa que somos unos mequetrefes los otros cuarenta y cinco días. La gente se escabulle buscando refugio ante el menor atisbo de lluvia, e incluso un frente frío inesperado puede convertir la calle Mayor en un pueblo fantasma.

Empiezo a ponerme nerviosa cuando pasan cinco, diez minutos de la hora de inicio y seguimos estando solo Quint y yo. Charlamos despreocupadamente. Nos atareamos ordenando los montones de bolsas de tela.

Pero sé que él también lo está pensando.

¿Y si esto es un enorme fracaso? ¿Y si no viene nadie?

Y entonces, con quince minutos de retraso..., aparecen. Al principio, solo algunos bañistas curiosos. Pero después siguen llegando. Gente a la que conozco, pero también un montón de personas a las que no.

Claro, la asistencia no es nada comparada con el festival de ayer, pero sigue creciendo. Y lo mejor de todo es que la gente parece realmente entusiasmada por ayudar.

Exhalo un suspiro de alivio.

La gente está aquí. Están aprendiendo cosas sobre el centro y sus pacientes. Están *ayudando*.

Con suerte, también donarán algún dinero.

Quint y yo intentamos saludar a todo el mundo, hablarles sobre el centro mientras entregamos bolsas y guantes de látex. La multitud empieza a dispersarse por la playa, buscando basura y restos del festival de ayer. Me satisface ver a un montón de familias con niños, que parecen tan emocionados por recoger basura como por recoger conchas y piedras.

Hemos colocado un tarro grande para donativos sobre la mesa delante de la tienda y, con el paso de los minutos, me descubro comprobándolo constantemente. Me fijo, con alegría, en que ha empezado a reunir una variedad de billetes verdes y calderilla. Me gustaría poder estimar cuánto dinero hay dentro, pero es imposible saberlo. ¿Esos billetes son de uno o de veinte? Tendré que aguantar el suspense hasta que lo descubramos cuando lo contemos después del evento.

—¿Todo listo para la gran liberación? —le pregunto a Quint mientras abro otra caja de guantes.

—Los pacientes se están preparando en el centro mientras hablamos —me cuenta—. Van a traerlos en una hora.

—Perfecto.

—Tengo que admitirlo, Prudence. Combinar la limpieza con una liberación es brillante. No dejan de preguntarme cuándo vamos a devolver a los animales al agua. ¿Es posible que hayan publicado algo en el periódico esta mañana?

Me encojo de hombros.

—Es posible que llamara al *Chronicle* para contarles que ayer encontramos a Lennon, y que aprovechara la oportunidad para anunciar lo de hoy.

Me echa una mirada de soslayo, sonriendo.

—Tienes un don para este tipo de cosas, ¿verdad?

Me encojo de hombros de nuevo.

—Tenemos que trabajar con nuestras fortalezas, y supongo que nadie puede resistirse a esas caritas tan monas.

—Yo desde luego no puedo.

Las comisuras de sus párpados se arrugan ligeramente y me parece que sostiene mi mirada un segundo más de lo necesario antes de girarse y sacar otro montón de bolsas de tela de una caja de madera.

La calidez se extiende por mi cuerpo. Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla para evitar sonreír, porque sé que en realidad no ha querido decir nada.

Me dedico a examinar a la gente, buscando a alguien a quien conozca. Ari y Jude me dijeron que intentarían venir después de sus tumos, pero no creo que lo consigan. Reconozco a un puñado de chicos del instituto. No amigos, sino conocidos, o solo gente que he visto en los pasillos. También veo a mi profesora de Lengua de segundo y a una de las bibliotecarias de la biblioteca pública, e incluso a Carlos, a quien nunca había visto fuera de Encanto.

Sobre las once, hay lo que podríamos considerar una avalancha. Quint y yo entregamos bolsas a derecha e izquierda y mostramos a la gente dónde tirar la basura y el material reciclable cuando tengan las bolsas llenas. También los animamos a alejarse por la playa, a donde los primeros voluntarios no han llegado todavía.

—¡Esta es sin duda la mejor fiesta en la playa en la que he estado!

Levanto la mirada, sorprendida. Mis padres caminan hacia la carpa, sonriendo. Papá sostiene la mano de Ellie, y Penny también está con ellos. Tiene algo en los puños.

—¡Hola! —digo, acercándome para recibirlos. Mamá me da un abrazo—. ¿Qué estáis haciendo aquí? Papá, ¿por qué no estás en la tienda?

—Queríamos darte uña sorpresa —me cuenta—. Además, Jude y Ari se ocupan bien. Y lo sé, lo sé, probablemente habrías preferido que vinieran ellos a verte en lugar de tu viejo, pero... ¿qué puedo decir? ¡Tu madre y yo nos moríamos de ganas de ver en qué has estado trabajando tanto las últimas semanas!

—¡Mira lo que he encontrado! —exclama Penny, enseñándome la colección de conchas rotas que tiene en las manos.

—¡Yo he encontrado una! —añade Ellie, intentando mirar en las palmas de Penny. Señala una concha rota—. Esa.

—Sí, Ellie ha encontrado esa —concede Penny.

Sonrío a ambas. Penny es el tipo de niña que aprecia las cosas sencillas de la vida (cosas ante las que normalmente yo pongo los ojos en blanco), pero hoy casi comprendo lo que ve en esos trozos rotos y coloridos.

¿Y Ellie? Bueno, ella aprovecharía cualquier excusa para rebuscar en la arena. Veo que lleva su vestido con el mono de lentejuelas otra vez y que todavía hay una tenue mancha de zumo de tomate que probablemente no saldrá nunca.

Verlo me hace sentirme incómodamente culpable.

—Me alegro de que hayáis venido —les digo—. ¿Lucy no está?

—Tenía entrenamiento de *sóftbol* —dice papá, encogiéndose de hombros—. Esa chica...

Esa chica es un dicho habitual en casa, uno con el que se puede referir a cualquiera de nosotras por cualquier razón. En este caso, sé que papá se refiere a la larga lista de reuniones sociales y actividades extracurriculares de Lucy, pero podría usar *esa chica* para referirse a los *collages* que a Penny le gusta hacer con páginas de diccionarios y enciclopedias viejas (a menudo dejando un caos terrible en su estela), o a Ellie cuando grita porque no puede encontrar el lazo que quiere ponerse en el pelo, o incluso a mi insistencia para que organicemos el estante de las especias alfabéticamente porque está claro que es el único modo lógico de hacerlo.

Esa chica.

—Oh, bueno —digo—. ¿Habéis venido a ayudar con la limpieza?

—¡Por supuesto! —exclama mamá—. Estás haciendo algo genial. Estamos muy orgullosos de ti, Prudence.

—Parece que está participando mucha gente —dice papá—. Estoy impresionado.

Me giro hacia la mesa para reunir algunas cosas para ellos y veo a Quint mirándonos. Me da la espalda rápidamente para organizar las cajas de guantes.

Dudo, intentando recordar si alguna vez me he quejado a Penny de lo horrible que era mi compañero de laboratorio. Se iría de la lengua sin duda si fuera capaz de sumar dos más dos. Pero no puedo *no* presentarlos, ¿verdad?

Me aclaro la garganta.

—Uhm. Mamá, papá, este es Quint.

Quint se vuelve para mirarnos y su sonrisa ya ocupa toda su cara. Los saluda con extrema educación. *Señor Barnett, señora Barnett, es un placer conocerlos.*

Admira la colección de conchas de Penny.

Le pregunta a Ellie sobre el vestido del mono y asiente con la dosis justa de asombro cuando ella le enseña que las lentejuelas cambian de color cuando les pasas la mano por encima.

Yo los observo, sintiéndome tremendamente incómoda, aunque no sé por qué. Esto me parece importante, de algún modo, pero no sé si me importa más que a mi familia le caiga bien Quint o que *ellos* le caigan bien a él.

No importa de ninguna de las maneras.

Da igual.

De verdad. Totalmente.

—Así que tú eres la razón por la que mi hija ha estado trabajando tan duro este verano en lugar de estar divirtiéndose —dice papá, fingiendo que frunce el ceño—. ¿No sabéis que las vacaciones de verano son para pasarlas ganduleando? ¡Nada de esto tiene sentido! —exclama, señalando la playa.

Mamá pone los ojos en blanco y agarra a papá por el codo.

—Solo está bromeando. Esto nos parece estupendo.

Quint me mira de soslayo.

—Lo crean o no, esto en realidad ha sido divertido. Para mí, al menos.

Mi corazón alza el vuelo cuando me doy cuenta, por primera vez, de que esto también ha sido muy divertido para mí. La planificación, la organización... He disfrutado con ello.

Y Quint... Bueno. Su compañía no ha sido ni de lejos tan intolerable como solía ser.

Quint y yo les decimos adiós mientras los cuatro se alejan con sus bolsas. Ellie insiste en usar el pincho primero, aunque su coordinación entre mano y ojo no es suficientemente buena para usarlo adecuadamente. Puedo oír a mi madre planteando un desafío: quien reúna más basura elegirá qué cenamos. Ellie grita *¡pagueti!* y corre por la playa.

—¿Y dices que no te gusta tener hermanas pequeñas?

Hago una mueca.

—A veces no están tan mal.

—Parecen estupendas.

No puedo mirarlo. Si lo hago, verá cómo se desborda mi corazón ante ese sencillo comentario.

Casi hemos llenado dos cubos gigantes de basura cuando alguien más aparece junto a los bordes de la carpa.

—Hola, Quint. Prudence.

Me giro.

Maya está apoyada sobre la mesa, sosteniendo el folleto azul que mi padre le ha entregado en la tienda de discos esta mañana.

Mis labios se separan con sorpresa. No me puedo creer que haya venido de verdad.

—Ey, Maya —dice Quint, sonriendo—. ¿Has venido a ayudar? —Le ofrece una bolsa vacía.

Una expresión incierta atraviesa el rostro de Maya, pero rápidamente la esconde con una sonrisa..., aunque sin entusiasmo.

—En realidad, tengo una pregunta.

—Dispara. —Quint deja la bolsa y se acerca a ella, como si su órbita lo atrajera.

Me enfado, y de inmediato me siento molesta conmigo misma por ello.

—Hace un tiempo perdí una cosa, en la fiesta de la hoguera. —Se retuerce las manos—. Me preguntaba si quizá la ha encontrado alguno de vuestros voluntarios.

—¿Qué era?

—Un pendiente. Un pendiente con un diamante.

Concentro mi atención en otra caja de cartón y empiezo a quitar la cinta adhesiva.

Claro, por eso está aquí. No para ayudar, sino para ver si hemos encontrado su joya perdida.

Es extraño que esto me consuele, saber que no ha venido a ayudar con la limpieza. Sé que no debería sentirme así, pero sigo consternada por lo agradable que ha sido con Jude y Ari esta mañana. Es difícil reconciliar esa actitud con mis recuerdos borrosos de la hoguera.

—Oh, qué mal —dice Quint. Él sabe (todos lo sabemos) lo improbable que es que algo así aparezca. La arena de la playa cambia cada día. Algo tan pequeño como un pendiente se perdería para siempre en cuestión de horas, arrastrado por el mar o enterrado para los restos.

Pero... algo me dice que eso no fue lo que pasó con el pendiente de Maya. Aunque no lo sé con seguridad, tengo la sensación de que fue su pendiente lo que recogió la buscadora de metales que vi ayer. No vi bien lo que encontró, pero recuerdo cómo brillaba bajo el sol.

Hago una bola con la cinta y la lanzo a uno de los cubos de basura fuera de la tienda.

Rebota contra el lateral y cae sobre la arena.

Resoplo.

Al menos es una buena excusa para evitar mirar a Maya. Sé que tengo la culpabilidad escrita en la frente, aunque... A ver, yo en realidad no *hice* nada. Fue el universo. Castigos y recompensas. *Karma*.

—Lo siento mucho —dice Quint—. No creo que nadie haya entregado algo así. ¿No, Prudence?

Me detengo a medio camino de recoger la cinta.

—¿Alguien ha entregado un pendiente? —repite.

—Como este —añade Maya, obligándome a hacer contacto visual con ella. Tiene una pequeña caja en la mano y en el interior hay un sencillo pendiente de lágrima. Una delicada filigrana dorada rodea un diamante solitario. Es un diamante grande, más grande que la piedra de la alianza de boda de mi madre.

Lo que me sorprende de la joya, no obstante, es su parte de atrás. Es el tipo de pendiente que tiene una especie de palanca que se cierra sobre el palillo, cerrando el círculo para evitar que el pendiente se caiga.

Tengo un par de pendientes así y sé que, a menos que esa palanca se rompa, son prácticamente imposibles de perder.

A menos que el karma lo quiera así.

—Uhm, no —tartamudeo, con una sonrisa de disculpa—. No he visto nada parecido.

—Puedo avisar a los voluntarios para que estén atentos —dice Quint—. ¿Dónde estabas cuando lo perdiste?

—Por allí, junto al acantilado —dice Maya—. Por favor, avísame si alguien lo encuentra. Estos pendientes eran de mi abuela. Eran... —Se detiene, y tenso los hombros. La emoción llena su voz cuando continúa—: Falleció el año pasado y son lo último que me dio y... y yo solo... He venido aquí casi cada día desde la fiesta, para buscarlo...

El remordimiento me araña el interior de la garganta.

Pero yo no he hecho nada malo. Perder ese pendiente fue culpa suya. ¡Fue un castigo del universo!

—Bueno, todavía tengo uno. Algo es algo —dice Maya, con una sonrisa débil—. Pero no es lo mismo.

—Lo siento mucho —dice Quint—. Te avisaré si aparece.

—Gracias, Quint. —Hace una pausa y nos mira a ambos—. Por cierto..., veros a los dos trabajando juntos y que aparentemente no estéis contemplando el asesinato es *realmente* extraño. Me siento como si acabara de adentrarme en la *Dimensión Desconocida*.

Quint se ríe mientras me mira.

—Sí. Nosotros también.

—Bueno, es inspirador —dice Maya. Entonces, para mi sorpresa, toma una de las bolsas—. Supongo que iré a hacer mi parte.

Se dirige a la playa, en dirección al acantilado. La miro el tiempo suficiente para verla detenerse, recoger un folleto azul y meterlo en la bolsa.

—Vaya —dice Quint—. Tiene que ser horrible perder algo con tanto valor sentimental. Mi abuelo me dio una vieja pelota de béisbol, firmada por todo el equipo de los LA Dodgers en 1965. Si alguna vez le pasara algo, estaría destrozado.

Inhalo profundamente para intentar quitarme el peso del pecho.

—Sí. Horrible.

—Disculpa, ¿eres Prudence Barnett? —Me giro para ver a un hombre con irnos vaqueros y una sudadera azul de Fortuna Beach. Lleva una cámara grande colgando del cuello.

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Jason Nguyen, del *Chronicle*. Hablamos anoche por teléfono.

—Oh, ¡sí! ¡Hola! Gracias por venir.

—No me lo habría perdido. Es un gran evento. Me encantaría escribir un artículo para publicarlo en el periódico de mañana. Quizá podríamos publicar también algo más largo sobre el centro para el próximo domingo. ¿Te importa que te haga algunas preguntas?

—Oh, guau. Eso sería estupendo. Sí, por supuesto, pero... —Miro a Quint, que parece asombrado por el hecho de que nuestro pequeño evento haya llamado la atención de un periodista de verdad—. Seguramente tiene más sentido que hables con Quint. Su madre es la fundadora del centro y lleva trabajando allí como voluntario mucho más tiempo que yo. Además, si necesitas alguna fotografía para los artículos, él podría enseñarte algunas realmente increíbles.

El asombro de Quint desaparece, reemplazado por vergüenza.

—Eso sería perfecto —dice el periodista. Quint y él se dirigen a la playa y, aunque intento no mirar, no puedo evitar echarles un vistazo siempre que no estoy ocupada respondiendo las preguntas de los voluntarios. Quint habla apasionadamente: su lenguaje corporal es exuberante y sus expresiones van de la consternación (imagino que está contando historias sobre el triste estado en el que son encontrados algunos animales) al éxtasis cuando la conversación vira a temas más animados (las personalidades únicas de los pacientes y lo que se siente al devolverlos al océano). Mientras habla, el periodista toma montones de notas y de vez en cuando hace una fotografía de los voluntarios y de la basura que estamos recogiendo.

A mediodía, la playa está tan inmaculada como si la humanidad nunca hubiera puesto un pie en ella. Quint y yo ayudamos a los voluntarios a vaciar sus bolsas en los cubos, organizando la basura para separarla de lo

reciclable. Me sorprende que algunos de los voluntarios, que ya han empezado a dejarse llevar por esto del altruismo, corran a ayudarnos.

Al final, Quint declara que todo el mundo ha hecho un trabajo estupendo y les da las gracias por su ayuda. Mientras pronuncio el discurso que he preparado sobre el centro y su misión (que solo me roba seis minutos de mi vida, me cronometr  hace un par de días), Quint llama a su madre y le pide que traiga el remolque.

Ha llegado el momento de devolver algunos animales a sus hogares.



29

Un bocinazo atrae mi atención hacia el paseo marítimo. La furgoneta, estampada con el logo del centro, se adentra en la arena. Los voluntarios la aclaman. Puedo oír los clics de la cámara de Jason.

Quint ayuda a su madre dándole instrucciones para girar de modo que la parte de atrás de la furgoneta quede hacia el agua. Parece una maniobra sencilla, pero conducir sobre las cambiantes arenas es complicado y cada verano hay historias de gente que pierde sus vehículos en el océano porque se acercan demasiado y las ruedas quedan atrapadas en la arena húmeda. Rosa es cauta y, además, seguramente ha hecho esto cientos de veces.

Mientras la furgoneta se detiene, la multitud se acerca, entusiasmada, con los teléfonos y las cámaras preparados. Quint y yo tenemos que recordarle a todo el mundo que se quede atrás para que las focas tengan un camino abierto para llegar al océano. Me han dicho que la mayoría de los animales liberados no pierden el tiempo cuando ven las olas rompiendo: están ansiosos por llegar hasta el agua y desaparecer en la acogedora bahía. Pero, de vez en cuando, según Quint, hay un animal que siente más curiosidad por los voluntarios y la gente que está en la playa ese día que por el agua. Los animales, a veces, quieren inspeccionar las bolsas con el

almuerzo o rodar por la arena como si intentaran divertir a los testigos, lo que es un recuerdo adorable para todos los involucrados, pero también puede causar algunas dificultades al equipo de liberación que intenta forzar al animal a ir a donde se supone que debe ir.

Rosa y Shauna salen de la furgoneta. Rosa saluda a la multitud con una sonrisa enorme, casi atolondrada.

—Vaya —exhala—. Esta es con mucha diferencia la vez que más gente se ha reunido para participar en una de nuestras liberaciones. Llevo haciendo este trabajo casi veinte años, pero esta es la primera vez que una puesta en libertad se hace pública. Me alegro mucho de que os hayáis unido a nosotros hoy, y os agradezco con todo mi corazón que hayáis ayudado a mantener la playa limpia y segura para estos animales increíbles. Creo que, después de ver cómo se alegran de regresar a su hábitat natural, estaréis tan contentos como yo de haber sido parte de este día. —Nos señala a Quint y a mí—. Y quiero dar las gracias especialmente a mi hijo, Quint, y a nuestra voluntaria más reciente, Prudence, por hacer esto realidad.

Saludo a la multitud, incómoda. La gente aplaude, educada aunque un poco impaciente. Me atrevo a mirar a Quint; compartimos una mirada orgullosa y después... me guiña el ojo.

Se me acelera el corazón.

—Después de la liberación, estaré encantada de responder las preguntas que podáis tener —dice Rosa—, pero por ahora, sé que no estáis aquí para verme. Estáis aquí para ver a Pepper, Tyrion, Chip y Navy, cuatro focas moteadas que están ansiosas por volver a casa.

Rosa y Shauna abren la parte de atrás de la furgoneta, revelando cuatro jaulas. Ojos oscuros y caras peludas y con bigotes miran a través de los barrotes, y un unánime *oh* se eleva entre los testigos.

Descargamos las cajas sobre la arena. Rosa le recuerda a todo el mundo que no puede acercarse a los animales ni darles comida.

—Pero tomad tantas fotografías como queráis —añado—. Y, por favor, etiquetadnos si las subís a las redes sociales.

Tras las puertas con barrotes de las jaulas puedo ver a las focas mirando el exterior, observando el océano con curiosidad. Hay una sensación casi abrumadora de anticipación.

Las puertas se abren.

Tres de las cuatro focas salen corriendo de las jaulas como si estuvieran en el Derby de Kentucky. Se arrastran hacia la orilla, en grupo, golpeando la arena con las aletas. Se zambullen en el agua y, en cuestión de segundos, han desaparecido bajo las olas.

La cuarta foca moteada, Chip, es más insegura. Se toma su tiempo para sacar la cabeza de la jaula, fijándose en lo que la rodea. Inspecciona a la multitud y con timidez, dubitativa, sale de la jaula. Y después se queda allí, mirando a su alrededor como si estuviera confusa. Rosa y Quint tienen que sacar un par de tablas de la furgoneta y usarlas para dirigir a Chip hacia el agua, como si condujeran a un cerdo difícil hacia su pocilga.

Al final, Chip parece hacerse a la idea y empieza a avanzar con lentitud hacia las olas. Una de las otras focas saca la cabeza del agua, como si hubiera estado esperando a que su amiga se uniera a ellas.

Chip chapotea en el océano.

La gente estalla en vítores.

Durante los siguientes diez minutos, las focas pueden verse en la costa, jugando y sumergiéndose juntas, disfrutando de su nueva libertad. Las miramos, intentando captar tanto como podemos con las cámaras y teléfonos.

Y después desaparecen.

Mi corazón alcanza el tamaño de una pifia en el interior de mi pedio. Inhalo profundamente, intentando grabar este recuerdo en los pliegues de mi mente. El olor del océano, el aguijón del viento, el resplandor del sol. Incluso hay lágrimas reunidas en las comisuras de mis ojos, y parte de mí quiere pensar que es irritación por el viento, pero entonces veo que no soy la única secándose las lágrimas. De hecho, cuando miro a mi alrededor, me sorprende ver a Maya todavía aquí y con los ojos brillantes.

Ella me mira y compartimos una sonrisa, ambas avergonzadas por haber sido pilladas con las emociones a la vista, pero también extrañamente unidas por esto tan especial que acabamos de ver.

Me concentro en otra persona al fondo de la multitud, alguien a quien no había visto antes.

Contengo la respiración. Es la buscadora de metales, la misma mujer que encontró el pendiente.

Está muy lejos, como si no formara parte del todo de nuestra pequeña celebración, pero estoy segura de que ha visto la liberación. Me lo dice la sonrisa que aún queda en su boca arrugada.

Trago saliva. Busco a Maya, pero se ha marchado. Miro a mi alrededor y la veo en la playa, dirigiéndose al paseo marítimo. Tiene los hombros encorvados y las manos metidas en el bolsillo delantero de esa sudadera enorme.

Vuelvo a mirar a la buscadora. Lleva el mismo cinturón con la patita y la botella de agua y la bolsita para guardar sus hallazgos.

Me recuerdo las cosas malas que Maya dijo sobre Jude.

Me recuerdo que aquella dulce anciana estaba recogiendo basura de nuestra playa no porque le hubieran prometido algo a cambio, sino solo porque es lo correcto.

Pero entonces pienso en el nudo en la garganta de Maya cuando nos ha explicado que los pendientes habían sido un regalo de su abuela.

La guerra en mi corazón es breve pero intensa.

La multitud de voluntarios empieza a dispersarse, muchos hablando de ir al centro para tomar una taza de café en Java Jive. Me cuelo entre la gente y corro hacia la buscadora mientras ella también empieza a alejarse.

Está ajustando una rueda en su detector de metales cuando la alcanzo.

—¿Disculpe?

Levanta la mirada y sé que tarda un momento en ubicarme, pero después sonrío con amabilidad.

—Hola de nuevo.

—Hola. Eh... ¿Qué le ha parecido la liberación?

No sé por qué le he preguntado eso; tal vez porque parece que empezar con una charla trivial es mejor que ir directa a lo que de verdad quiero preguntarle.

—Maravillosa —dice—. Me encanta el centro de recuperación y lo que hacen. ¿Sabes? En todos los años que llevo haciendo esto, he encontrado tres focas y una nutria marina en la playa. Me gusta saber que tenemos un sitio cerca donde pueden ayudarlas.

—¿Sí? Vaya. Eso es increíble. Es usted una heroína.

Se ríe.

—Solo soy alguien que de verdad ama esta ciudad y sus playas.

—Es genial lo que hace. Ya sabe, ayudar a mantenerlas limpias. Esta limpieza ha sido estupenda, pero... usted ha reunido más basura en el transcurso de los años que todos nosotros juntos.

Se encoge de hombros.

—Me mantiene entretenida. Y me gusta buscar tesoros enterrados. —Da una palmada al detector—. Te sorprendería saber las cosas que se pueden encontrar.

Es mi entrada y me preparo, intentando no parecer demasiado ansiosa.

—Hablando de eso. Hay una chica, alguien a quien conozco del instituto, que perdió algo aquí hace un par de semanas. Un pendiente. Un pendiente con un diamante. —La mujer levanta las cejas—. Es muy importante para ella. Los pendientes eran de su abuela, que falleció, y... Bueno. Por casualidad no habrá encontrado algo así, ¿verdad?

Hay un segundo, el segundo más breve, en el que espero que mienta. Después de todo, un pendiente con un diamante de verdad podría ser lo más valioso que ha encontrado nunca. El que lo encuentra se lo queda, ¿verdad?

Pero entonces da un paso hacia mí, casi fervorosa.

—En realidad, sí. Encontré un pendiente de diamante. Justo después de hablar contigo. Por allí. —Señala el mismo punto donde la vi encontrar el pendiente ayer por la tarde.

—¡Oh! Genial —digo, aliviada porque no parece molesta en absoluto al descubrir que su tesoro enterrado pertenece a otra persona. Eso es estupendo. ¡Se pondrá muy contenta!

—Pero ya no lo tengo.

Me detengo.

—¿Qué?

—Lo he vendido. Es lo que hago cuando encuentro algo que podría tener valor. Lo he llevado a la tienda de empeños de la Séptima. Me ofrecería a devolver el dinero, pero... —Hace una mueca—. Tampoco lo tengo ya.

—¿En serio? Pero... eso fue ayer.

Hago la cuenta en mi cabeza. Si ha vendido el pendiente esta mañana y después ha venido aquí... Solo ha tenido una hora o dos para gastar el dinero. ¿Qué podría haber hecho con él? Me muero por preguntárselo, aunque sé que no es asunto mío.

—Lo sé. Normalmente no lo gasto tan rápido —dice la mujer, riéndose—. Pero cuando veo una causa que merece la pena, como el centro de recuperación, me cuesta mucho decir que no. —Señala la carpa.

Sigo su mirada. Rosa está hablando con el periodista. Quint está metiendo las bolsas que han sobrado de nuevo en las cajas de cartón. Shauna está...

Shauna está poniendo la tapa al enorme tarro de cristal, lleno casi hasta los bordes de dinero.

—Oh, entiendo.

Miro de nuevo a la mujer, sobrecogida. ¿Encuentra un pendiente con un diamante (un golpe de suerte total), lo vende y de inmediato entrega ese dinero a un centro de recuperación de animales?

Por Dios. ¿Debería pedir que la beatifiquen?

Viendo mi expresión, niega con la cabeza tímidamente.

—No necesito más dinero. Estoy jubilada con una buena pensión, mis hijos son adultos y tienen sus propias familias. Tengo más de lo que podría pedir en esta vida, Cuando me cae dinero del cielo, pienso que el universo lo pone en mi camino para que pueda hacer algo bueno con él. Vi cómo repartíais folletos ayer y después he sido testigo de cómo soltabais a esos animales... Bueno, han sido demasiadas señales del universo que no estaba dispuesta a ignorar.

Asiento, comprensiva.

—Sé exactamente a lo que se refiere.

—Pero todavía tenemos el problema de tu amiga. Lo siento mucho.

—No... No pasa nada. Ya se me ocurrirá algo. Quizá si hablo con la casa de empeños... me lo devolverán. O algo. —Dudo—. Sé que no es asunto mío pero, uhm... ¿podría decirme cuánto dinero le han dado por él? Para tener una idea de por cuánto podrían esperar venderlo.

—Bueno —me dice—. Clark, que es el propietario, dice que valdría más con su pareja, por supuesto. No hay demasiada gente interesada en un

solo pendiente. Y no paga el valor del mercado. Tiene que ganar algo él mismo, naturalmente...

Noto que se detiene y creo que quizá está avergonzada, pero no sé por qué.

Hasta que...

—Pero, bueno. Me ha pagado mil doscientos por él.

Me siento como si acabaran de darme un empujón en el pecho. Incluso doy un paso atrás.

Una oleada de emociones cae en cascada sobre mí.

Esta mujer acaba de entregar mil doscientos dólares como si no fuera nada... Y por eso, ahora estoy segura, es por lo que parece avergonzada. No hay duda de que pretendía que el donativo fuera anónimo.

Y entonces... me doy cuenta.

Mil doscientos. ¡Nuestra recogida de fondos ha obtenido mil doscientos dólares hoy! ¡Y eso de una sola persona! Quint y yo nos habríamos sentido afortunados con la mitad de eso.

Aunque... ¿es realmente nuestro dinero? ¿Debemos quedárnoslo?

La cabeza me da vueltas. ¿Cómo se ha complicado esto tan rápido?

—Espero que todo le salga bien a tu amiga —dice la mujer, sinceramente preocupada—. Sería terrible que perdiera una herencia familiar. Pero Clark es un tipo razonable. Quizá consigas llegar a un acuerdo.



El comprador de cualquier artículo solo puede adquirir lo que el vendedor tiene el poder de transferir. La propiedad sigue siendo de su propietario legal.

Esto lo he descubierto después de un par de búsquedas rápidas en Google. Un artículo sigue perteneciendo a su propietario legal, sin importar quién lo haya comprado o vendido sin su consentimiento. La mayoría de los textos que he encontrado hablan de propiedad robada que termina vendida en casas de empeños. Sé que el pendiente de Maya no fue *robado*, pero el resultado es casi el mismo: sigue siendo la propietaria legal del pendiente. Si fuera a la casa de empeños y pidiera que se lo devolvieran, estarían obligados a hacerlo, sobre todo si presenta alguna prueba de que es *su* pendiente. Supongo que mostrar el compañero sería prueba de sobra.

Y esto es lo que he decidido, pese a la interferencia del universo.

La falta de Maya (las cosas hirientes que dijo de mi hermano) no merecía el castigo que recibió, Estoy convencida de que ese día no *pretendía* ser cruel (aunque no puedo decir lo mismo de sus amigas). Y ahora ha perdido una valiosa herencia familiar. A pesar de su valor monetario, sé que ese pendiente siempre será más valioso para Maya, y

quizá algún día para sus hijos o nietos, que para cualquiera que pudiera comprarlo en la tienda de empeños. Sobre todo porque alguien que compra un solo pendiente probablemente está planeando extraer el diamante y convertirlo en una pieza de joyería diferente.

Entonces, el legado se habría perdido para siempre.

Así que, bueno. Maya debería recuperar el pendiente.

Pero...

Ningún otro de los que se han visto involucrados en esta situación ha hecho ningún mal.

La buscadora de metales no hizo nada malo cuando encontró el pendiente o cuando decidió venderlo.

Clark, el propietario de la tienda de empeños, no hizo nada malo cuando pagó mil doscientos dólares por él.

El centro de recuperación no hizo nada malo cuando recibió ese dinero como donativo.

Si le pidiera a Rosa que me diera el dinero para recomprar el pendiente..., eso perjudicaría al centro.

Si le dijera a Clark que Maya es la propietaria legítima, se vería obligado a devolvérselo y perdería todo ese dinero... Eso lo dañaría a él y a su negocio.

Podría decirle a Maya que vi su pendiente en la tienda de empeños y dejar que ella vaya a recuperarlo, pero eso solo serviría para evitarme una interacción incómoda.

Así que ¿qué debería hacer?

Pensar en ello me ha provocado dolor de cabeza y, por primera vez desde que me di cuenta de que tenía el poder de impartir justicia kármica, estoy enfadada con él. ¿Por qué ha tejido el universo esta complicada red y me ha dejado a mí atrapada en su centro?

Es un acertijo sobre el que llevo deliberando toda la mañana, intentando encontrar una solución en la que nadie salga herido, pensando y pensando y dándole vueltas a las cosas mientras mis manos están ocupadas organizando y enjuagando cubo tras cubo de pescado. No me he dado cuenta hasta que he llegado de que Quint no estaba en el horario. No trabaja hasta el

miércoles y yo tengo el miércoles libre, y me incomoda lo mucho que me ha decepcionado eso.

Quint Erickson.

Que durante tantos meses me ha provocado tan solo desprecio. Que ha sido la fuente de una insondable irritación. Que hacía hervir mi sangre de ira. Al que he fantaseado con estrangular en más de una ocasión.

Que no es para nada lo que yo esperaba.

Es un problema descubrir que me equivocaba con él. Porque, si no lo odio, de repente hay un enorme espacio vacío donde esos sentimientos solían estar y..., bueno, ese espacio parece estar llenándose con algo totalmente distinto.

Es bastante aterrador. A pesar de que hemos llegado a estar cómodos en la presencia del otro y de cómo me ha sonreído estos últimos días (aunque sonrío a todo el mundo, tengo que recordármelo), a pesar de todo eso, no creo que Quint esté interesado en mí en *ese* sentido. No creo que lo esté. Nos hemos hecho amigos, más o menos, lo que me alegra, por una parte. Pero también me entristece.

El divertido, despreocupado y desquiciantemente encantador Quint Erickson... ¿colado de Prudence la Prudente?

Sí. Claro.

Así que quizá es bueno que mi mente haya estado ocupada todo el día con las implicaciones éticas de un pendiente perdido. Así no se desvía demasiado a menudo al tema de Quint. Porque ese camino es peligroso.

Termino de preparar la comida y hago una limpieza rápida de la cocina antes de colgar mi delantal. Empiezo a atravesar el pasillo, mirando sobre los muretes para ver a los pacientes que todavía no han trasladado al patio. Casi la mitad de los recintos están vacíos ahora. La temporada alta ha terminado y me han contado que el centro casi se vacía por completo entre este momento y el invierno, antes de que la temporada de cría en primavera nos traiga un montón de pacientes nuevos, Rosa me contó, después de la liberación, que esta es una época del año estupenda para concentrarse en las campañas de recogida de fondos y de comunicación con la comunidad porque no están tan atareados.

Técnicamente, ahora que he terminado podría irme a casa. No me han entrenado todavía para ayudar en el cuidado activo de los animales, así que no hay mucho más que pueda hacer. Pero me tomo mi tiempo, observando a una foca dormitando en su manta un rato y a un voluntario limpiando la herida infectada de una de las tortugas marinas. Intento descubrir cuántos de los pacientes puedo nombrar sin mirar sus historias y me sorprende ver que reconozco a la mayoría. Hay señales claras: heridas o cicatrices que han dejado atrás distintos traumas y las marcas geométricas que rasuramos en su pelo para ayudar a identificarlos. Pero hay también otras cosas. Una característica agrupación de motas en la frente de Junebug. El color tostado del lomo de Clover. Cómo ladra Galileo, parecido a una carcajada divertida.

Entonces me topo con un león marino y me detengo.

Lo reconozco de inmediato. Y... sí, la bruma de sus ojos es seguramente una pista fácil, pero creo que lo habría reconocido de todos modos.

Compruebo el historial y ahí está el nombre que le puse, justo en la parte superior. Lennon.

—Hola, colega —digo, cruzando los brazos sobre la pared que nos separa—. ¿Cómo va?

Lennon alza la cabeza y después se levanta sobre las cuatro aletas y se acerca a mí. Parecía muy pequeño en la playa y sé que sigue muy por debajo de su peso comparado con un león marino sano, pero aun así parece mucho más grande hoy. Su cabeza, cuando se levanta, llega casi a mi cintura. Me acerca el hocico, agita sus bigotes negros y...

Oh, no puedo evitarlo, Me inclino y le acaricio la parte superior de la cabeza. Se presiona contra mi mano.

—Madre mía, qué suave eres —musito, Es la primera vez que foco a uno de los animales y, aunque era consciente de que solían cazarlos por su piel y convertirlos en abrigos de lujo, no había comprendido por qué hasta ahora. ¿Quién no querría envolverse en algo tan sedoso? Por supuesto, la idea me hace sentirme un poco Cruella de Vil, pero la descarto—. No te preocupes. No te convertiré en una chaqueta. De todos modos, aquí nunca llega a hacer tanto frío.

Lennon retrocede y, para mi sorpresa, levanta una aleta y la agita rápidamente.

—No puede ser —exhalo—. ¿Acabas de saludarme?

Vuelve a acercar el hocico. Riéndome, lo acaricio, sin reservas esta vez. Empiezo a sentir los ojos inundados de emoción.

—Yo también me alegro de verte. Pareces estar mucho mejor que ayer.

Siento el corazón como un globo, expandiéndose e hinchándose hasta que todo mi pecho está lleno.

Nunca he querido a un animal. Ni siquiera a ese jerbo.

Pero, *guau*. Me siento repentina e inexplicablemente enamorada de este pequeño pinnípedo.

Lo examino, algo que no había tenido tiempo de hacer en la playa. Por delante tiene casi un tono dorado, aunque su cabeza y su lomo son más oscuros, como el bronce envejecido. Sus bigotes son más cortos que los de los demás leones marinos que he visto, y hay una colección de pecas blancas entre sus ojos. Como el resto, ahora tiene símbolos rasurados en su pelo: dos guiones y una flecha que señala hacia arriba. No sé qué número es ese.

Las heridas de su cuerpo no parecen tan graves ahora que las han limpiado. Puede que esté herido, pero su aspecto es muchísimo mejor que el de algunos de los animales que he visto en las fotos de Quint.

Además, es precioso. El león marino más guapo que he visto nunca, en toda mi vida.

Finjo mirar a la foca moteada del recinto contiguo antes de inclinarme hacia Lennon y susurrar:

—No se lo digas a nadie, pero tú eres mi favorito.

Baja y sube la cabeza un par de veces, como si no le sorprendiera. Después empieza a moverse alrededor de su pequeño cubículo, inspeccionando la manta de la esquina, el desagüe, la pequeña bañera con agua. Me parece superprecoz y sé que no estará aquí mucho tiempo. Dentro de nada estará en el patio, trabando amistad con el resto de los animales.

Suspiro.

Durante mis primeros días en el centro, estaba segura de que la parte más dura del trabajo sería lidiar con el hedor a pescado que cargaba el aire,

las paredes y (al final del día) mi ropa y mi cabello. Pero eso no es lo peor.

Intentar no crear lazos con los animales es muchísimo más difícil. Al menos, lo es ahora. Es curioso, porque no me pareció algo demasiado terrible cuando no eran más que un puñado de desconocidos del océano. Era como ir al zoológico cada día. Puedes detenerte y mirar a tu animal favorito durante algunos minutos, pero pronto te aburres y te marchas a comprar un *pretzel*.

Pero esto no es para nada así. Me siento unida a Lennon.

No habléis con los animales, nos dicen. No juguéis con ellos. Intentad no hacer contacto visual con ellos. No deben confiar en la gente. No pueden volverse dependientes.

Pero, a pesar de saberlo, a pesar de la importancia que todo el mundo da a esta norma, siento una chispa de rebeldía tras mi esternón.

Me aparto del murete y miro a ambos lados del pasillo. Es la hora de comer. La mayoría de los voluntarios están tomando un descanso. Rosa y Shauna están por aquí, en alguna parte, y seguramente también la doctora Jindal, pero no las he visto en todo el día.

Segura de que la planta está vacía (de humanos, al menos), quito el cerrojo de la puerta. Chirría un poco cuando la abro.

Lennon ladra, entusiasmado, cuando entro.

Lo acallo, extendiendo las manos en lo que espero que sea un movimiento tranquilizador. De inmediato se lanza hacia delante e intenta mordisquear uno de mis dedos.

—Oye, nada de eso —le digo, apartando las manos—. No tengo pescado para ti.

Aunque sin duda puede olerlo en mis dedos.

—Lo siento. Debería haberte traído un tentempié. La próxima vez, ¿vale?

Cierro la puerta a mi espalda y paso el cerrojo. El suelo de baldosas tiene pequeños charcos de agua, pero los ignoro. Apoyo la espalda en la pared y me deslizo para sentarme a su lado.

Él me imita, girándose hasta que su cola está contra la pared. Me río de nuevo. Este bicho podría estar en un circo. Quizá debería sacarlo de aquí y

convertimos en un dúo de artistas famoso. Yo cantaré canciones de los Beatles en el karaoke y le enseñaré trucos. ¡Seríamos un éxito!

—Ojalá fueras una morsa —digo, acariciándole la parte de atrás del cuello. Entonces, riéndome de mi propio ingenio, susurro—: *Coocooca-choo*.

Con una mano en su lomo, apoyo la cabeza contra la pared. De inmediato mis pensamientos vuelven a los dos temas que han ocupado mi mente todo el día.

El pendiente.

Y Quint.

No quiero pensar en nada de eso.

—Bueno, mañana por la noche voy a reunirme con mi amiga Ari en nuestro restaurante favorito —le cuento—. Puede que Jude también venga. Es mi hermano. Los conociste a ambos, ¿te acuerdas? Como sea, vamos a ir a ese sitio que nos gusta y que se llama Encanto. Hacen un estofado de marisco genial. A ti te encantaría. Ey, me pregunto si la chica del karaoke volverá a estar allí.

Lennon baja la cabeza, rozándome la pierna.

—No, no puedo llevarte al karaoke conmigo. Lo siento. Pero ¿sabes qué podría hacer?

Levanta la aleta delantera de nuevo y la agita rápidamente, como ha hecho antes.

—Exacto. Debería ir temprano y pasar un par de horas rectificando delitos kármicos. Recompensando a la gente, castigándola... Quizá eso me haría sentir mejor. A ver, no creo que toda la justicia que he impartido hasta ahora haya terminado complicándose. La mayoría se merece lo que recibió, ¿verdad?

En respuesta, Lennon se acerca a mí y baja la cabeza sobre mi muslo.

Inhalo bruscamente y me quedo muy quieta. Mi corazón ya ha estado a punto de explotar cuando me ha saludado antes, pero ahora es posible que lo haga definitivamente. Me siento como si una cálida y viscosa alegría estuviera inundando todo mi cuerpo.

—De acuerdo, tacha lo del dúo artístico —murmuro—. Tú podrías ser mi león marino terapeuta. Te sacaré la licencia, ¿de acuerdo?

Empiezo a acariciarle la parte superior de la cabeza de nuevo y se pone de lado, casi como si estuviera acurrucándose.

—Ah, chico. Esto podría ser lo mejor que me ha pasado nunca. —Niego con la cabeza, un poco triste—. Pero de verdad espero que esto no te incapacite para vivir en el océano.

—Entonces, ¿*estás* preocupada?

Me sobresalto y lo único que evita que me ponga en pie es la cabeza de Lennon sobre mi pierna.

La doctora Jindal está al otro lado del recinto, observándonos con los brazos cruzados sobre el pecho.



—¿Prudence? —dice, frunciendo el ceño—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Lo siento! —exclamo, aunque no he hecho nada. No me he llevado nada. No tengo *nada* por lo que disculparme.

Empiezo a meter el dinero de nuevo en el tarro.

—¡Es que me moría de ganas de saber cuánto habíamos conseguido! —me río, y sé lo nerviosa que sueno, lo incriminatoria que es esa risa. Me tiemblan las manos—. El suspense me estaba matando.

Quint se ríe, un poco indeciso.

—Sí, ya. Le he preguntado a Shauna antes y me ha dicho que todavía no se había puesto con ello. Que nos lo dirá mañana.

—*Argh*, ¡mañana! ¡Eso es una eternidad!

Estoy exagerando demasiado. Intento calmarme mientras vuelvo a enroscar la tapa.

—Lo sé. ¿Y?

Lo miro fijamente.

—¿Y?

Levanta las cejas y señala el tarro.

—¿Cuánto hemos conseguido?

—¡Oh! Eh... —Me encojo de hombros, impotente—. Solo había organizado los billetes. No había tenido tiempo de contarlos todavía.

—Oh. —Aún parece escéptico, aunque asiente—. Supongo que será una sorpresa para ambos. —Un momento de incómodo silencio pasa entre nosotros antes de que el rostro de Quint empiece a animarse—. Sea cuanto sea, sé que todo el mundo está contento con cómo se desarrolló la limpieza. Mamá dice que incluso hemos recibido algunas llamadas de posibles voluntarios.

—¿En serio? Eso es genial.

—Sí.

Aprieta los labios y sé que quiere decir algo, pero sigo demasiado nerviosa para adivinar qué es, demasiado asustada por si me acusa de robar. Lo que... no he hecho. Lo que... no habría sido el caso.

¿O sí?

No. *No*. No soy una ladrona. Los ladrones son mala gente. Yo no soy una mala persona.

Me aclaro la garganta e interrumpo lo que sea que fuera a decir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Después, dándome cuenta de que es una pregunta que suena a culpable, lo enmiendo—. Creí que hoy no tenías que venir.

—No tenía que venir. —Se apoya en el quicio—. ¿Te lo ha contado alguien? Lo de Lennon.

—¡Oh! Sí. La ceguera.

Asiente y sé que espera a ver cómo lo llevo, a ver si esta noticia me ha devastado. Como no rompo en sollozos, continúa:

—Y van a intentar presentarle a Luna.

—¡Eso! Sí. Exacto. Claro, has venido por eso.

Se ríe. Su expresión ya no es acusatoria y mi pulso desbocado regresa a la normalidad gradualmente.

—Por eso te estaba buscando. Están preparándose para trasladar a Lennon.

—Oh, ¡genial! ¡Vamos!

Paso a su lado, ansiosa por abandonar este despacho, pero apenas doy dos pasos en la sala de descanso cuando Quint me agarra del brazo.

—Oye, ¿puedo preguntarte una cosa?

Miro atrás, llena de temor.

—Claro. Por supuesto.

—¿Cómo...? Uhm... —Aparta la mano y la deja en su costado un segundo. Después se rasca la nuca—. Cuando Shauna cuente los donativos, ¿cómo quieres que te informemos? Podría llamarte o... enviarte un mensaje. O un *email*.

Lo miro fijamente.

—Uhm. A ver, mañana es martes. Así que... estaré aquí. Podrías solo... decírmelo.

—Ya, pero lo he contado y... hoy es tu decimosexto día como voluntaria. Según nuestro acuerdo, eso significa que hoy es tu último día.

Retrocedo, sorprendida. Mi boca forma una O de sorpresa, pero no emito ningún sonido.

Libertad, pienso. Tengo el resto del verano para hacer lo que quiera.

¿Por qué esa idea no me proporciona ninguna alegría?

—Y, por si no estás segura, yo te ayudaré con el informe revisado. Para el señor Chavez. Tú has cumplido tu parte del trato, así que yo...

—No voy a marcharme.

Quint se queda inmóvil.

—¿No?

—Quiero quedarme. A ver... Lennon me necesita. —Señalo vagamente la primera planta—. Y todavía tengo muchas ideas más para ganar dinero y concienciar a la gente. Acabamos de empezar, ¿no?

Su vacilación se divide en una sonrisa.

—Sí, Así es. Es que no sabía... No estaba seguro de qué ibas a hacer.

—Bueno. Esto es lo que voy a hacer. —Le golpeo el hombro de un modo que podría considerarse coqueto—. Venga, Quint. Ya me conoces. Sabes que no puedo dejar un trabajo a medio terminar.

Me enseña sus dientes perfectos en una sonrisa perfecta.

—Contaba con ello.

Contengo el aliento.

Noto que Quint, a mi lado, hace lo mismo.

Rosa abre la puerta de la jaula de Luna.

Luna (siempre curiosa y enérgica) no pierde tiempo en salir. Pero se detiene cuando ve a Lennon tumbado al sol de última hora de la tarde junto a la pequeña piscina excavada. La piscina que ahora tendrán que compartir, si es que se llevan bien.

No puedo creer lo nerviosa que estoy. Esto es importante. Quiero que sean amigos. Los *mejores* amigos. Hay incluso una parte tonta de mí que espera que sean algo más. Porque, si van a enviarte a un zoológico para que vivas allí el resto de tus días, rodeado de paredes de cristal y criadores, ¿no sería agradable al menos estar allí con tu alma gemela?

Luna se levanta sobre sus aletas delanteras y avanza con vacilación en dirección a Lennon. De repente, él alza la cabeza y se gira para mirarla. Me pregunto cómo ve. No creo que esté totalmente ciego todavía, pero está claro que ha empezado a confiar en sus otros sentidos. Rueda y él también avanza sobre sus aletas.

Se produce una pausa mientras se miran, separados por la piscina.

Entonces Luna deja escapar un ladrido alegre y avanza hacia delante para zambullirse en el agua. Rueda un par de veces antes de subir junto a Lennon.

Me llevo las manos a la boca, esperando su reacción. Él ladea la cabeza. Parece confuso, incluso molesto por que esta desconocida haya invadido su santuario.

Pero entonces levanta una aleta y la agita, justo como me ha saludado a mí antes.

Después aterriza sobre su panza justo encima de Luna.

Dejo escapar una carcajada y agarro el brazo de Quint. Pone su mano sobre la mía y me la aprieta. Nos miramos a los ojos, compartiendo una sonrisa atontada.

El encuentro rápidamente se disuelve en payasadas mientras Luna y Lennon empiezan a perseguirse el uno al otro alrededor de la piscina, entrando y saliendo del agua. Hay veces en las que comienzan a parecer agresivos, pero nunca dura mucho. Están jugando, comprobando sus límites. Conociéndose.

Aunque no sabemos si serán almas gemelas pinnípedas, parecen trabar amistad con facilidad. Me siento aliviada sabiendo que Lennon va a estar bien. Todo parece bastante predestinado.

—De acuerdo —dice Rosa, dando una palmada—. Yo diría que ha sido un éxito. Ahora dejaremos que se acostumbren, ¿de acuerdo?

Los voluntarios se retiran, pero Quint y yo nos quedamos un poco.

Quint empieza a alejarse y solo entonces me doy cuenta de que su mano sigue sobre la mía. Y la retira.

Yo también la aparto, porque..., bueno, porque sería raro no hacerlo. Por mucho que pudiera desear lo contrario.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —le digo—. Creo que esto podría haber sido lo más hermoso que he visto nunca.

—¿Incluso mejor que la liberación?

—¿Me convierte en una mala persona decir que sí?

—¡Shauna! ¿Qué llevas puesto?

Quint y yo dirigimos nuestra atención a la piscina contigua. El comentario de Morgan estaba tan lleno de consternación que casi espero ver a Shauna con un maillot de brillantitos y medias de red. Pero no, va vestida como nosotros, con su camiseta amarilla y irnos vaqueros azules descoloridos.

Oh, y botas de vaquero.

A juzgar por la mirada de Morgan, son las botas las que han provocado el comentario.

Shauna chasquea la lengua mientras lanza un cubo de pescado a una piscina, que es recibido por un coro de alegres ladridos de foca.

—No empieces con tus tonterías, Morgan.

Horrorizada, Morgan extiende los brazos, apoyándose en las muletas que lleva en las axilas.

—Parece de verdad. Dime que no es de verdad.

Cojea un par de pasos hacia delante, aunque Shauna y ella están separadas por una valla metálica.

—Te diré que lo que yo decida ponerme en los pies no es asunto tuyo.

—Shauna se cuelga del brazo el cubo vacío y se pone las manos en las

caderas—. Conozco tu opinión sobre este tema, Morgan, pero tú también tienes que aprender a respetar las decisiones de los demás. Estas botas fueron un capricho, y resulta que me gustan.

—¡Trabajas en un centro de recuperación de animales! —Morgan agita una muleta a su alrededor, señalando el patio lleno de fauna. Ha levantado la voz, llamando la atención del resto de los voluntarios. Tengo la sensación de que deberíamos dar la espalda al drama, pero me parece imposible. Entonces Morgan señala a una de las focas con la muleta—. ¿Te vestirías con una de *ellas*? ¿Qué tal un bonito abrigo de piel de foca, si resulta que te «gusta»?

Shauna le hace un sonido tan lleno de disgusto que sé que no cree que ese comentario sea merecedor de una respuesta. Pero, para mí, la conversación empieza a tener sentido. Miro las botas de nuevo.

Son de piel de serpiente. Seguramente tampoco fueron baratas.

Shauna le da la espalda a Morgan y se dirige al edificio.

—¡O amas a los animales o no lo haces! —grita Morgan a su espalda—. ¡Todos merecen vivir! ¡No puedes escoger cuáles sí y cuáles no!

Shauna se gira en la puerta, con sus mejillas arrugadas teñidas de rojo.

—Son *vintage* —dice—. Las compré en la casa de empeños de Toni. — Cuenta con los dedos—. Eso es reciclar, apoyar a un negocio local y asegurarme de que el sacrificio de esos animales tuvo un propósito mejor que terminar en un vertedero.

—No, es contribuir a una cultura que valora la moda y la vanidad por encima de la sacralidad de la vida.

Shauna levanta los brazos.

—¿Sabes? Los jóvenes tenéis opiniones muy fuertes, pero cuando lleguéis a mi edad habréis aprendido un par de cosas sobre no juzgar a los demás con tanta rapidez. —Deja escapar un gruñido frustrado y grita—: ¡A trabajar todo el mundo! —Después gira sobre sus talones y entra en el edificio. La puerta mosquitera se cierra a su espalda.

—Hipócrita —murmura Morgan con desprecio. Toma una carpeta de una mesa cercana y, aunque sé que está intentando trabajar, escribe con tanta fuerza que puedo oír el trazo del bolígrafo sobre el papel, como si este hubiera hecho algo para cabrearla. Me sorprende que no le haga un agujero.

Después de un par de segundos, sin levantar la mirada, Morgan alza una mano.

—Ya la habéis oído. ¡A trabajar!

Quint y yo nos miramos el uno al otro, con los hombros tensos. Después de un par de segundos, él parece recomponerse. Camina hacia Morgan como si se acercara a un animal salvaje.

Ahora puedo ver mejor su escayola. Los dibujos son sobre todo animales de granja acompañados de eslóganes veganos en mayúsculas. Cosas como AMIGOS, NO COMIDA. Y HAZ EL AMOR, NO SALCHICHAS. Aunque apenas conozco a Morgan, de algún modo no me sorprende que haya transformado su accesorio médico en una señal de protesta.

—Tú sí que sabes cómo hacer una reaparición —dice Quint. Ella frunce el ceño y luego baja los ojos hasta los zapatos de él.

Y después hasta los míos.

Trago saliva.

¿Es de piel alguna parte de mis zapatillas? Podría ser. Sinceramente, nunca antes había pensado en ello. Pero lo último que quiero ahora mismo es convertirme en el siguiente objetivo de la ira de Morgan.

No obstante, o paso la inspección o no lo sabe con seguridad o no cree que merezca la pena comenzar otra pelea. Agita una mano en la dirección por la que se ha ido Shauna.

—Odio ese argumento. Oh, es *vintage*, así que no pasa nada. Es una estupidez.

Quint asiente, pero no sé si está de acuerdo o si es solo una táctica para intentar calmarla.

Creo que yo seguramente también tendría que seguirle el rollo, pero... no puedo.

—Shauna tiene parte de razón —digo, acercándome a Quint. Él me echa una mirada de advertencia, pero lo ignoro—. ¿Preferirías que las hubieran tirado a la basura?

—¡Sí! —dice Morgan con contundencia. Yo retrocedo, sorprendida—. Porque, mientras la gente las compre y las use, la industria de la moda creará que hay mercado para ellas... ¡porque lo *hay*! Y eso significa que seguirán haciéndolas. Seguirán sacrificando animales inocentes, seguirán

criándolos en esas condiciones horribles e inhumanas. ¿Y para qué? ¿Por un par de zapatos? ¡Tenemos multitud de otros materiales con los que podríamos fabricar botas! Es asqueroso. En serio, ¿tú te las pondrías?

Hago una mueca.

—La piel de serpiente no me tira mucho.

Morgan pone los ojos en blanco.

—Oh, qué bondadoso por tu parte.

—Mira —dice Quint—. No sé quién tiene razón o quién se equivoca en esto, pero... la gente tiene distintos..., ya sabes, principios y esas cosas. Shauna lleva siglos trabajando aquí. Ha ayudado a salvar un montón de animales. Quizá eso lo equilibre.

—Buen intento —dice Morgan—. Pero la verdad es que, si las serpientes fueran tan adorables como estos chicos —señala a Lennon y Luna—, la conversación que estaríamos teniendo sería totalmente diferente. Da igual. Vale. Tú sigues comiendo tacos de cerdo y vistiendo zapatos de cuero. —Me mira los pies de nuevo y por un segundo me siento tan insignificante como un bicho—. Porque ser voluntario en un centro de recuperación lo compensa todo, ¿no?

Lanza la carpeta sobre la mesa y se marcha corriendo; tan rápido como puede, al menos, cojeando con sus muletas y su escayola rosa neón.

Cuando se ha marchado, Quint deja escapar un silbido grave.

—Lo siento. Cualquiera esperaría que supiera que es más fácil cambiar la opinión de la gente siendo un poco más amable, pero... —Se encoge de hombros.

Apenas estoy escuchando.

—Es extraño, ¿no? —musito, tanto para mí como para Quint—. Que algo como un par de botas *vintage* pueda provocar reacciones tan distintas en la gente. Para Shauna, es reciclar y apoyar a un pequeño negocio. Para Morgan, es crueldad animal.

Quint asiente.

—El mundo es complicado.

Me doy cuenta de que ocurre lo mismo con la valla. Lo que a mí me pareció un delito imperdonable, Morgan lo veía como algo totalmente distinto. A sus ojos, estaba intentando dar voz a las vacas desvalidas de este

mundo que seguramente no quieren terminar convertidas en hamburguesas con queso.

Pero el universo la castigó. El universo se puso de *mi* lado.

Quiero que eso signifique algo, pero el universo también robó el pendiente de Maya y ahora estoy totalmente segura de que esa fue una mala decisión.

Miro al cielo con el ceño fruncido. A la nada. Al todo. ¿En qué estabas pensando, Universo? ¿Qué es lo que pretendías con eso?

Y una pregunta que seguramente debería haberme hecho desde el principio:

¿Por qué involucrarme a mí?

—Oye —dice Quint, tocándome el codo—. No dejes que te afecte. Es que tiene opiniones muy fuertes sobre esas cosas. Pero todos lo hacemos lo mejor que podemos, ¿verdad?

Lo miro, no muy convencida de que eso sea cierto. Porque, si todos lo hiciéramos lo mejor que podemos, entonces no habría necesidad de una justicia kármica, para empezar.



33

—**P**or lo que los donativos hacen un total de...

Shauna murmura algo mientras pulsa un par de números en la calculadora. El dinero del tarro de donativos está extendido sobre la mesa de la sala de descanso, en montones de billetes verdes y toda una cámara acorazada de monedas de diez y de veinte.

Quiero que el número que está a punto de salir de su boca sea espectacular. Abrumador. Quiero que todo el mundo contenga el aliento y lance vítores y choque los cincos con los demás.

Pero sé cuál va a ser el número. O, al menos, tengo una idea de cuál va a ser.

Aprieto la mandíbula mientras me preparo para parecer sorprendida.

Estamos todos en la sala de descanso: Rosa, Shauna, Morgan, un montón de voluntarios... y Quint, aunque se supone que hoy es su día libre. Su segundo día libre seguido, y el segundo día que viene de todos modos. No dejo de decirme que no debo hacer conjeturas. Vino ayer para ver la presentación de Lennon y Luna y hoy está aquí porque tiene curiosidad por saber cómo fue la recogida de fondos. Todos tenemos curiosidad.

No es que haya venido a verme a mí.

Rosa golpea la mesa con las palmas, fingiendo un redoble de tambor. Quint y un par más se unen a ella.

—¡Trescientos sesenta y cuatro dólares y dieciocho centavos!

Hay un momento de silencio en la habitación y sé que es ese espacio entre las altas expectativas y una decepcionante realidad. Ese momento en el que las expresiones son de desánimo, antes de que todo el mundo intente ocultarlas rápidamente.

Miro a Quint Observa con el ceño fruncido los montones de dinero y sé que está pensando lo mismo que yo. Debería haber más. ¿No había más? Me mira, con una mueca de preocupación. Le devuelvo la mirada.

No sabe ni la mitad. No solo debería haber más. Debería haber *mucho* más.

Quiero encontrar a esa buscadora de metales y pedirle una explicación. ¿Por qué me mintió sobre lo de vender ese pendiente y donar el dinero a nuestra causa?

Miro a Rosa. Está sonriéndome, pero hay una disculpa tras su expresión, como si se sintiera mal por mí. Se me revuelve el estómago.

—No está mal —dice—. Es parecido al resultado de nuestras anteriores recogidas de fondos. Un poco mejor que algunas de ellas, en realidad.

Me obligo a sonreír. No sé si estoy haciendo un buen trabajo escondiendo mi decepción, a pesar de lo *animado* que parece todo el mundo a mi alrededor.

—Es más dinero del que teníamos la semana pasada, al menos —digo.

—Eso es cierto —replica Rosa—. Lo es.

Pero todos sonreímos a pesar de la frustración. Sobre todo Quint y yo, que dedicamos horas y horas a ese evento. Nos esforzamos mucho.

—Pero, recordad —dice Rosa—, el propósito de la limpieza no era recaudar dinero. Es mucho más importante el hecho de que llenamos once bolsas enormes con basura que, de lo contrario, habría ido directa a nuestros océanos.

Asiento.

—Además, una de nuestras mayores prioridades justo ahora es crear conciencia, y para mucha gente de nuestra comunidad, esta fue la primera

vez que oyeron hablar de nosotros. Y me gusta pensar que causamos una buena primera impresión.

—Totalmente —dice Rosa—. Todos deberíamos sentirnos orgullosos de lo que conseguimos el fin de semana.

Un par de voluntarios empieza a aplaudir y tengo que esforzarme para tragarme mi amarga decepción y creer mis propias palabras. Todavía siento que he fracasado. *Trescientos sesenta y cuatro dólares*. Ni siquiera sé si es suficiente dinero para el pescado de un día.

Pero darle vueltas no arreglará nada.

—Respecto a esto. —Tomo aire profundamente y uno las manos en una palmada—. La limpieza de la playa y parte del alcance en el que hemos estado trabajando, con la ayuda de la página web y de las redes sociales, de las que Quint se está ocupando —señalo a Quint y responde con una elaborada reverencia—, son solo el principio del que será nuestro camino para convertirnos en una próspera organización no lucrativa.

Así que... Bueno. *Un* evento no ha salvado el centro, pero todos sabíamos que no lo haría.

Todavía no he terminado.

—Además, ya he empezado a planear nuestra siguiente gran recaudación de fondos —continúo—. Y sé que va a ser un éxito clamoroso.

Sé que Quint está mirándome y siento una punzada de culpa. Seguramente debería haber hablado con él de esto antes de contárselo a toda la plantilla.

Rosa empieza a reunir el dinero, atando gomas elásticas alrededor de los dólares para mantenerlos organizados.

—Aprecio tu entusiasmo, Prudence, pero quizá deberíamos celebrar un logro antes de pasar al siguiente. Todavía tenemos un montón de trabajo aquí, ¿sabes?

—No —digo con entusiasmo. Después dudo—. Quiero decir, sí, por supuesto, cuidar de los animales es la prioridad. Siempre. Pero ahora que la gente está hablando de nosotros, no podemos perder fuelle. ¡Hay que aprovechar el tirón! Y ya tengo la idea perfecta.

Rosa suspira y la veo preparándose para pulsar el botón de pausa en lo que sea que vaya a decir, así que me apresuro, sonriendo con fervor y

agitando las manos en el aire mientras miro al resto de los voluntarios.

—¡Vamos a organizar una gala benéfica de fin de verano!

Hay un par de cejas levantadas, un par de ceños fruncidos con confusión y cantidad de sonrisas curiosas.

A mi lado, Quint murmura:

—¿Una gala? Creí que lo habíamos descartado.

Lo miro de soslayo.

—He tenido una corazonada.

Levanta una ceja y eso me lo confirma. Definitivamente, debería haberlo hablado con él antes. Pero... ahora es demasiado tarde.

La idea se me ocurrió después de la limpieza de la playa y he pasado las últimas noches haciendo planes. Me habría gustado tener un informe elegante o un tablero que pudiera usar para expresar todas mis ideas, pero por ahora tendré que conseguir que todos se suban a bordo con mi exuberancia persuasiva.

—Encontraremos un sitio bonito que nos ceda sus instalaciones para celebrar un cóctel elegante seguido de una cena de tres platos amenizada por música en directo... Lo mejor es que las oportunidades para recaudar dinero son infinitas. ¡Podemos hacer una rifa, una subasta o las dos cosas! Y venderemos entradas para el evento. Además, he estado leyendo sobre una táctica para recaudar fondos llamada «la carrera del postre» que sé que será un éxito, y...

—Vale, vale —dice Rosa, levantando las manos—. Todo suena genial, por supuesto, pero también suena muy caro. Quizá es algo que podríamos considerar para el año que viene, cuando las cosas no estén tan apretadas.

—No, no, ¡podemos hacerlo! Esa es la cuestión: si hacemos las cosas bien, no tendremos que pagar un centavo. Conseguiré que las empresas locales nos donen artículos para la subasta y que los negocios y los líderes de la comunidad nos patrocinen. Puedo hacerlo funcionar.

Veo dudar a Rosa, su rostro arrugado por la vacilación.

—Confía en mí —digo, más rotundamente que antes—. Conseguiré que funcione.

No había planeado esto, no exactamente. Había esperado que el dinero de la limpieza de la playa me permitiera al menos contar con un pequeño

presupuesto para organizar la gala. Pero estoy demasiado comprometida para dejar que algo tan nimio como el dinero me detenga. Encontraré un modo.

Rosa suspira y su mirada se detiene sobre los montones de dinero que hay en la mesa.

—De acuerdo —dice—. ¿Sabes qué? La limpieza fue idea tuya, así que... toma. ¿Quieres organizamos una gala elegante? Este es tu presupuesto.

Empuja los montones hacia mí. Algunas de las monedas de veinte se vuelcan en un abanico sobre la mesa con un tintineo mágico.

—¿Estás segura? —le pregunto—. Es decir, esto es del centro. ¿No lo necesitas para comprar comida o nuevo equipamiento?

—Sinceramente, no nos daría para mucho —dice Rosa con una leve carcajada—. Si crees que puedes tomar este dinero y convertirlo en un montón más, entonces te mereces la oportunidad de intentarlo. —Se encoge de hombros—. Y una gala suena divertido.

Mi corazón aletea. La determinación me inunda mientras me acerco a recoger el dinero. No es suficiente para organizar una fiesta elegante, pero es mejor que empezar sin nada.

Sé que puedo convertir estos trescientos sesenta y cuatro dólares en un montón más. Ahora es el momento de demostrarlo.

La plantilla se dispersa, todos hacia sus labores del día. A mí me toca preparar la comida otra vez, y Quint se ofrece a ayudarme a pesar de que técnicamente tiene el día libre. Me alegra aceptar. Bajamos las escaleras y rezumo entusiasmo, ideas y potencial.

—Bueno. Una gala, ¿eh?

Hago una mueca y lo miro sobre mi hombro.

—Debería haberlo hablado contigo primero. Pero...

Agita una mano.

—Oye, si crees que puedes sacarlo adelante, entonces estoy contigo. — Duda, antes de añadir—: ¿Puedes sacarlo adelante?

Hago una mueca.

—¿Eso creo?

Se ríe.

—Bien, entonces. ¿Qué vas a hacer esta noche?

Tropiezo y estoy a punto de caerme de boca en el último peldaño. Apenas consigo agarrarme a la barandilla.

—¡Vaya! —dice Quint, sujetándome del codo para ayudarme a mantener el equilibrio, un segundo demasiado tarde—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —Me quito el cabello de la cara—. Es solo que... este verano estoy muy torpe, no sé por qué.

—Al menos esta vez no te has provocado una contusión.

—Menos mal. No estoy segura de que mi cabeza aguantara otro chichón.

Se ríe y me suelta el codo.

—Entonces... ¿Esta noche?

—¡Esta noche! Eh... ¿Esta noche? Oh, en realidad tengo planes. Ari y yo hemos quedado en Encanto. Y quizá también Jude, si no tiene que trabajar. Pero Ari disfrutó mucho de la noche de karaoke y ha pensado que quiere darle otra oportunidad. Supongo que ha estado practicando un par de canciones.

—Oh. Me alegro.

Asiento, notando ya que acabo de cometer un enorme error, aunque estuviera diciendo la verdad.

Ari comprendería que la dejara plantada y... Quint quizá me estaba preguntando...

—¿Te importa que vaya?

Lo miro fijamente.

—¿Quieres venir a la noche del karaoke?

—No a cantar —dice rápidamente—. Pero podríamos comenzar a hacer planes para esa gala tuya. Podrías contarme algunas de tus ideas. Yo podría empezar a diseñar algunos carteles o las invitaciones. —Se encoge de hombros, de un modo que es totalmente anodino. Nada sospechoso. Nada nervioso. Nada incómodo.

Ah. Entonces no es una cita.

Claro que no es una cita.

Evidentemente.

—Claro —le digo—. Llevaré mi carpeta.

—¿Carpeta?

—De la gala.

—¿Ya tienes una car...? —Hace una pausa y niega con la cabeza. Me muestra una sonrisa torcida—. Claro que la tienes. De acuerdo, entonces. Te veré allí.



↻ 34 ↻

—Bueno —dice Jude, con la cabeza ladeada mientras revisa el cuaderno que hay entre Ari y él, con mi lista de «Tareas pendientes para la gala»—. El recinto y los alquileres, el *catering*, la publicidad, las decoraciones, el equipo audiovisual, los artículos para la subasta y... ¿una orquesta? —Me mira, con los ojos llenos de especulación—. ¿Y cuánto tienes para pagar todo esto?

—Trescientos sesenta y cuatro dólares —digo, golpeándome el labio inferior con el bolígrafo. Después añado—: Y dieciocho centavos.

—Oh, bien —contesta Jude, con un soplo exagerado—. Tenía mis dudas, pero esos dieciocho centavos marcan la diferencia.

—Creo que es una idea encantadora —dice Ari—. Muy romántico. ¡Será como el baile de Cenicienta!

—Sí, más o menos —le digo—. Salvo por que tienes que comprar una entrada y, al final, salvaremos a un puñado de focas.

—Aún mejor. —Sus ojos tienen una expresión vidriosa y soñadora—. Yo quiero ir a un baile.

Nos pasa sin pensar los cubiertos envueltos en servilletas de papel. Para mí, para Jude y para ella. Coloca el cuarto servicio en el borde de la mesa, a

mi lado.

—Estoy segura de que podré conseguirte una entrada. A ver, *soy* la coordinadora, así que... —Me echo el pelo sobre el hombro.

—Es una trampa —le advierte Jude—. Dice que te conseguirá una entrada, pero lo que quiere decir en realidad es que te dará un delantal y te pondrá a trabajar sirviendo tentempiés.

Ari se encoge de hombros.

—Si necesitas gente, te ayudaría sin pensármelo.

La señalo con el bolígrafo.

—Es posible que te tome la palabra. Justo ahora estoy pensando en cuánta ayuda vamos a necesitar, y espero que gran parte de los voluntarios habituales del centro quieran hacerlo.

—¿Qué os pasa a las chicas con las galas, de todos modos? —me pregunta Jude.

—Es curioso, pero Quint me preguntó lo mismo. La pregunta es: ¿qué tenéis los chicos contra las galas?

—Los esmóquines, para empezar.

—¿Qué tienen de malo? —le pregunta Ari, como si esta afirmación la ofendiera personalmente—. ¡Son muy *sexis*!

Jude hace una mueca.

—¿Alguna vez has tenido que ponerte uno?

—Vale, primero —digo, levantando un dedo—. El único «esmoquin» que tú te has puesto fue para la boda del primo Johnny, y ni siquiera te obligaron a ponerte la chaqueta. Y segundo, es imposible que un esmoquin sea ni la mitad de incómodo que una faja Spanx, así que no quiero oír más quejas.

Jude abre la boca, pero duda. Después se encoge de hombros, sabiendo que he dicho la verdad.

—No obstante, todavía no has explicado cómo vas a pagar todo esto. Suena realmente caro.

—Esa es la belleza de planificar un evento para una asociación benéfica. He estado investigando todo esto y, si juego bien mis cartas, prácticamente no tendremos que pagar nada. No si consigo que algunos negocios locales nos patrocinen. Por ejemplo... —Señalo la barra con el brazo, donde Carlos

agita vigorosamente una coctelera—. ¡Encanto! Apoquinan algún dinero y a cambio consiguen abundantes elogios. ¡Publicidad gratis para ellos! Además, pondremos cupones para tostones gratis en las bolsas de regalo, y eso les servirá también como propaganda. ¡Oh! —Saco la punta del bolígrafo y agarro el cuaderno. Escribo en la parte inferior de la lista: *Bolsas de regalo*.

—¿Y has hablado con Carlos sobre esto? —me pregunta Ari.

—Todavía no, pero lo haré. Tengo una lista entera de potenciales patrocinadores locales con los que hablar. —Paso un par de páginas y se la enseño—. También pediré donativos para la subasta. Nos ocuparemos de recoger y transportar los artículos, e incluso los pondré en bonitas cestas de regalo si es necesario.

—¿Alguien va a donarte las cestas? —me pregunta Ari.

Pienso en ello y añado: «Regalos Marinos de Sandy» a la lista de mecenas potenciales.

—Sandy debe vender cestas en su tienda de regalos, ¿no te parece? A ver, vende de todo.

—Ventures está en esa lista —dice Jude, ojeando el cuaderno con el ceño fruncido. Alza la vista para mirarme—. No estoy seguro de que...

—Lo sé —replico—. No todos los negocios podrán donar mercancía gratis. Pero al menos tengo que preguntar a mamá y papá, ¿verdad? Quizá encontremos un modo de que ayuden ocupándose de la música o algo así.

Jude gime.

—Por favor, no sugieras que papá traiga un tocadiscos y haga de DJ, porque te garantizo que dirá que sí.

—Oh, ¡eso sería genial! —exclama Ari, poniéndose las manos en las mejillas.

Jude y yo hacemos una mueca.

—Por ahora, voy a seguir con mi plan de encontrar una orquesta.

—¡Anda, si son mis pequeños cadetes! —dice Carlos, acercándose a nuestra mesa con los brazos extendidos—. ¿Dónde habéis estado? Creí que ibais a venir todos los días este verano.

Ari parece realmente apesadumbrada.

—Lo siento, Carlos. Hemos estado ocupados.

—Anda, ¿sí? ¿Qué os ha mantenido tan ocupados que ni siquiera habéis podido pasar a decir hola?

—Bueno, Jude y yo estamos trabajando en Vinilos Ventures y Pru es voluntaria en el Centro de Recuperación de Fauna Marina.

Carlos sonríe.

—¡Oh, sí! Te vi en la limpieza de la playa. Bien por ti. Es bonito ver a la juventud de hoy día contribuyendo a la sociedad. —Cuma el ojo—. No esperaba menos de vosotros tres. Bueno, ¿habéis venido por el karaoke?

—En realidad sí —digo, dándole un golpecito a Ari con el pie—. Ari ha estado practicando.

Carlos nos toma nota y se marcha para recibir a los recién llegados.

—Esto parece bastante concurrido para ser martes —dice Jude, mirando el restaurante—. Karaoke. ¿Quién lo habría pensado?

—Todo el mundo quiere sus quince minutos de fama —digo—. Aunque esos quince minutos sean en realidad tres minutos y medio, y la fama sea solo dar la lata en un bar cutre de la calle Mayor.

—Esto no es un bar cutre. —Ari me mira con el ceño fruncido—. ¡Y cantar no es dar la lata!

—No lo es cuando eres tú quien canta —acepto—. Pero no puedo decir lo mismo en todos los casos.

—¿Qué canción vas a cantar? —le pregunta Jude.

—He pensado en una de Oasis —dice Ari—. No he podido dejar de escucharla en toda la semana.

—Deja que adivine —se burla Jude—. Es rebuscada, evocadora y lírica. Ella se ríe.

—No es *tan* rebuscada. —Entonces sus ojos asumen una expresión malvada y se acerca a mí—. ¿Sabes? Algunos creen que Oasis es el mejor grupo que ha salido de Inglaterra.

Tardo un segundo en darme cuenta de lo que quiere decir. Esos *algunos* creen que Oasis es mejor que los Beatles.

Contengo el aire, horrorizada.

—¡Retira eso!

—No he dicho que yo lo piense —dice, riéndose—. Aunque me encanta su música.

La puerta se abre de nuevo. Giro la cabeza.

Una mujer entra con un sombrero de ala ancha y unas enormes gafas de sol y examina la sala como si buscara a alguien.

Suspiro.

—¿Te preocupa que no venga? —me pregunta Jude.

Vuelvo a mirarlo. ¿Tan obvia soy?

—No —respondo, comprobando mi reloj. Dijimos que nos veríamos a las seis. Solo son las cinco y cincuenta y dos. Ni siquiera llega tarde todavía —. No estoy preocupada.

Y me doy cuenta de que es cierto. No estoy preocupada. En el pasado solía sorprenderme en las pocas ocasiones en las que Quint no me decepcionaba, pero ahora me sorprendería más que lo hiciera.

Vendrá. Estoy segura.

Y por eso estoy nerviosa. Quint y yo. Fuera del instituto, fuera del voluntariado, quedando la noche del karaoke. Y sí, se supone que vamos a planificar la gala, lo que es una razón totalmente legítima para pasar tiempo juntos.

Sé que no debería hacerme ilusiones, pero no puedo evitarlo. Hacerme ilusiones es lo mío.

Cuando el camarero se detiene para servirnos nuestras bebidas, me doy cuenta de que me están comiendo los nervios.

Trish se detiene en nuestra mesa y nos entrega el cancionero y un montón de papel para que escribamos las canciones que hemos escogido.

—Me alegro de veros de nuevo —nos dice, sonriendo—. ¿Qué tal tu cabeza, corazón?

—Bien —digo, tocándome la nuca. El chichón desapareció hace semanas.

—Estupendo, estupendo. Espero que cantes de nuevo. Tu interpretación de *Instant Karma!* fue genial. —Se inclina hacia delante, sonriendo a Ari—. Y tú. Tuve a Louis Armstrong metido en la cabeza todo el mes gracias a ti. Vas a cantar otra vez, ¿verdad?

—Eso espero —replica Ari.

—Me alegro. Recuerda, si lo que quieres no está en la carpeta, quizá pueda encontrarlo *online*. Solo tienes que decirme qué necesitas.

Guiña el ojo y se aleja. Ari inhala profundamente y toma uno de los papeles. De inmediato escribe su nombre y la canción que quiere.

—De acuerdo, será mejor que se lo entregue antes de que me arrepienta —dice, levantándose de la silla.

—¿Ari va a cantar otra vez?

Me sobresalto y giro la cabeza con brusquedad.

Quint, sorprendido por mi reacción, da un asombrado paso atrás. Después se ríe.

—Lo siento. No quería asustarte.

—¡No! No. Es que... —Compruebo mi reloj. 17:59—. No esperaba...

—Oye, yo valoro la puntualidad —dice.

Levanto una ceja.

Él se encoge de hombros.

—Al menos, estoy empezando a hacerlo.

Quint y Jude chocan el puño y murmuran algunas cordialidades de chicos. Ari ha dejado un sitio libre al otro lado de la mesa, junto a Jude, pero Quint se sienta a mi lado.

Trago saliva y me muevo un poco para dejarle espacio.

Ari regresa, dando saltitos nerviosos, y comienzan a hablar sobre karaoke y la canción de Ari (que ni Quint ni Jude conocen). Ella suspira dramáticamente cuando se entera.

—Es *muy buena*. No entiendo por qué no sacaron el *single*.

—Estoy deseando oírlo —dice Quint, y creo que lo dice en serio.

—¿Tú vas a cantar? —le pregunta Ari.

Quint se ríe a carcajadas.

—No. No hay ninguna posibilidad de que eso ocurra.

—Venga —dice Ari—. No puedes ser tan malo.

—Y aunque lo fueras —añado—, no se trata de ser *bueno*. Se trata de despojarte de tus inhibiciones durante algunos minutos.

Bajo los brazos y los sacudo, como para indicar que hay que «soltarse».

—Vale —dice Quint, mirándome de soslayo—. Entonces, ¿qué canción vas a cantar *tú*?

Arrugo la nariz.

—Ninguna.

—Ajá.

—Bueno, es que esta es una reunión de trabajo. —Empujo mi cuaderno hacia él.

—Ah, el cuaderno de ideas de Prudence. Debería haber imaginado que lo vería de nuevo. —Empieza a pasar las páginas, pero Carlos llega para tomarle nota—. Oh, ¿qué era eso que estabais bebiendo la última vez? Con la cereza.

—¿Un Shirley Temple? —dice Ari.

—Eso. —Quint chasquea los dedos—. Tomaré un Shirley Temple, por favor.

—Hecho —dice Carlos. Me echa una mirada picara y curiosa y sé que se está preguntando si este es mi *novio*, pero afortunadamente no dice nada. No creo que yo pudiera evitar una expresión avergonzada si lo hiciera.

Mientras Carlos se aleja, Quint se dirige a Jude.

—¿Me contaste que solíais ir al karaoke en familia?

—Cuando éramos pequeños —dice Jude—. Pero ha pasado mucho tiempo.

Los ojos de Quint destellan.

—Quizá podríais hacer un dueto o algo así. Por los viejos tiempos.

—¡Oh! —exclama Ari, aplaudiendo—. ¿Qué te parece *Stop Draggin' My Heart Around*, de Stevie Nicks y Tom Petty? Me encanta esa canción. ¡Y lo haríais genial!

—Argh, qué grima —digo, al mismo tiempo que Jude me señala con el pulgar.

—Es mi hermana, ¿recuerdas?

Ari parece desanimada.

—Oh. Bueno... —Su mirada se ilumina de nuevo—. ¡Podrían cantarla Pru y Quint!

—No, no, no —dice Quint—. No cuentes conmigo. —Me mira—. No bromeaba cuando dije que la idea de cantar en un karaoke es con diferencia mi peor pesadilla.

Una camarera le trae su bebida, burbujeante y rosa.

Me acerco mi vaso, un refresco resbaladizo por la condensación, y le doy un sorbo.

—¿No hay nada que pueda decir para conseguir que subas ahí? —le pregunta Ari—. Quizá te guste.

—Nada —contesta Quint—. Tengo muchos talentos envidiables, pero cantar no es uno de ellos.

—Yo tampoco tengo un don para ello —digo.

Quint me echa una mirada.

—Puede que no, pero estabas igualmente adorable ahí arriba.

Me quedo paralizada. De hecho, todos nos quedamos parados. Excepto Quint, que toma su cuchara y empieza a pescar una de las cerezas de su vaso. Su tono era despreocupado, pero ahora está mirando esa cereza como si fuera de oro macizo.

—Gracias —replico—. Es muy amable por tu parte. Aunque ligeramente condescendiente.

Se gira hacia mí, horrorizado.

—¡Era un cumplido!

—Y te he dado las gracias. —Sonrío para que sepa que estoy bromeando. Me siento animada, como si me hubiera iluminado por dentro. *Adorable*. Cree que soy adorable... Al menos mientras canto. Mi corazón baila claqué en mi pecho. Quizá debería cantar otra canción esta noche, después de todo—. *Adorable* está bien. Pero no es *genial*. Quiero decir, podrías haber dicho que estaba radiante. O... —Busco otro adjetivo—. *Cautivadora*. Pero adorable no está mal. Podría ser peor.

—¿«Cautivadora»? —dice con lentitud—. Sinceramente, Prudence, hay veces en las que me pregunto si eres una viajera del tiempo de un siglo diferente.

Me río.

—¿El nombre anticuado me ha delatado?

—Quizá un poco —dice Quint.

Jude se aclara la garganta sonoramente.

Quint y yo nos sorprendemos y miramos a Jude y Ari. Nos observan fijamente; Jude parece algo avergonzado. Ari tiene una mano contra la boca, pero no consigue ocultar su sonrisa picara.

Jude señala una mesa que acaban de dejar libre justo delante de la nuestra.

—¿Queréis que Ari y yo os dejemos cierta intimidad o...?

Me ruborizo. Quint se ríe, pero parece incómodo.

—¡Bienvenidos al martes de karaoke en Encanto! —aúlla Trish al micrófono, y aunque la mayor parte de los clientes del restaurante la ignoran y siguen con sus conversaciones, nosotros cuatro estamos más que contentos de dedicarle toda nuestra atención. Como la última vez, Trish explica cómo funciona la noche de karaoke y después anima la velada cantando *Man! I Feel Like a Woman* de Shania Twain.

Es buena. Muy buena. Su voz es poderosa y cruda, su presencia resulta hipnotizante. En cierto momento miro hacia la barra y veo a Carlos inclinado sobre ella, con un trapo en la mano. Está observando a Trish con lo que casi podría catalogarse como una mirada soñadora.

Extiendo la mano sobre la mesa para tocar a Ari y señalárselo. Cuando ve a Carlos, se lleva las manos al corazón, embelesada.

Siempre ansiosa por hallar el romance, sin importar dónde, cuándo o en quién. Aunque Carlos haya sido su amor platónico durante meses, sé que la emocionaría verlo encontrar a alguien.

Esa es una de las cosas que adoro de Ari. La alegría de los demás la hace muy dichosa.

Trish termina la canción con un entusiasta aplauso del público. Hace un buen trabajo animando a la multitud, eso tengo que concedérselo.

El siguiente es un tipo que canta una canción de hip-hop que no conozco, seguido de un hombre y una mujer que interpretan un dueto picante. Son todos muy buenos; no geniales, pero no están mal.

Entonces Trish llama a Ari al escenario y de repente me pongo nerviosa por ella. La voz de Ari es preciosa, pero su presencia en el escenario es... menos impresionante.

Contengo el aliento, apoyándola en silencio mientras toma el micrófono.

La música comienza con un melancólico solo de guitarra.

Y Ari empieza a cantar.

La canción es, efectivamente, evocadora y lírica, y la voz de Ari es maravillosa. Mi corazón se llena de orgullo al verla, al oírla. No puedo

esperar al día en el que sean los demás quienes canten *sus* canciones ante ese micrófono.

—Es realmente buena —susurra Quint.

—Lo sé —digo, preguntándome si el pequeño nudo de mi estómago es envidia. Aunque pensar en ello solo me sirve para recordar las palabras anteriores de Quint: que soy *adorable*. Sonriendo, me acerco a él—. Algunos dirían incluso que es cautivadora.

Me mira a los ojos. Compartimos una sonrisa. Una broma.

No quiero apartar la mirada, pero la voz de Ari viene y va en dulces aunque poderosos remolinos mientras pasa de la estrofa al estribillo. Concentro mi atención en ella y me embarga una extraña satisfacción, una abrumadora sensación de pertenencia, a este momento, este lugar. Estar aquí con mi hermano y mi mejor amiga, con el codo de Quint ligeramente presionado contra el mío, tener esta canción desconocida y hermosa hablándole a mi alma.

Y supongo que comprendo por qué Ari desea crear música. Tiene que ver con este modo insólito de centrar la atención en un momento, de hacer que el mundo parezca de repente brillante, mágico y *justo*.

No sé si soy la única que lo siente, pero sé que, cuando Ari termina, todos aplaudimos con el corazón desbocado.



35

Hubo una época en la que era una visitante habitual de la tienda de empeños de la Séptima, aunque nunca llegué a tener confianza con el dueño, Clark, como la tiene la buscadora de metales. La tienda es el tipo de sitio que recibe regularmente objetos relacionados con la música, así que mis padres solían ir cada pocos meses y nos arrastraban con ellos, para ver si habían recibido pósteres o *merchandising* nuevo de los Beatles o si había algún disco de vinilo que pudieran conseguir barato y vender a un precio mayor en su tienda. Hace años, mi madre encontró un juego de platos de plástico de pícnic de los Beatles que todavía usamos.

La tienda es también una parada obligada para los instrumentos. Aquí fue donde conseguimos la guitarra de Jude y el violín de Penny, e incluso mi teclado.

Pero han pasado años desde la última vez que entré, así que me sorprende cuando abro la puerta y de inmediato me recibe una oleada de aromas familiares: almizcle, abrillantador de madera de limón y humo de puro. Incluso me sorprende más cuando el hombre tras el mostrador sonrío de oreja a oreja al verme.

—¿Es esa Prudence Barnett? Santo cielo, te pierdo de vista y te conviertes en una adolescente. ¡Mírate!

Me detengo a un par de pasos de la puerta y sonrío, incómoda.

—Uhm. Sí. Hola.

—Entra, entra.

Agita los brazos, como si intentara arrastrarme hacia delante con la fuerza de sus gestos. Es un hombre grande. Como Hagrid de grande. Lo recordaba, pero creía que mi joven mente debía estar exagerando porque, ahora que lo pienso, cuando era niña le terna un poco de miedo, aunque siempre fue realmente amable conmigo y con mis hermanos. Pero hay algo inquietante en ser recibida por un tipo que mide mucho más de un metro ochenta y que probablemente pesa el doble que mi padre. Tiene una barba indomable salpicada de gris y lleva una gorra de *tweed*. Esto también lo recordaba de mi infancia.

—Esperaba que tu madre o tu padre pasaran por aquí pronto. No creí que fueran a enviarte a ti, aunque me alegro de verte, claro. Qué mayor estás. Apenas puedo creerlo. —Chasquea la lengua y después levanta un dedo, indicándome que espere—. Iré a por tu dinero. Ahora vuelvo.

Parpadeo. ¿Dinero?

Pero, antes de que pueda decir nada, ha entrado en el cuarto de atrás, en un despacho diminuto con una ventana cubierta por persianas amarillentas. Me acerco al mostrador donde tiene las joyas. Hay tantas cajitas de terciopelo con anillos con pequeños diamantes que es abrumador. Me muevo al siguiente expositor: collares, relojes, brazaletes..., pendientes.

Los inspecciono todos, pero ninguno es el de Maya. Seguramente no ha querido dejar un pendiente solitario junto a estos conjuntos, supongo.

¿Es posible que tenga una sección de piezas de joyería perdidas?

Examino rápidamente la estancia. Otros expositores de cristal contienen cajas de puros antiguas, figuritas de porcelana, tazas de té pintadas a mano, navajas de bolsillo, monedas coleccionables y cromos de béisbol. Hay un expositor entero dedicado a los teléfonos móviles usados. Las paredes están cubiertas de pinturas. Los estantes muestran de todo, desde clarinetes hasta portátiles, desde bolas de bolos hasta lámparas de mesa.

Hay una exposición de bisutería sobre un mostrador. Paso un minuto buscando en ella, pero no hay nada que se parezca al pendiente y, si Clark pagó más de mil dólares por él, dudo que estuviera tan a mano.

—Aquí estoy —dice Clark, saliendo del despacho con un sobre blanco. Suelta un recibo escrito a mano y después abre el sobre y saca un puñado de dinero. Empieza a contarlo, dejando cada billete sobre el mostrador para que pueda comprobar su cuenta, pero mi atención está en el pliego de papel amarillo.

Amplificador de guitarra: 140\$

Pulsera (diamante 1 quilate): 375\$

Taladro inalámbrico: 20\$

Reproductor DVD: 22\$

Teclado electrónico con pie: 80\$

En la parte de abajo está la firma de mi padre y su número de teléfono.

Mis ojos se detienen en el último artículo. Un teclado. El teclado, estoy segura, que le dije a Ari que iba a darle antes de darme cuenta de que ya no lo teníamos.

Antes de que mis padres me dijeran que lo habían vendido.

—Seiscientos treinta y siete. —Clark termina de contar. Después, amontona de nuevo los billetes y los guarda en el sobre. Me lo entrega, junto con el recibo. Cierro la mano por instinto, sintiendo el peso del dinero —. Hay varios interesados en la cubertería, pero nadie se ha decidido todavía. Tu padre mencionó que quizá me traería una guitarra. Acústica, creo. Esas se han estado vendiendo como churros últimamente, por si quieres decírselo.

¿Cubertería? ¿Guitarra?

—Uhm. De acuerdo. Se lo mencionaré. —Trago saliva—. ¿Qué cubertería, exactamente?

—Ah, ya sabes. La antigua.

Rodea el mostrador y me conduce a otra mesa, de la que saca una vieja caja de madera. Cuando la abre, me recibe una cubertería de plata: cucharas y tenedores ligeramente deslustrados y una hilera de cuchillos de carne asegurados a la parte de debajo. Hay también algunos utensilios para servir:

un cucharón y uno de esos tenedores enormes que se usan para cortar la carne. Extiendo la mano y paso el dedo por el mango de una de las cucharas, grabada con un racimo de uvas.

Conozco esta cubertería.

—¿Estás bien?

Dirijo mi atención de nuevo a Clark.

—Sí. Sí. Yo solo... No me había enterado de que mis padres iban a vender esto. Era de mi bisabuela. La utilizábamos siempre en Acción de Gracias.

No sé si frunce el ceño porque está preocupado por *mí* o porque mi sentimentalismo podría evitar que *él* hiciera una venta.

—Te sorprendería saber cuánta gente sé está deshaciendo de este tipo de cosas —me dice, y creo que intenta consolarme—. ¿Cuberterías como esta? Casi valen más fundiéndolas por la plata. No hay demasiado mercado. Es bonita, pero un tostón comparada con el acero inoxidable. La gente ya no sabe cómo cuidar de estas cosas, o no tiene tiempo para hacerlo o no le apetece. No puedo culparlos.

Asiento, pero apenas lo escucho.

Mis padres están vendiendo sus cosas.

Sé que hemos andado cortos de dinero. Sé que han estado preocupados por el pago del alquiler de la tienda de discos. Pero no tenía ni idea de que habían llegado a esto: a empeñar sus posesiones para que les salgan las cuentas.

¿Por qué no nos lo han contado?

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —me pregunta Clark.

Miro el sobre que tengo en la mano. Pienso en devolvérselo. En realidad, no quiero ir por ahí todo el día con cientos de dólares en mi mochila. Pero tampoco quiero que Clark sepa que mis padres me han estado ocultando esto. Me avergüenza pensar en lo poco que sé de la situación de mi propia familia.

Así que, en lugar de eso, sonrío amablemente y me guardo el sobre. Mi bolsa parece pesar veinte kilos más.

—En realidad hay otra cosa —digo, aclarándome la garganta—. Conocí a una mujer el otro día. No sé su nombre, pero pasa mucho tiempo

buscando metales en la playa.

—Oh, debes referirte a Lila. —Clark asiente—. Es asombroso lo que encuentra por ahí. Una vez trajo una vieja insignia de *sheriff*, no una de verdad, sino de las que regalaban en las cajas de cereales en los años treinta o cuarenta. Fue increíble. Nunca sabes qué hay por ahí, esperando a ser encontrado. Bueno, ¿qué tienes tú que ver con la vieja Lila?

—A ver, ella encontró algo en la playa y resulta que pertenece a una amiga mía. Un pendiente con un diamante. Le pregunté y me dijo que lo había vendido aquí.

El reconocimiento atraviesa los rasgos de Clark, inmediatamente seguido de pesar.

—Oh, vaya. ¿Era de una amiga tuya?

Asiento.

—Su abuela le regaló los pendientes antes de fallecer. Ella, mi amiga, todavía tiene uno, pero perdió el otro en la playa a principios de verano.

Clark suspira y se frota la nuca.

—Qué mala suerte, Prudence. Sé exactamente de qué pendiente me hablas, y sí, Lila me lo vendió, pero... ya se ha vendido. Lo tuve en el expositor menos de un par de horas antes de que se lo llevaran.

Me siento decepcionada.

—A mí también me sorprendió..., ya que era solo uno, ¿sabes? Pero la mujer que lo compró me dijo que iba a usarlo como colgante, en un collar, creo. Y era bonito. Antiguo. Con un diamante de calidad.

—¿Podrías decirme quién lo compró?

Frunce el ceño y se acaricia la barba.

—No conozco su nombre. Viene por aquí de vez en cuando, pero nunca he hablado demasiado con ella. Quizá podría mirar nuestros registros, pero... No, ¿sabes qué? Ahora recuerdo que pagó en efectivo, así que no tengo su nombre.

—¿En efectivo? Pero era bastante caro, ¿no?

—No era barato. Pero nuestros clientes... Ya sabes, no es raro que alguien pague en efectivo. Como sea, lo siento mucho. Si regresa, intentaré conseguir su nombre e información de contacto. Quizá tu amiga pueda llegar a un acuerdo con ella.

Me siento tentada de decirle que, legalmente, ella estaría obligada a devolverle el pendiente, pero... en realidad eso no importa ahora. Quizá nunca encuentre a esa mujer. Quizá nunca encuentre el pendiente.

Siento que le he fallado a Maya y, a pesar de lo mucho que he intentado justificar lo que ocurrió, no puedo evitar sentirme parcialmente culpable por la pérdida. Esta parece una injusticia cósmica, justo lo contrario de lo que quería. Jude no se merecía que Maya dijera cosas desagradables a su espalda, pero Maya tampoco se merecía perder para siempre una reliquia familiar.

Al menos, eso es lo que creo.

Y si el universo tiene una opinión distinta... Bueno, empiezo a preguntarme de parte de quién está.



—¡Un éxito! —aúlla Quint, abalanzándose sobre mí mientras agita un pliego de papel en su mano.

Hemos estado de un lado a otro de Fortuna Beach toda la tarde, desde que Quint ha terminado su turno de mañana en el centro. Lo estaba esperando en un banco junto al paseo marítimo, tachando de mi lista los negocios con los que ya he hablado. Ha sido un día ajetreado, yendo de puerta en puerta por la calle Mayor, hablándole a la gente del centro de recuperación y de la gala y pidiendo donativos y patrocinios. O, al menos, pidiéndoles que nos dejen poner un cartel publicitario en su escaparate cuando los imprimamos.

En su mayor parte, los empresarios se han mostrado entusiasmados por unirse a nuestra causa. Claro, algunos han afirmado rápidamente que no podían permitirse ningún donativo y otros han sido bastante groseros, pero, en general, los negocios locales parecen contentos de ayudar. La gente quiere involucrarse, sobre todo después de la publicidad que consiguió la limpieza de la playa y la liberación de las focas. Estoy convencida de que, problemas de dinero aparte, este es el momento perfecto para organizar esta gala y sacar jugo a los avances que ya hemos hecho.

Esta ha sido justo la distracción que necesitaba después de mi visita a la tienda de empeños. Cada vez que tengo un momento de tranquilidad, mi mente regresa al sobre que hay en mi bolsa y a la cubertería familiar que no volveremos a poner en la mesa de Acción de Gracias.

Siempre he sabido que no somos ricos. Sé que la tienda ha pasado por malas rachas económicas desde que Jude y yo éramos pequeños. Pero este parece un acto desesperado. Después de todo, ¿qué ocurrirá cuando se queden sin cosas que vender? Todavía tendrán facturas que pagar y una tienda de discos que no está consiguiendo suficiente dinero. Esto es solo una tirita. Deberían darse cuenta.

Pero, claro..., ¿cuál es la verdadera solución?

No puedo pensar en ello ahora. Tengo que preocuparme del centro y de la gala, y con eso tengo material de sobra para mantener mi mente ocupada.

Quint se acerca a mí y, para mi sorpresa, empieza a bailar. Una eufórica danza de la victoria, justo aquí, en el paseo marítimo, agitando el papel bajo el sol. Está tan entusiasmado como si acabara de hacer el *touchdown* ganador.

—Blue's Burgers nos dona no una ni dos, sino *tres* cestas de regalo para la subasta, incluyendo tarjetas de regalo, camisetas con su logo y vasos térmicos. Además, nos proporcionarán cupones para las bolsas de regalo y... Prepárate.

Deja de bailar y me ofrece el papel para que pueda verlo, aunque es el mismo contrato de patrocinio que hemos usado con el resto de los negocios. Señala con el dedo una línea en la parte inferior, donde ha escrito a mano una nota adicional.

Me encojo de hombros.

—No entiendo tu letra.

Aparta el papel.

—¡Se han ofrecido a encargarse del *catering*! ¡Minihamburguesas con queso, nena! BUM. —Empieza a bailar de nuevo y, para mi sorpresa, me agarra la mano y me levanta del banco. Grito mientras me hace girar una vez bajo su brazo—. ¡Somos muy buenos en esto!

Riéndome, permito que me haga girar un par de veces antes de posar las manos en sus hombros y obligarlo a detenerse.

—De acuerdo, cálmate. Has hecho un excelente trabajo, pero todavía queda mucho por hacer.

Su rostro resplandece. Sus manos, me doy cuenta de repente, están en mi cintura.

Algo pasa entre nosotros. Una corriente eléctrica. Una inhalación entrecortada.

Me aparto rápidamente y le doy la espalda. Me meto un mechón de cabello tras la oreja, me dirijo al banco y recojo mis notas, fingiendo que ese momento, fuera lo que fuera, no ha ocurrido.

De todos modos, estoy segura de que la mayor parte solo ha existido en mi imaginación.

Quint se sube al banco de un elegante salto (*argh*, hace que parezca fácil) y se sienta en el respaldo con los codos apoyados en las rodillas.

—De acuerdo. ¿Cuál es mi siguiente misión? Estoy en racha.

Es un hermoso día soleado, con una brisa salada que viene del océano y nubes esponjosas salpicando el horizonte. Los informes del tiempo han estado diciendo que nos espera una enorme tormenta esta semana, pero no hay ni rastro de ella: solo bañistas en la playa y patinadores en el paseo marítimo, cucuruchos de helado, el graznido de las gaviotas y todo lo que convierte a Fortuna Beach en un paraíso en esta época del año.

Examino la lista de empresas y pongo una cara sonriente junto a Blue's Burgers.

—Nos han hecho una oferta realmente generosa. ¿No van a cobrarnos nada?

—Ni un centavo. Creo que las últimas noticias sobre maltrato animal les han hecho mucho daño y piensan que esto podría ayudarlos a mejorar su reputación.

—¿Te refieres a los rumores de que su carne procede de granjas industriales? —Me subo al banco y me siento a su lado, con el cuaderno en mi regazo.

—Resulta que no solo eran rumores —me cuenta—. Estaban importando su carne de granjas industriales, a pesar de su estrategia publicitaria sobre las vacas alimentadas con hierba, criadas en el campo, en libertad... Todo eso. Pero hay más. Esa granja acaba de ser multada por

algunas violaciones bastante importantes del código sanitario. —Se encoge de hombros.

Miro fijamente a Quint, pero lo único que veo es la valla y la X pintada con espray.

«Mentira».

—Morgan ayudó a llamar la atención sobre lo que estaba pasando —añade Quint—. ¿Recuerdas la petición de la que te hablé? Supongo que los activistas llevaban años intentando cerrar esas granjas, y por fin lo han conseguido. Es bastante guay, ¿verdad? Como esos estudios sociales en acción de los que la señora Brickel habla siempre.

Me golpeo el labio con el bolígrafo, mirando el océano.

—A ver, no te enfades. Aprecio cuánto te has esforzado para conseguir la colaboración con Blue's Burgers y es un donativo increíble, pero... ¿no crees que nuestra imagen se verá manchada si colaboramos con ellos tan pronto después de que se hayan visto involucrados en este enorme escándalo? Quiero decir... Maltrato animal, violaciones sanitarias... Y nosotros somos un centro de recuperación de animales.

—Lo sé, es irónico —dice Quint. Lo miro. Tiene los ojos en mi bolígrafo, en... mi boca. De inmediato mira el océano—. Pero no planeamos servir un menú vegetariano, excepto para los invitados que lo pidan, y en Blue's me han asegurado que ya han firmado nuevos contratos con granjas locales. Granjas que, esta vez, cuentan con un certificado que avala sus condiciones. Quieren pasar página lo antes posible. —Se encoge de hombros—. Es un sitio mítico. Llevan aquí desde los sesenta. Se merecen una segunda oportunidad, ¿no?

Vuelve a mirarme. Sonrío.

—Todo el mundo la merece.

Se acerca un poco más y mira el cuaderno.

—Bueno, ¿cómo vamos?

—Genial, en realidad. La imprenta Kwikiee ha accedido a imprimir nuestros folletos y carteles gratis, tengo un montón de gente ofreciéndonos cosas para la subasta y los de la pastelería de la calle Mayor ya están diseñando las galletas con forma de delfín y los pasteles con estrellas de mar para el postre.

—Qué dulce por su parte.

Pongo los ojos en blanco ante el chiste, aunque no estoy segura de que intentara hacer uno.

—Con eso casi terminamos con la subasta y el *catering*. Y solo nos faltaría el entretenimiento, los alquileres, la decoración, el equipo de vídeo y sonido y... lo más importante. —Levanto la mirada del cuaderno—. El salón. ¡Oh! Y todavía tenemos que decidir cómo vamos a hacer la venta de entradas y cuánto vamos a cobrar.

—Sé que hay páginas web que se ocupan de la venta de entradas, y creo que puedes ingresar el total directamente en tu cuenta del banco —dice Quint—. Hablaré con Shauna al respecto y veré algún modo de enlazarlo a la página web.

—¿Cuánto deberíamos cobrar?

Me mira. Lo miro. No tenemos ni idea. ¿Cuánto suele pagarse por una entrada para una gala benéfica? Una gala elegante, pero no superpretenciosa. Una gala organizada por dos adolescentes que nunca han hecho algo parecido antes.

—Lo consultaré —digo, tomando nota.

—¿Y si mantenemos bajo el precio de la entrada —propone Quint—, pero incluimos una opción para que la gente pueda hacer un donativo adicional al comprarla? Como un código de honor. Así pueden pagar lo que creen que vale la entrada.

Pienso en ello. Es un poco arriesgado (¿y si nadie paga nada extra?). Pero también podría llevarnos en la otra dirección, que la gente terminara pagando mucho más de lo que nosotros nos atreveríamos a cobrarles.

—Me gusta —le digo—. Nos quita la presión de decidir cuánto vale, al menos. ¿Y qué tenemos que perder? —Busco la página «Entradas» en mi cuaderno y anoto la idea de Quint—. Además —digo, volviendo a la sección de «Recaudación de fondos»—, creo que, aparte de la subasta, podríamos hacer una rifa. Con un premio *gordo*. Algo realmente guay. La gente podría comprar tantas participaciones como quisiera, pero todo el mundo tendría una posibilidad de ganar, así que no sería para la persona más rica de la sala.

Se pasa una mano por el cabello, pensando. Un mechón vuelve a caer sobre su frente de un modo que me atenaza el estómago.

—Un premio gordo. Debería ser algo único, algo que no puedan comprar. Como, no sé, ¿una visita privada al centro?

—Eso podría funcionar... —digo—. O podríamos poner su nombre al siguiente rescatado.

Asentimos, pero ninguna idea parece totalmente... *adecuada*.

—Bueno, pensemos en ello —digo, poniendo una estrella junto a ese punto.

—Estaba pensando que, si esto sale bien, la gala podría ser un evento anual del centro.

—Sí, también se me había pasado por la cabeza. Cada año podría ser más grande y mejor que el anterior.

Cruza los tobillos.

—¿Alguna vez piensas que las cosas podrían no salir según tu plan maestro?

—Bueno, la limpieza de la playa no fue el éxito financiero que esperaba que fuera. Y nuestro proyecto de Biología fue un absoluto fracaso.

—Sí, pero ambas veces creías que saldría genial, ¿no? Y aquí estás, segura de que la gala será un éxito. No te rindes.

Dibujo una estrella de mar en una esquina y la rodeo de espirales de algas. No soy una gran dibujante, pero hace años leí que dibujar mientras se toman notas ayuda a retener conocimientos, y la costumbre se ha quedado conmigo.

—¿Qué sentido tendría rendirse? —le pregunto—. Si sigues intentándolo y probando cosas, al final tiene que funcionar.

—No creo que la mayor parte de la gente lo vea así, pero me gusta que tú sí lo hagas.

Aprieto los labios para evitar sonreír con timidez.

—Bueno, esta gala *no* será un gran éxito si no conseguimos encontrar un salón, y pronto.

—¿Y por qué no podemos celebrarla en el centro?

—El centro huele a pescado.

Gruñe.

—Tus estándares son casi imposiblemente altos a veces, ¿lo sabías?
Lo fulmino con la mirada, pero sin mucha pasión.

—De acuerdo —dice, examinando el paseo marítimo como si buscara inspiración—. ¿Podríamos hacerlo aquí, en la playa? Las vistas son insuperables. Y podríamos alquilar una de esas carpas gigantes que usan para las bodas.

—No es mala idea —musito—, pero ¿qué haríamos con los baños? ¿Aseos portátiles?

Ambos hacemos una mueca.

—Dejémoslo en la lista, de todos modos —digo, escribiendo—. Seguramente necesitaríamos conseguir permisos, pero... *encaja* con la temática.

—Espera. ¿Hay una temática?

Frunzo el ceño.

—¿Salvar las vidas de los desvalidos animales marinos?

—Eso es una misión, no un tema.

—Se acerca bastante.

Niega con la cabeza.

—No, no. *Deberíamos* tener un tema. Uno de verdad. Como en los bailes del instituto. «Bajo el mar», o algo así. —Chasquea los dedos—. Yo voto «Piratas».

—¿Piratas?

—Imagínatelo. Podemos meter esas monedas de oro de chocolate en las bolsas de regalo, y todo el personal llevaría un parche en el ojo.

Espero hasta estar segura de que está bromeando antes de permitirme reírme.

—No sé. Lo del tema parece un poco hortera.

Quint resopla.

—Por favor. A la gente le encantan las fiestas temáticas. Sabes que los cumpleaños de los niños siempre tienen temas, como... «Mi Pequeño Pony» o «Batman» o lo que sea. Pues eso, pero en versión de adulto.

Su argumento no sirve para convencerme.

—Quiero decir —dice Quint con mayor energía, porque se da cuenta de que no lo entiendo—, que eso le dará cohesión a todo. Las invitaciones, los

carteles, la decoración, ¡incluso la comida! Además, nos facilitaría tomar decisiones. ¿Elegimos las galletas de estrella de mar o las galletas de submarino? Bueno, ¿cuál encaja mejor con el tema?

—¿Submarino? —Contengo el aliento y golpeo a Quint con el dorso de la mano—. ¡Eso es! ¡Ese es nuestro tema! Utilizaremos *Yellow Submarine* de los Beatles. Mis padres tienen montones de *merchandising* que podríamos usar como decoración. Nuestros anuncios podrían decir algo como: «Subid a bordo de nuestro Submarino Amarillo y descubrid... los animales marinos... nunca vistos».

Se ríe.

—Vale, Shakespeare.

—Es solo un borrador.

Hace un mohín y sé que está pensando en ello, antes de asentir con lentitud.

—De acuerdo, tienes mi apoyo. Pero el año que viene... ¡piratas!

Me río y escribo «Yellow Submarine» en la parte de arriba de mi cuaderno antes de examinar las listas de nuevo: páginas y páginas de listas. Hemos hecho grandes avances esta semana, pero parece que, cada vez que tacho algo, se me ocurren dos cosas más que añadir.

—Cuando hayamos decidido el salón, comenzaremos con la venta de entradas y nos pondremos en serio con la publicidad. También voy a hablar con algunos medios de comunicación locales. Apuesto a que puedo conseguir que el *Chronicle* escriba un artículo al respecto, y hay una emisora de radio en Pomona College que podría estar interesada en entrevistar a tu madre. ¿Crees que estaría dispuesta a hacerlo?

—No veo por qué no.

—Genial. —Tomo un par de notas más. Mis ideas giran en mil direcciones y me siento como si no pudiera atraparlas con la velocidad necesaria. Tengo que organizarme. Planificar.

—¿Y el cine?

—¿Uhm?

—Para la gala. ¿Y si la celebramos en el cine Litoral?

Quint baja los pies del banco. Mueve las piernas sin parar, sus rodillas rebotan en el sitio. Lo he visto así antes, cuando su excitada energía parece

quemarlo por dentro. Empiezo a pensar que ese movimiento podría ser su versión de mis listas.

—Podríamos hacer la presentación en el auditorio —continúa— y tienen un enorme salón que podríamos usar para cenar. Sé que han celebrado bodas a veces. Y el baile de segundo fue allí. ¿Te acuerdas?

—No fui.

—Oh. Bueno. Estuvo bien. Además, no tendríamos que preocuparnos por el equipo de sonido. Seguro que tienen lo que necesitamos.

Mastico la punta del bolígrafo.

—No es mala idea.

—Lo que significa: «Vaya, Quint, ¡eres un genio!». —Se acerca a mí—. Estoy empezando a hablar Prudence.

Me río. Después cierro el cuaderno y engancho el bolígrafo en la portada.

—¿Vamos a preguntar?

—¿Al cine? No, esperemos a esta noche.

—¿Esta noche? Está a solo dos manzanas de distancia. ¿Por qué no vamos ahora?

—Porque llegaríamos temprano. La película no empieza hasta las siete.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué película?

—La proyección especial de *Tiburón*.

Me detengo. Lo miro con la boca abierta. Me imagino una afilada aleta dorsal y sangre en el agua y la icónica melodía amartilla mi pecho. *Ta-ram, ta-ram, ta-ram*.

—No —digo.

—Sí —replica Quint.

—No voy a verla.

—Sí lo vas a hacer. Ya he sacado las entradas.

—Bueno... —dudo—. ¿En serio?

Puedo notar el calor trepando por mi pecho, por mi garganta, extendiéndose por mis mejillas, y creo que quizá si me sonrojo lo suficiente pensará que me he quemado con el sol.

—Sí. Estas proyecciones siempre se agotan pronto y no quería perdérmela. Vamos. Es un clásico. Y tienes que conocer a mi tocayo.

—¿Te refieres al capitán Quint? ¿El cazatiburones?

—El mismo que viste y calza.

—Quint... ¡Ya me dan miedo los tiburones!

Se ríe y me golpea con el hombro.

—Es un tiburón animatrónico de los setenta. Creo que podrás apañártelas. Y examinaremos el cine para ver su potencial como lugar para la gala. Será productivo.

Gruño.

—Oh, no. Has descubierto la palabra mágica.

—Te lo he dicho. Pronto mi Prudence será fluido.

No me apetece en absoluto ver *Tiburón*. He vivido aquí toda mi vida y he pasado años examinando esas olas por si veo aletas de tiburón, segura de que, a pesar de que las estadísticas dicen que en realidad los tiburones no son peligrosos para los humanos y que es más probable morir en un accidente de avión o ser golpeado por un rayo que ser mordido por un tiburón, si alguna vez se producía un ataque en Fortuna Beach, sería yo la víctima devorada.

Me conozco lo suficiente para saber que ver la película más famosa sobre ataques de tiburones es una idea horrible. Sé que voy a arrepentirme.

Pero, de algún modo oigo cómo las palabras salen con debilidad de mi boca. Yo también intento sonar despreocupada.

—Vale. Tú ganas. Iré.

Levanta ambos puños.

—Sí. Eso es música para mis oídos. —Vuelve a bajar los brazos, da una palmada y se frota las manos—. De acuerdo. Por ahora consideremos resuelto el problema del salón. Tío, hoy estoy lleno de respuestas. Dame algo más. Terminaré de organizar esta gala antes de que compremos las palomitas.



37

Bajo cualquier otra circunstancia, estaría extremadamente nerviosa. Es la primera vez que voy al cine con un chico, al menos uno con el que no estoy emparentada. Pero no pienso en Quint y en cómo se me acelera el corazón cuando me mira. Ni siquiera pienso en la película que estamos a punto de ver, una que yo había tratado de evitar a toda costa.

Mientras dejamos atrás la taquilla y entramos en el vestíbulo, solo pienso en la gala. Examino las paredes pandadas, el mostrador del ambigú, las lámparas. Es un bonito y antiguo cine, construido a finales de los años veinte, en la época de las películas mudas en blanco y negro. Como Quint ha sugerido, el vestíbulo es suficientemente grande para la cena y, según su página web, que da detalles sobre el alquiler del cine para eventos especiales, puede acoger hasta trescientas personas. Las molduras y las lámparas de araña tienen un bonito estilo *art déco*. El suelo de tarima está anticuado, la pintura de la pared un poco deslucida y el olor a palomitas de mantequilla es abrumador... Pero seguramente puedo pasar por alto todo eso.

—Esto podría funcionar —susurro, acercándome a Quint, que está en la cola del ambigú—. Podríamos poner la mesa de la subasta a lo largo de esa

pared y usar el mostrador para los postres. —Me golpeo el labio inferior con el dedo, asintiendo—. Me gusta.

Quint asiente.

—Mantequilla, ¿sí o no?

Lo miro y tardo un segundo en darme cuenta de que es la siguiente persona en la cola.

—Sí. Claro.

—Oh, qué bien. Si hubieras dicho que no, te hubiera obligado a pedirte las tuyas.

Estamos entre los primeros en llegar, de modo que, cuando entramos en el cine, podemos reclamar un par de asientos casi en el centro, pero no me siento. Giro en círculos, pensando en los pequeños palcos superiores, donde podríamos sentar a los antiguos donantes como una ventaja vip. Rosa podría dar un discurso en el escenario. Como esto es un cine, incluso podríamos poner un vídeo que muestre imágenes del centro y de los animales. Podríamos enseñar algunos de nuestros rescates más recientes y algunas de nuestras liberaciones.

Sonriendo, me dejo caer en el asiento.

—Tengo trabajo para ti.

Quint parece vacilante y curioso, pero cuando le cuento la idea de poner un vídeo en la gala, está al cien por cien conmigo. Mientras el cine se llena lentamente y el mismo pase de anuncios publicitarios locales rota en la pantalla por enésima vez, Quint y yo hablamos de si deberíamos intentar tener música en directo, ya que no he conseguido encontrar una orquesta que toque gratis, o si reunir una lista de reproducción será suficiente. Repasamos la lista de artículos para la subasta que los negocios ya nos han prometido y estudiamos a quién podríamos intentar acercarnos a continuación. Repaso mis planes para vender papeletas para la rifa, aunque todavía no estamos seguros de qué rifar.

Me sorprende cuánta gente llena el cine cuando las luces se atenúan. Hay una atmósfera diferente aquí que en cualquier otra película en la que haya estado, y está claro que mucha gente del público viene a esta proyección especial cada año. Hay una energía excitada en el aire cuando comienzan los créditos iniciales. La música me golpea; el clásico *ta-ram*,

ta-ram, ta-ram que se ha convertido en sinónimo de los ataques de tiburón. Trago saliva y me acerco a Quint. Noto que me mira, pero no le devuelvo la mirada. Ya estoy pensando, otra vez, que esta ha sido una idea horrible. ¿Por qué tiene que ser *Tiburón*? Pero ahora estoy atrapada y..., bueno, no parece tan horrible cuando noto la calidez del hombro de Quint presionado contra el mío.

Y... ahora estoy nerviosa.

Todas las preguntas que he estado ignorando vuelven a mis pensamientos sin que nadie las llame. ¿Esto es una cita? ¿Por qué no le ha pedido a nadie más que venga con nosotros? ¿Por qué no me ha dejado comprar mis propias palomitas? El enorme cubo equilibrado en el reposabrazos entre nosotros parece crucial.

Pero una mirada rápida a Quint sugiere que soy la única pensando en todo esto. Está concentrado en la película, lanzándose palomitas a la boca sin pensar.

Me hundo en mi asiento e intento no darle demasiadas vueltas. Por una vez, Prudence, *no pienses de más*.

El público, según parece, está muy metido en la película. *Mucho*. En los primeros minutos, la gente empieza a gritar a la pantalla: «¡No lo hagas, Chrissie! ¡Sal del agua!». Trago saliva y se me eriza la piel de los brazos cuando queda claro lo que está a punto de ocurrirle a la chica que nada desnuda en la pantalla. Giro la cabeza, lista para enterrarla en el hombro de Quint si es necesario, y él se acerca a mí, como si me animara a usar su brazo a voluntad.

Y lo hago.

La película es aterradora... y a la vez no. La idea es lo peor, el suspense de saber que el tiburón está cerca cada vez que suena esta música ominosa. No tardo mucho en agarrar el brazo de Quint, en clavar los dedos en su manga. Él no se aparta.

En la pantalla, un tiburón ha sido capturado: un tiburón tigre. La gente del pueblo lo tiene colgado de un gancho en el muelle mientras el alcalde de Amity Island les dice a los medios de comunicación que el depredador responsable de los recientes ataques está muerto. La gente que nos rodea le grita al alcalde: «¡Ese no es el tiburón! ¡Buuu!».

—Pobre tiburón — me descubro murmurando.

Quint asiente.

—Horrible, ¿verdad?

Horrible... porque ocurre de verdad.

La película avanza. Los turistas inundan las playas. Los hijos pequeños del jefe Brody se meten en el agua...

Una pequeña pantalla azul capta mi atención. Frunzo el ceño, distraída. Alguien en la siguiente fila está mirando su teléfono.

Me inclino hacia delante. Está... ¿mirando Instagram? ¿Qué diantres?

Alguien a mi espalda también lo ve y grita:

—Oye, ¡apaga el teléfono!

El teléfono se oscurece.

Mi atención vuelve a la pantalla. La música se eleva de nuevo. El jefe Brody corre. Los niños no tienen ni idea...

La pantalla azul se enciende una vez más. Aunque no puedo ver la cara de la persona, puedo ver con claridad la pantalla de su teléfono. Está escribiéndole un mensaje a alguien llamado Courtney. *¿Estás ocupada mañana? Hay rebajas en Swim Source.*

No soy la única molesta. La gente empieza a gritarle al dueño del teléfono, no a la pantalla.

—¡Qué desconsiderado!

—¿Qué diantres te pasa?

—¡Mira la película!

Quint niega con la cabeza; lo sé porque tiene la frente contra mi pelo después de que yo le agarrara el brazo cada vez con más fuerza.

—Alguna gente...

—Sí —susurro, y pongo una mano en mi regazo—. Alguna gente. Cierro los dedos en un puño.

El móvil empieza a sonar, una melodía estridente. La chica se sobresalta y se le cae el teléfono. La música sigue sonando, una animada canción pop que recuerdo que era muy popular cuando era niña.

Quint resopla.

—Creo que la canción se llama *Rude*, «maleducada» —dice, echándome una mirada divertida—. Muy adecuado.

La chica gata para buscar el teléfono en el suelo mientras más gente se une al coro de gritos.

—¡Apágalo!

—¿Qué estás haciendo?

—¡Cállate!

Consigue recuperarlo y tengo que cubrirme la boca para evitar reírme mientras pulsa todos los botones que puede, mientras desliza la pantalla hacia la izquierda y la derecha y toquetea el botón lateral. Nada funciona. Si acaso, la música suena cada vez más fuerte. *Why you gotta be so rude?*

Al final, un empleado del cine aparece e insiste en que abandone la sala.

Mientras la conduce fuera del auditorio, con la cabeza baja por la vergüenza, el público lanza vítores.

El tiburón está muerto. El sol se está poniendo. Los créditos finales empiezan a pasar. Las luces del cine se encienden de nuevo y el público aplaude con entusiasmo.

Yo libero una larga y traumatizada exhalación. Me aferro a Quint como un percebe. Seguramente he dejado impresiones permanentes en sus brazos, pero si le molestaba que le clavara los dedos, no me lo ha hecho saber.

Giro con lentitud la cabeza y lo veo sonriéndome.

—¿Y bien? —me pregunta—. ¿Qué te ha parecido?

No estoy totalmente segura de cómo responder. A pesar de estar absolutamente aterrada, en realidad me ha gustado la película. El guion era bueno, y también los personajes. El tiburón era..., bueno, un tiburón animatrónico de los setenta, pero la idea resultaba espeluznante.

—Tengo una pregunta. —Aparto las manos de su brazo y me giro para mirarlo totalmente. Él se mueve hacia mí, esperando—. ¿Quint?

—¿Sí?

—No, esa es mi pregunta. ¿Quint? Tu madre... ¿Tu madre, la que adora la fauna marina, te puso el nombre por *ese* tipo? No solo es un cazador de tiburones: es un cazador de tiburones arisco, cascarrabias y huraño.

Quint se ríe.

—¡Es un héroe de guerra!

—Es un capullo. No hace nada más que burlarse y acosar a ese pobre...
¿Cómo se llamaba el otro tipo?

—Hooper.

—Ese pobre Hooper durante toda la película, ¡y después lo devora un tiburón! Sinceramente, ¿tus padres estaban intentando traumatizarte? ¿Por qué no te pusieron el nombre del protagonista? El jefe...

—Brody.

—¡Brody! Deberían haberte llamado Brody. No es un mal nombre.

—Es un buen nombre. Por desgracia, ya estaba cogido.

—¿Por quién?

—Nuestro perro.

—¿Tienes un perro?

—Lo teníamos cuando era pequeño. Brody, el *golden retriever*. A mis padres les preocupaba que, si también me llamaban Brody, la gente no pillara la referencia y pensara que me habían puesto ese nombre por el perro. Así que... Quint.

Apenas puedo comprenderlo. Niego con la cabeza y señalo los créditos.

—¡Ese tipo caza tiburones! ¡Es como la encarnación de todo lo que tu madre odia!

—Lo sé, lo sé. Pero, lo creas o no, esta película le gusta mucho. Y era una gran admiradora de Peter Benchley, el tipo que escribió el libro, porque terminó convirtiéndose en un gran defensor de los tiburones. —Baja la voz hasta un susurro cómplice—. Creo que se sentía muy culpable. Oh, y además, la primera cita de mis padres fue para ver *Tiburón*, en una proyección de aniversario, justo aquí, en el cine Litoral. Así que... por eso es. —Se encoge de hombros—. He hecho las paces con ello.

Le brillan los ojos. El cine se vacía rápidamente. Algunos de los empleados han empezado a caminar hacia las primeras filas, barriendo palomitas de maíz y envoltorios perdidos de caramelos. Deberíamos irnos, pero no quiero.

—¿Qué le pasó a Brody? —le pregunto, esperando que no sea un tema sensible—. El perro, quiero decir.

—Se quedó con mi padre después del divorcio —dice Quint, masticando otro puñado de palomitas. Apenas hemos conseguido vaciar el

cubo a la mitad—. Falleció hace un par de años y mi madrastra lo reemplazó por... —Hace una pausa para dar a sus palabras un efecto dramático—. Un *carlino*.

—¿Eh? —Levanto las cejas ante su tono teatral, pero no tengo ni idea de por qué—. ¿Y eso es algo malo?

—Es muy gracioso —me dice—. Mi padre odia a los perritos falderos. Al menos, los odiaba antes. Estoy seguro de que, si le preguntaras ahora, te diría que son lo mejor del mundo, porque ¿qué va a hacer? ¡Ella adora a ese perro! Lo rescataron en Guadalajara, algo que me comenta cada vez que voy de visita. Creo que podría ser su manera de intentar crear un lazo conmigo. Como... «Oye, ¿tú rescatas animales? ¡Yo también!» —Se encoge de hombros—. A ver, sé que lo está intentando.

—¿Te cae bien?

—No está mal. —Se come otro puñado de palomitas—. Sé que se quieren de verdad, mi padre y ella, así que me alegro por ellos. —Hace una pausa para mirarme de soslayo—. Estás esperando que salga la historia del trauma de la infancia, ¿no?

Cierro un ojo, sintiendo que me ha pillado.

—Fuiste tan firme al decir que te parecía bien que tu padre se hubiera vuelto a casar, que se hubiera marchado a San Francisco... Parece que quizá escondes algo.

—Bueno, quizá los conozcas algún día y entonces podrás decidirlo por ti misma.

Se me acelera el corazón y Quint, como si se diera cuenta de lo que acaba de decir, aparta la mirada de inmediato.

—A mi padre no le gusta nada que esté aquí ahora.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Normalmente paso las últimas dos semanas de vacaciones de verano con él. Pero ayer lo llamé y le dije que no creía que este año pudiera hacerlo.

Tardo un momento en darme cuenta.

—¿Por la gala?

Asiente.

—Quiero estar aquí para ayudarte. No me parece bien marcharme justo ahora.

—Oh, ¡Quint! No lo sabía. Todavía no hay nada decidido. Podemos posponerlo hasta...

—No. —Niega con la cabeza—. Está bien, no pasa nada. Mi padre lo superará. Ya hemos planeado algunos fines de semana largos durante el curso escolar, y pasaré con él casi todas las vacaciones de invierno. —Su rostro se suaviza y parece casi incómodo cuando añade—: No quiero ir a San Francisco ahora mismo.

Por cómo lo dice, parece que hay algo más en sus palabras.

No pienses de más, Prudence.

Se aclara la garganta y mira a su alrededor.

—Probablemente deberíamos irnos —dice, y me doy cuenta de que somos las dos últimas personas del cine. Recogemos nuestras cosas y nos levantamos—. Bueno, aparte de tu aversión por mi tocayo —dice mientras pasamos entre las hileras de butacas—, ¿te ha gustado la película?

—¡Ja! ¡Hablando de traumas! —bromeo—. Me alegro de que ya me hayas llevado a hacer esnórquel, porque seguramente esa fue la última vez que voy a meterme en el agua.

—Date un par de semanas. El miedo pasará.

—No. Jamás. Parezco una foca, ¿sabes? Desde debajo del agua. Sería la primera en caer.

Su sonrisa se desvanece ligeramente mientras me mira.

—Todos parecemos focas desde debajo del agua. Al menos, para un tiburón.

—Y gracias por confirmarme por qué jamás volveré a nadar en el océano.

—Ya veremos. Puedo ser muy persuasivo.

Gruño, escéptica, aunque una parte de mí no puede evitar imaginar qué podría hacer para atraerme hacia las olas. Me estremezco mientras un sinfín de posibilidades flotan espontáneamente en mi mente.

—Hablando de hacer esnórquel —dice Quint mientras abandonamos el auditorio—. Tengo algo para ti.

Busca en su bolsillo trasero y saca una fotografía brillante. Está un poco combada, después de estar en su bolsillo todo el día, y la calidad de la impresión no es la mejor, pero mi corazón da un salto cuando reconozco la tortuga marina.

Mí tortuga marina. La que vi cuando hicimos esnórquel. La ha inmortalizado con la cabeza levantada, mirando directamente a la cámara, con las ondas de luz titilando sobre la arena del fondo. Es preciosa.

—Siento que esté un poco doblada —dice Quint, alisando una de las esquinas—. Puedo imprimirte otra copia si quieres.

—La guardaré para siempre —digo, acunando la foto en mis manos. Pretendo que suene a broma, pero no estoy segura de que lo sea.

—Eso espero. Cuando mueras, quiero que te entierren con esa foto.

Me río y meto la foto en mi cuaderno.

—Gracias. De verdad. Me encanta. Y..., bueno, *quizá* algún día vaya a hacer esnórquel de nuevo. Puede. Ya veremos.

Su sonrisa se amplía.

—¿Ves? Soy persuasivo. —Empieza a caminar hacia las puertas, pero lo detengo y camino en línea recta hacia el ambigú.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Voy a preguntar si puedo hablar con el encargado. Por si podemos alquilar este sitio para la gala.

—¿Ahora? ¿No podemos hacerlo mañana?

—¡No hay mejor momento que el presente! —gorjeo.

Pero, cuando empiezo a hablar sobre alquileres para eventos y actividades comunitarias, el chico que hay tras la barra del ambigú me echa una mirada perpleja y me dice que el encargado no está, que quizá debería llamar o algo así.

—Te lo dije —dice Quint mientras nos dirigimos a la puerta.

—*Pss*. Merecía la pena intentarlo.

Aunque era de día cuando hemos llegado, el sol se ha puesto y la calle Mayor resplandece bajo las parpadeantes luces que han colgado entre los árboles y a lo largo de los tejados de los icónicos edificios con siglos de antigüedad. Se ha levantado viento, y agita las hojas de las palmeras sobre

nuestras cabezas. Una gruesa capa de nubes oculta las estrellas. Parece que una tormenta se acerca, después de todo.

Cruzo los brazos sobre mi pecho. No se me había ocurrido traer una chaqueta.

Quint frunce el ceño cuando nota el viento.

—¿Has venido en bici?

—Sí, está por allí.

—La mía también.

Mientras nos apresuramos por el paseo marítimo, las primeras gotas golpean nuestras cabezas.

—Bueno, ¿cuándo será nuestra siguiente... —hace una pausa— reunión de planificación de la gala?

Me pregunto si iba a decir *cita*.

—¿Mañana? —sugiero—. Llamaré al cine por la mañana. Si podemos alquilarlo, deberíamos empezar a trabajar en el plan de publicidad.

—Suená bien.

Apenas pronuncia las palabras cuando la lluvia comienza a caer con fuerza. Es repentino, el cambio de las gotas gruesas y escasas al aguacero torrencial. Grito, sorprendida, y me meto bajo el saliente más cercano. Quint se apiña a mi lado y nos quedamos en silencio, mirando mientras la lluvia llena los canalones de la calle, mientras se encharca en las aceras e inunda las alcantarillas. Los pocos coches que hay en la calzada aminoran la velocidad; sus faros apenas consiguen atravesar la tormenta.

Estoy tan sorprendida por el poder de la lluvia que no me doy cuenta de que estoy abrazándome para entrar en calor hasta que Quint me rodea con el brazo y empieza a frotarme el hombro. Me tensó. Mi cerebro está a punto de cortocircuitar.

—Ey —dice, haciendo que lo mire. Contengo el aliento. Nunca había estado tan cerca de él. Nunca había estado tan cerca de ningún chico. Pero de inmediato sé que él no está pensando en lo mismo que yo. Parece preocupado, con la frente arrugada—. Voy a ir al centro de recuperación.

—¿Qué? —le pregunto. A pesar de que estamos prácticamente pegados, casi tenemos que gritar para oírnos sobre el chaparrón.

—Seguramente estamos más cerca que ningún otro voluntario y... quiero asegurarme de que los animales están bien. Hemos tenido problemas de inundaciones en el pasado, durante tormentas fuertes como esta. Estoy seguro de que estarán bien, pero de todos modos creo que debería ir. Pero primero quiero asegurarme de que llegas a casa a salvo. ¿Corremos hacia las bicis?

Abro los ojos mientras pienso en las piscinas exteriores. Imagino el patio inundado y a los animales atrapados y asustados.

—Sí —respondo—. Pero voy contigo.



38

Ya había montado en bici en mitad de una tormenta, pero nunca lloviendo así. Los diluvios como este son algo raro en Fortuna Beach y no recuerdo haber visto nada semejante antes.

Esquivar los charcos es como intentar esquivar minas, y los ríos de agua que corren calle abajo amenazan con tirarme más de una vez. Por suerte, es un viaje corto. Incluso en este aguacero, tardamos menos de quince minutos en llegar al centro, gracias a la ausencia de tráfico debido al mal tiempo.

Dejamos las bicicletas en el aparcamiento y corremos hacia la puerta. Como Quint tiene llave, en un segundo estamos dentro, jadeando y quitándonos los cascos. Estamos calados hasta los huesos. Me siento más empapada que cuando fuimos a nadar. El aire acondicionado me hace tiritar, pero no tiene sentido intentar secarse. Quint y yo nos vamos al patio, donde los animales, apiñados en sus recintos, parecen bultos negros.

Viendo dónde se encuentra el edificio, rodeado de colinas, entiendo por qué Quint estaba ansioso por llegar. El agua no tiene a dónde ir, así que la parte trasera ya está inundada.

En cuanto a los animales... Bueno, algunos están agrupados irnos contra otros en lo que parecen ser amalgamas asustadas. O puede que estén

durmiendo sin enterarse de nada; es imposible saberlo a ciencia cierta.

Otros, sin embargo, parecen estar pasándoselo en grande. Un grupo de leones marinos están jugando y salpicando por todas partes, como si estuvieran en el mejor parque acuático del mundo.

—¿Qué hacemos? —le pregunto—. ¿Deberíamos meterlos dentro?

—A Luna y Lennon hay que meterlos —dice Quint—. No creo que tengan una capa de grasa lo suficientemente gruesa como para mantenerse calientes en este aguacero. Los demás no deberían tener problemas, aunque habrá que vaciar esas piscinas.

Asumo que no es el agua lo que le preocupa, ya que al fin y al cabo son animales marinos, pero hay varias ramas y algo de basura en el agua que ha llegado empujada por la lluvia y podrían hacerse daño.

Asiento y nos ponemos manos a la obra.

Dejo preparado uno de los recintos del interior antes de ir a por Luna y Lennon.

Parecen alegrarse de seguirme y alejarse de la tormenta cuando los guío a través de la puerta, usando un largo listón de plástico para indicarles la dirección correcta. Quint se queda fuera, reubicando a los animales de las piscinas inundadas en algunos de los espacios más cercanos al edificio.

He preparado unas mantas para que Lennon y Luna mantengan el calor. No es que la lluvia sea muy fría, pero ahora que están dentro, quiero que se sequen lo antes posible. También les doy un par de sus juguetes, pensando que eso los ayudará a sentirse como en casa, pero no les hacen ni caso cuando los lanzo al recinto. Luna se sube encima de Lennon y acomoda la cabeza en su cuello. No sabría decir si tiene miedo o es que está cansada.

Por lo menos están a salvo. Pongo el cerrojo y me dirijo a la puerta, pero un extraño sonido borboteante llama mi atención. Doy media vuelta, intentando distinguir de dónde viene, cuando, al otro lado de uno de los muros bajos, me fijo en una piscina que está vacía.

El desagüe que tiene en el fondo rezuma agua.

Está saliendo agua del suelo.

Abro los ojos como platos.

—¡Quint! —grito. Giro sobre mis talones, corro por el pasillo y salgo al jardín justo a tiempo de ver a Quint cerrando la verja de los últimos

animales reubicados—. ¡Quint, los sumideros! Están... Está saliendo agua y... ¿Qué hacemos?

Arruga el entrecejo, mirándome, y pasa a mi lado para verlo por sí mismo. Un segundo después está hablando con su madre por teléfono. Está sin aliento e intenta explicarle que estamos en el centro y que hemos movido a los animales, pero que los desagües ya no tragan. Puedo oír la voz de Rosa, tranquila, al otro lado del teléfono, indicándole qué hacer.

Las barreras antinundaciones para las puertas y los tapones para los sumideros están exactamente donde Rosa ha dicho. Los minutos siguientes son puro caos, ya que Quint y yo corremos de un lado a otro del edificio, tapando los desagües. Encuentro a uno de nuestros nuevos pacientes, un elefante marino, durmiendo sobre uno de ellos y pienso durante mucho tiempo si podríamos dejarlo ahí para mantener el agua a raya, pero al final decidimos despertarlo y moverlo para tapar el desagüe como es debido.

Cuando todo está bajo control y los animales se encuentran a salvo, estoy exhausta. Me siento como si hubiera corrido una maratón. Una maratón muy húmeda.

—Voy a llamar otra vez a mi madre —me dice Quint, también sin aliento—. Para saber si hay que hacer algo más.

Asiento.

—Voy a echar otro vistazo para asegurarme de que todos están bien.

Mis zapatos resbalan y hacen ruido sobre el suelo de linóleo mientras compruebo cómo están los animales en sus recintos. La mayoría duerme, ignorando la tormenta, pero Luna y Lennon están despiertos. Luna todavía está encaramada a Lennon, como una muñeca de tela, cubriéndose los ojos con las aletas.

Abro la puerta. Los dos se sobresaltan. Lennon presiona las aletas contra el suelo, intentando escabullirse aún más hacia la esquina, pero con el peso de Luna apenas puede moverse. Es la primera vez que los veo asustados. Normalmente se vienen arriba cuando aparece algún voluntario, ya que esperan comida. Me arrepiento de no haber traído un par de peces conmigo.

—Hola, chicos —murmuro, acercándome. A veces me cuesta recordar que siguen siendo animales salvajes. Podrían ser peligrosos, sobre todo

estando asustados. Sin embargo, no se mueven mientras me deslizo hasta sentarme en el suelo de azulejo. Agarro una pelota de playa medio desinflada y la hago rodar hacia ellos. Rebota contra la nariz de Lennon, que sacude la cabeza, sorprendido. Está oscuro, sí, pero no lo suficiente como para que no la haya visto. Me pregunto si su vista ha empeorado estos últimos días.

Luna se baja de él y los dos se acercan trabajosamente a mí. Luna me da un cabezazo suave en el muslo y paso unos minutos acariciando su piel.

—Menuda tormenta la de ahí fuera, ¿verdad? —digo, intentando mantener la voz tranquila—. Pero no pasa nada, aquí dentro estáis a salvo. Y me alegra ver que habéis estado cuidando el uno del otro.

La lluvia sigue aporreando el tejado, parece que ha amainado un poco.

La voz de Quint resuena en el largo pasillo.

—¿Prudence?

—Estoy aquí.

Me levanto y, de inmediato, los leones marinos vuelven a acurrucarse uno contra el otro.

Quint parece preocupado, aunque su expresión se suaviza cuando ve a los animales.

—Ojalá hubiera mejor luz aquí —dice—. Sería una foto increíble.

—Probablemente valga para subirla a las redes sociales, ¿no te parece? La gente se estará preguntando cómo nos va en medio de esta tormenta.

Asiente y saca el móvil. Cuando salta el *flash*, Luna vuelve a cubrirse la cabeza con las aletas, pero Lennon simplemente mira hacia Quint, confuso.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Que no deberíamos tener más problemas. Tampoco es que podamos hacer mucho más hasta que amaine la lluvia. Se alegra de que estemos aquí. Quería venir ella misma, pero hay calles inundadas por toda la ciudad y no le parecía seguro usar el coche. Además, dice que deberíamos quedarnos aquí hasta que pase la tormenta.

Salgo del recinto de Luna y Lennon.

—Yo también debería llamar a mis padres —le digo, encaminándome hacia el vestíbulo, donde he dejado mi teléfono móvil y mi mochila cuando hemos llegado.

El teléfono da dos tonos antes de que mi madre responda. Parece histérica. Asumo que estaba preocupada por mí..., pero no. Ellie, a la que intentan meter en la cama a las ocho, sigue despierta y luchando con uñas y dientes contra las rutinas de sueño que tratan de imponerle mis padres. Puedo oírla aullando de fondo. En cuanto a mí, mamá daba por hecho que seguía en la calle Mayor, probablemente refugiada en Encanto. Le digo que Quint y yo hemos venido al centro para asegurarnos de que los animales están bien y, tras un momento de duda, se ofrece a venir a buscarme.

El ofrecimiento me consuela, a pesar de que su voz denota lo cansada que está.

—No —le digo—. No pasa nada. Me quedaré aquí hasta que amaine.

—Está bien, cariño. Probablemente sea lo mejor. Ten cuidado, ¿vale?

—Vale, mamá. Te llamaré si pasa algo.

Cuelgo y me doy la vuelta para ver...

A Quint.

Quint está en el umbral de la puerta, a apenas unos metros de mí.

Quint no lleva camiseta.

Quint lleva una descolorida toalla azul alrededor de la cintura y se está secando el pelo con otra.

Suelto un chillido.

—¡Por todos los...! ¿Qué...? ¿Por qué estás...?

Me doy la vuelta, roja como un tomate. Golpeo la mochila con el codo y esta se cae de la mesa de recepción y aterriza en el suelo con un sonido húmedo, desperdigando mis bolígrafos y un par de cuadernos ligeramente mojados.

Aunque ya no estoy mirando a Quint, cierro los ojos con fuerza.

—¿Dónde está tu ropa?

Hay un momento de silencio y después... Quint estalla en carcajadas. Se ríe con fuerza, y no para. Frunzo el ceño, oyendo sus risotadas, sus aullidos, sus jadeos en busca de aire.

Pasado un rato, mi sorpresa y mi vergüenza se convierten en incomodidad.

Me preparo y me giro justo lo suficiente para fulminarlo con la mirada. Él no parece darse cuenta. Se ha apoyado en la pared y le cuesta respirar.

Tiene lágrimas en los ojos. Lágrimas de risa.

—Perdona —resopla, cuando consigue mantener la histeria bajo control —. Es que... ¡Qué cara has puesto! Ay, señor, Pru. —Se seca las lágrimas —. Lo siento, no pretendía incomodarte. Pero... Vamos, ya habrás visto chicos sin camiseta, ¿no? ¿En la playa?

—¡Eso es distinto! —Doy un buen pisotón en el suelo. Petulante. Inmadura. No me importa. ¿*Por qué está casi desnudo?*

Aún quedan resquicios de regodeo en la cara de Quint, pero por lo menos parece que ha dejado de reírse de mí.

—¿Por qué es distinto? —me pregunta, sin duda burlándose de mí.

Porque lo es y ya está, me dan ganas de decir.

Porque ellos no son *tú*.

Carraspeo.

—Es solo que no me lo esperaba. No pasa nada. Estoy bien.

—¿No te has quedado traumatizada de por vida?

—Eso no puedo asegurarlo.

Me doy la vuelta, pero sigo sin poder mirarlo a los ojos. En vez de eso, me pongo a mirar el póster paródico de *Tiburón*.

—Entonces, ¿dónde está tu ropa?

—En la secadora. Iba arriba para buscar unas camisetas de voluntario.

Oh. La secadora. Me alivia escuchar una explicación tan lógica. Usamos la lavadora y la secadora a diario para lavar las mantas y las toallas de los animales, pero no se me había ocurrido usarla para *nuestra ropa*.

—Ya. Claro. Buena idea.

Quint me pasa una toalla y empiezo a secarme el pelo.

—Voy a por esas camisetas —me dice. Todavía puedo oír algunas risitas mientras sube la escalera.

Me dirijo a la pequeña lavandería, donde están la lavadora y la secadora, y cierro la puerta a mi espalda. Quitarme la camiseta y los vaqueros empapados es como quitarme una segunda piel. Mi sujetador y mis bragas están húmedos también, pero no es demasiado molesto. Meto mi ropa en la secadora. Cae encima de la camiseta y los pantalones de Quint. Por Dios, qué raro es esto. Me pongo colorada otra vez.

Tomo otra toalla de la estantería y me la pongo a modo de pareo. Después enciendo la secadora y me quedo allí plantada, escuchando el retumbar del tambor y preguntándome qué hacer. No voy a pasearme delante de Quint llevando solo una toalla, pero le queda al menos media hora para terminar.

En ese momento, las luces parpadean.

Miro hacia arriba.

Vuelven a parpadear... y luego se apagan.

Me veo rodeada de tal oscuridad que parece que me haya metido en un agujero negro. La secadora se detiene con un quejido. Nuestras pesadas ropas mojadas caen por última vez. Un sobrecogedor silencio se apodera del centro, roto únicamente por el sonido de la lluvia torrencial que sigue cayendo sobre el edificio y por el ocasional gruñido descontento de los animales.

—¿Prudence?

Agarrándome la toalla, abro la puerta y echo un vistazo hacia el pasillo. Quint viene hacia mí, iluminado por la linterna del móvil. Por suerte ya se ha puesto una camiseta, aunque la toalla de la cintura sigue allí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. La luz...

—Ya. Toma. —Me pasa una camiseta amarilla.

—¿Tenéis generador de emergencia?

—Creo que no.

Me meto de nuevo en la lavandería y enciendo la linterna del móvil. Llena la pequeña estancia de una débil luz blanca mientras me pongo la camiseta y me ato la toalla alrededor de la cintura a modo de falda.

Hago una mueca. La toalla queda bien sujeta en mi cintura, pero deja una abertura importante que muestra el muslo. No puedo salir así.

Entonces me acuerdo de que hay un montón de mantas al lado de la secadora. Me quito la toalla y tomo una manta. Me siento más cómoda de inmediato, ahora que la tela me cubre los muslos y baja más allá de mis tobillos. Huele a pescado y a agua de mar, dado que normalmente se usan en los recintos de los animales. Hace no mucho tiempo, esto me habría dado

un asco tremendo, pero ahora mismo me siento agradecida. Además, suelo ser yo quien hace la colada al final del día, así que sé que se lavan a diario.

Agarro mi móvil y abro la puerta.

—¿Y ahora qué? —pregunto, antes de darme cuenta de que Quint tiene mi mochila.

La extiende hacia mí, agarrándola de las asas.

—Se te ha caído esto en el vestíbulo —me dice—. He pensado que igual la necesitabas.

—Gracias.

Me la entrega, pero parece preocupado.

—¿Qué pasa?

Se aclara la garganta y me enseña otra cosa. Dos cosas, en realidad: un sobre amarillo abierto y un sobre blanco lleno de billetes.

—Se ha salido esto.

—Oh. —Trago saliva—. El dinero es de mis padres...

Siento que debería decir algo más. Es raro ir por ahí con tanto dinero, pero... no quiero contarle lo de la casa de empeños. No quiero que sepa que mis padres han tenido que recurrir a vender nuestras cosas. Hoy he conseguido no pensar en ello, pero cada vez que aparece en mi mente, se me hace un nudo en el estómago. Por la preocupación. Por la culpa. He pasado todo el verano intentando ayudar al centro de recuperación. ¿Debería haber intentado ayudar a mi propia familia?

Al final, no le digo nada a Quint; guardó el dinero otra vez en la mochila, en uno de los bolsillos laterales con cremallera, que es lo que debería haber hecho desde el principio. De todos modos, en realidad no es asunto suyo.

Pero todavía tengo en la mano el sobre amarillo y él no le quita ojo, con el ceño fruncido.

—El mes pasado, mi madre escribió un montón de tarjetas de agradecimiento para nuestros colaboradores —dice—, tal y como tú sugeriste. Yo la ayudé con los sellos.

Sé que me lo está contando para indicarme que él sabe lo que es. Casi como si quisiera arrancarme una confesión.

Y puede que sea razonable. No tenía derecho a abrir una carta que no era mía, y no debería habérmela quedado.

Suspiro.

—Se le cayó el otro día a la doctora Jindal, cuando trajo el correo. La recogí y, cuando vi a quién iba dirigida...

Le doy la vuelta para que Quint pueda ver el nombre de Grace Livingstone y el sello de la oficina de correos: FALLECIDO.

Se le nota en la cara que lo ha entendido.

—La abuela de Maya.

—Sé que no debería haberla abierto, pero... —Titubeo. Pero ¿qué? ¿Que parecía que el *universo* intentaba decirme algo? Niego con la cabeza —. No debería haberla abierto. Lo siento.

Quint toma la carta y, por un momento, parece indeciso. Después, una ligera sonrisa aparece en su cara.

—Yo también habría sentido curiosidad. Le diré a mi madre que la abrí yo, que voy al instituto con su nieta. Creo que lo entenderá.

El corazón me da un vuelco. Eso no me lo esperaba.

—Gracias —susurro.

Hay un momento de silencio y después la tensión desaparece. Quint sonrío, despreocupado y relajado.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, señalando la escalera con el dedo —. Tengo monedas para la máquina. Podríamos tomar unas Pringles a la luz de las velas.

—Qué romántico —digo—. Pero no creo que las máquinas expendedoras funcionen durante un apagón.

Hace una mueca.

—Qué mal. Probablemente tengas razón. Tampoco estoy seguro de que tengamos velas.

Me encojo de hombros.

—Vamos a averiguarlo.



39

Pasamos un buen rato en la sala de descaso, buscando en los cajones llenos de cubiertos, material de oficina y panfletos de comida a domicilio que probablemente llevan ahí al menos diez años. Al final, encontramos dos cajas con velas de cumpleaños y unas cerillas. Quint pone las velas en un cuenco lleno de arena y conchas marinas y las enciende. Nunca he visto unas velas de cumpleaños encendidas más de lo que se tarda en cantar *Cumpleaños feliz*, así que sospecho que no durarán mucho, pero por ahora, su luz es reconfortante y extrañamente alegre, a pesar del viento y de la lluvia que braman fuera. Además, nuestros móviles se están quedando sin batería y hemos pensado que es mejor ahorrar la que podamos.

Después de arrasar los armarios, preparamos una especie de pícnic. Una bolsa de patatas fritas un poco rancias, galletas saladas y mantequilla de cacahuete, un paquete de Cheerios y algunas nubes.

Aunque antes haya bromeado al respecto, cuando nos acomodamos en la larga mesa, descubro que *es* romántico de verdad. La lluvia golpeando las ventanas. La luz de las velas.

Y el hecho de estar aquí atrapados... juntos.

—¿Crees que estaremos aquí toda la noche? —le pregunto, intentando no sonar esperanzada. Porque eso sería horrible, ¿verdad? ¿Quién querría dormir en un suelo duro y frío cuando podría estar a salvo en casa, en una cama mullida y calentita?

Y, aun así, no tengo prisa por marcharme.

—No lo sé. Al paso que vamos... —Quint echa un vistazo por la ventana—. No tiene buena pinta. ¿Estaban preocupados tus padres?

—No demasiado. Me han dicho que me quedara aquí hasta que pasara la tormenta.

Asiente.

—Supongo que podríamos usar las mantas que tenemos para hacernos una especie de cama. Puede que no sea lo más cómodo del mundo, pero...

—Podría ser peor.

Es cierto. Tenemos techo y comida. Se está suficientemente bien. Por ahora tenemos luz, aunque las velas se consumen a una velocidad de vértigo.

—Por lo menos hay cereales. —Me meto un buen puñado en la boca.

La primera vela se extingue, dejando un fino hilo de humo negro retorciéndose en la oscuridad. Miramos nuestra pequeña colección de velas insertadas en la arena. Están en las últimas.

—Igual tendríamos que haberlas racionado —dice Quint.

—¿No habrá alguna linterna por aquí?

Se lo piensa.

—Sería bastante lógico.

Emprendemos a la búsqueda de nuevo, arriesgándonos a agotar la batería de nuestros móviles para buscar en todos los muebles armarios y alacenas que encontramos. Al final... Bingo. Encontramos cinco linternas guardadas junto a algunas redes de rescate y otras cosas, aunque solo tres de ellas funcionan. Ya que hemos bajado, reunimos todas las mantas con las que somos capaces de cargar antes de retirarnos de nuevo a la sala de descanso. Movemos la mesa contra los armarios, dejando espacio suficiente para extender las mantas y formar algo semejante a unos colchones. Se me ocurre que tal vez deberíamos hacer dos camas separadas, pero... ninguno de los dos dice nada al respecto.

—¿Qué estarías haciendo ahora mismo si no estuvieras aquí? —me pregunta Quint.

—¿Dormir?

—¿En serio? Si no son ni las doce.

—Me gusta madrugar.

—No me sorprende.

Quint se sienta sobre la cama improvisada y enrolla un par de toallas para hacerse una almohada. Titubeo unos segundos antes de sentarme al otro lado, mirándolo. Estamos lo suficientemente cerca para que resulte íntimo, sobre todo gracias a la luz de las linternas que se refleja en el techo, pero también lo bastante lejos como para fingir que no es incómodo.

—Vale. Si no estuvieras durmiendo, ¿qué estarías haciendo? —insiste.

—No lo sé. ¿Planificar la fiesta? ¿Asegurarme de que todo será perfecto?

Quint chasquea la lengua como si me regañara.

—¿Te has planteado alguna vez que igual quieres abarcar demasiado?

Arrugo la nariz.

—Sí, Jude se encarga de recordármelo. Pero no puedo evitarlo. Siempre hay algo más que se puede hacer y no quiero conformarme con algo que no sea perfecto, ¿sabes? ¿Por qué ser mediocre? Aunque a veces me resulta difícil saber cuándo detenerme o cómo repartir mi tiempo. Como este verano. He estado tan concentrada en el centro de recuperación que apenas he empezado nuestro trabajo de Biología.

—Estaba preguntándome qué pasaba con eso —dice Quint, con los ojos brillantes—. Esperaba que lo hubieras olvidado.

—Para nada. Sigo queriendo hacer algo extraordinario. De hecho, estaba pensando que podríamos usar la fiesta como ejemplo real de cómo el ecoturismo puede ayudar al medioambiente. Pero todavía tengo que meterle más ciencia, y eso es lo que se me hace bola. Total, que lo he dejado aparcado y me he concentrado en el centro y en la recaudación de fondos... Aunque sé que postergándolo lo único que conseguiré es estresarme más.

—¿Qué? ¿Tú? Espera —Quint se inclina sobre mí con complicidad—. ¿Me estás diciendo que tú, Prudence Barnett..., has estado...,

procrastinando? —Lo dice como si fuera una palabrota, con el rostro cargado de incredulidad.

No puedo evitar reírme ante semejante nivel de dramatismo, aunque me produce un poco de ansiedad darme cuenta de que el trabajo revisado tiene que estar terminado en apenas unas semanas.

—Para nada —digo con rotundidad—. Es solo que he estado... investigando sin parar.

—Ajá. Claro que sí. —Me guiña el ojo, haciendo que mi corazón se marque un errático solo de tambor—. Que sepas que, cuando yo procrastine, la investigación también será mi excusa.

—No estoy procrastinando. Esa palabra no está en mi vocabulario. Sin embargo, admito que es difícil perder el tiempo haciendo un trabajo sobre cómo salvar la fauna cuando podría... Ya sabes. Salvar la fauna de verdad.

Me muestra los dientes en una enorme sonrisa.

—No podría estar más de acuerdo.

Al decirlo, me viene una idea a la cabeza. Una que no entiendo cómo no se me había ocurrido antes.

Pienso en las veces en las que traté de impartirle a Quint algo de justicia kármica a principios de verano.

Cuando se negó a ayudarme con el trabajo de Biología porque «tenía otras cosas que hacer» o cuando llegó tarde a nuestra reunión en la calle Mayor. Estaba superenfadada con él, y convencida de que era un egoísta y un vago. Pero no era así. Era verdad que tenía otras cosas que hacer: focas que alimentar, nutrias marinas que salvar.

Por eso nunca funcionaba. En vez de castigarlo, el universo lo recompensaba. Con los créditos extra del señor Chavez. Con el billete de veinte dólares.

En ese momento no fui capaz de ver lo que tenía delante de mis narices. Pero el universo sí. El universo lo sabía.

—¿Qué pasa? —me pregunta Quint, haciendo que me dé cuenta de que lo estoy mirando fijamente.

Me sonrojo y niego con la cabeza.

—Nada. Estaba pensando en las musarañas. —Tardo un segundo en acordarme de qué estábamos hablando—. En fin, que no te montes

películas. Sigo pensando que revisar el informe y subir nota es importante. Si quiero entrar en una buena universidad, tengo que mantener mi nota media.

—¿A qué universidad quieres ir?

—A Stanford —digo sin vacilación—. O Berkeley. Ambas son muy prestigiosas en Empresariales.

Pone cara rara.

—¿Empresariales? ¿Qué pasa, que has buscado cuáles eran las licenciaturas más aburridas y esa estaba por encima de Ciencias Políticas?

—¿Perdona? Empresariales es fascinante. La psicología de por qué y cómo gasta la gente su dinero, las razones por las que irnos negocios fracasan y otros prosperan... Además, una licenciatura en Empresariales es aplicable a casi cualquier área de trabajo, así que podría dedicarme a cualquier historia que me interese más tarde. —Asiento, pensativa—. A veces pienso que, si mi padre o mi madre supieran algo de negocios, sus vidas serían mucho más sencillas. Yo no quiero tener que preocuparme por el dinero, como hacen ellos.

Pienso en el fajo de billetes que llevo en la mochila, en la cubertería de plata de la tienda de empeños. Trago saliva.

—Eso puedo entenderlo —me dice Quint—. Yo sé que mi madre no quiere que me preocupe, pero es inevitable. Este centro es su pasión, pero también su modo de vida. Si se fuera a pique... —No termina la frase. Me pregunto qué haría Rosa si no pudiera seguir al frente del centro de recuperación—. Pero el dinero no lo es todo. Mi madre trabaja realmente duro y le cuesta mucho mantener el centro en funcionamiento, pero no creo que quisiera hacer otra cosa.

No respondo. Claro, puede que el dinero no lo sea todo..., pero es *algo*. No puedo imaginarme lo que es trabajar tanto como Rosa o como mis padres y aun así tener tan poco de lo que disfrutar, por mucho que me guste mi trabajo.

—Déjame adivinar —le digo, ladeando especulativamente la cabeza—. Tú no te has planteado a qué universidad quieres ir o qué quieres estudiar.

—Tampoco es eso —dice, a la defensiva—. Puede que no tenga planificados los próximos cinco años, como *otras*, pero...

—Los próximos diez años, en realidad.

—Fallo mío. —Pone los ojos en blanco—. Pero ahora mismo estoy bastante seguro de que me voy a tomar un año sabático.

Suelto un grito tan horrorizado que, por un segundo, Quint parece preocupado de verdad.

—¿Un año *sabático*? Venga ya. Eso es solo una forma elegante de decir que eres muy vago para ir a la universidad o muy indeciso para decidir qué estudiar.

—Guau. Ajá. —Me señala con el dedo—. El hecho de que no sea *tu* plan no lo convierte en un mal plan.

—¡Estás postergando lo inevitable! Si vas a ir a la universidad, ve y ya está. ¿Por qué perder el tiempo, un año entero de tu vida..., yendo de mochilero por Europa o cualquier otro cliché que pienses que te va a «completar»? —Hago unas comillas con los dedos en el aire.

Quint se cruza de brazos.

—Para tu información, hay estudios que demuestran que la gente que se toma un año sabático rinde mejor en la universidad posteriormente — replica. Entorno los ojos, no muy convencida—. Puedes buscarlo.

—No quiero gastar batería del móvil —refunfuño.

—No quieres admitir que podría tener razón. Otra vez.

—Ya veremos. —Resoplo—. ¿Y qué pretendes hacer en tu año de asueto? Y, por favor, dime que no piensas irte de mochilero por Europa.

—Por Australia, en realidad. Quiero bucear en la Gran Barrera de Coral antes de que sea demasiado tarde.

Abro los ojos de par en par por la sorpresa. Me tomo un momento para reflexionar.

—Vale, ese es un objetivo bastante chulo.

—Traducción del idioma Prudence a nuestro idioma: «Es una idea brillante, Quint. Deberías hacerlo».

Niego con la cabeza.

—No tan rápido. No necesitas un año entero para hacer eso. ¿Por qué no vas durante las vacaciones de verano?

Empieza a revolverse para ajustarse la toalla que tiene a la espalda. Cruza y descruza los tobillos.

—No quiero alquilar el equipo, pasar un día en el arrecife y tacharlo de mi lista. Quiero... —Duda, y su expresión se vuelve casi seria—. A ver..., mi plan principal, si tanto te interesa, es conseguir el título oficial de submarinista y pasar el año creando un porfolio. Mi... porfolio fotográfico. —Arranca una pelusa de la manta—. Cuando vaya a la universidad, me gustaría estudiar Arte y Diseño. Tal vez especializarme en Fotografía. Me encantaría dedicarme a la fotografía submarina, pero el equipo es caro y para ello necesitaría una buena beca. Y para eso...

No termina, pero ya he sumado dos más dos.

—Necesitas un porfolio impresionante.

—Está bien fotografiar a los animales del centro, pero si tuviera más experiencia subacuática en el momento de presentar la solicitud, creo que me ayudaría bastante.

Me quedo mirándolo, aunque, por alguna razón, él ha dejado de mirarme a los ojos. Mi opinión sobre él cambia otra vez.

—Algún día podrías estar en *National Geographic*.

Sonríe y se le entornan los ojos cuando por fin me mira.

—Soñar es gratis, pero eso sería... Quiero decir, sus fotógrafos son los mejores. No sé si alguna vez podré...

—Podrás. Lo harás —le digo, con sorprendente convicción—. Tienes mucho talento.

Se pasa una mano por el pelo.

—No. Soy normalillo, como mucho. Pero me encanta, así que... ya veremos.

—No puedo creer que te hayas burlado de mí por mi plan para los próximos diez años mientras mantenías todo esto en secreto.

Todavía parece incómodo. Hace girar sus hombros un par de veces.

—Es raro hablar de ello. Quiero decir..., ¿cómo vas a contarle a la gente que quieres ir a bucear a la Gran Barrera y convertirte en fotógrafo submarino? Aunque sea un sueño, es prácticamente imposible.

—No lo es. A ver, alguien tiene que hacerlo, de lo contrario no tendríamos esos documentales tan chulos sobre la extraña fauna marina que nos hace ver el señor Chavez.

—Cierto. Bien visto. —Sus ojos centellean, casi agradecidos—. Me gusta eso de ti, Prudence. Nadie puede acusarte de no ser optimista.

—Me gusta pensar en mí misma como una realista que está dispuesta a trabajar duro.

Sonríe de oreja a oreja.

—Mejor me lo pones.

Se me calientan las mejillas. Ahora me toca a mí mirar hacia otro lado, clavando los dedos en las mullidas mantas. Doblo las rodillas contra mi pecho y me las rodeo con los brazos.

—Me gusta creer que, si me esfuerzo lo suficiente, puedo conseguir cualquier cosa. Ya sé que soy demasiado perfeccionista y que probablemente abarco demasiado, pero es mi única virtud, así que más me vale sacarle partido.

—¿Qué quieres decir con que es tu única virtud?

Hago una mueca. No debería haber dicho nada. Una parte de mí quiere retirarlo, decir: *Olvídalo, no es nada*. Pero... hay algo en la luz tenue, en la lluvia que ha dejado de ser un torrente para convertirse en un repiqueteo melodioso y en el hecho de que Quint me haya hablado de su sueño secreto que me obliga a ser valiente. O, si no valiente, al menos me hace sentir que quizá está bien que me muestre un poco vulnerable.

—Es que, a ver, tomemos a Jude como ejemplo —digo en voz baja, midiendo mis palabras—. Es muy amable. Cae bien a todo el mundo. Se le da bien hacer amigos, allá a donde va. Y sé que yo no soy *así*. ¡Y Ari tiene tanto talento y pasión por la música...! Pero yo no siento pasión por nada, más allá de tener éxito, de querer hacerlo lo mejor posible. Pero sé planificar, soy organizada, y si un profesor me manda un trabajo, escribo la mejor redacción que ha visto en su vida. Si organizo una gala, será una que nadie podrá olvidar. Eso puedo hacerlo. Y, si consigo impresionar a la gente, puede que no se den cuenta de que no soy ingeniosa ni guapa... ni *divertida*.

Paro de hablar y escondo parte de mi cara tras mis brazos. No puedo creer que acabe de decir todo eso. Y, al mismo tiempo, siento bien admitir que toda la confianza que proyecto es solo una táctica de distracción, una coraza para el miedo que hay debajo.

—A ver —dice por fin Quint, como si hubiera sido él quien hubiera hablado de más—, tú no eres... *no* guapa.

Se me escapa un sonido a medio camino entre una carcajada y un ataque de tos. Me atrevo a mirarlo, pero rápidamente tengo que apartar la mirada de nuevo.

—Primero, las dobles negaciones no son gramaticalmente aceptables.

Lanza un gruñido.

—No puedo contigo.

—Segundo —digo, ignorándolo—, no estaba buscando un cumplido. Pero... ¿gracias? Supongo.

—Ya sé que no buscabas eso. —Se aclara la garganta y noto que esta conversación es tan incómoda para él como para mí—. Pero tenía que decir algo. Nunca te había visto tan cohibida. Y es la verdad. Tú eres... —Se detiene.

Sacudo enérgicamente la cabeza.

—No tienes que decirlo. No me malinterpretes. No creo que sea un adefesio, pero... estoy rodeada de chicas que se pasan el verano en vaqueros supercortos y bikinis de tiras. Quiero decir, yo sé que no soy *así*.

Quint murmura algo por lo bajo y no sabría decir si está de acuerdo conmigo o no. Cuando vuelve a hablar, espero otra versión del cumplido a medias de antes: *tú no eres no guapa*. Y, sí, todo mi cuerpo sigue revolucionado tras esas palabras. Pero, en lugar de eso, dice algo que es cien veces mejor. Algo que creo que nadie me ha dicho *nunca*.

—Si te sirve de algo, a mí me pareces muy divertida. Al menos, cuando no estás criticando todo lo que digo o hago. —Me muestra los hoyuelos de sus mejillas—. La verdad es que me lo he pasado muy bien contigo este verano.

Nos miramos a la luz de la linterna mientras la llovizna cae contra las ventanas. Se me cierra la garganta. Me sorprende descubrir que tengo los ojos húmedos y espero que Quint no pueda verlo en la oscuridad. No sabe, ni siquiera se imagina, lo bien que me sienta oír esas palabras. Saber que las dice de verdad.

—Además, yo... —Quint carraspea sonoramente y cruza un tobillo sobre el otro—. Tengo uñas cejas enormes.

Suelto un bufido y me tapo la boca con la mano.

—¿Qué?

—Es verdad. Puede que no te hayas fijado. —Se inclina hacia mí y se señala una ceja—. Puedes acercarte más, si necesitas comprobarlo.

—Uhm. Ya las he visto, gracias.

—Sí, pues eso. Todo el mundo las ha visto. Hasta los extraterrestres las han visto. Desde Marte.

Me río.

—Quint...

—No, no intentes decirme que no están tan mal. Tengo espejos. Conozco la verdad. —Suspira dramáticamente y vuelve apoyar la espalda contra el armario—. Una vez, cuando era un crío, le pedí a mi madre que me las depilara.

—No puede ser.

—Lo es. Se negó. Me soltó la típica chorrada de madre de «eres perfecto tal cual eres». Así que me colé en su baño, le robé las pinzas y me arranqué un pelo. Solo uno. Me dolió tanto que *lloré*. En serio, ¿por qué las chicas os obligáis a pasar por eso?

—A veces yo me pregunto lo mismo.

—En fin, que desistí de arrancarme más, lo que me hizo llorar *aún más*, y cuando mi madre me encontró fue como: «¿Qué diantres te pasa? ¡Solo son cejas!». Pero la cuestión es que... me hacían parecer malvado. Yo temía que el resto de los niños pensara que era un abusón y que nadie quisiera ser mi amigo.

Siento una punzada de compasión.

—Y, cuando se lo conté a mi madre, me dijo que... lo único que tenía que hacer era sonreír. Porque no puedes parecer malvado mientras sonríes.

—Sus labios se curvan en una sonrisa, pero es triste, mientras recuerda esta historia—. Bueno, el caso es que me tomé sus palabras al pie de la letra. Desde entonces siempre he intentado ser... Ya sabes. El chaval sonriente. Al fin y al cabo, eso es mejor que ser el tipo de las cejas de malvado.

Quint se ríe, con un poco de autocrítica.

Mientras, yo me siento la peor persona del mundo, recordando cómo me burlé de sus cejas cuando vino al karaoke, hace unas semanas.

Y ahora ni siquiera recuerdo qué me hizo decir algo tan horrible. Me *gustan* sus cejas. Me gusta lo expresivas que son. Cómo se curvan hacia arriba cuando está de broma. Cómo se fruncen cuando está molesto. Aunque me gustan menos cuando está molesto conmigo.

Quiero decírselo, pero no me salen las palabras. Se me ha secado la garganta.

—En fin —continúa—, supongo que todos estamos acomplejados por algo.

—Supongo. —Mi voz suena como un graznido.

Nuestras miradas se cruzan y hay un segundo (una hora, una eternidad) durante el que ninguno de los dos aparta los ojos. Quint tiene una sonrisa socarrona en la cara. Mi cerebro se detiene, dejándome suspendida, sin aliento, sin salida.

Su atención se centra, aunque brevemente, en mi boca. Se me tensa todo el cuerpo. La distancia entre nosotros parece un kilómetro.

Quint toma aliento y yo no puedo moverme, esperando a que diga algo, a que diga mi nombre, a que diga *cualquier cosa*.

Pero, cuando habla, suena atropellado y raro. Nervioso.

—¿Deberíamos hablar de otra cosa? ¿De la gala? ¿De Biología? O... ¿de las excursiones escolares o algo así?

Me humedezco los labios. Eso suena más *seguro*, y está claro que ninguno de los dos va a dormirse pronto.

—Todavía tenemos que decidir qué vamos a rifar —sugiero.

—Bien. Claro. Algo extraordinario, pero que podamos permitirnos.

Pasamos irnos minutos dándole vueltas. Quint propone unas cuantas ideas: ¿Ari podría escribir una canción personalizada para el ganador? O este podría invitar a sus mejores amigos a la próxima liberación que hagamos, como si fuera una fiesta privada. Son todas buenas ideas, factibles, pero les falta *algo*...

Miro a mi alrededor, esperando que me venga la inspiración de repente, cuando me fijo en la foto de una tortuga atrapada entre redes y plásticos.

Contengo un gemido.

—¡Quint!

—¿Qué?

Me pongo de pie, como un resorte, y cruzo la habitación mientras me sujeto la manta en la cintura.

—¡Esto! ¡Tus fotos!

Él también se pone en pie, pero con menos entusiasmo.

—¿Mis fotos?

—¡Sí! ¿Qué te parece si hacemos una serie limitada de fotografías de nuestros pacientes? Podrías firmarlas y numerarlas. Además de preciosas, son el mejor reflejo de lo que hacemos aquí. ¡La gente se volvería loca por ellas!

—Caramba, Pru. Es muy amable por tu parte decir eso. —A pesar de su tono burlón, sé que el elogio lo avergüenza—. Pero, venga ya. Son demasiado deprimentes. Nadie querría algo así.

Eso ya lo he tenido en cuenta.

—Sí, son tristes, pero muchas obras de arte lo son. Y estas fotos te hacen sentir, ¿sabes? Capturas estos momentos, estas emociones... —Me llevo una mano al pecho, recordando cómo se me cerró la garganta la primera vez que vi estas fotografías—. Puede que sean desgarradoras, pero son sinceras y explican de un modo visceral por qué este centro de recuperación es importante. Ya sé que no hiciste las fotos pensando en venderlas, pero para una rifa... ¿Qué te parece?

Frunce el ceño, mirando las fotografías.

—No lo sé. Quiero decir, me alegra que pienses que son buenas, pero... son demasiado... —Se encoge de hombros—. Deprimentes. Además, no soy un artista de renombre. Nadie va a pagar por ellas.

—Creo que te equivocas. Sé que te equivocas. —Le agarro el brazo, suplicante. Se tensa—. Tienen el toque justo de personalidad. ¡Son perfectas!

Una de las comisuras de sus labios se curva. Puede que se lo esté pensando, pero todavía no está convencido.

—Supongo que podemos poner la idea en la lista de posibles.

Hago un mohín.

—Vale. Es tu obra. No debería decirte qué hacer con ella. —Mis manos caen a ambos lados de mis caderas y vuelvo a mirar las fotos enmarcadas, negando con la cabeza, decepcionada—. Puedes hacer lo que quieras.

Quint no dice nada.

Espero, deseando que claudique. Que levante las manos y proclame: «Está bien Prudence, *tú ganas*. ¡Usa las malditas fotos si eso te hace feliz!».

Pero no rompe el silencio.

Al final, lo miro.

Me está observando. Sus ojos destellan bajo la luz tenue de la linterna.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Abre la boca, pero titubea. Dos segundos. Cinco. Antes de...

—¿Puedo hacer lo que quiera?

Me tenso de inmediato. Entorno los ojos.

—Siempre que sea razonable.

Exhala bruscamente.

—Puede que sea demasiado tarde para eso.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir cuando baja la cabeza y posa sus labios sobre los míos.

Me quedo petrificada.

Mis pensamientos me abandonan, dejándome solo con una especie de estática mental.

Noto un hormigueo en los labios. Es una caricia breve. Vacilante. Insegura. Y desaparece con rapidez. Me mira con los ojos entornados, esperando mi reacción.

Y yo... no puedo reaccionar. Apenas puedo respirar.

Quint Erickson acaba de besarme.

Empieza a parecer preocupado. Traga saliva tan sonoramente que puedo oírlo.

—Llevo... un tiempo queriendo hacerlo... —dice, lo que podría ser una explicación. O una excusa. Y después se aleja un poco más, y esas cejas, esas gloriosas cejas, se unen y sé que está avergonzado y dolido y... *¿Por qué no puedo moverme?*—. Quizá no debería haberlo hecho... Puede que haya malinterpretado... Uhm. —Se encoge de hombros, a la defensiva—. Debería disculparme.

—¡No! —Esa palabra es lo único que consigo decir. Necesito que deje de hablar, que deje de retractarse, que deje de mirarme como si acabara de cometer un error—. Es solo que... me has sorprendido. Nada más.

Levanta la cabeza con lentitud, la baja con lentitud, como un asentimiento robótico.

—Vale. ¿Para bien o...?

Me río. La risa se apodera de mí.

Quint. Quint me ha besado.

Me ha besado.

—Pru...

No le dejo terminar. Lo agarro por los hombros y le devuelvo el beso.



40

—El penúltimo día de clase.

—¿El penúltimo día de clase? —repito, desconcertada, tratando de recordar qué tuvo de especial ese día, si es que tuvo algo. Niego con la cabeza—. No, no. Sé que estás mintiendo, porque el último día de clase fue cuando el señor Chavez nos dio las notas y tú dejaste caer que habría que ser masoquista para estar dispuesto a rehacer ese trabajo de Biología conmigo durante el verano.

—Ah, cierto. No estoy diciendo que esa fuera la primera vez que me di cuenta de que me *gustabas*. En ese momento seguía totalmente convencido de que eras una persona horrible. Solo digo que el penúltimo día de clase fue cuando te convertiste en esa persona horrible a la que me habría gustado besar.

Palidezco.

—¡Quint! —digo, tapándome la cara con las manos—. ¡De verdad!

Se encoge de hombros.

—Tú has preguntado.

Se me escapa una risa entrecortada, aun cuando me arden las mejillas. Estamos sentados sobre el montón de mantas. Todavía no hay luz, aunque la

tormenta ha amainado bastante y ahora es poco más que una llovizna. Quint tiene el brazo sobre mis hombros y, por lo cómodo que está, parece que llevemos años haciendo esto.

No sé cuántas horas llevamos aquí sentados. Hemos dejado atrás ese momento de delirio en el que todo parece ridículamente divertido, el momento en el que todo se vuelve imposiblemente profundo, y ahora estamos los dos somnolientos y bostezando y negándonos a cerrar los ojos. No quiero que esta noche termine.

—¿Y qué fue? ¿Mi increíblemente detallada maqueta de la calle Mayor o...?

—El karaoke, sin duda.

Me sorprende.

—¡Oh! Esa fue la noche del karaoke, ¿no? Cuando me... —Me toco la nuca, recordando la caída. Entonces lo miro, recelosa—. ¿Te van las chicas con conmociones cerebrales?

—Si te soy sincero, no sé qué me va. —Sus dedos trazan mecánicamente círculos sobre la parte superior de mi brazo—. Soló sé que hubo algo... No sé. En cierto momento hiciste eso con los hombros... —Mueve los hombros, imitándome—. Además, ese pintalabios tuyo... —Acerca la mano libre a mi cara y me presiona los labios con el dedo, aunque es imposible que quede en ellos algo de carmín después de lo de esta noche. Me estremezco—. Normalmente no entiendo la razón de todo eso de maquillarse, pero ese pintalabios... He soñado varias veces con ese tono de rojo.

—Estás de broma.

—¿Es raro?

Entrecierra los ojos, como al sonreír, y quiero decirle que todas las palabras que han salido de su boca desde hace no sé cuántas horas han sido raras.

—Puede que sea un poco raro —contesto—. Pero no me quejo.

Sonríe y fija su mirada en mis labios. Empiezo a reconocer la expresión que pone justo antes de besarme. Su mano se mueve para acariciar mi mejilla. Se inclina y yo ladeo la cabeza para encontrarme con la suya.

Tengo los labios hinchados. Hace veinticuatro horas, nunca me habían besado. Ahora me han besado hasta el hartazgo.

—Te toca —me dice Quint, apartándose y apoyando su frente en la mía—. ¿Cuándo fue la primera vez que quisiste besarme?

Cierro los ojos y trato de recordar. Ahora mismo me resulta difícil imaginarme un tiempo en el que *no quisiera* besarle.

—Cuando fuimos a hacer esnórquel.

—¡Sí! —Quint flexiona el codo en un gesto de victoria—. Estaba seguro de que ese día te había gustado. Lo noté. —Chasquea los dedos—. ¿Fue también ese día cuando rescaté a la nutria marina? Sí, ¿verdad? Tío, ese fue un buen día. —Suspira con nostalgia, como si fuera un anciano recordando su primera juventud, en vez de algo que pasó hace apenas unas semanas—. Fue mágico verte hacer esnórquel por primera vez. No recordaba haberte visto así de contenta antes.

Pienso en ello.

—Estaba más asombrada que contenta.

—No, estabas contenta. Lo sé, no tengo dudas.

—¿Oh? ¿Cómo lo sabes?

—Pude ver tus hoyuelos. —Le brillan los ojos, casi burlones, aunque intenta mantener una expresión estoica y sabia—. No suelen aparecer en tus sonrisas sarcásticas.

Me da un vuelco el corazón y no puedo evitar sonreír. Aturullada, pero feliz.

—¿Ves? —dice, golpeándome el hombro con el suyo—. Como esa.

Le devuelvo el golpe. Después miro las ventanas y parpadeo.

—Oye, Quint. ¿Ves lo que yo veo?

Gira la cabeza y tarda un momento en comprender de qué estoy hablando. *La luz del sol*. Apenas un sutil atisbo de iluminación en las ventanas. No el amanecer, sino los instantes anteriores. Una tenue luz gris verdosa atravesando la llovizna.

—¿Qué hora es?

Hace ademán de sacar su móvil, por instinto, hasta que recuerda que las baterías de ambos teléfonos se han agotado hace horas.

Echo un vistazo a mi reloj.

—Son casi las seis.

Nos miramos el uno al otro, dándonos cuenta de que hemos estado despiertos toda la noche. No solo eso, sino que parece que la tormenta también ha pasado ya.

Podemos irnos.

—Sugiero que vayamos a desayunar tortitas —dice Quint— aunque en la mayoría de los restaurantes exigen pantalones.

Me parto de risa y me derrumbo sobre él, enterrando la cara en su hombro. Si anoche hubiésemos usado el cerebro, habríamos tendido la ropa. Ahora mismo estaría seca, o casi. Pero sigue en la secadora, en un barullo empapado.

—Desayunar tortitas suena *genial* —digo.

Me abraza. Presiona sus labios contra mi cuello, justo debajo de la oreja.

Me olvido de las tortitas y de todo lo demás.

Hasta irnos segundos después, cuando suena un portazo en el piso de abajo.

Los dos damos un respingo.

El ruido debe haber despertado a algunos de los animales, porque hay un breve intercambio de gruñidos por parte de las focas y de chillidos por parte de las nutrias.

Después oímos a Rosa.

—¿Quint?

Quint y yo intercambiamos una mirada. Una sensación de desilusión, breve pero profunda, pasa entre nosotros antes de que deshagamos nuestro abrazo.

—Aquí arriba, mamá —responde Quint mientras nos ponemos en pie y estiramos nuestras camisetas y comprobamos los nudos de su toalla-pareo y mi manta-vestido, como decidimos llamar a nuestro uniforme provisional a eso de las tres de la mañana.

Oímos a Rosa subiendo la escalera. Una saltarina luz blanca la precede y, cuando llega a la sala de descanso, nos ilumina con la linterna del teléfono móvil y nos ciega. Quint y yo alzamos los brazos con un gruñido, como vampiros sorprendidos por la luz. Rosa baja el teléfono.

—Un árbol ha tirado varios postes de la luz junto a la carretera. Hay gente trabajando en ello. ¿Habéis estado toda la noche sin luz?

—Sí —le cuenta Quint—. Se fue poco después de que llegáramos.

Rosa emite un gemido comprensivo.

—¡Pobrecitos! Si lo llego a saber... —No termina la frase porque ¿qué podría haber hecho? ¿Mandar a la policía a buscarnos?

—Estamos bien —dice Quint, frotándose los ojos—. Aunque no se puede decir que hayamos dormido mucho.

—Más bien nada —lo corrijo—. Hemos dormido en números negativos.

Quint sonrío, y yo también lo hago. Para nuestras mentes somnolientas, la frase resulta hilarante.

Rosa nos mira, un poco preocupada.

—Estamos bien —insiste Quint, con más rotundidad esta vez.

—Estamos genial —digo. Y entonces me pongo colorada, preguntándome si lo que acabo de decir da a entender que así ha sido la noche que hemos pasado juntos. ¿Revela ese *genial* las siete horas de confesiones y besos? De un montón de besos.

Y, aun así, de alguna manera...

No han sido suficientes.

—¿Has ido a ver cómo están los animales? —le pregunta Quint a su madre, pese a que sabemos que acaba de llegar.

—No. He pensado que lo primero era comprobar que vosotros estabais bien.

—¿Tienes un cargador de teléfono? —le pregunto, mostrando mi difunto móvil—. Debería llamar a mis padres.

—Me temo que no. Pero puedes usar el teléfono de abajo.

Frunzo el ceño.

—No hay electricidad.

Rosa parece controlarse para no reírse de mí.

—Lo sé, cariño. Los teléfonos fijos funcionan, aunque no haya electricidad.

—¿Qué? ¿Cómo? —Estoy boquiabierta, y me giro hacia Quint—, ¿tú sabías eso?

Niega con la cabeza. Tiene pinta de estar igual de sorprendido que yo.

—No tenía ni idea. Parece...

—¡Magia!

Quint eleva los brazos y aúlla:

—¡Magia!

Estallo en carcajadas de nuevo.

Rosa se aclara la garganta.

—Muy bien. Prudence, tú ve a llamar a tus padres. Quint..., ¿por qué llevas una toalla?

—Nuestra ropa estaba empapada. La metimos en la secadora, pero no funciona.

—¡A no ser que...! —grito, conteniendo la respiración—. ¿Las secadoras también funcionan sin luz?

—No —responde Rosa.

Chasqueo los dedos, desanimada.

Voy al vestíbulo y llamo a mis padres para hacerles saber que estoy bien, que en nada volveré a casa y que mi móvil no tiene batería. Mamá me recuerda que tenga cuidado con la bici, pues sigue habiendo mucha agua en la carretera, pero por lo demás no parece demasiado preocupada. A veces pienso que esta es la cruz del hijo mayor, o de los hijos mayores, en caso de ser mellizos como Jude y yo. No te tratan como si siempre fueras a ser su pequeño, no son nada sobreprotectores, no caminan de un lado a otro de la casa, inquietos, porque te has pasado del toque de queda. Los mayores tenemos que cuidarnos solos. Y ahora mismo agradezco tanta autonomía. Si mamá hubiera insistido en venir a buscarme anoche, cuando la tormenta estaba en pleno apogeo, me habría perdido una de las noches más alucinantes de mi vida.

Cuando cuelgo, oigo unos pasos torpes en la escalera. Quint está arrastrando nuestra abundante masa de mantas de nuevo a la lavandería. Cuando me ve, se detiene. Tiene el pelo alborotado y la cara un poco hinchada después de toda la noche sin dormir.

Sonrío, avergonzada de repente. Él también sonrío, con la misma timidez y anhelo.

Tengo que controlarme para no agarrar una de esas mantas, tapamos las cabezas con ella y...

Se le oscurece la mirada, como si supiera lo que estoy pensando. Como si le pareciera buena idea.

Pero entonces oigo a Rosa bajando detrás de él y nos apartamos.

—¿Te ayudo? —le pregunto.

—Arriba quedaban un par más.

Paso junto a Rosa, subiendo las escaleras, cuando las luces empiezan a parpadear y él constante murmullo de la tecnología vuelve a resonar tras las paredes, el aire acondicionado, el frigorífico de la sala de descanso.

—Ah —dice Rosa, sonriendo de oreja a oreja—. Eso está mejor.

No, me dan ganas de decirle. *No está para nada mejor.*

Pero le devuelvo la sonrisa y voy a por las mantas. Cuando me reúno con Quint en la lavandería, la secadora ya está en marcha y él está ocupado doblando las mantas. No están sucias, así que no hay necesidad de lavarlas. Suelto las que llevo en las manos en el montón que hay en el suelo y empiezo a ayudar mientras nuestras miradas bailan un complicado tango que no sabía que conocían. Lo miro, él aparta la mirada. Me mira. Nuestras miradas se cruzan. Ambos apartamos la mirada.

Traga saliva.

—Bueno. ¿Hoy tienes planes?

Quiero decirle: *Planeo pasar el resto del día recordando todo lo que ocurrió anoche, analizando cada palabra que dijiste, rememorando cada caricia, derritiéndome por cada beso, hasta que me haya deshecho en un charco con forma de Prudence.*

—Iré a casa, me daré una ducha y después intentaré dormir un poco —le digo, en su lugar.

—Buen plan —responde, aunque me mira como si supiera la verdad. No quiero dormir. No quiero volver a dormir nunca más. ¿Y si el sueño me hace olvidar todas las cosas maravillosas que han pasado entre nosotros?

Cuando hemos ordenado todas las mantas, salimos al patio para ver cómo han pasado la noche los animales. Es tan temprano que todavía no ha llegado ningún voluntario, así que solo estamos nosotros y Rosa. Ella ya está trabajando, usando una escoba para llevar el agua de los charcos hacia las piscinas. El patio está hecho un desastre, sobre todo en los puntos donde se inundó. Las focas podrían hacerse unos largos en toda esta agua si no

fuera por la porquería que flota en ella: palos, ramas y hojas, e incluso la basura, de uno de los contenedores, volcado por el viento. Una rama enorme ha aplastado una sección de la valla metálica.

—Nos va a llevar irnos días limpiar todo esto —dice Rosa, descansando un momento para apoyarse sobre la escoba—. Y esa valla... Espero que el seguro pague el arreglo.

—¿Hay más daños? —le pregunta Quint.

—No, que yo haya visto. Y lo más importante es que parece que nadie ha salido herido. —Se gira hacia nosotros para mirarnos con expresión de madre preocupada—. Estáis los dos exhaustos. Voy a llamar a los voluntarios a ver quién puede venir hoy. Deberíais ir a casa a descansar.

—Estoy bien —dice Quint, agitando los brazos, como si la capacidad de mover las extremidades probara su capacidad para trabajar.

—Yo también —digo, imitándolo.

Rosa ni siquiera pestañea.

—Marchaos a casa —dice, tajante. Entonces su mirada baja hasta nuestras piernas—. Aunque, primero, poneos unos pantalones.

Los dos empezamos a reímos. Es casi incontrolable. Rosa pone los ojos en blanco y nos azuza con la mano.

Nos acabamos de dar media vuelta para volver al interior cuando Quint me agarra la mano.

—Mira.

Sigo su mirada. Un grupo de leones marinos han descubierto un juego nuevo: avanzar a toda velocidad hacia un charco enorme y deslizarse sobre sus barrigas hasta zambullirse en la piscina, salpicándolo todo. Han creado su propio parque acuático.

Nos da por reímos. Es un juego tan *humano* que me pilla desprevenida.

—Bueno —dice Quint—/al menos se están divirtiendo. Supongo que la tormenta también ha tenido su parte positiva.

Lo miro y me sorprende verlo sonriendo de oreja a oreja. Siento mariposas en el estómago.

—Supongo que sí —le digo, apretándole la mano.

Volvemos a trompicones a la lavandería. Nuestros pantalones siguen algo húmedos, pero supongo que puedo aguantar hasta llegar a casa. Quint

se lleva su ropa al baño para cambiarse allí.

Cuando estoy vestida y abrochándome el casco, el sol ya se asoma en el horizonte. Remoloneo en el aparcamiento. No puedo irme sin despedirme. Sin, quizá, *un* beso más.

Un segundo después, Quint aparece corriendo con mi mochila.

—Casi se te olvida esto.

Me estremezco al recordar que no solo contiene mi cuaderno VIG (*Very Important Gala*), sino también el dinero que me dieron en la casa de empeños para mis padres. Por un momento me avergüenzo de haber sido tan descuidada, pero con todo lo que ha pasado, no estoy segura de que alguien pueda culparme.

—Gracias —digo, tomando la mochila y metiendo los brazos por las correas. Nuestras bicis están mojadas y salpicadas de barro, ya que anoche las dejamos tiradas sin ningún cuidado. Quint me seca el sillín con su camiseta, a pesar de que mis pantalones siguen húmedos.

—Qué caballeroso —le digo.

Sonriendo, me pasa la bici. Quito la pata de cabra. Él toma su bicicleta y hace lo mismo.

Vamos en direcciones opuestas, lo que significa... que ninguno de los dos se mueve.

—Bueno —dice Quint.

—Bueno.

El instante se hace eterno y ambos sonreímos como idiotas, medio dormidos.

Aprieto el manillar.

—Gracias por la peli. Y... por todo lo demás.

Su sonrisa se amplía cuando menciono *todo lo demás*.

—Deberíamos repetir otro día.

Asiento, pensativa.

—¿Deberíamos volver a quedarnos atrapados sin comida ni electricidad en un centro de recuperación de fauna marina en mitad de la peor tormenta del año?

—Eso mismo.

Me acerco a él.

—Allí estaré.

Me aparta el cabello de la nuca y me besa. Durante irnos breves segundos, no somos nada más que labios, dedos y latidos...

Y entonces pierdo el equilibrio. Mi bici se vuelca y golpea la de Quint. Estoy a punto de caer con ella, pero él me sujeta por los hombros. No hemos recobrado el aliento cuando ya estamos riéndonos otra vez.

—Bueno, probablemente deberíamos irnos —me dice. Me da otro beso, rápido y casto, aunque prometiendo que hay más por venir. Pronto. Espero. Después me equilibra y pasa la pierna sobre su bicicleta antes de que le dé tiempo a cambiar de idea.

Yo hago lo mismo.

—¿Te veré mañana?

—Mañana.

Le guiño un ojo.

—Dulces sueños.

Entonces me pongo en movimiento y empiezo a pedalear, con el corazón abrasándome el pecho, el cerebro confuso y desconcertado y el resto del cuerpo vibrando y lleno de energía. Estoy alucinando, pero feliz. Me río durante todo el camino de vuelta a casa.



41

Me quedo dormida nada más caer en la cama, después de saludar brevemente a mi familia, meter la ropa húmeda y sucia en la secadora y ponerme el pijama. Me despierto con Jude tocándome el hombro.

—Pru, mamá dice que deberías levantarte.

Refunfuño y me tapo la cara con el brazo.

—¿Por qué?

—Porque si sigues durmiendo, no tendrás sueño esta noche y tu rutina de sueño se irá a la porra para siempre.

Arrugo la nariz.

—O, al menos, durante una semana. Venga, has dormido cuatro horas.

—Todavía tengo sueño.

—Sobrevivirás. ¿Te apetece comer algo?

Oh, comer. Me ruge el estómago, respondiendo por mí.

Jude asiente con complicidad.

—Te haré un bocadillo. —Empieza a retroceder hacia la puerta mientras me hace el gesto de «te estoy vigilando» llevándose los dedos a los ojos—. No te duermas otra vez.

—No lo haré. Estoy despierta. Ya me levanto. Ya está.

Me cuesta horrores separarme de mis confortables mantas. Busco mi teléfono móvil, que solté en la mesa nada más llegar, pero sigue sin batería. *Ups*. Lo enchufo y compruebo mi reloj. Casi es mediodía. Estiro la espalda. Me froto los ojos. Me pongo el albornoz sobre el pijama.

Me estoy atando el cinturón cuando los recuerdos de la noche pasada me golpean con la fuerza de un buldócer.

Quint.

Y los besos de Quint.

Y las palabras de Quint.

Y las sonrisas de Quint.

Y los brazos de Quint.

Y... ¿Estoy saliendo con Quint Erickson?

No hablamos de *salir* ni de ser *novios* ni de hacerlo oficial. Pero ¿cómo podría no ser oficial? Si hasta hemos tenido nuestra primera cita. Porque, ahora que lo pienso, quedar para ver *Tiburón* fue sin duda una cita.

Me pregunto qué estará haciendo ahora. ¿Dormir? ¿Soñar? ¿Conmigo y con mi labial rojo? Mi corazón da un brinco al pensarlo.

Me muero de ganas de verlo otra vez. Quiero llamarlo, pero no llegamos a darnos nuestros números y no voy a llamar al centro de recuperación para pedírselo a Rosa.

Los dos trabajamos mañana. Tendré que sufrir hasta entonces.

Cuando bajo a la cocina, Jude ha preparado una selección de embutidos y acompañamientos. Incluso ha cortado un tomate y un aguacate, porque es así de buena persona.

—Gracias —le digo, untando mostaza en una rebanada de pan—. Ayer no comí casi nada.

Ellie viene corriendo desde el salón.

—¡Pru está despierta! —exclama, agarrándome y presionando la cara contra mi cadera—. ¡Has estado fuera toda la noche! ¡Y llovía un montón!

—Lo sé —le digo, acariciándole la cabeza—. ¿A que ha sido la tormenta más grande que has visto en tu vida?

Me mira con los ojos como platos.

—¡Pensé que ibas a ahogarte!

—No, no me ahogué. Además, sé nadar.

—No muy bien.

—¡Oye! ¿Y tú cómo sabes eso? —Le quito los brazos de mi cintura—. ¿Tienes hambre?

—No. —Salta sobre las puntas de sus pies—. ¿Juegas conmigo?

Hago una mueca.

—Ahora no, ¿vale? Primero tengo que comer algo.

Hace un mohín de decepción.

—Después de comer jugaremos a las damas —dice Jude—. Ve a preparar el tablero.

Ellie asiente con entusiasmo y sale disparada.

Jude termina de hacerse su bocadillo y se sienta a la mesa.

—¿Qué tal fue lo de pasar la noche en el centro de recuperación? ¿Tienen camas?

—No, pusimos un montón de mantas en el suelo.

—¿Pusimos?

Levanto la mirada. ¿Pensaba que había pasado la noche sola? ¿Eso es lo que creen nuestros padres?

—Ah. Quint también estaba allí.

Arquea una ceja, divertido.

—¿Y alguien más?

Trago y me concentro en alternar lonchas de pavo y de jamón, asegurándome de que se solapan a la perfección. En otras palabras: hago todo lo posible para evitar la mirada inquisitiva de Jude.

—Claro. También estaban todos los animales del centro. Algunos parecían aterrorizados por la tormenta. Hasta se fue la luz.

—Vaya. Qué traumático.

Traumático no es la palabra que yo usaría para describirlo. ¿Debería contarle a Jude lo que pasó? Normalmente se lo cuento todo, pero... nunca había tenido nada que contarle sobre *chicos*, y ahora se me hace raro. Puede que sea uno de mis mejores amigos, pero sigue siendo mi hermano. Además, conoce a Quint. Ha sido testigo de primera mano de nuestro odio mutuo. ¿Cómo se supone que voy a explicarle cómo y cuánto han cambiado las cosas?

—Fue una aventura —digo.

La llegada de mamá a la cocina me ahorra tener que dar más detalles. Viene con una caja de cartón apoyada en la cintura.

—A vosotros no os interesa el golf, ¿verdad?

Ambos la miramos.

—¿El golf? —le pregunto, porque no sé si la he oído bien.

—¿Te refieres al deporte? —añade Jude, igualmente confuso.

—Me tomaré eso como un no. Tenemos estos palos de golf de vuestro abuelo, pero... creo que voy a deshacerme de ellos. Vuestro padre y yo estamos intentando despejar un poco la casa, así que si tenéis algo que ya no uséis... —Le da una palmadita a la caja, nos sonrío y se va.

Trago, recordando el recibo de las cosas que han vendido.

—Ahora vuelvo —le digo a Jude, dejando mi bocadillo a medio comer sobre la encimera.

El sobre del dinero sigue metido en la mochila, que tiré de cualquier manera sobre el banco de la entrada cuando llegué. Verlo me recuerda la visita a la tienda de empeños y todo lo que la precedió. El pendiente perdido, la buscadora de metales, el dinero que faltaba en el frasco de las donaciones.

Aprieto el sobre con las manos y voy a buscar a mamá. Está en el garaje, limpiando el polvo de un montón de viejos palos de golf con un trapo mojado.

—Oye, mamá. Esto es tuyo.

Levanta la mirada, sorprendida.

—¿Qué es esto? —me pregunta, tomando el sobre. El asombro inunda sus ojos cuando ve el dinero.

—Ayer por la mañana pasé por la tienda de empeños buscando algo para una amiga..., pero Clark pensó que había ido a buscar el dinero. Así que me dio esto. También está el recibo, para que sepas qué se ha vendido y por cuánto... —Titubeo antes de añadir—: Todavía no ha vendido la cubertería, pero alguien compró el teclado.

Cierra el sobre y me mira, preocupada durante un instante antes de volver a relajarse.

—Eran cosas viejas que no usábamos. Trastos que ya no necesitamos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Lo sé. —Me aprieto el nudo de la bata—. Pero también necesitamos el dinero, ¿verdad?

Suspira y pasa el trapo por uno de los palos.

—No estamos desesperados, si es lo que te estás preguntando. Las ventas de la tienda han mejorado gracias a los turistas. Podemos pagar las facturas. Estamos bien.

—¿Pero?

Aprieta los labios.

—¿Sabes? Cuando os hacéis mayores, cada vez es más difícil ocultaros las cosas.

—Mamá.

Asiente, limpiándose las manos en el pantalón.

—Lucy quiere volver a apuntarse a fútbol y baloncesto este año, pero necesitará jerséis y zapatos nuevos. La bici de Penny no va a aguantar otro verano y, por supuesto, todavía hay que tener en cuenta las clases de música. Y las maestras de la escuela infantil de Ellie nos han mencionado un campamento de ciencias que empieza el mes que viene y al que sin duda se muere por ir... —Aparta la mirada—. Papá y yo queremos daros todas las oportunidades, todas las experiencias posibles. Pero la vida es cara. Tener una familia es caro. Y por mucho que nos guste la tienda..., nunca va a hacernos ricos.

Me muerdo el labio inferior. Sé que no debería preguntar, pero...

—Mamá, ¿alguna vez has deseado...? —No me atrevo a decirlo.

—¿Qué? —me pregunta—. ¿No haberos tenido?

—No haber tenido tantos hijos.

—Para la mayor es fácil decirlo, ¿eh? —me dice, riéndose. Se mete el sobre de dinero en el bolsillo trasero y me agarra suavemente la cara con las manos—. Nunca, Prudence. Jude y tú y vuestras hermanas nos dais más felicidad de la que podría proporcionarnos el dinero. Además... —Me suelta y echa un vistazo a los palos de golf—. Si puedo vender todos estos trastos viejos para que vuestras infancias sean más felices, no lo dudaré ni un segundo. Esto solo son cosas. Pero solo se vive una vez.

Ladea la cabeza, estudiándome, como si quisiera comprobar si la creo.

Y creo que lo hago.

—Le daré un repaso a mi dormitorio —le digo—. Seguro que encuentro algo con lo que contribuir a la causa.

—Solo si quieres —responde—. No espero que te deshagas de todas tus posesiones terrenales.

—Quiero hacerlo. Tienes razón. Solo son cosas. —Dudo, pensando en ello—. Y, mamá, creo que debería decírtelo. Estoy organizando una gala para el centro de recuperación. Una fiesta elegante para recaudar dinero. He estado preguntando en los comercios locales si podían contribuir con cestas de regalo para la subasta. Me encantaría tener algo de Vinilos Ventures, sobre todo porque nuestra temática será «*Yellow Submarine*». Pero lo entenderé si no podéis aportar nada.

Mamá sonrío de oreja a oreja.

—Mírate. Siempre he sabido que serías la emprendedora de la familia. Pongo los ojos en blanco.

—Mamá.

—No puedo evitarlo, cariño. Ver cómo os hacéis mayores... —Suspira—. Bueno, puede que algún día lo entiendas. En fin. Lo de la cesta de regalo no lo sé seguro. Tendré que hablarlo con tu padre. Podría ser una buena oportunidad para dar a conocer la tienda a más gente. Pero tienes razón. Vamos justos de dinero y no sé si estamos en posición de hacer contribuciones caritativas.

—Lo sé. Sin presión. *Pero...* —Levanto el dedo—. Ya puestos, Ari y yo tenemos algunas ideas para la tienda, algunas cosas que podríamos hacer para estimular el negocio o, al menos, que la tienda resulte más moderna. ¿Crees que podríamos sentarnos a hablar de ello en algún momento?

Se me queda mirando, pensativa, con una ligera sonrisa tirando de la comisura de sus labios.

—Tu padre y yo estaríamos encantados.

Asiento.

—Prepararé la propuesta de negocio.

Se ríe y vuelve a ponerse con la limpieza de los palos de golf.

—Hazlo.

Me fijo en una caja que hay en la estantería, donde el conjunto de té de la abuela reposa sobre una cama de bolitas de poliestireno.

—¿Vas a deshacerte de esas tazas?

Mamá sigue mi mirada.

—Lo estaba pensando.

—Vale..., pero hoy no.

Agarro la caja. Mamá no me detiene ni me pregunta qué hago metiéndola en casa.

Eleanor está en el salón, haciendo una torre de fichas negras y rojas.

—Oye, Ellie. Mientras Jude y yo comemos..., ¿quieres tomar el té con nosotros?

La sonrisa que me dedica es toda la recompensa que necesito.



42

Al día siguiente llego veinte minutos antes, en parte porque mi rutina de sueño se ha descontrolado totalmente. Después de la larga siesta de ayer, me fui pronto a la cama y esta mañana me he levantado a las cuatro, lo que es ridículamente temprano incluso para mí.

No importa. Tenía suficientes recuerdos agradables como para mantener mi mente ocupada hasta que he logrado salir de la cama. He usado esas horas de la mañana de un modo medianamente productivo..., al menos mientras no estaba atrapada en mis inútiles fantasías. Me siento mareada cuando dejo la bicicleta en el aparcamiento, ansiosa por contarles a Quint, a Rosa y al resto de los voluntarios mis nuevas ideas para la gala.

Eso..., y que no puedo esperar a ver a Quint otra vez. Ha pasado un día entero y hay una pequeña parte de mí que todavía cree que todo ha sido una ilusión. Quizá nos dejamos llevar por lo romántico de la tormenta. Quizá me verá esta mañana y se arrepentirá de todo.

Sin embargo, cada vez que me acechan estos pensamientos, pienso en lo que me dijo justo después de besarme por primera vez. *Llevo un tiempo queriendo hacerlo.*

No ha sido una ilusión. Ni un error. No soporto pasar más tiempo sin verlo y besarlo y confirmar que todo es real. Que todavía le gusto tanto como él me gusta a mí.

Hay un único coche en el aparcamiento que creo que es el de Rosa. Los demás voluntarios no han llegado todavía. Me quito el casco y prácticamente corro hacia la puerta.

No hay nadie en el vestíbulo, así que echo un vistazo rápido al patio y a la planta de abajo.

No hay nadie en la cocina, ni en la lavandería, ni con los animales. Me paro a saludar a Luna y a Lennon, pero noto que solo están interesados en mi presencia porque es casi la hora del desayuno.

—Enseguida vuelvo —susurro—. Primero tengo que ver a Quint antes de explotar.

Suelto un chillido semejante a esos que suelta Penny cada vez que ve una foto de Sadashiv en una de esas revistas de cotilleos que tienen en el súper para entretenerte mientras esperas en la cola. Me da un poco de vergüenza, pero eso no me impide atravesar el pasillo casi a la carrera.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —grito, incluso mientras subo las escaleras.

Acabo de dejar atrás la sala de descanso cuando Rosa saca la cabeza de su oficina y me mira, parpadeando. Parece confusa.

—Prudence.

—¡Hola! —exclamo—. Lo sé, llego muy pronto. ¿Ha llegado ya Quint?

No habla durante un minuto. No se mueve. Después se aclara la garganta y mira sobre su hombro, hacia su oficina.

—Sí —dice lentamente. Cuando vuelve a mirarme, tiene la mandíbula apretada—. A decir verdad, me alegro de que hayas llegado antes que los demás. ¿Puedo...? ¿Podemos hablar contigo?

—¡Por supuesto! Yo también quiero hablar con vosotros. —Doy unas palmaditas, emocionada—. ¡Ya nos he encontrado un lugar para la gala! Bueno, fue idea de Quint, así que no puedo atribuirme todo el mérito, ¡pero es perfecto! —Sigo a Rosa al interior de su despacho.

Y ahí está Quint, apoyado en una estantería baja, con los tobillos cruzados.

El corazón me da un vuelco al verlo.

Me mira, con la cabeza ligeramente gacha, y por un segundo, solo un segundo, recuerdo la historia que me contó sobre sus cejas y el miedo que tenía a que lo hicieran parecer malvado, y más o menos puedo entender por qué pensaba eso. Pero el momento pasa y no, no parece malvado. Parece *nervioso*.

Probablemente no le haya hablado a su madre de nosotros.

Eso no puede dolerme. Yo tampoco se lo he contado a nadie, ni siquiera a Jude o a Ari.

Sonrío.

Aparta la mirada.

Vaaaaale. No es la bienvenida con la que llevo soñando toda la mañana, pero... ¿es posible que su madre no quiera que salga con nadie todavía? Aunque no es que estemos saliendo. No oficialmente. Ni extraoficialmente. Pero *seguro* que lo haremos en algún momento. No besas a alguien durante siete horas seguidas si no quieres que se convierta en algo serio.

Al menos, sé que yo quiero que sea algo serio.

—¡Bueno! —digo, cantarína, tratando de disipar la tensión del ambiente—. Ayer llamé al cine Litoral, les conté todo lo que debían saber sobre el centro de recuperación y nuestros planes para la gala y se apuntan. Nos dejan usar el espacio gratis siempre que no sea fin de semana, así que lo reservé para el día dieciocho, que es martes. Va a ser perfecto. Tienen una cocina que pueden utilizar los del *catering*, sillas y mesas de sobra y, tal como tú pensabas, también todo lo que necesitamos para la parte audiovisual. El encargado con el que hablé parecía encantado de ser parte del evento. Les dije que esperábamos que se convirtiera en algo anual y... —Trago saliva. Rosa se está frotando la nuca, y parece preocupada—. Le encanta la temática de «*Yellow Submarine*». Hacen una maratón de películas de los Beatles cada dos años y me han dicho que podemos utilizar su cartelería. —Quint aprieta la mandíbula. Sus ojos siguen fijos en el suelo. Siento que se me va a salir el corazón del pecho y la única forma de evitarlo es seguir hablando, así que lo hago—. Además, ¡van a contribuir a la subasta con unas cestas de regalo pensadas para una cita romántica, incluyendo entradas para el cine y un cubo de palomitas gratis! ¿Verdad que son... muy... generosos?

Me vengo abajo. No puedo seguir. No hay entusiasmo suficiente para camuflar el hecho de que parece que estoy hablando con una pared de ladrillo. Con dos paredes de ladrillo. ¿Por qué no me mira Quint? ¿Por qué Rosa no sonrío y me dice lo genial que es todo esto?

—Vale, ¿qué pasa? —pregunto—. ¿Le ha pasado algo a algún animal? ¿Está bien Lennon? ¿Luna?

—Los animales están bien —dice Rosa. Con el ceño fruncido, le lanza una mirada a Quint, que agarra la estantería con fuerza.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Es que el seguro no va a cubrir los desperfectos de la tormenta?

—No, Prudence...

—Entonces, ¿por qué tenéis los dos esas caras de funeral?

Rosa inspira profundamente. Mira de nuevo a Quint y creo que quizá está esperando a ver si él quiere decir algo, pero tiene la mandíbula tan apretada que un músculo ha empezado a latir en su mejilla.

—Prudence —dice Rosa de nuevo, entrelazando las manos—. ¿Hay algo que quieras contamos?

La miro. Después, me concentro en Quint. Mueve los hombros, encorvándose hacia delante, sin levantar la vista. Vuelvo a mirar a Rosa.

—¿Aparte del hecho de que la gala va viento en popa?

Quint emite un gutural sonido de disgusto; lo primero que le oigo desde que he entrado. Se me ponen los pelos de punta. Conozco ese sonido. Antes lo oía todo el tiempo.

Rosa se masajea la frente.

—Creo que sabes que no me refiero a eso.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Quint, ¿qué pasa?

Suelta el estante, pero solo para cruzarse de brazos.

Al menos ahora me mira, y retiro lo que he pensado antes: *sí* que parece malvado.

El pánico comienza a hacerme un nudo en la garganta. ¿Acaso estoy en un universo paralelo donde este verano no ha ocurrido y Quint todavía me odia? ¿Qué dijo la otra noche? ¿Que me consideraba una persona horrible? Le perdoné ese comentario porque me dejó muy claro que ya no pensaba

eso. Y tampoco podía culparle, no después de lo mal que me porté con él durante el curso.

Pero eso era antes. ¿Por qué me está mirando así *ahora*?

—Ayer vino al centro una mujer —dice Rosa—. Nos contó una historia muy interesante sobre un pendiente perdido y una gran cantidad de dinero donada durante la limpieza de la playa. —Se detiene, esperando a ver cómo reacciono. No sé qué cree ver en mi cara, pero parece decepcionada—. Ya veo que no tengo que contarte la historia completa. Para resumir, se sentía mal por haber vendido un pendiente que no era suyo, aunque, claro, en ese momento no sabía de quién era. Vino aquí intentando solucionar la situación. Quería recuperar el dinero que donó para volver a comprar el pendiente y devolvérselo a su legítima dueña. Pero, como tú y yo bien sabemos, aquí no tenemos ese dinero. Así que dime, Prudence..., ¿dónde están esos mil doscientos dólares?

Ya veo. Así que era eso.

Creen que yo lo robé.

—No lo sé. —Sueno tensa y, de alguna manera, siento que me he incriminado. Porque sabía lo del pendiente y el dinero. Sabía que faltaba dinero.

—Esta es tu oportunidad de decirnos la verdad —me dice Rosa. Sé que intenta ser amable, pero al mismo tiempo, siento que hay ira latiendo bajo su tranquila superficie—. Ella dice que habló contigo, así que creo que eres la única que sabía que ese día habíamos recibido una donación tan generosa.

Niego con la cabeza.

—Me contó lo del dinero, pero no sé qué pasó con él. Yo no lo cogí.

—¡Te vi! —me espeta Quint. Grita, y es tan brusco que me sobresalto al oírlo. A diferencia de su madre, no tiene ningún interés en ocultar su enfado—. ¡Te vi en el despacho de Shauna, con la mano en el tarro! ¡Y todo el dinero que tenías en la mochila! ¿De verdad vas a intentar negar que fuiste tú?

—¡Yo no fui!

Yo también grito. La desesperación corre por mis venas. No puede ser que crea que he sido yo... ¡Yo no lo he robado!

Aunque..., me susurra una irritante vocecita. *Aunque es cierto que ese día había planeado llevármelo.*

Trago saliva. Esa no es la cuestión. Soy inocente.

Quint se aleja de la estantería y da un par de pasos hacia mí, agitando los brazos con agresividad mientras habla.

—Te plantaste ante mí, con un sobre de dinero en la mano, y me mentiste a la cara. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—¡Yo no he hecho nada! Yo... Sí, sabía lo de la donación y quería contar el dinero para saber cuánto era en total, pero cuando lo hice, había menos de lo que se suponía que debía hacer. Solo... trescientos y pico. Lo que Shauna nos dijo al día siguiente.

La mirada de Quint se vuelve cortante. Sus palabras lo son aún más.

—Me dijiste que no habías tenido tiempo de contarlo.

Se me revuelve el estómago.

—Yo...

Alza una ceja, esperando. Pero no puedo mirarlo, no cuando él me está mirando así. Cierro los ojos.

—Lo conté. Pero yo... El dinero no estaba allí. Los mil doscientos dólares ya no estaban allí. Yo no me los llevé.

—Ya —dice Quint—. ¿Y en qué más has mentido?

—¡En nada! —Abro los ojos, decidida a enfrentarme a él, a hacerle entender que lo ha malinterpretado todo.

—¿Y lo de rebuscar en nuestro correo? ¿Qué estabas buscando exactamente? ¿Más donaciones? ¿Más dinero? ¿Más cosas que robar sin que nadie se diera cuenta?

—¡Deja de gritarme!

—¡Deja de mentirme!

—Ya es suficiente, Quint —dice Rosa, posando una mano en su hombro.

Quint la aparta y da un paso atrás, alejándose de mí, hasta que está medio sentado sobre la mesa de Rosa, con los brazos firmemente cruzados.

—Sé que tu familia lo está pasando mal económicamente. Entiendo que quieras ayudar a tus padres, pero... ¿En serio, Prudence? ¿Robar en un centro de recuperación de animales? ¿Robar a mi madre, *a mí*?

Me caen las primeras lágrimas, deslizándose por mis mejillas. Me las seco rápidamente, pero siguen saliendo.

—Yo no robé ese dinero.

—Entonces, ¿quién? —me pregunta.

—¡No lo sé! Puede que nadie. Puede que se perdiera.

Quint resopla, un sonido tan despectivo e incrédulo que me dan ganas de estrangularlo.

—Por favor. Tenías la oportunidad, tenías un motivo. Es criminología básica.

Lo fulmino con la mirada.

—Inocente hasta que se demuestre lo contrario. Es justicia básica.

Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué no lo admites y ya está? Podrías devolver el dinero.

—¡No he sido yo! —grito, alzando las manos hacia el techo.

Hincha las fosas nasales y veo una pequeña brecha en su armadura. Un momento de duda, quizá. Un deseo de creer en mí, al menos.

Entonces aparta la mirada y su rostro se endurece de nuevo.

—Eres muchas cosas, pero nunca pensé que caerías tan bajo.

—¿Oh? —replico, con tono desafiante—. ¿Y qué cosas soy, exactamente?

Esta pregunta es un error. Sé que va a morder el anzuelo y sé que nunca voy a conseguir olvidar lo que va a salir por su boca, y sé que me arrepentiré el resto de mi vida de haberlo preguntado.

Pero no me echo atrás. Tal vez quiero que me haga daño. Puede que, de alguna manera, así me sea más fácil pensar que de todos modos no teníamos futuro.

Me aguanta la mirada, pero duda. Su bondad parece batallar con su ira. Doy un paso al frente, provocándolo. Ni siquiera me importa que su madre esté aquí. Que lo oiga todo: la peor versión de su hijo, mi peor versión. ¿Qué más da?

—Adelante —digo, con los dientes apretados—. No hace ni dos días era guapa, segura de mí misma y divertida. Pero ¿qué piensas realmente?

—Bueno, obviamente eres una mentirosa —dice, con fuego en la mirada—. Eres egocéntrica. Criticona. Moralista. Una hipócrita. Egoísta. Y,

francamente, confiar en ti ha sido el mayor error que he cometido en mi vida.

—*Quint* —dice Rosa. Es una advertencia, pero llega demasiado tarde. Ha acabado.

Hemos acabado.

El dolor hace que me hierva la sangre. Quiero gritar a Rosa, gritarles a ambos. Quiero acumular el karma de hasta el último rincón del universo y hacerle pagar por atreverse a juzgarme de esta manera.

Aprieto los puños con fuerza, tan fuerte como puedo. Hasta ahora, nunca ha funcionado con *Quint*. Este horrible y traidor poder siempre me ha fallado cuando he intentado hacerle algo, pero esta vez no hay excusas: está siendo muy cruel.

Esta vez me está rompiendo el corazón.

Esta vez se lo merece de verdad.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos.

Las lágrimas no me dejan ver con claridad.

Para mi sorpresa, *Quint* hace una mueca de repentino dolor. Deja de mirarme, con la mandíbula apretada y la cara desencajada. Se lleva una mano al pecho, como si le doliera, pero la baja de inmediato. No vuelve a mirarme a la cara.

Y puede que sea un cliché y algo ingenuo por mi parte, pero deseo... Oh, deseo con toda mi alma que su corazón también se haya roto en mil pedazos.

—*Prudence* —me dice Rosa, interponiéndose entre nosotros y quizá temiendo que empiece a lanzar cosas por los aires—. Deberías marcharte.

Recupero el aliento. Se acabó. Me despiden. Ni siquiera me pagan y sin embargo, de alguna manera, me despiden.

Con la mandíbula tensa, meto la mano en la mochila y saco los cuadernos y las carpetas que he ido acumulando para la fiesta. Los lanzo sobre la mesa de Rosa y giro sobre mis talones.

Me voy, prácticamente corriendo escaleras abajo y a través del vestíbulo.

En la puerta me choco con una mujer. Shauna se sobresalta, pero me detiene.

—Guau, no tan rápido, cielo. ¿Estás bien?

Me seco las lágrimas. No puedo mirarla. Solo quiero irme.
Entonces me fijo en su collar, del que cuelga algo brillante.
Me quedo sin respiración.

Es el pendiente de Maya.

Shauna alza la cabeza, con la preocupación grabada en su rostro.

—¿Prudence?

Niego con la cabeza y me alejo de ella. Me tropiezo con el escalón y agarro mi bici. Paso la pierna por encima del sillín y pedaleo tan rápido como puedo, tratando de ahogar el recuerdo de las duras palabras de Quint.

Soy una buena persona.

Una egoísta. Una crítica.

Soy una buena persona.

Una moralista. Una egocéntrica.

Soy una buena persona.

Una mentirosa. Una hipócrita. Un error.

No veo bien. No puedo seguir. Subo a la acera y suelto la bicicleta al lado de una palmera antes de derrumbarme allí mismo. No soy capaz de controlar los sollozos.

—Soy una buena persona —me digo, llorando. No me dirijo a nadie; tal vez al universo, si es que me está escuchando.

Pero una pregunta me carcome por dentro. Las palabras de Quint, cáusticas y llenas de odio. Sus acusaciones. Mis propias inseguridades.

Creo que soy una buena persona.

Pero ¿y si no lo soy?



43

—¿Vais a donar una cesta? —repito, con la mandíbula desencajada—. Tienes que estar de broma.

Mi padre me dedica una expresión comprensiva mientras mete el cupón de regalo de Vinilos Ventures en un sobre.

—Sé que las cosas no han terminado bien con el centro de recuperación, pero los animales no tienen la culpa.

—¡Me han acusado de robarles!

Mete él sobre en la cesta, junto con un muñeco de John Lennon de esos que mueven la cabeza y un adorno navideño con forma de guitarra, entre otros cachivaches musicales.

—Está bien. Dime la verdad. Sé totalmente sincera. ¿Están haciendo un buen trabajo allí? ¿Se merecen las donaciones o no?

Cierro los labios con fuerza. Me siento traicionada. ¿Mis propios padres, que apenas pueden mantenerse, han decidido donar una cesta de regalo para la rifa de la gala? Ya era bastante malo que pusieran un cartel en el escaparate de la tienda. Que tengan folletos publicitando la gala junto a la caja registradora. ¿De parte de quién están?

Pero no puedo decirle que el centro no necesita dinero, o que no harán algo que merezca la pena con las donaciones. Pienso en Lennon, en *mi* león marino, al que hace casi tres semanas que no veo, y deseo con todo mi corazón que esté bien y me doy cuenta de que papá tiene razón. El hecho de que Rosa y Quint me acusaran de robar no implica que los animales tengan que ser castigados por ello. Ya han sufrido bastante.

Gruño.

—Vale. Me da igual. Haz lo que quieras.

—Es lo que hago normalmente. —Papá se pone a tararear al son de la canción que suena en los altavoces de la tienda mientras le da los últimos retoques a la cesta—. Voy a pasar por casa para traer algo de comer. ¿Tú quieres algo?

—No, estoy bien.

Bien, bien, bien. Últimamente siempre estoy bien.

Refunfuñando, vuelvo dando pisotones hasta el mostrador. Jude está de pie delante de una caja de discos que trajeron ayer. Papá ha empezado a dejarle poner precio a los artículos nuevos que llegan a la tienda, enseñándole a tasar las condiciones en las que están y el valor que tienen en el mercado. Tiene un disco de Motown en la mano, pero me está mirando con preocupación.

Lleva preocupado desde el Incidente. Él sabe, mejor que nadie, lo destrozada que estaba. Todavía no le he contado a nadie lo mío con Quint; ¿qué sentido tendría? Pero, mientras que mis padres piensan que estoy disgustada por haber sido injustamente acusada de algo y despedida por ello, Jude sabe que hay algo más. Lo he pillado un par de veces hablando en susurros con Ari en la trastienda, y sé que estaban hablando de mí. He hecho lo que he podido por ignorarlos.

Al menos me creyeron cuando les dije que yo no había robado el dinero. Ari lo explicó perfectamente: *Puede que seas ambiciosa, Pru, pero no eres el tipo de persona ambiciosa que roba dinero de una ONG que las está pasando canutas. Lo sabe todo el mundo.*

Sus palabras me hicieron sentir un poco mejor. Pero también me hicieron cuestionarme algo. Si eso lo sabe todo el mundo, ¿por qué no lo sabe Quint?

Quint, que estuvo conmigo todo el tiempo. En el festival en la playa, en la limpieza, durante la planificación de la gala, en el centro de recuperación la noche de la tormenta... Él, más que nadie, debería saber cuánto me he esforzado por ayudar a los animales. Él, por encima de cualquier otro, debería saber que yo no robé ese dinero. Que yo no lo haría.

Pero no me apoyó. No me creyó. Y no solo eso: fue despiadadamente cruel.

Todavía me arden los ojos cuando recuerdo lo que me dijo. Tenía intención de hacerme daño con sus palabras, y lo logró.

En menos de dos días, he vivido los mejores y los peores momentos de mi vida. Sus recuerdos están tan ligados entre sí que no puedo recordar los unos sin los otros.

—¿Quieres ponerles el precio? —me pregunta Jude, levantando la etiquetadora.

—No.

Me siento en el taburete tras la caja registradora. Está siendo un día tranquilo, incluso para ser martes, así que no me preocupa demasiado que venga un cliente a que le cobre. Papá está intentando enseñarme a manejar la caja, pero a mí no me interesa. Cuento los días que faltan para que se acabe el verano y pueda librarme de la tienda, para que pueda enterrarme en deberes y en planes universitarios y en tantos trabajos para subir nota como consiga abarcar. Me distraeré como si me fuera la vida en ello.

Hasta entonces... es solo un día aburrido tras otro.

Papá le recuerda a Jude cien cosas sobre cómo llevar la tienda antes de salir por la puerta, y eso que va a estar fuera solo media hora. Los ignoro a ambos y abro mi portátil. El informe está abierto, esperándome. Leo la última frase que he escrito. O que traté de escribir.

El ecoturismo puede ser beneficioso para muchos hábitats marinos por...

Por... ¿Por qué? No me funciona el cerebro, como me pasa cada vez que intento ponerme con este dichoso trabajo. Solo de pensar en que tengo que investigar, tomar apuntes, escribir mis conclusiones y adjuntar mis descubrimientos, me da vueltas la cabeza. Me parece demasiado esfuerzo. Solo quedan unos días para la fecha límite de entrega, pero apenas he

avanzado. Cada vez que me quedo atascada, me imagino hablándolo con Quint y encontrando alguna solución brillante que sería fácil y divertida y...

Y entonces me doy cuenta de que estoy soñando despierta y colisiono contra la realidad.

Ni siquiera sé por qué estoy perdiendo el tiempo. Sin la participación de Quint, es probable que el señor Chavez ni siquiera me acepte el trabajo.

Lo peor es que creo que me da igual. Biología. Este trabajo. Mis notas. Todo.

Procrastino (otra vez) comprobando en mi móvil la página de Facebook del centro de recuperación. Es una forma de tortura que he ido perfeccionando durante los últimos días. Quint está haciendo muy buen trabajo incorporando algunas de las cosas que hablamos: vídeos de los leones marinos jugando; fotografías de antiguos pacientes describiendo sus personalidades y contando alguna historia sobre ellos; entrevistas a los voluntarios explicando por qué les gusta tanto trabajar con los animales marinos.

La mayoría de las fotos de la página las ha hecho Quint, o al menos eso creo, porque no suele salir en ninguna. Pero, de vez en cuando, hay alguna en la que se le ve de fondo, llenando una piscina o dando de comer a las focas. El anhelo que siento en el pecho cada vez que veo una de esas imágenes es abrumador.

Sé que debería dejar de mirar, pero no puedo. Da igual cuánto me duela.

Y vaya si duele.

Y entonces el dolor me enfada.

Y el enfado me pone triste.

Y así todo el tiempo.

¿Cómo puede permitir esto el universo? ¿Cómo es que yo estoy aquí sentada, traicionada y hundida, y Quint sigue con su vida como si nada? El karma me ha abandonado. La justicia no existe. No hay indulto universal.

Me llama la atención una noticia sobre Luna y Lennon. Sonríe viendo un vídeo corto en el que se pasan una pelota dándole con la nariz. En el texto que lo acompaña, el nombre de Lennon aparece escrito «Lenin», como el dictador, que es como lo escribe Quint. El corazón me da un vuelco.

Últimas noticias: ¡A Lenin y Luna les han ofrecido un hogar permanente en un conocido zoológico! Nos emociona que vayan a acogerlos a ambos para que puedan disfrutar de muchos años de amistad (¿o tal vez de algo más?). Ofreceremos más información y detalles sobre la fecha del traslado cuando esté todo confirmado.

No sé si esta noticia me alegra o me entristece. ¿Y si no vuelvo a ver a Lennon nunca más?

Suena la campanita de la puerta.

—Hola, Ari —dice Jude.

—Hola, Jude. Pru.

Apago el móvil y alzo la vista para ver a Ari caminando entre los pasillos, deslizando los dedos sobre los discos de los casilleros.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. Es tu día libre.

—Ya, pero he pensado que podía venir a ver cómo estabas. Por si necesitabas apoyo moral.

Ah... Porque la gala se celebra esta noche. Intento olvidarlo, pero el universo se empeña en restregármelo en la cara una y otra vez.

Al principio me sorprendió saber que iban a seguir adelante con la gala. ¿Cómo iban a hacerlo sin mí? Fue idea mía. Eran mis planes. ¡Prácticamente era *mi* gala!

Pero siguieron con ello y, por desgracia para mí, están haciendo un buen trabajo de promoción. Veo los carteles allá por donde voy, no solo en nuestro propio escaparate, sino por toda la ciudad. Y, *argh*, odio tener que admitirlo, pero son unos carteles increíbles, con imágenes y una tipografía que recuerdan al póster de la película *Yellow Submarine*, de los Beatles, y sin una sola falta de ortografía.

Además, han hablado con la prensa. No solo con el *Chronicle*, sino también con revistas y programas de radio locales. Incluso Rosa ha llegado a aparecer en uno de esos programas de televisión de vida sana, para promocionar el centro y su trabajo.

Mi lado vengativo quiere verlos fracasar. Quiero que la gala sea un desastre. Quiero que Quint vuelva a rastras a mí, implorando mi ayuda.

Pero, por lo que veo, eso no va a pasar. Puede que no sea tan irremplazable como pensaba.

—Bueno —dice Ari, tamborileando sobre el mostrador con los dedos—. Es martes. Así que... ¿quién se apunta a tacos y karaoke?

Jude emite un gemido, como haciéndose el *interesado*, pero sé que solo lo hace para animarme. Otro intento para que salga del agujero en el que estoy.

—Buen intento —digo—, pero hoy estará cerrado.

Ari frunce el ceño.

—¿De qué hablas? ¿Carlos ya no organiza el karaoke?

—No es eso, es que Trish Roxby va a llevar el equipo de karaoke al cine Litoral, como entretenimiento para la primera gala anual del centro de recuperación de animales. Lo he visto en su página de Facebook —añado, de mala gana.

—¿Karaoke? ¿En una fiesta así? —pregunta Jude. Niega con la cabeza—. Va a ser un desastre.

Me obligo a sonreír, porque está claro que está haciendo un esfuerzo.

—Gracias, Jude. Pero creo que es muy buena idea.

Él golpea el mostrador con el puño.

—Lo sé. Opino lo mismo, pero esperaba no tener que admitirlo. El karaoke va a ser mil veces mejor que una de esas orquestas aburridas.

Hago una mueca, pero no creo que Jude se dé cuenta. Me da la sensación de que lo del karaoke fue cosa de Quint. Y es una buena idea. Va a hacer que una fiesta que podría haber sido pedante y aburrida se convierta en algo divertido, memorable, único.

Odio que se le haya ocurrido a él y no a mí.

Odio no poder ir.

Jude se aclara la garganta.

—¿Echamos una partida a *Dragones y Mazmorras*? Puedo llamar a los demás, hacer unas palomitas, dejaros elegir personaje... —Ari y yo intercambiamos una mirada—. Solo era una idea. No quiero que te pases toda la noche tristoná, Pru.

—No estoy tristoná —replico. Ari hace una mueca—. A pesar de estas últimas semanas.

—Y tienes razones para estarlo —me dice Ari—, pero no esta noche. Podríamos ir a ver una peli... Oh. Olvídalo.

El cine Litoral es el único de la ciudad y a Ari no le gusta conducir hasta los multicines que hay más allá de la interestatal. Sobre todo porque odia conducir fuera de Fortuna Beach.

—¿Y si les empapelamos el centro de recuperación con rollos de papel higiénico mientras están en la gala? —sugiere Jude.

Una sonrisa asoma a la comisura de mis labios.

—Gracias, chicos. Os agradezco que estéis intentando animarme, pero no quiero ir al centro de recuperación, y esta noche no quiero ni acercarme a la calle Mayor.

—¿Y en vez de hacer algo te vas a pasar la noche regodeándote en la autocompasión? —me pregunta Ari—. No pienso permitirte. ¡Ya sé! ¿Qué te parece si hacemos una maratón de pelis románticas?

Jude y yo protestamos.

Normalmente, no me opondría a semejante proposición, pero ahora mismo, la mera idea de ver gente guapa enamorándose me da arcadas.

—Oh, venga *ya*. Te ayudará a no pensar en... ciertas cosas.

La pequeña campanita de la puerta me salva de tener que responder.

Jude pone su cara de vendedor.

—Bienvenida a Vinilos Ventu... Oh.

Miro hacia la puerta y no puedo evitar que se me escape un gemido. Sabía que el día solo podía ir a peor.



Morgan lanza una mirada curiosa a los montones de discos mientras avanza hacia el mostrador, libre de escayola y de muletas.

Entonces me ve y se queda petrificada.

Entorna los ojos.

Yo tengo la mandíbula apretada.

Ari se retira, incómoda, alejándose del viento helado que sopla entre nosotras.

—Uhm... ¿Te puedo ayudar con algo? —le pregunta Jude.

Morgan inhala con brusquedad y se concentra en él. Lleva la camiseta amarilla de los voluntarios del centro de recuperación y no puedo evitar sentir que se está burlando de mí.

—He venido a por la cesta —dice.

—Claro. Está aquí mismo.

Jude rodea el mostrador hasta donde nuestro padre ha dejado la cesta. Morgan le echa un vistazo y asiente.

—Gracias por vuestra generosidad. —Entonces, vuelve a mirarme—. Aunque supongo que en cierta manera estáis en deuda con nosotros.

Se me seca la boca. Esperaba que Rosa y Quint no se dedicaran a esparcir rumores sobre mí y el dinero desaparecido, pero obviamente era mucho pedir.

—*Perdona* —le dice Ari—. ¡Prudence se ha deslomado tratando de ayudar al centro de recuperación! Sois vosotros los que estáis en deuda con *ella*.

Morgan suelta una risita.

—Ya. Claro. ¿Me aceptáis un consejo? Yo no apartaría los ojos de la caja.

Jude le arranca la cesta de las manos con un gruñido. Ella emite un sonido de sorpresa.

—¿Sabes qué? —le dice Jude—. Hemos cambiado de idea. Buena suerte con la subasta.

Morgan parpadea; mira la cesta y lo mira a él antes de encogerse de hombros.

—Vale, Tampoco es que fuera la mejor cesta del mundo.

—No, espera —le digo—. Jude, devuélvesela. Como bien ha dicho papá, los animales no deberían salir perjudicados solo porque me hayan acusado de algo que no hice.

Morgan se gira para mirarme, con los brazos en jarra.

—Ah, claro, ya me han contado que lo negaste todo. Buen intento, después de que te pillaran *con el dinero en la mano*, literalmente.

—Yo no he robado nada —le digo, intentando mantener la calma—. No tengo ni idea de qué pasó con ese dinero, pero yo no lo tengo y nunca lo he tenido.

—Ajá. ¿Sabes qué es lo más triste de todo esto? —Morgan se acerca al mostrador que se interpone entre nosotras—. Todo lo que hiciste estaba funcionando. Si no hubieses robado ese dinero, la limpieza de la playa habría sido uno de los proyectos más exitosos de nuestra historia. Estabas haciendo cosas buenas por esos animales. Qué pena que te pusieras en plan egoísta y lo echaras todo a perder.

Tengo que contenerme para no contestarle. Sé que da igual lo que le diga; no voy a convencerla de mi inocencia.

Viendo que no tengo respuesta, Morgan le arrebató la cesta a Jude y se encamina de nuevo hacia la puerta.

—Espera —le digo.

Se detiene. Suspira. Se gira lentamente, con el ceño fruncido.

Pero me da igual lo que piense. Hay algo de lo que ha dicho a lo que no dejo de dar vueltas en mi cabeza, recordando algo que dijo Rosa hace irnos meses.

Ya habían organizado eventos para recaudar dinero, pero no habían funcionado. Nunca conseguían dinero suficiente para hacer que merecieran la pena.

—¿Por qué? —le pregunto.

Morgan me mira fijamente.

—¿Qué?

—El centro de recuperación ya había organizado otros eventos para recaudar dinero, llevaban años buscando la manera de conseguir donaciones. Pero... ¿entro yo en escena, monto una pequeña limpieza de la playa y de repente es lo más lucrativo que habéis hecho nunca?

—No, no lo fue —dice Morgan, riéndose amargamente—. Porque el dinero desapareció misteriosamente, ¿recuerdas?

—¡A eso me refiero! —De repente estoy nerviosa. Me bajo del taburete de un salto y rodeo el mostrador—. Puede que esto haya pasado antes. De hecho..., te apuesto lo que quieras a que ha pasado más de una vez. ¿Y si, cada vez que habéis organizado algo, parte del dinero hubiera desaparecido? Por eso los eventos nunca os han salido rentables. —Me presiono la cabeza, pasándome las manos por el cabello—. Eso es. Así demostraré que no he sido yo. Ya ha pasado antes, una y otra vez... ¡Mucho antes de que yo fuera voluntaria!

Morgan me mira como si fuera un perro verde.

—¿En serio estás intentando convencerme de que...?

—¡No intento convencerte de nada! —le espeto—. Sé que yo no he sido. Pensé que quizá se había perdido o que alguien lo había cambiado de sitio o incluso que la mujer de la playa se había confundido y en realidad no había donado nada. Porque ¿qué clase de persona se dedica a robar en un centro de recuperación de animales?

Morgan me mira, furiosa, pero yo la ignoro.

La pregunta resuena en mi cabeza, como debería haber hecho todo este mes. Las señales. Las pistas.

¿Esto había pasado antes?

No tiene ningún sentido que los eventos que habían organizado antes de mi llegada hubieran sido tan decepcionantes. Está claro que la gente quiere ayudar al centro. Les importa su trabajo. Pero el dinero que entraba por un lado salía por el otro.

¿Quién haría algo así?

¿Y por qué?

Le doy una vuelta a algo que me dijo Quint. Criminología básica. Oportunidad y motivo. Tiene que ser alguien que lleve tiempo con ellos, el suficiente para que Rosa se haya dado por vencida y ya no organice nada. Alguien con acceso al dinero que iban consiguiendo.

No me doy cuenta de que estoy yendo de un lado a otro hasta que me detengo en seco.

—Shauna —susurro.

Morgan se ríe.

—¿Shauna? ¿La amable ancianita que dona su tiempo para ayudar a los animales que lo necesitan?

—No es voluntaria. Es una empleada con contrato.

—¡Oh! Bueno, entonces tiene que ser una criminal.

—Mira, Morgan. No sé si ha sido ella, pero sé que no he sido yo. ¡Y ella lleva años en el centro! Además, se encarga de las cuentas, del dinero. No le costaría nada sisar un poco cada vez. Y... —Contengo la respiración—. En la playa, la vi con el tarro. Fue ella quien se encargó de llevarlo al centro de recuperación. Podría haberlo robado en cualquier momento, nadie se habría dado cuenta.

Morgan pone los ojos en blanco.

—Ya he oído suficiente. Supongo que no puedo reprocharte que lo intentes, pero ¿no te sería más fácil confesar, en vez de echarle la culpa a otra persona? Y encima a *Shauna*.

—¡Y sus botas! Ni dos días después de la limpieza de la playa ya tenía esas botas nuevas. Esas botas... *vintage* nuevas. Da igual. Seguro que

baratas no fueron. Y justo después de que me despidieran la vi con el pendiente, el que se perdió. Tenía un diamante de verdad.

Morgan se carcajea.

—¿Y ahora vas a decirme que ella también robó el pendiente?

—¡No! Creo que lo compró en la tienda de empeños y sé que no era barato. Siempre pensé que las joyas que llevaba eran bisutería, pero si no es así..., ¿cómo puede permitirse todo eso? No creo que Rosa le pague demasiado.

Morgan se encoge de hombros.

—¿Gracias a la seguridad social? ¿Su pensión? Lleva jubilada como veinte años. Le ha debido ir bastante bien.

Arrugo el entrecejo. Morgan tiene razón: puede que Shauna tenga ahorros. Tal vez no trabaje en el centro por dinero, sino para mantenerse ocupada, para sentir que hace algo útil.

Trago saliva, sabiendo que puede que lo haya malinterpretado todo. Puede que me esté agarrando a un clavo ardiendo para probar mi inocencia y, obviamente, no tengo ninguna prueba de que Shauna haya hecho nada. Y sin pruebas no puedo acusarla.

Lo he vivido en mis propias carnes y me niego a que otra persona pase por eso.

—¿Cómo se apellida? —me pregunta Jude.

Me giro hacia él. Había olvidado que Ari y él seguían aquí, pero ambos nos miran a Morgan y a mí como si estuviéramos en *CSI*, edición Fortuna Beach.

No tengo ni idea de cómo se apellida Shauna, pero Morgan dice:

—Crandon, creo.

Jude busca algo en el móvil.

Morgan se cruza de brazos. Mira a Jude, a mí, y luego a Ari.

—¡Sí! —grita Jude, asustándonos. Sonríe de oreja a oreja, pero en cuanto alza la mirada, frunce el ceño con inquietud—. A ver, en realidad esto es horrible. Pero..., Pru, esto debería ser suficiente para que la investiguen.

Me pasa su móvil. Ha encontrado un artículo de un periódico de Los Angeles. En el encabezado hay una foto de Shauna con un elegante traje de

chaqueta. Está un poco más joven, con el cabello empezando a encanecer.

El titular reza: UNA ONG DEL CONDADO DE ORANGE RETIRA LOS CARGOS CONTRA SU CONTABLE, ACUSADA DE MALVERSAR MÁS DE 200000 DÓLARES.

—No puede ser —dice Morgan, arrancándome el móvil de la mano.

—¡Oye!

Trato de recuperarlo, pero se da la vuelta y empieza a desplazarse por el artículo. Yo resoplo y leo por encima de su hombro.

Según el artículo, Shauna había trabajado para otra ONG antes, una que facilita servicios a las personas sin hogar. Estuvo con ellos seis años antes de que empezaran a sospechar que defraudaba dinero para hacer compras personales e incluso para pagar sus facturas. La despidieron, pero al final retiraron los cargos.

—¿Por qué retirarían los cargos? —pregunta Ari, a nuestra espalda.

—No lo pone. —Morgan me devuelve el móvil con expresión aturdida—. Los juicios son caros y largos. Tal vez no les merecía la pena.

—O puede que no tuvieran suficientes pruebas —sugiero.

Morgan niega con la cabeza.

—Cualquiera pensaría que, una vez descubierta, no sería demasiado difícil encontrar pruebas. Seguramente usaba el dinero de la cuenta de la organización para comprar cosas *online* y expedir... cheques... para... — Se pierde en sus pensamientos. Se le desencaja la mandíbula—. No. ¡Las donaciones de la gala!

Le devuelvo el móvil a Jude, que está tan orgulloso como si hubiera resuelto el misterio del siglo.

—¿De qué donaciones hablas?

—Pusimos las entradas para la fiesta superbaratas para que la gente pudiera donar la cantidad que quisiera de manera opcional al comprarlas.

—¿Y qué?

—Pues que nadie ha donado ni un centavo. Ha sido un fracaso total. Hemos vendido un montón de entradas, hasta puede que las agotemos, pero no hemos recibido ni una sola donación. Quint se está volviendo loco. Deberías oírle despotricando de lo mala idea que ha sido poner el precio tan bajo, de cuánto dinero hemos dejado escapar haciéndolo así.

—¡Seguro que la gente *sí* que está donando! —exclama Ari, entusiasmada de repente—. Pero *ella* se está quedando con todo el dinero.

Morgan asiente.

—Es ella quien se ha encargado de las ventas *online*. Te apuesto lo que quieras a que está desviando todas las donaciones a su propia cuenta.

Me cubro la boca con la mano, asqueada.

—¿Quién haría algo así?

Morgan señala el móvil de Jude.

—Pues obviamente ella. Ya lo ha hecho antes. —Una sombra pasa por su rostro cuando me mira. No con desdén, sino con... ¿culpa? Maldice en voz baja, negando con la cabeza—. Supongo que te debo una disculpa.

—No eres tú la que me ha despedido —le digo, tomando uno de los panfletos del mostrador. Lo he mirado un millón de veces. La ilustración del submarino amarillo. El llamativo texto de estilo retro.

Pasa una noche a bordo del Submarino Amarillo para apoyar al Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach. ¡Buena comida, buenos amigos, buen karma!

—Ari, ¿puedes cubrirme el resto del turno? —Doblo el folleto y me lo meto en el bolsillo—. Tengo que arreglarme para una gala.



45

Morgan accede a quedar conmigo en la entrada del cine. No va arreglada en el sentido tradicional. Mientras que los asistentes a la gala pasan a nuestro lado con vestidos de cóctel y trajes de chaqueta, Morgan lleva un simple pantalón negro y un jersey con una vaca de lentejuelas en la parte delantera. Lo único que invita a pensar que va a un evento semiformal es la gruesa raya negra de delineador de sus ojos y la forma en la que se ha recogido el pelo, como una intrincada corona que le enmarca la cara. Yo llevo el vestido de lunares rojo y blanco que me puse para la segunda boda de un tío mío el otoño pasado, con una chaqueta de punto roja y bailarinas también rojas. Es lo mejor que he conseguido encontrar con tan poco tiempo y..., bueno, me siento animada porque resalta el rojo de mi labial.

Espero que sueñes con *esto*, Quint Erickson.

Morgan me mira de arriba abajo cuando llego y asiente. No estoy muy segura de a qué le da el visto bueno. Tal vez al hecho de que no llevo nada de piel.

—Me gusta tu pintalabios —me dice, antes de añadir—: Espero que no lo hayan probado en animales.

Me río, agradeciendo que haya roto el hielo.

—Yo también —replico, ya que esas cosas empiezan a interesarme y me sentaría fatal tener que renunciar a mi marca favorita por culpa de estos nuevos principios que han venido para quedarse.

—¿Estás lista?

Morgan no espera a que conteste y, antes de que pueda recuperar el aliento, nos unimos a la imparable hilera de sonrientes y emocionados lugareños que se dirigen al interior del cine.

—¿Entrada? —nos pregunta una voluntaria cuando pasamos.

—Viene conmigo —le dice Morgan, desviando la atención de la chica hacia ella.

—Oh, hola, Morgan —dice la chica—. Todos los demás voluntarios se han reunido en la cocina para la asignación de tareas. —Entonces me mira con el ceño fruncido y sé que me ha reconocido—. ¿Prudence?

La había visto en el centro, pero nunca nos habían presentado formalmente. Es un tanto desconcertante que ella sepa mi nombre y yo ignore el suyo.

¿Desde cuándo soy famosa?

Morgan me agarra del codo y me arrastra hacia el vestíbulo sin decir otra palabra. Tiene... buena pinta. Muy buena pinta, en realidad. Han puesto manteles blancos y caminos de mesa amarillos sobre las mesas redondas. Juguetes de baño con forma de submarino amarillo hacen las veces de centro de mesa, junto con una foto enmarcada de uno de los animales de los que se está encargando el centro.

No hay demasiada decoración, pero se respira un ambiente festivo. Cuando empezamos a planear el evento, le sugerí a Quint la idea de usar globos amarillos, a lo que me respondió con un no rotundo. Era lógico; los globos de látex son sumamente dañinos para los animales marinos y ahora sé a ciencia cierta que jamás volveré a disfrutar de la simple satisfacción que da un globo de cumpleaños. Sin embargo, en lugar de globos, hay largas serpentinas de papel amarillo colgando del techo y de los marcos de las puertas. También hay un surtido de animales de cartón sujetos a las vigas expuestas y un pulpo pintado en la pared del fondo. En cada uno de los tentáculos lleva un cartel de agradecimiento a los distintos patrocinadores.

Y luego están las fotografías. Las fotografías de Quint. Enmarcadas profesionalmente, en mate, y colocadas sobre caballetes. Sé que son tuyas de inmediato, aunque no las había visto antes. Noto una pequeña punzada en el corazón cuando descubro que, al final, Quint no ha seguido mis sugerencias, al menos no del todo. Los premios de la rifa no son imágenes de focas estranguladas en sedal, ni de leones marinos atravesados por docenas de anzuelos.

En lugar de eso, son imágenes de los animales rehabilitados. Están sanos, salpicando y jugando en las piscinas exteriores o siendo liberados en la playa, golpeando la arena con sus aletas mientras se dirigen al océano.

El corazón me da un vuelco cuando veo una foto de una tortuga marina nadando lánguidamente en el mar abierto.

Mi tortuga marina.

Los asistentes se apiñan alrededor de las fotos, hablando de ellas, sonriendo, señalando los distintos detalles. Los ojos de los animales me siguen cuando atravieso la sala.

Veo a Trish Roxby ajustando su equipo en un pequeño escenario, pero evito hacer contacto visual con ella. Lo último que necesito hoy es verme envuelta en una charla trivial sobre karaoke y golpes en la cabeza. De hecho, evito mirar a la gente. Conozco a la mayoría de los invitados; desventajas de vivir en una ciudad pequeña.

Tengo pensado lo que le voy a decir a Quint cuando lo vea, pero todavía no sé si me muero por verlo o si temo ese momento.

Varios voluntarios reparten bolsas de palomitas entre los asistentes mientras les indican el camino hacia el auditorio para la presentación de esta noche. Aunque se supone que Morgan debería estar trabajando, toma dos bolsas de palomitas mientras avanzamos entre la multitud.

Nada más entrar, lo veo. Está de pie sobre el escenario, delante de las cortinas de terciopelo burdeos que enmarcan la enorme pantalla, hablando con Rosa, la doctora Jindal... y Shauna.

Me detengo y alguien tropieza conmigo por detrás. Lo oigo disculparse, pero no puedo apartar la vista de Quint.

Lleva unos vaqueros oscuros, una camisa blanca recién planchada abrochada hasta arriba y una corbata.

Y, madre mía, está...

No termino ese pensamiento.

Morgan me aparta para que no nos detengamos en el pasillo. Los asientos se ocupan rápidamente. Hay un montón de gente. Me doy cuenta, algo apabullada, de que ha funcionado. Mi idea y todos mis planes han *funcionado*.

Han puesto una presentación en la pantalla que muestra imágenes de los animales marinos: desde el momento en el que los llevan al centro, heridos y desnutridos, hasta cuando los alimentan o bañan y juegan juntos en las piscinas. Hay un montón de fotografías de focas tumbadas perezosamente sobre el cemento, y pequeñas cabecitas de leones marinos asomando fuera del agua. Torres de nutrias marinas subidas unas encima de otras. Cada vez que aparece una imagen nueva en la pantalla, la audiencia se derrite con un *oh* unánime.

También hay anuncios promocionando los negocios que han hecho que la gala sea posible. De vez en cuando también aparece algún mensaje de agradecimiento a los voluntarios que han ayudado a organizar el evento. Quint encabeza la lista, mientras que mi nombre no aparece por ningún lado. Otra traición más.

Noto que alguien me observa y centro mi atención de nuevo en Quint. Me está mirando, con la boca abierta por la sorpresa.

Alzo la barbilla, negándome a apartar la mirada. Tanto si le gusta como si no, me merezco estar aquí tanto como él.

Cierra la boca y veo cómo se tensa su mandíbula. Sus ojos se oscurecen, y se gira.

Me sudan las manos y trato de distraerme metiéndome un buen puñado de palomitas en la boca, pero a pesar de tener los dedos llenos de mantequilla y sal, no me saben a nada. Necesito una distracción mejor.

Uno de los trabajadores del centro le entrega el micrófono a Rosa. Deben estar preparándose para empezar.

Quint abandona el escenario y se dirige al pasillo. Viene hacia mí. Sin embargo, se asegura de no mirarme cuando pasa a mi lado.

Trago saliva. Parece que Shauna también va a abandonar el escenario. La sigo con la mirada y el ceño fruncido. Por puro instinto, tengo el puño

bien apretado.

Espero.

Tres segundos. Cinco.

No pasa nada.

Se apaga el proyector y la pantalla queda en negro. Las luces de la sala se atenúan, dejando solamente el escenario bien iluminado. Rosa camina hasta el centro y empieza dándoles las gracias a todos por asistir. Agradece la ayuda de los patrocinadores, la de aquellos que han donado dinero, la de los voluntarios. Después empieza a hablar sobre el centro y su causa, proporcionando estadísticas sobre el número de animales que han atendido a lo largo de los años y explicando por qué siguen necesitando la ayuda de toda la comunidad.

Me doy la vuelta y empujo las puertas de vuelta al vestíbulo. La voz de Rosa se desvanece a mi espalda. Quint está de pie al lado del puesto de comida, ayudando a otro voluntario a colocar las servilletas delante de una montaña de vasos de champán.

—¿Quint?

Se pone recto. Deja el montón de servilletas, expulsa aire sonoramente y se da la vuelta con lentitud hacia mí.

—Si no has venido a devolver el dinero, espero que por lo menos hayas tenido la decencia de pagar la entrada.

Aprieto los dientes. ¿De verdad va a montarme una escena aquí, delante de un desconocido? Pero entonces miro al voluntario del puesto y descubro que no es un desconocido en absoluto. Es Ezra.

Me saluda con una sonrisa.

—Te veo bien, Prudence.

Su comentario apenas pasa el filtro de mi irritación hacia Quint, pero... hay que reconocerlo: a Ezra Kent se le da muy bien disipar la tensión. Noto cómo se me relajan los hombros, solo un poquito.

—Quint, tengo que hablar contigo.

—¿Oh? ¿Por qué tengo la sensación de que no has venido a disculparte? Se me vuelven a tensar los hombros.

—¿Puede que sea porque no tengo por qué disculparme?

Pone los ojos en blanco.

—Escucha lo que tiene que decir —dice alguien a mi espalda. Morgan aparece a mi lado, con las manos en las caderas—. Hay novedades.

Quint mira a Morgan, sorprendido.

—¿Qué estás...? —No termina la pregunta. Nos mira a ambas, cada vez más intrigado—. ¿Qué pasa?

Miro a mi alrededor. Los voluntarios están empezando a preparar las mesas para la cena. Hay demasiada gente y no quiero que nos oigan.

—¿Podemos hablar en otro lado? Creo que sé quién se llevó el dinero, pero si me equivoco... Bueno. Digamos que ya sé lo mal que se pasa cuando te acusan de algo injustamente.

—Pero estamos bastante seguras de tener razón —añade Morgan.

Quint frunce aún más el ceño. Sé que está pensando. No me cree, pero... *quiere* hacerlo.

—Vale —dice por fin—. Tú ganas.

—Oh, gracias a Dios —dice Ezra—. La intriga me estaba matando.

Quint lo mira y después observa las copas de champán.

—¿Te importa...?

—Yo me ocupo —dice Ezra, tomando las servilletas—. A cambio, quiero todos los detalles cuando vuelvas.

Quint nos guía a Morgan y a mí a través de una puerta solo para empleados y pasamos por una sala donde los cocineros de Blue's Burgers están amontonando hamburguesas de queso sobre unas bandejas enormes; Morgan hace una mueca, pero se abstiene de decir nada. Nos detenemos en el estrecho pasillo que conduce a la puerta de atrás del cine. Hay una bolsa de basura en la esquina esperando que alguien la saque al callejón. En un tablero de corcho hay pinchadas un montón de licencias, certificados y demás, entre los que destacan las políticas del local contra la discriminación y el acoso sexual. Tiene pinta de que no las han cambiado en treinta años.

—¿Y bien? —dice Quint, cruzándose de brazos—. Adelante. Si tú no robaste el dinero, ¿quién fue?



46

Cuando termina de leer el artículo que Jude ha encontrado en internet, Quint está blanco como el papel.

—¿Cómo es posible que no supiéramos esto?

—Estoy bastante segura de que no lo habrá puesto en su currículum —le digo—. Tu madre tendría que haber investigado mucho para averiguarlo.

—¿Y quién en su sano juicio se dedicaría a buscar en internet a una señora mayor tan maja como Shauna? —dice Morgan—. Además, a tu madre se le dan genial un montón de cosas, pero los negocios no son lo suyo. Ella quiere salvar a los animales, no tener que preocuparse de la contabilidad. Seguramente se alegró tanto de tener a quién encargarle esa tarea que puede que ni siquiera comprobara sus referencias.

Quint asiente con lentitud, como si todo tuviera sentido para él. Le devuelve el móvil a Morgan y baja los brazos, inertes. Parece aturdido.

—Lleva con nosotros desde que yo era un crío. Podría haber robado...

—No termina la frase. Quién sabe cuánto dinero podría haber malversado durante esos años.

—Bueno, no podemos estar seguros de que haya estado robando —digo—. Tenemos que encontrar una forma de demostrarlo.

—Pero, si es cierto —añade Morgan—, es muy probable que esta noche se esté quedando el dinero de las donaciones.

Quint parpadea, mirándonos.

—¿De qué dinero hablas?

—¿Recuerdas que la gente podía hacer un donativo al comprar la entrada? —le pregunto.

—Sí, pero... no ha funcionado. Nadie ha... —Abre los ojos de par en par mientras se aparta de la pared—. No. Eso fue lo que nos dijo Shauna. Ella se ha encargado de supervisar las ventas, incluso de vincularlas con la cuenta bancaria del centro de recuperación.

—Y, de ese modo, podría haber dirigido los donativos extra a su *propia* cuenta —digo.

Quint emite un sonido frustrado mientras se pasa las manos por el pelo.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo ha podido hacemos esto? ¡Confiábamos en ella!

—Siguen siendo especulaciones —dice Morgan—, pero no parece que andemos muy desencaminadas.

Quint desatiende el comentario, y no lo culpo. Aun así, quiero pruebas. Necesito limpiar mi nombre de una vez.

—¿Hay alguna forma de ver a qué cuenta ha vinculado la venta de entradas? Si realmente está desviando el dinero a su cuenta personal...

Quint asiente, frotándose la mandíbula.

—Sí. Tal vez. Eso creo. Uhm. Dadme un minuto.

Saca su móvil y se aleja, no lo suficiente para que lo perdamos de vista, pero lo bastante como para que yo no pueda ver qué hace. Morgan y yo nos miramos. Este pasillo comparte pared con el cine y, a pesar de que la insonorización es bastante decente, de vez en cuando puedo oír parte el discurso de Rosa. No entiendo lo que dice, pero capto la pasión con la que habla.

Quint tiene el móvil en la oreja; está llamando a alguien. Frunzo el ceño. ¿Está llamando a la policía?

La gente del interior del cine estalla en vítores. Morgan inhala profundamente.

—Es la hora de la cena.

Asiento. Puede que esta noche no solucionemos nada. Tal vez deberíamos dejar que Rosa disfrute de la fiesta sin montar una escena.

Pero yo también quiero disfrutar de la fiesta. Quiero estar aquí, ser parte de todo esto. No quiero que la gente me mire y crea que soy la chica egoísta que robó el dinero de los animales que lo necesitan.

Y, si Shauna es culpable, no quiero que se salga con la suya ni un minuto más.

Tengo la sensación de que Quint lleva horas hablando. Habla en voz baja. Hay un montón de *ajas*, mucho *vale, de acuerdo* y números, lo que no tiene demasiado sentido para mí.

Por fin se aparta el móvil de la oreja y cuelga. Y se queda ahí de pie, con el hombro apoyado en la pared y la cabeza gacha.

Trago saliva y me acerco a él.

—Quint, ¿qué has averiguado?

Aleja la cara de mí y se lleva un puño a la boca. Lo oigo soltar una bocanada temblorosa de aire.

—Uhm. Sí. —No levanta la cabeza, pero se da la vuelta y apoya la espalda en el muro. Se rasca una ceja—. He hablado con la plataforma que se encarga de la venta de entradas. Lo han revisado y, sí, hay dos cuentas vinculadas a las ventas de esta noche, la del Centro de Recuperación de Fauna Marina de Fortuna Beach... y la de Shauna Crandon.

Cierro los ojos. Siento una bofetada de alivio, de alivio y satisfacción. Puede que esto no demuestre que Shauna se llevó el dinero de la limpieza de la playa, pero en lo que a mí respecta, es lo más parecido a una prueba que tenemos.

Sin embargo, todos esos pensamientos desaparecen cuando abro los ojos y veo a Quint mirándome con los ojos inundados de emoción. Tiene un aspecto horrible.

—Prudence —susurra, con voz tensa. Y entonces me doy cuenta de que lo que estoy viendo son remordimientos—. Yo...

—Eso después —le digo, sin dejarle hablar. Aunque estas últimas semanas he imaginado a Quint rogándome perdón un buen montón de veces, ahora que casi lo hace, tengo sentimientos encontrados. *Egocéntrica. Criticona. Hipócrita.*

Hace una mueca y soy consciente de que me he pasado de borde, pero él también lo fue cuando me dijo todas esas cosas horribles.

—¡Muy bien! —dice Morgan, dando un par de palmaditas—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos que decírselo a mi madre —dice Quint—. Y luego... No sé. Supongo que llamar a la policía.

El silencio se instala entre nosotros mientras consideramos la opción. Suena muy serio, pero realmente lo *es*. Lo de los mil doscientos dólares del tarro ya me parecía algo grave, pero si lleva años haciendo esto, podríamos estar hablando de cientos de miles de dólares. Tal vez más. No es un delito menor.

—¿Creéis que podría ir a la cárcel? —les pregunto, y tan pronto como las palabras salen de mi boca, sé que Quint y Morgan estaban pensando lo mismo. Es difícil imaginarse a Shauna en la cárcel.

—Probablemente —dice Morgan—. Sobre todo si Rosa decide presentar cargos.

—Supongo que eso depende de ella. —Quint se endereza y cuadra los hombros—. De acuerdo. Vamos a buscar a mi madre.

El vestíbulo del cine está inundado por el ruido de las animadas conversaciones. Trish está a cargo de la música, y suena *With A Little Help From My Friends* de los Beatles. Los tres nos detenemos para examinar la concurrida sala. Aunque muchos de los invitados ya han ocupado sus sitios y han empezado con las hamburguesas, todavía quedan otros tantos remoloneando cerca de la mesa de la subasta y alrededor de las fotografías de Quint. Algunos charlan con Trish, pasando las páginas del cancionero y tal vez preparándose para cantar cuando termine la cena.

En lugar de gastarse una cantidad absurda de dinero contratando profesionales para servir la comida, son los voluntarios quienes se encargan de hacerlo, incluyendo a varios estudiantes a los que reconozco del instituto, todos con su correspondiente camiseta amarilla. Llevan las hamburguesas, limpian las mesas y rellenan los vasos con agua. Algo me dice que eso también es cosa de Quint. De Quint, el popular, capaz de atraer a la gente a su círculo para pedir ayuda, y conseguirla.

Este habría sido el momento cumbre de la noche, al menos para mí. La comida huele de maravilla. Los artículos de la subasta son geniales. Veo cómo se abren las billeteras y los fragmentos de conversación que puedo oír sugieren que el discurso de Rosa ha sido bien recibido. Todo el mundo se lo está pasando en grande. Lo mire por donde lo mire, la gala inaugural del centro de recuperación ha sido un éxito rotundo.

Me habría sentido orgullosa sabiendo que he contribuido a que esto pasase, pero el sentimiento queda opacado por el rencor, por no haber podido formar parte de ello hasta el final.

—Tío —dice Ezra, caminando hacia nosotros con media minihamburguesa en la mano. Lleva la camiseta amarilla de los voluntarios, pero algo me dice que no se ha tomado lo de servir la comida muy en serio—. Estas son las mejores minihamburguesas que he comido jamás. ¿Las has probado ya?

—No tengo hambre —dice Quint, alejando a su amigo—. Oye, Ez, ¿has visto a mi madre?

—Hace un minuto estaba por allí —le contesta, señalando con la hamburguesa antes de darle otro mordisco—. ¿Habéis descubierto ya al culpable? Espera, ¡no me lo cuentes! Déjame adivinar. —Levanta una ceja—. ¡Ha sido el socorrista, en la piscina, con un anzuelo!

Quint lo mira sin expresión.

—¿Cómo, ni siquiera una mísera sonrisa? —dice Ezra, echando la cabeza hacia atrás en un gesto de consternación—. ¡Venga ya! Llevo al menos diez minutos trabajando en el chiste.

—¿En serio? —le pregunta Morgan, cansada—. ¿Y *eso* es lo mejor que se te ha ocurrido?

—Mira, te lo contaré más tarde, ¿vale? —le dice Quint. Pasa a su lado, pero Ezra lo detiene agarrándole del brazo.

—Espera, colega. —Alarga la mano y toma una copa de vino del bar—. Tienes pinta de necesitar un trago. —Y después añade, susurrando—: No le están pidiendo el carné a nadie.

—Ah. No, gracias —dice Quint, ignorándolo mientras busca a su madre.

—¿Prudence? ¿Chica sarcástica a la que no conozco? —nos pregunta Ezra, ofreciéndonos la copa.

—Estoy bien —le digo.

Morgan solo lo mira con desdén.

—Como quieras. —Ezra levanta la copa y se bebe la mitad del contenido de un trago.

—Ya la veo, allí —dice Quint.

Sigo su gesto y veo a Rosa cerca de uno de los caballetes. Tiene una copa de vino y señala la fotografía mientras habla con un invitado.

Shauna está con ella. Parece totalmente tranquila, con su cabello gris impecablemente rizado y un pañuelo de seda de colores alegres alrededor del cuello. Lleva unos pendientes enormes con brillantes de imitación que captan mi atención incluso desde el otro lado de la sala.

Y solo porque sí, aprieto el puño. Vamos, Universo. Si te encargaras tú de este embrollo por nosotros, la noche iría muchísimo mejor...

Pero, al igual que ha ocurrido antes en el cine, no pasa nada.

Quint toma aire despacio y se abre camino a través de la sala. Morgan y yo lo seguimos. Formamos un frente unido.

Quint interrumpe la conversación.

—Mamá, ¿puedo hablar contigo?

Rosa se sobresalta y se gira tan rápido que colisiona con el brazo de Quint. Se derrama un poco de vino, manchando el suelo de tarima.

—Oh, vaya, lo siento mucho —dice, buscando una servilleta.

—No pasa nada —replica Quint—. Mamá...

—Ya me estaba preguntando dónde te habías escondido —dice Rosa, radiante—. Justo le estaba diciendo a este caballero lo interesado que estás en la fotografía, y que quieres sacarte el título de buceo después de... —Se da cuenta de mi presencia y se le borra la sonrisa. La sorpresa y la confusión se alternan en su rostro—. Oh. Hola, Prudence —dice, con una amabilidad salpicada de frialdad glacial—. No esperaba verte aquí esta noche.

—Yo me alegro de que haya venido —dice Quint con voz forzada—. Mamá, lo cierto es que me gustaría hablar contigo y con Shauna, si es posible. —Le lanza una mirada a Shauna—. En privado.

Desconcertada, Rosa mira a su alrededor. El hombre con el que estaba hablando carraspea y se excusa para ir a por otra copa.

Shauna también parece desconcertada, pero un segundo después nos mira a Quint y a mí y veo cómo empiezan a moverse los engranajes de su cerebro.

—No me parece el momento más adecuado —dice Shauna, riéndose, aunque su sonrisa esconde algo—. Estamos en una fiesta. ¿Por qué no os vais a comer algo y a divertir os? Sé lo mucho que has trabajado para sacar esto adelante, Quint. Y supongo que lo mismo puedo decir de ti, Prudence, a pesar de... todo. —En sus palabras hay un tono burlón y la fulmino con la mirada.

—Shauna tiene razón —dice Rosa—. Tengo que seguir hablando con los invitados.

—Esto no nos llevará mucho tiempo —insiste Quint—. Y no puede esperar.

—Pues tendrá que hacerlo —dice Shauna—. Rosa, estoy viendo a la familia de Grace Livingstone en la mesa nueve. Creo que deberías ir a ofrecerles tus condolencias.

Me doy la vuelta y veo no solo a la familia de Maya, sino también a la propia Maya, con un vestido azul oscuro de líneas sencillas y cara de total aburrimiento.

—Oh, tienes razón. —Rosa se pone una mano en el corazón—. Grace fue un gran apoyo para centro. —Entonces se detiene y su tono se vuelve glacial de nuevo—. Aunque supongo que tú ya lo sabías, ¿verdad? —Me lanza una mirada. Cada vez estoy más enfadada.

Rosa nos abandona para dirigirse hacia ellos. Shauna la sigue, pero Quint les corta el paso.

—No quiero montar un escándalo —dice—. Pero esto es importante. Por favor.

Las mejillas de Shauna se tornan rojas y sus ojos brillan. De repente, parece una persona totalmente diferente. Parece cabreada. Parece estar a la defensiva. Parece que, sin verlo venir, se ha quedado arrinconada.

—¿Dices que no quieres montar un escándalo? —le pregunta, aunque a diferencia de Quint, ella alza la voz. Empezamos a llamar la atención, que

sospecho que es exactamente lo que quiere. Me señala con el brazo—. Entonces, ¿qué hace ella aquí, Quint? ¿Y por qué estáis juntos? Es una mentirosa y una ladrona. No entiendo qué hace aquí. Creo que debería irse.

—Shauna —dice Rosa entre dientes, mientras sigue sonriendo a los invitados más cercanos—. Está bien, Quint. Tú ganas. Volvamos al auditorio; allí podrás decir lo que quieras.

—No —dice Shauna—. Rosa, este es un buen ejemplo de la presión de grupo. Y, aunque soy consciente de que es tu hijo, no tienes por qué tolerar esto. Está montando un numerito en esta noche tan importante para nosotras..., para el centro. No esperaba esto de ti, Quint. —Chasquea la lengua de una manera que me recuerda a mi abuela—. Con vuestro permiso...

Intenta pasar de largo, pero esta vez soy yo la que da un paso al frente con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiemblo por la adrenalina y la ira.

Y, a diferencia de Quint, a mí no me da miedo montar una escena.

Al fin y al cabo, sé que hay periodistas aquí, que han sido invitados para que escriban sobre el evento en sus respectivos periódicos. Puede que Quint no esté de acuerdo con esto, pero a mí me parece que ninguna publicidad es mala publicidad. Si montamos el revuelo suficiente, puede que salgamos en portada.

—No soy yo la que ha montado un numerito —le espeto, hablando lo suficientemente alto como para que me oigan bien todos los asistentes que fingen no estar poniendo el oído—. Has sido tú, Shauna. Tú robaste ese dinero, igual que robaste dinero en tu anterior trabajo, igual que has robado el dinero de las donaciones de la venta de entradas de esta noche. —Miro a Rosa, que está horrorizada y avergonzada a partes iguales, pero también interesada—. Por eso nunca hay tanto dinero en la cuenta como debería. Shauna ha estado malversándolo. Ya lo había hecho antes.

Rosa niega con la cabeza.

—¿Qué estás...? Bueno. Ya es suficiente. Vámonos. Adentro. Venga.

—Yo no voy a ir a ninguna parte —dice Shauna—. ¡Y no voy a tolerar estas acusaciones sin sentido!

—He comprobado los datos de la venta de entradas —dice Quint—. Sé que estás desviando el dinero directamente a tu cuenta personal.

Se oyen gemidos sorprendidos a nuestro alrededor y me doy cuenta de que somos el centro de atención. Todo el mundo se ha quedado callado. Todos nos están mirando. Hasta la música se ha detenido.

—Pero... Shauna lleva con nosotros más de diez años —dice Rosa—. Me habría dado...

Rosa se detiene y sé que se está preguntado si realmente se habría dado cuenta de que Shauna le estaba robando. Siempre está muy ocupada, pero su rol en el centro es el de encargarse de la gente y cuidar de los animales, no de las finanzas. Cuando se trata de dinero, lo único que hace es firmar donde le dicen que lo haga.

Mira a Shauna, consternada.

—¿Es cierto lo que dicen?

—Por supuesto que no —replica Shauna, y puede que sea la peor mentira que ha soltado en su vida. Su rostro ha enrojecido, le falta el aire y tiene la mirada rabiosa—. Esta niña... —dice, señalándome con el dedo—. Esta niña no ha hecho más que crear problemas desde que llegó.

Da un paso hacia mí. Yo aguanto en mi sitio, relativamente convencida de que no intentaré darme un puñetazo, al menos no mientras estemos rodeadas de gente. Aun así, veo por el rabillo del ojo a Quint, que está completamente tenso, y me preparo para la siguiente retahíla de cosas horribles que saldrá de la boca de Shauna, sabiendo que esta vez, al menos, tengo razón. No he hecho nada malo, pero ella *sí*, y sus mentiras empiezan a formar una bola de nieve cada vez más grande. Se merece un escarmiento.

—Y ahora se dedica a extender estos horribles rumores, intentando ponerte en mi contra para salvarse a sí misma.

Aprieto el puño.

Resbala en el charco de vino con un grito. Sacude los brazos. Se agarra a mí y tira hacia delante.

Vamos a caernos.

No me suelta.

No puedo detener la caída.

Me golpeo la cabeza con una esquina de la mesa de la subasta y, por segunda vez este verano, mi mundo se tiñe de negro.



47

Abro los ojos para ver luces titilantes y serpentinas amarillas. Quint está a mi lado, sosteniéndome la cabeza con la mano. Sus labios forman una mueca de alivio cuando nuestras miradas se encuentran.

—Vaya *déjà vu* —susurra.

Respondo con un gruñido. Me duele tanto la cabeza como cuando me caí en Encanto, y el barullo de frases de preocupación no me ayuda.

—Dejadle espacio —dice Quint, haciendo gestos a la gente para que se aparte.

Me siento despacio y me presiono los dedos contra la sien, en un esfuerzo por detener el martilleo.

—Ya está. ¿Veis? —dice una voz chillona. Shauna está sentada en una silla cercana, sujetando una botella de agua fría contra su hombro—. Está bien. Y que conste que yo no la he agredido. Ha sido un accidente. Todos sois testigos.

—Basta ya, Shauna —dice Rosa, cortante—. Además, esa no es la demanda que debería preocuparte.

Shauna la mira con la boca abierta, pasmada.

—No serás capaz... ¿Después de todo lo que he hecho por esta organización?

Rosa toma aire y sé que le está costando aguantarse para no soltarle cuatro cosas bien dichas, pero finalmente logra contenerse delante de los asistentes a la gala.

—No voy a tomar ninguna decisión esta noche, pero me reuniré con un abogado. Mientras tanto, por si no ha quedado claro..., estás despedida.

Shauna le sostiene la mirada unos segundos antes de resoplar. Tira la botella de agua sobre el mostrador y agarra una copa de champán que alguien ha dejado allí a medio beber.

—Vale. Habrá que ver cuánto tiempo logras mantener abierto tu querido centro sin mí.

—Oh, estoy segura de que nos irá bien —replica Rosa—. Puede que por fin consigamos prosperar, sin ti desviando nuestros fondos a la más mínima oportunidad.

Shauna la ignora, se bebe el champán, después se levanta y se marcha zigzagueando entre la gente.

Lo intento de nuevo antes de que se vaya. Aprieto el puño.

No ocurre nada.

No solo no ocurre nada, sino que siento que me falta fuerza. Noto mi pecho extrañamente vacío.

Me miro la mano, con el miedo acechando mis pensamientos. ¿Será que...?

—Ya está —dice Morgan, arrojando una servilleta de lino blanco sobre la bebida derramada y secándola—. No necesitamos que nadie más se haga daño.

Es un acto sencillo pero generoso. Una buena acción.

Por favor, oh, por favor...

Chasqueo los dedos y aguanto la respiración.

—O eres muy torpe —dice Morgan, recogiendo la servilleta—, o tienes muy mala suerte.

La suelta sobre una bandeja llena de platos vacíos y copas abandonadas.

Y... ya está.

No ocurre nada. Ninguna ganancia inesperada. Ninguna recompensa.

Tal vez limpiar un poco de vino no es un acto lo bastante importante para llamar la atención del universo. Echo un vistazo a mi alrededor y veo a un hombre metiendo dinero en la caja para donativos que hay en el escenario.

Lo intento de nuevo. Chasquido. Chasquido. *Chasquido*.

El hombre vuelve a su mesa. Si ha recibido buen karma como resultado de su donación, no hay indicios de ello.

—No —susurro—. Por favor.

—¿Pru? —Quint me mira con el ceño fruncido. Todavía tiene la mano presionada entre mis omóplatos—. ¿Qué pasa?

Hago un mohín. No puedo evitarlo.

—Creo que se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

Resoplo, aunque sé que me estoy pasando de melodramática. No me importa. Hubo momentos en los que pensé que mi don kármico era una maldición, pero... casi siempre fue una maldición divertida.

—El universo —susurro.

Quint frunce el ceño aún más. Me observa durante un largo momento antes de girarse hacia su madre.

—Quizá deberíamos llamar a una ambulancia.

—No —le aseguro—. Estoy bien. ¿Podrías ayudarme a levantarme?

—No sé si deberías...

Ignorándolo, lo agarro del brazo y lo uso para incorporarme. Da un pequeño traspies, pero al final ambos conseguimos ponernos en pie sin caernos de nuevo al suelo.

—Prudence —dice Rosa, sujetándome el codo—, deberías ir al médico, sobre todo si esta es la segunda vez que te golpeas la cabeza este verano.

—*Argh*, de acuerdo —replico. No tengo fuerzas para seguir discutiendo. Con nadie. No esta noche—. Iré mañana. Por favor..., no llames a una ambulancia. La noche ya ha sido suficientemente extraña.

Rosa frunce el ceño. Sé que está dando vueltas al asunto, así que sonrío para demostrar que estoy perfectamente.

—Estoy bien. De verdad.

La mujer suspira profundamente.

—Quint, ¿por qué no le traes un poco de agua?

Quint echa un vistazo alrededor.

—Ezra —dice, señalando a su amigo entre la multitud—. ¿Agua?

—Un *gin-tonic*, marchando —dice Ezra, corriendo hacia el bar.

—Está bromeando. —Quint sonríe a su madre con timidez—. Creo.

Rosa me toma las manos.

—Has sido muy valiente viniendo aquí esta noche, sobre todo despu  de lo que ocurrió. Siento mucho haberte hecho pasar por esto. Siento cómo te tratamos. No s  si querrás volver despu  de lo que ha pasado, pero quiero que sepas que siempre serás bienvenida en el centro.

Finjo que me lo pienso.

—Supongo que no necesitar is una coordinadora de eventos.

Se ríe.

—No creo que est  en situación de contratar a alguien a jornada completa, pero, cuando llegue el momento, serás la primera persona a la que llame.

—Creo que Prudence sería una gerente estupenda —dice Quint, sonriendo—. Y tengo entendido que el puesto acaba de quedarse vacante.

Rosa suelta un gemido.

—Tendr  que sustituir a Shauna, es cierto. Perdóname si busco a alguien con más experiencia.

—Siempre que busques su nombre en Google primero —le digo—. Y quizá convendría comprobar sus antecedentes.

Asiente.

—Lección aprendida.

—En cuanto a mí... —Sonrío—. Quiero volver, sin duda. Necesito pasar todo el tiempo que pueda con Lennon antes de que se marche a su nueva casa.

Rosa entorna los ojos y, antes de darme cuenta de lo que pasa, me está dando un abrazo.

—Gracias, Prudence. —Se aparta con un suspiro y echa un vistazo a la gente que nos rodea. Se ríe—. Bueno. No hay duda de que esta se ha convertido en una noche inolvidable, ¿verdad? —Agita una mano—. Por favor, sentaos y disfrutad de la cena.

Después de eso, la noche se vuelve difusa por momentos y no estoy segura de si es por el dolor sordo de mi cabeza o porque pasan muchas cosas. Tras la cena, llega el postre. Se anuncian los ganadores de la subasta y me entusiasma descubrir que la cesta de la tienda de discos ha recaudado bastante más de lo que esperaba. Después se eligen los ganadores de la rifa de las fotografías de Quint. No me sorprende la cantidad de gente que se ha animado a comprar un número, y los ganadores parecen muy contentos de llevarse las obras de arte a casa. Cuando dicen el número de una de las asistentes, la mujer grita literalmente de alegría.

Miro a Quint. Su cara no tiene precio. Está desconcertado y orgulloso al mismo tiempo.

Cuando retiran los platos y las mesas, comienza el karaoke. Trish y un par de voluntarios cantan *Yellow Submarine* para animar a la gente y prácticamente la sala entera se les une en el estribillo.

Y así de fácil, el ambiente pasa de serio y benéfico a enérgico y divertido. Esta es una fiesta de la que la gente hablará (y sobre la que bromeará) durante semanas.

Quint no solo ha tenido la brillante idea de que Trish se encargue del karaoke, sino que también se le ocurrió aprovecharlo para conseguir más donaciones. Los invitados tienen que pagar cinco dólares para cantar, que irán destinados al centro. Yo no habría esperado que funcionara, y me habría equivocado. La gente hace cola para apuntar su nombre y la canción que quiere interpretar en un trozo de papel.

Escucho a las mesas cercanas obligándose unas a otras, incluso sobornándose y engatusándose mutuamente para subir al escenario. Oigo discusiones sobre qué canción cantar y a quién pertenecen las voces menos afortunadas. Hacerles pagar parece haber animado a la gente, a diferencia de lo que suele pasar cuando se pide que se done dinero.

Al ver a una adorable anciana de pelo blanco y bastón subirse al escenario para cantar *Stardust*, uno de mis clásicos favoritos, siento una punzada de envidia. Lo sé, todavía me duele la cabeza y no estoy en condiciones de subir a cantar. No podría dar lo mejor de mí, y sin dar lo mejor de mí, no tiene sentido.

Examino de nuevo a la multitud, como hago cada pocos minutos. Es como si tuviera un radar sintonizado únicamente para Quint y sigo manteniendo la esperanza de que me busque. Aunque he hecho lo que he venido a hacer, la noche parece incompleta. Decepcionante. Sé que han quedado muchas cosas sin decir entre Quint y yo, pero cada vez que lo veo, está hablando con alguien diferente, sonriendo y señalando una de sus fotos. Está en su elemento y quiero alegrarme por él, pero... no puedo evitar preguntarme si me está evitando.

A pesar de todo el daño que me hizo, cada vez que he fantaseado con este momento en las últimas semanas, hay una cosa que se ha mantenido intacta. Sí, quiero que se disculpe. Sí, quiero que me suplique perdón. Sí, quiero oírlo admitir cuánto se equivocó al no confiar en mí.

Pero, por encima de todo, quiero seguir *gustándole*.

Tanto como me gusta él a mí.

Pero ¿y si ese no es el caso? ¿Y si durante estas semanas se ha dado cuenta de que nunca ha querido nada conmigo? Que todo ha sido un gigantesco error..., tal como dijo.

Necesito salir de aquí.

Me levanto. Me escabulliré sin que nadie se dé cuenta, y así no tendré que despedirme de Morgan, ni de Rosa, ni de nadie. Mientras me dirijo a la salida, no me giro para mirar a Quint, por si se da cuenta de que voy a marcharme. Porque no podría soportar que me viera y no intentara detenerme.

Tendré que enfrentarme a él en algún momento. Si voy a trabajar como voluntaria en el centro de recuperación, tendré que afrontar el daño que me hizo. Y el instituto empezará pronto de nuevo y es muy posible que tengamos algunas clases juntos. Tendré que aceptar que lo que ha pasado entre nosotros se ha terminado de verdad.

Cuando paso junto a la mesa de la subasta, ahora vacía, algo llama mi atención.

Casi tropiezo. Hay algo brillante justo detrás de una de las patas de la mesa, casi escondido por el mantel.

Me agacho para recogerlo.

Es un pendiente *vintage* con un diamante, colgado de una cadena. El cierre ha debido romperse cuando Shauna y yo nos hemos caído.

El diamante me lanza un guiño.

Me río para mis adentros.

—Esta ha sido buena, Universo.

Me doy la vuelta y veo a Maya sentada a la misma mesa de antes, mirando su móvil. Podría devolvérselo, pero no quiero el reconocimiento por haberlo encontrado, como tampoco quería la culpa de que se hubiera perdido.

—Disculpa —le digo a un voluntario que pasa por allí—. ¿Podrías darle esto a esa chica de ahí? Creo que lo había perdido.

—Oh, claro. —El voluntario toma el pendiente con cierta incertidumbre, pero no hace preguntas.

Me quedo el tiempo suficiente para ver cómo le entrega el pendiente. Para ver la cara de sorpresa de Maya, su incredulidad..., su absoluta alegría. De hecho, empieza a llorar mientras lo aprieta contra su pecho antes de levantarse y darle un fuerte abrazo al sorprendido voluntario.

Lástima que no sea Jude, pienso. Porque entonces habría hecho felices a dos personas.

En el escenario, la adorable anciana termina su canción y yo aplaudo con todo el entusiasmo del que soy capaz, pero mi corazón no lo acompaña. El cine rebosa buenas vibraciones, buena música y más generosidad de la que jamás habría imaginado, pero mi corazón sigue roto.

Me dispongo a darme la vuelta.

—A continuación —dice Trish al micrófono—, uno de los voluntarios más antiguos y queridos del centro. Por favor, demos la bienvenida al escenario a... ¡Quint Erickson!

Me giro tan rápido que casi pierdo el equilibrio.

Seguramente no acaba de decir...

Y ahí está, subiendo al escenario. Sonríe nerviosamente a Trish cuando ella le pasa el micrófono. Parece verdaderamente aterrado.

Se aclara la garganta, agradeciendo con un movimiento de cabeza el aplauso que le ha dedicado el público.

—Lo siento —dice, saludando con incomodidad a la audiencia—. No os merecéis que os torture como lo voy a hacer, pero... es por una buena causa, ¿no? Así que... allá voy.

Se oyen algunas risitas. Algunos gritos de ánimo.

Empieza a sonar la música.

Se me hace un nudo en el estómago.

—*Dear Prudence... won't you come out to play?*

Oigo algunos gritos de sorpresa y noto que la gente empieza a buscarme y que, cuando me encuentra, me señala con el dedo y susurra.

Quint también examina la sala. Pero, una vez que da conmigo, sus ojos se clavan en mí.

Se me seca la boca mientras escucho y una pequeña parte de mí piensa que debería incomodarme tanta atención, pero no es así.

Estoy anonadada.

Estoy alucinando.

Estoy... un poco preocupada por si esto no significa lo que yo quiero que signifique.

—*The sun is up, the sky is blue. It's beautiful, and so are you, dear Prudence...*

El corazón me late tan rápido que siento que se me va a salir del pecho.

Lo admito..., no tiene buena voz. Pero el modo en el que me mira, cómo se ruboriza, y ese momento en el que se equivoca en la segunda estrofa y tiene que mirar el monitor para comprobar la letra, y lo nervioso y asustado que esta, y cómo consigue volver a encontrarme entre la multitud...

Estoy fascinada.

Termina la canción y vuelvo a respirar. Podría ser la primera vez que lo hago desde que ha subido al escenario.

Quint carraspea y pone el micrófono en su soporte. Retrocede como si se muriera de ganas de escapar de allí.

El cine se llena de aplausos, como lo ha hecho después de cada canción. Quint saluda despreocupadamente, un gesto que parece decir: *Oh, gracias, pero parad ya, por favor*. Está más encantador que nunca y se baja del escenario.

Antes de darme cuenta, he empezado a caminar entre las mesas.

Sonríe cuando me ve. Parece dolorosamente inseguro, pero también esperanzado.

—He probado tu truco —dice, cuando nos acercamos—. He pensado: «Son solo cuatro minutos de tu vida, Quint. Puedes hacerlo». Pero ¿me lo ha parecido a mí, o esa canción ha durado como dos horas?

—Las canciones siempre parecen más largas cuando estás en el escenario. Yo lo llamo la distorsión temporal del karaoke.

—Ahora sé sincera. —Parpadea brevemente. Baja la voz—. Bueno. ¿Qué tal lo he hecho?

No sé qué decir. Apenas si puedo pensar, y mucho menos pronunciar palabras coherentes.

Así que me río. Avergonzada, me tapo la boca con la mano.

Quint hace una mueca.

—¿Tan mal?

—No —le digo, atreviéndome a dar un paso. Se mete las manos en los bolsillos y él también da un paso—. A ver, no eres John Lennon. Pero los he oído peores.

—Me conformo. —Cierra un ojo—. ¿Podemos hablar? Uhm... ¿En otro sitio?

Inspiro profundamente y asiento.

El auditorio está vacío e inquietantemente silencioso cuando Quint cierra la puerta. Avanzo unos pasos por el pasillo, poniendo distancia, dejándome espacio para calmar mi ruidoso corazón antes de girarme hacia él.

Está apoyado en la puerta. Tiene una expresión torturada.

—Me porté fatal —dice, antes de que yo pueda articular palabra—. Fui cruel. Quería hacerte daño y dije todas esas cosas y... —Inspira profundamente—. Lo siento muchísimo, Prudence. No lo decía en serio.

Aparto la mirada. La disculpa llega tan de sopetón, justo después de la canción, que mis sentimientos están hechos un lío. Tengo las emociones a flor de piel. Quería esta disculpa, la quería, pero no parece merecida. No del todo. No todavía.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—Prudence...

—No, en serio. No puedes decirme que no habías pensado esas cosas sobre mí, quizá un millar de veces antes de decírmelas. Criticona, moralista, egoísta...

Hace una mueca y baja la cabeza.

—Yo... Sí, antes lo pensaba..., pero ya no...

—La cuestión es, Quint... —Me preparo—. Que no estoy segura de que dijeras algo que no fuera verdad. —Niega con la cabeza—. Excepto lo de ladrona. Yo no me llevé ese dinero. Pero... lo cierto es que me planteé hacerlo.

De repente me mira, sorprendido.

—No para mí, ni para mis padres. Pensaba usarlo para recuperar el pendiente de Maya. Y, sinceramente, todavía no sé si eso hubiera sido lo correcto.

Frunce el ceño, pensativo.

—Bueno, lo correcto hubiera sido hablar con mi madre. Ella te habría ayudado a recuperar el pendiente.

Lo miro, atónita por un instante. ¿Cómo lo consigue? ¿Cómo puede resolver este dilema que me carcomía por dentro... de un modo tan fácil, tan simple?

—Vaya —digo—. Seguramente deberían habértelo concedido a ti.

Quint frunce el ceño.

—¿El dinero?

—No. No importa. —Cierro los ojos con fuerza. Da igual que me concedieran a mí el don de impartir justicia cósmica, y da igual que yo no fuera la persona ideal para esa tarea. Estoy bastante segura de que ya no lo tengo—. Solo estaba pensando que tu brújula moral está algo mejor ajustada que la mía.

Quint espera hasta que vuelvo a mirarlo antes de responder:

—Qué comentario tan extraño.

—Lo sé.

—Pero... ¿gracias?

—Mira, lo que quiero decir es que... no quiero que lo que dijiste sobre mí sea verdad. —Mi voz se vuelve aguda y sé que voy a empezar a llorar en

cualquier momento—. Quiero ser amable y comprensiva. Una de esas personas que ven lo bueno de los demás, en vez de... juzgarlos continuamente. —Sonrío con tristeza—. Y, cuando estoy contigo, soy más parecida a esa persona.

Me froto los ojos antes de que se me escape alguna lágrima. Inhalo profundamente. Entonces hago un gesto con la mano.

—Vale. Dicho todo esto..., puedes retomar tu disculpa. Probablemente no debería haberte interrumpido.

Su expresión empieza a relajarse.

—Haces que sea complicado hacerte un cumplido, ¿sabes?

Alzo la mirada hacia el techo.

—¿Así que también soy difícil?

—Sí —dice, con tanto sentimiento que no puedo evitar ponerme un poco a la defensiva—. Sí, Prudence. Eres probablemente una de las personas más complicadas que conozco. —Me muestra las palmas, impotente—. Y, aun así..., sigo queriendo besarte.

Resoplo y de inmediato me cubro la cara con las manos.

—¡Quint!

Cuando echo un vistazo a través de mis dedos, lo veo riéndose de mí. No se ha alejado de la puerta, casi como si estuviera bloqueándola para que no pueda huir. Pero no me gustaría estar en ningún otro lugar más que aquí, colorada, incómoda y esperanzada.

Bajo lentamente las manos. Sigue sonriendo, pero se está poniendo serio.

—Si te soy sincero, me gustas, Prudence. Me gustas un montón. Y sé que te he hecho daño, y lo siento.

Asiento despacio.

—Te perdono.

—Me parece que no debería ser tan fácil —dice con vacilación.

Señalo la puerta.

—Acabas de cantarme una canción delante de toda esa gente. ¿De verdad quieres que te lo ponga más difícil?

Parece pensativo, casi como si se le hubiera olvidado ese pequeño detalle.

—Tienes razón. Ha sido lo más difícil que he hecho nunca. Y también, bueno, lo más romántico.

Me río.

—Además, yo también lo siento. Por todas las ocasiones en las que he sido difícil.

Nos miramos y el pasillo se convierte en un océano entero entre nosotros. Me muero de ganas de dar un paso hacia él, pero mis pies están pegados a la alfombra roja y él tampoco se acerca a mí. Estamos atrapados. Me siento como si hubiéramos estado aquí atrapados, irremediabilmente separados, todo el año.

—¿Sabes una cosa, Prudence? —me dice—. Si me vas a pedir perdón por algo..., debería ser por ese pintalabios.

Sorprendida, me llevo los dedos a la boca.

Niega con la cabeza, desolado.

—Es que, a ver..., es una crueldad.

Me muerdo el labio inferior y él emite un gemido suave. Me ruborizo y no puedo evitar sonreír.

—Morgan cree que podrían haberlo probado en animales, así que...

—Creo que en mí lo han probado de sobra.

Se me acelera el pulso.

—Quint.

—Prudence.

Doy un paso hacia él justo en el mismo momento en el que él se aparta de la puerta.

Nos encontramos a mitad de camino.



48

*P*rudence: A

Quint: A

Nota grupal: A+

Presentación muy bien pensada, escritura concisa y un buen número de argumentos bien presentados, todo perfectamente investigado y ejecutado. ¡Estoy impresionado! Me ha gustado descubrir que habéis trabajado juntos para implementar estas ideas en el centro de recuperación de animales. Es un plan muy ingenioso para atraer el ecoturismo a nuestro entorno, de forma que beneficie tanto a nuestra comunidad como a la fauna local y sus hábitats. Este trabajo es un magnífico ejemplo de lo que se puede lograr cuando dos personas aparcen sus diferencias y trabajan juntas.

Estoy muy orgulloso de vosotros. Buen trabajo.

—¿Satisfecha? —me pregunta Quint. Estamos en Encanto, leyendo el correo del señor Chavez en su teléfono móvil.

Hago un mohín, pensativa.

—¿Cómo es posible que nos haya puesto una A+ como equipo, pero solo una A individualmente? ¿A qué viene eso?

—Porque sola eres buena —dice, rodeándome los hombros con el brazo —, pero conmigo eres mejor.

Refunfuño, aunque... no puedo negarlo.

Toma su teléfono y cierra el correo. Tiene como fondo de pantalla una foto mía, la que me hizo en la playa durante el Festival de la Libertad. Cuando me la enseñó, me dijo que era su foto favorita, de todas las que había hecho. En parte porque ese día la luz era estupenda, pero sobre todo porque se ven perfectamente mis hoyuelos.

Le dije que me sentiría halagada si no fuera porque mis competidores son un montón de pinnípedos heridos y desnutridos.

—Me estáis haciendo sentir incómodo —dice Jude, sentado entre Ari y yo. Tiene su cuaderno de bocetos en el regazo e intenta diseñar una nueva criatura aterradora para usarla en su campaña de *Dragones y Mazmorras*. La única parte que le convence son los cuernos de aspecto amenazante de la bestia. Todo lo demás lo ha borrado y redibujado un centenar de veces.

Alargo el brazo y le doy una palmada en el hombro.

—Admítelo. Te parecemos adorables.

Jude alza una ceja.

—Los *ewoks* me parecen adorables. Vosotros parecéis sacados de una película de sobremesa.

—A *mí* las pelis de sobremesa me parecen adorables —señala Ari.

—¡La tengo! —grita Ezra, apretando el dedo contra el cancionero—. *La bomba*, esa es mi canción. Es perfecta para mí.

—¿Te refieres a *Soy la bomba*? —le pregunta Morgan.

—No —replica Ezra—. Me refiero a que *yo* soy la bomba. —Se da un golpecito en el pecho—. Aunque tú tampoco estás nada mal.

Morgan pone cara de asco por un segundo, pero después su mirada se vuelve perversa y se acerca a él.

—¿Sabes lo que es la bomba de verdad? —le pregunta. Él se acerca a ella—. La madurez.

En la cara de Ezra se dibuja una sonrisa ladina.

—Oh, vaya, tienes toda la razón. Para muestra, un botón: la madre de Quint está como un queso.

Quint gruñe y se lleva una mano a la cara.

Ari me lanza una mirada, pero me encojo de hombros. Yo tampoco sé qué hacer con Ezra, pero Quint y él son amigos desde primaria, así que creo

que vienen en lote.

—Pásame uno de esos papelitos, ¿quieres, Jude? —le dice Ezra.

Jude levanta la mirada de su cuaderno, pero Ari se le adelanta. Le pasa a Ez un papel con resignación antes de hacerse con el cancionero.

—Tengo la canción perfecta para nosotras, Pru —me dice, pasando las páginas—. Mira. ¿Qué te parece? —Me enseña el cancionero—. Un dueto de Of Monsters and Men.

Me encojo de hombros.

—No los conozco.

—¡Prudence! —Ari echa la cabeza hacia atrás—. No sé cuánto tiempo más podremos ser amigas si no expandes tus horizontes musicales.

Jude asiente.

—Hasta yo conozco a Of Monsters and Men.

Miro a Quint. Se encoge de hombros.

—Sí. Molan bastante.

Morgan y Ezra también asienten, mirándome.

Me giro hacia Ari.

—¿Lo siento?

Suspira y empieza a pasar páginas otra vez.

—Voy a encontrar algo a lo que no me puedas decir que no. Y *no* serán John Lennon y Yoko Ono. Tiene que haber algo aquí.

—Oye —digo, girándome de nuevo hacia Quint—. ¿Te han dado ya el horario de tus clases?

—Todavía no, ¿por qué?

—Solo me estaba preguntando si estaremos en la misma clase de Química. He pensado que podríamos ser compañeros de laboratorio, si nos dejan elegir.

Levanta una ceja.

—Solo un masoquista se prestaría voluntario para ser *tu* compañero de laboratorio.

—Yo seré tu compañero —dice Ezra.

Me estremezco y miro a Quint, suplicante. Está pensándoselo, como si fuera una decisión importante que tuviera que meditar bien.

Lo beso. Se funde conmigo, me aprieta y me acerca a él.

A mi lado, Jude murmulla:

—Preferiría que me lanzaran al volcán del Monte del Destino antes que seguir en esta mesa.

Me aparto de Quint y le doy una patada a mi hermano por debajo de la mesa, pero él empieza a reírse. Sé que tiene que interpretar el papel de hermano asqueado, pero también sé que Quint le cae bien y que se alegra por nosotros.

Algún día me gustaría verle así de feliz. Y a Ari también, claro.

—¿Y bien? —pregunto, centrando mi atención de nuevo en Quint—. ¿Qué me dices, *compañero*?

—Oye, ¿es que no viste mi presentación sobre la sopa de aleta de tiburón? Fue una pasada. Y, evidentemente, esa cosa está buenísima.

Morgan contiene un gemido.

—Eres un bárbaro.

Miro a Quint a los ojos.

—Por favor, sálvame.

Sonríe.

—Supongo que alguien tiene que ser tu compañero, así que me sacrificaré por los demás.

—Qué generoso por tu parte.

—Solo intento acumular buen karma.

—Estoy segura de que el universo se encargará de recompensarte como te mereces.

—¿Sabes? —dice Quint—. Creo que ya lo ha hecho.

Nos besamos otra vez y no puedo evitar sonreír contra sus labios; dichosa, cósmicamente feliz.

Juraría que el universo me devuelve la sonrisa.



¡Tengo tanto que agradecer!

Para empezar, me gustaría dar las gracias a los extraordinarios voluntarios y trabajadores del Pacific Marine Mammal Center de Lagima Beach, en California, por dejarme echar un vistazo entre bambalinas a sus instalaciones y permitirme acosarlos durante horas con preguntas acerca del centro y de los animales a los que cuidan. Salí de esa visita con el corazón henchido de amor por esas hermosas criaturas y la cabeza llena de increíbles historias reales, muchas de las cuales han servido de inspiración para algunas de las que aparecen en este libro. En particular, me gustaría dar las gracias a Amanda Walters, educadora del centro, por responder a mis preguntas sobre protocolos para tormentas e inundaciones y ayudarme con la revisión de la versión final. Si las historias de estos animales marinos te han llegado al corazón, te recomiendo encarecidamente que sigas al Pacific Marine Mammal Center en Instagram, @pacificmmc, o que visites su página web, pacificmmc.org.

Les estoy igualmente agradecida a los trabajadores del Point Defiance Zoo & Aquarium de Tacoma, Washington, por responder a mis interminables preguntas sobre fauna marina y sus hábitats, cuidados y

rehabilitación. Por supuesto, cualquier error relacionado con los animales o sus cuidados es fallo mío o una licencia artística.

Gracias también a Alexander Atwood por su sabiduría musical, en particular por su ayuda con el capítulo en el que Ari flipa con la canción *Daniel*, de Elton John. Alex es, además, un profesor de ukelele maravilloso (¡gracias, Alex!), y tiene un canal de YouTube para aquellos interesados en aprender a tocar el bajo. Podéis encontrarlo en youtube.com/stepbystepbass.

Estoy muy agradecida a mis lectores hispanohablantes de Twitter por ayudarme a dar con el nombre perfecto para el restaurante de Carlos. Me da un poco de pena que ¡Vamos, Plátanos! o Let's Go Bananas! no pasara la criba, pero seguramente lo superaré. Muchas gracias también a Alejandra por su concienzuda lectura sensible del libro.

Como siempre, un millón de gracias al excelente equipo de Macmillan Children's Publishing Group. ¡Liz! ¡Jean! ¡Jon! ¡Mary! ¡Jo! ¡Morgan! ¡Rich! ¡Brittany! ¡Allison! ¡Mariel! ¡Todos! Sois los mejores y me siento orgullosa y honrada de que Macmillan sea mi hogar. También tengo que dar las gracias a mi correctora, Arme Heausler, que siempre evita que cometa errores embarazosos. Y a la narradora de mi audiolibro, Rebecca Soler, por usar su talento para llenar de vida mis historias y a mis personajes.

Hablando de hogar..., muchísimas gracias a mi agente, Jill Grinberg, y a todo su equipo: Sam Farkas, Denise Page, Katelyn Detweiler y Sofía Seidner. Vuestro apoyo y vuestra dedicación no tienen parangón, y estoy encantada de trabajar con vosotros.

Y, por supuesto, gracias a la mejor lectora beta que una autora podría desear, Tamara Moss (@Writermoss). De verdad que no sé qué haría si ti y sin los consejos, los ánimos y la sabiduría que me has regalado durante todos estos años. Te mando un abrazo enorme.

Y por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a mi marido, Jesse, cuya película favorita es *Tiburón*; a mi hija Delaney, que está obsesionada con los tiburones y cuya película favorita es también *Tiburón*; y a mi hija Sloane, que para nada está obsesionada con los tiburones. Ambas me han servido como inspiración para dar vida a la hermana pequeña de Pru. Supongo que debo de haber hecho algo bien en el

pasado, porque estoy segura de que el universo me sonreía cuando os trajo a los tres a mi vida.



MARISSA MEYER, nacida en Tacoma el 19 de febrero de 1984, es conocida por sus aportaciones a la literatura juvenil. Estudió Escritura Creativa en la Pacific Lutheran University, tras lo cual comenzó a trabajar como editora de libros, labor que le ocupó cinco años.

Comenzó escribiendo relatos basados en el manga Sailor Moon bajo el seudónimo Alicia Blade y, gracias a un concurso de escritura, se inspiró para escribir la que sería su primera gran novela, *Cinder*.

Meyer ha destacado como escritora de narrativa juvenil gracias a sagas como Las crónicas lunares (*Cinder*, *Scarlet*, *Cress* y *Winter*) o la trilogía *Renegados*, además de libros autoconclusivos como *Sin corazón*.